GÓTICA

El gran dios Pan

y otros relatos de terror sobrenatural

ARTHUR MACHEN

LE LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Arthur Machen, al igual que su contemporáneo Lord Dunsany, fue un obstinado soñador que creó una de las obras más líricas y exquisitas que ha dado hasta la fecha el denominado género de terror. Tutor, traductor, corrector de pruebas, catalogador de libros raros, actor de teatro y sobre todo periodista, Machen trasladó al papel sus arrebatados y melancólicos sueños con esa rara intensidad y soledad propias de la poesía, tratando de desvelar los enigmas que se ocultan más allá de la existencia y fuera del tiempo y logrando que la belleza y el horror suenen en sus relatos al unísono.

A diferencia de Le Fanu o M.R. James, Machen, inspirado por su origen celta, no escribió sobre fantasmas sino más bien sobre fuerzas elementales, maleficios que sobreviven o poderes malignos invocados por el folklore y los cuentos de hadas, como los hermosos y juguetones seres que se le aparecen en el bosque a la protagonista de El pueblo blanco («probablemente el mejor relato sobrenatural del siglo, tal vez de la literatura» en palabras de E.F. Bleiler), o la malévola gente pequeña que hace acto de presencia tanto en El sello negro como en La pirámide resplandeciente o en De las profundidades de la tierra, esa enigmática y horrible raza precéltica, negra y achaparrada, forzada a vivir en las entrañas de la tierra, donde todavía practica sus infames ritos sacrificiales. La presente antología recoge catorce relatos (algunos de ellos inéditos en castellano), lo más granado y significativo de la ingente obra fantástica de Machen, que tanto influyó en el maestro del horror sobrenatural, H.P. Lovecraft.

LELIBROS

Arthur Machen

El gran dios Pan y otros relatos de terror sobrenatural

INTRODUCCIÓN

Un tópico bastante extendido suele afirmar que el género literario que más conviene a la fantasía es el relato en prosa, a pesar de que en el folklore de casi todos los pueblos se pueden rastrear elementos terroríficos o sobrenaturales bajo formas preferentemente métricas, desde baladas, crónicas y leyendas hasta textos mitológicos o sagrados. Tal aserto parece obviar además, no sólo a Shakespeare y el drama isabelino, o a la llamada poesía funeraria, notorio motivo de inspiración de la novela gótica, sino también a los románticos alemanes e ingleses (Bürger, Goethe, Coleridge, Wordsworth, Shelley o Keats) y, por supuesto, al gran Poe, por no mencionar a Lovecraft o Walter de la Mare, que, como aquel, simultanearon con éxito ambas formas de escritura.

Tan poeta como ellos, aunque no llegara a publicar más que un libro juvenil de versos (*Eleusinia*, 1883), Arthur Machen (1863-1947), al igual que su contemporáneo Lord Dunsany, fue un obstinado soñador que supo traspasar la incierta frontera que separa la poesía de la prosa en el dominio de la fantasía, creando una de las obras líricas más exquisitas que ha dado hasta la fecha el llamado género de terror. Nacido en la ciudad galesa de Cærleon-on-Usk —la antigua Isca Silurum de las legiones romanas, en la que la nostalgia de los britanos perseguidos por los sajones situó el punto de partida de la mítica búsqueda del Grial emprendida por los caballeros del rey Arturo—, su pasado celta, alimentado de primitivas creencias mágicas, fue un poderoso motor que impulsó su obra, en la que resuenan ecos de aquellos tiempos idílicos. Siempre tendría presente esta fabulosa herencia, del mismo modo que jamás podría olvidar el haber nacido en el siglo en que el romanticismo alcanzó su mayoría de edad.

Al no poder adaptarse a Londres (como su admirado De Quincey), donde probó diversas ocupaciones (tutor, traductor, corrector de imprenta, catalogador de libros raros, actor de teatro y sobre todo periodista, oficio que siempre odió, pese a practicarlo durante casi treinta años por razones estrictamente alimenticias), este espíritu libre de los bosques trasplantado al asfalto de la metrópoli se convirtió a la fuerza en un desplazado « escribiente de la City» , que buscó refugio en el prohibido mundo mágico de sus intemporales recuerdos infantiles relacionados con los misterios paganos de su tierra natal y trasladó al

papel sus arrebatados y melancólicos sueños con esa rara intensidad y soledad propias de la poesía. Con un lenguaje riguroso y trabajado, a veces verdaderamente encantatorio a pesar de su extrema sencillez, la sensual prosa rítmica de Machen entonó una original nota disonante: la belleza y el horror suenan al unísono, unidos inextricablemente a un acceso de pasión.

Sus relatos, sean o no fantásticos, exploran a fondo una región espiritual, casi mística, poblada de zonas oscuras. Sus escenarios parecen elegidos por un pintor romántico: una cueva en algún cerro pelado barrido por el viento, algún paraje escondido en lo más profundo de un gran bosque que oculta una figura al acecho con pezuñas de cabra, colinas no tan desiertas como aparentan a simple vista… Como buen romántico, siempre supo que los sentidos pueden equivocarse, que «tal vez no sean, a fin de cuentas, los límites eternos e impenetrables de cualquier conocimiento, las barreras imperecederas que ningún ser humano ha franqueado jamás». De manera que se empecinó en buscar la verdad interior de las cosas, la auténtica realidad que se esconde bajo las apariencias externas, sondeando con denuedo, a través de su escritura imaginativa, los enigmas que se ocultan más allá de la existencia y fuera del tiempo. A diferencia de Le Fanu o M. R. James, victoriano tardío como él (ambos comparten el característico aroma *fin-de-siècle*), Machen no escribió sobre fantasmas, sino más bien sobre fuerzas elementales, maleficios que sobreviven, o poderes malignos invocados por el folklore y los cuentos de hadas.

Tenía la clase de imaginación que sabe percibir como nadie las maravillas que existen en las cosas corrientes y escapan a la atención de la mayoría de la gente, y la capacidad para vislumbrar en las cosas más insignificantes algo que a los demás les suele pasar inadvertido. Y esa ominosa presunción la supo transmitir al lector, enfrentándolo al gran arcano de la emergencia de una conciencia maligna, intemporal, arquetípica, a la que los antiguos aludían veladamente en sus símbolos, mitos y libros sagrados, y eran capaces de evocar, asumir y utilizar mediante ritos y ceremoniales secretos. Para su ojo visionario nuestro mundo no es más que la envoltura externa de una realidad distinta que tal vez nos sea desvelada algún día. Si puede hablarse de una «existencia real», a él no le cabe la menor duda de que «no será, ni mucho menos, como nosotros la concebimos». Nada es lo que parece, sino que por debajo de los hechos corrientes y los objetos más comunes subyace un secreto oculto que constituye la clave del gran enigma de la existencia humana. Como descubre el oficinista de *Un fragmento de vida*, trasunto del propio autor, «el hombre es un misterio y está hecho para los misterios y visiones, para sentir en su conciencia una felicidad inefable, para vivir un gozo inmenso que transmuta su mundo interior».

Toda la obra de Machen es una demostración palmaria de la dualidad de la percepción y una continua vindicación de esa percepción exaltada que busca lo real bajo la superficie de las cosas. En toda ella campea el miedo, el gran

conjurador cuyas pantomimas suelen terminar en muerte o algo todavía más horrible, evocado a través de llamativas sugerencias y sutiles indirectas. En lugar de utilizar la consabida parafernalia gótica, prefiere asustarnos creando una atmósfera adecuada en la que se traspasan cabalmente los límites de lo prohibido, con las espantosas consecuencias que eso implica. No hay más que ver lo que le ocurre al estudiante de derecho de *El polvo blanco* al ingerir accidentalmente una droga utilizada antaño por las brujas en las ceremonias del aquelarre. Es el tremendo castigo que invariablemente exige la transgresión de las leyes morales. Pues la liberación de los instintos devuelve al hombre a su relación primigenia con la bestia y destruye su alma. Atormentados por el mal causado, los personajes de Machen acaban aniquilados inexorablemente por su propia culpa. Véase si no la gran mutación sufrida por la joven Helen, en el que tal vez sea su mejor relato (esa es al menos la opinión de Lovccraft) *El gran dios Pan*, al convertirse en una seductora y pérfida mujer que acarrea una epidemia de lujuria y suicidios en el Londres Victoriano, para acabar transformándose « de mujer en hombre, de hombre en bestia, y de bestia en algo todavía peor» . O en *El gran retorno*, los cambios experimentados por los marineros y en general los asistentes a la iglesia de Llantrisant, « rebosantes de un júbilo literalmente inefable» .

Machen cree a pies juntillas en la existencia del Mal, con mayúscula, no como ausencia del Bien, sino como apropiado antagonista de este. Esta poderosa presencia, representada por fuerzas elementales y malignas que destruyen al hombre moderno, constituye una de las peculiaridades de su obra. El miedo de los humanos está justificado en la medida en que a través de él se vislumbra una amenaza genuina, como puede ser la existencia anterior de un linaje subalterno y oculto que persiste en secreto, inalterado o inalterable: esas razas nocturnas y furtivas que encarnan el pecado y lo difunden. Como los hermosos y juguetones seres que se le aparecen en el bosque a la protagonista de *El pueblo blanco*, « probablemente el mejor relato sobrenatural del siglo, tal vez de la literatura» (en palabras de E. E Bleiler), y la inician en su extraño ritual rimado. O la malévola « gente pequeña» que hace acto de presencia tanto en *El sello negro* como en *La pirámide resplandeciente* y en *De las profundidades de la tierra*, esa enigmática y horrible raza precéltica, negra y achaparrada, forzada a vivir en las entrañas de la tierra, donde todavía practica sus infames ritos sacrificiales.

Dejando aparte su valiosa trilogía autobiográfica —*Far Off Things* (1922) *Things Near & Far* (1923) y *The London Adventure or the Art of Wandering* (1924) — y algún que otro texto misceláneo como *The Anatomy of Tobacco* (1884) o *Hieroglyphics* (1902), Machen es sobre todo conocido por sus numerosos relatos, alguno de ellos de considerable extensión, que generalmente han sido considerados como de « horror cósmico» . La presente antología recoge lo más

granado y significativo de esta ingente obra fantástica que tanto influyó en Lovecraft. En total son catorce relatos (varios de ellos inéditos en castellano): *El gran dios Pan* y *La luz interior*, publicados conjuntamente en 1894; *El sello negro* y *El polvo blanco*, extraídos de su novela «a lo Stevenson» *Los tres impostores*, publicada en 1895; *El pueblo blanco* (escrito en 1899) y *Un chico listo*, publicados en 1906 en la histórica recopilación *The House of Souls* (que también incluye los cuatro anteriores, además de *Un fragmento de vida* y *The Red Hand*); *Los arqueros* (escrito en 1914, casi por encargo, para alentar a las tropas británicas que combatían en suelo francés[*]) y *El gran retorno*, publicados por separado en 1915; *La pirámide resplandeciente*, publicado en 1923; *Los niños felices* y *De las profundidades de la Tierra*, publicados junto al anterior en 1925; y finalmente *La habitación acogedora* (escrito en 1929), *N* y *Los niños de la charca*, publicados en un solo volumen en 1936.

Los textos utilizados para esta traducción proceden de las antologías *Tales of Horror and the Supematural* (John Baker, Londres, 1949), y *Holy Terrors* (Penguin, Londres, 1946).

J. A. MOLINA FOIX

EL GRAN DIOS PAN

I. EL EXPERIMENTO

—Me alegro de que hayas venido, Clarke; de veras me alegro mucho. No estaba seguro de que dispusieras de tiempo.

—Pude arreglar las cosas para unos pocos días. Ahora no hay demasiada actividad. Pero ¿no tienes ninguna duda, Raymond? ¿Estás seguro?

Los dos hombres paseaban lentamente por delante de la hilera de casas que discurría frente a la residencia del Dr. Raymond. El sol todavía estaba suspendido por encima de la cordillera de poniente, pero brillaba con un apagado resplandor rojizo que no proyectaba sombras. El aire estaba en calma. Una brisa fresca venía del gran bosque que se extendía por las laderas de las colinas vecinas, acompañada, a intervalos, del suave zureo de las palomas salvajes. Abajo, en el largo y encantador valle, el río serpenteaba entre las solitarias colinas y, a medida que el sol se ocultaba y desaparecía por el oeste, una ligera neblina, muy blanca, comenzaba a elevarse de sus orillas. El doctor Raymond se volvió bruscamente a su amigo.

—¿Seguro? Por supuesto que sí. En sí misma, la operación es muy simple; podría hacerla cualquier cirujano.

—Y ¿no existe peligro en ninguna otra fase?

—Ninguno. Rotundamente, no existe ningún tipo de peligro físico, te doy mi palabra. Siempre fuiste asustadizo, Clarke, siempre. Pero ya conoces mi historial. Me he dedicado durante los últimos veinte años a la medicina trascendental. Me han llamado curandero, charlatán e impostor, pero todo el tiempo he sabido que me hallaba en el buen camino. Hace cinco años logré mi objetivo, y desde entonces cada día ha sido una preparación para lo que haremos esta noche.

—Me gustaría creer que todo eso es cierto —Clarke frunció el ceño y miró dubitativamente al doctor Raymond—. ¿Estás completamente seguro, Raymond, de que tu teoría no es ninguna fantasía? ¿Que no es una visión, ciertamente espléndida, pero visión al fin y al cabo?

El Doctor Raymond se detuvo en su paseo y repente se volvió. Era un hombre de mediana edad, demacrado y flaco, y de tez amarillenta, mas al contestar a Clarke cara a cara sus mejillas se ruborizaron.

—Mira a tu alrededor, Clarke. Puedes ver la montaña y una colina tras otra, cual olas en el mar; bosques y huertas, campos repletos de trigo maduro y prados que llegan hasta los cañaverales del río. Puedes verme aquí a tu lado y oír mi voz. Pero te aseguro que todas esas cosas —sí, desde esa estrella que acaba de brillar en el cielo hasta el suelo firme que pisamos— no son más que sueños y sombras que ocultan a nuestros ojos el mundo real. *Existe* un mundo real, pero está más allá de esta magia y de esta visión, más allá de estas « cacerías en un tapiz, sueños en una carrera» , más allá de todo eso, como detrás de un velo. Ignoro si algún ser humano ha alzado alguna vez ese velo; pero sí sé, Clarke, que tú y yo lo veremos levantar esta misma noche, antes que nadie. Puedes pensar que todo esto es un disparate, que es extraño; pero es verdad. Los antiguos sabían lo que significa levantar el velo. Lo llamaban ver al dios Pan.

Clarke se estremeció. La blanca neblina que se acumulaba sobre el río estaba helada.

—Es maravilloso, desde luego —dijo—. Si lo que dices es verdad, Raymond, nos encontramos al borde de un mundo extraño. ¿Es absolutamente imprescindible el bisturí?

—Sí; una ligera incisión en la materia gris, eso es todo. Un insignificante reajuste de ciertas células, una alteración microscópica que escaparía a la atención de noventa y nueve de cada cien especialistas del cerebro. No quiero darte la lata con una explicación científica, Clarke. Podría darte un montón de detalles técnicos que te impresionarían mucho, pero que te dejarían tan a oscuras como estás ahora. Supongo que habrás leído, de paso, en algún rincón perdido de tu periódico, que la fisiología cerebral ha progresado mucho recientemente. El otro día vi un suelto sobre la teoría de Digby y los descubrimientos de Browne Faber. ¡Teorías y descubrimientos! Se encuentran ahora donde yo me encontraba hace quince años, y no necesito decirte que en los últimos quince años no me he estancado. Bastará que te diga que hace cinco años hice el descubrimiento a que aludí cuando dije que había logrado mi objetivo.

« Después de muchos años de trabajo y fatigas, y de andar a tientas en la oscuridad, después de muchos días y muchas noches de decepción y hasta de desesperación, en que de vez en cuando solía temblar y deprimirme pensando que quizá otros estuviesen buscando lo mismo que yo, por fin, después de tanto tiempo, un escalofrío de súbita alegría estremeció mi alma y comprendí que el largo viaje tocaba a su fin. Por lo que entonces pareció una casualidad, y aún ahora lo parece, el curso de una idea casual siguió los cauces y sendas habituales, que yo había rastreado ya cientos de veces. La gran verdad se alzó ante mí y vi todo un mundo, dibujado con líneas luminosas, una esfera desconocida; continentes e islas, y grandes océanos en los que ningún barco ha navegado (estoy convencido) desde que el hombre levantó por vez primera la mirada y contempló el sol y las estrellas en el cielo, y debajo, la tierra en calma.

» Pensarás que todo este lenguaje es muy enfático, Clarke, pero es difícil ser literal. Y, además, ignoro si las cosas a las que aludo pueden ser expuestas en términos sencillos y corrientes. Por ejemplo, este mundo nuestro está completamente rodeado hoy en día de hilos y cables telegráficos; el pensamiento, a una velocidad algo menor que la de la luz, cruza como una centella del amanecer al crepúsculo, de norte a sur, a través de mares y desiertos. Supongamos que un electricista de hoy en día pudiera darse cuenta de repente de que tanto él como sus colegas han estado sencillamente jugando con guijarros, a los que erróneamente habían tomado por los cimientos del mundo. Supongamos que ese hombre viera un espacio mayor extendiéndose hasta el infinito, y que las palabras de los humanos lo surcasen hasta más allá del sol y de los sistemas más lejanos y que las voces articuladas de los hombres resonasen en el desolado vacío que envuelve a nuestros pensamientos. Sería una analogía bastante buena de lo que yo he hecho.

» Ahora comprenderás un poco lo que sentí aquí cierta tarde. Era una tarde de verano y el valle ofrecía un aspecto muy parecido al de ahora. Me encontraba aquí mismo, viendo ante mí el indecible e inconcebible abismo profundo que se abre entre los dos mundos, el material y el espiritual. Veía cómo se difuminaba la inmensa brecha, vacía y profunda, y en aquel mismo instante un puente de luz saltó de la tierra a la orilla desconocida y el abismo fue salvado. Si quieres puedes consultar el libro de Browne Faber; en él encontrarás que, hasta el presente, los hombres de ciencia eran incapaces de explicar la presencia de cierto grupo de células nerviosas del cerebro, o de especificar sus funciones. Este grupo es, por decirlo así, *tierra de nadie*, un simple terreno baldío propicio a las teorías más fantásticas. Yo no me encuentro en la situación de Browne Faber y demás especialistas; estoy perfectamente instruido en lo referente a las posibles funciones de esos centros nerviosos dentro del esquema general. Con un simple toque puedo ponerlos en funcionamiento; con un toque, digo, puedo liberar la corriente; puedo consumar la comunicación entre el mundo de los sentidos y… Más tarde podremos completar la frase. Sí, el bisturí es necesario; pero piensa en lo que ese bisturí puede hacer. Arrasará completamente la sólida barrera sensorial y, probablemente por vez primera desde que el hombre fuera creado, un espíritu podrá contemplar el mundo espiritual. Clarke, ¡Mary verá al dios Pan!

—Pero ¿no recuerdas lo que me escribiste? Creía que era necesario que ella…

El resto lo susurró al oído del doctor.

—De ninguna manera. Eso es una tontería, te lo aseguro. Realmente, es mejor así. Estoy completamente seguro de eso.

—Piénsatelo bien, Raymond. Es una gran responsabilidad. Algo puede ir mal y en ese caso serías un desgraciado el resto de tus días.

—No, no lo creo; ni aunque sucediera lo peor. Como sabes, saqué a Mary del

arroyo, librándola de una casi segura inanición, cuando todavía era una niña. Pienso que su vida me pertenece, que puedo utilizarla como juzgue conveniente. Vamos, se está haciendo tarde. Será mejor que entremos.

El doctor Raymond fue el primero en entrar en la casa, después de atravesar el vestíbulo y descender a un largo y sombrío pasadizo. Sacó una llave de su bolsillo y abrió una pesada puerta, indicando a Clarke con la mano que entrara en su laboratorio. Antes había sido una sala de billar y estaba iluminado por una cúpula acristalada en el centro del techo, donde todavía brillaba una triste luz grisácea sobre la figura del doctor, mientras éste encendía una lámpara de pantalla gruesa y la colocaba sobre una mesa en el centro de la habitación.

Clarke miró a su alrededor. Apenas quedaba un palmo de pared libre; la habitación estaba cubierta de anaqueles cargados de botellas y frascos de todas las formas y colores; y en un extremo había una pequeña librería Chippendale. Raymond señaló hacia ella.

—¿Ves este pergamino de Oswald Crollius? Fue uno de los primeros en mostrarme el camino, aunque no creo que él mismo llegara a descubrirlo. Esta es una de sus extrañas sentencias: « En cada grano de trigo yace oculta el alma de una estrella» .

Había pocos muebles en el laboratorio. La mesa del centro, consistente en una losa de piedra con desagüe en una de sus esquinas, y los dos sillones en donde se sentaron Raymond y Clarke. Eso era todo, a excepción de un extraño sillón al fondo de la habitación. Clarke lo miró y alzó las cejas.

—Sí, ese es el sillón —dijo Raymond—. Podemos colocarlo también en posición.

El doctor se levantó, acercó el sillón a la luz y empezó a subirlo y bajarlo, a hacer descender su asiento, a graduar su respaldo y a ajustar el apoyo de los pies. Parecía bastante cómodo, y Clarke pasó la mano por su suave terciopelo verde, en tanto que el doctor manipulaba las palancas.

—Ahora ponte cómodo, Clarke. Me quedan todavía un par de horas de trabajo; me vi obligado a dejar ciertos detalles para el final.

Raymond se dirigió a la losa de piedra y Clarke observó sin interés cómo se inclinaba sobre una hilera de frascos y encendía una llama bajo el crisol. El doctor tenía una pequeña lámpara de mano, con una pantalla como la otra, sobre una repisa por encima de sus aparatos, y Clarke, que estaba sentado en la oscuridad, contemplaba la vasta y triste habitación, asombrado por los extraños efectos de la brillante luz en contraste con las indefinidas tinieblas. Pronto tuvo conciencia de un extraño olor dentro de la habitación. Al principio sólo fue una simple impresión; pero, a medida que fue en aumento, le sorprendió que no le recordara en nada a una farmacia o una clínica.

Clarke trató en vano de analizar esa sensación y empezó a pensar, casi inconscientemente, en un día, quince años atrás, en que se había dedicado a

vagabundear por bosques y prados, cerca de su antiguo hogar. Era un día abrasador, a principios de agosto. El calor difuminaba el contorno de todas las cosas y borraba las distancias con una ligera calina. La gente que observó el termómetro habló de un registro anormal, de una temperatura casi tropical. Aquel maravilloso día de calor de hacía quince años brotó inesperadamente en la memoria de Clarke. La sensación de la deslumbrante luz solar invadiéndolo todo parecía ocultar las sombras y luces del laboratorio, y Clarke sentía de nuevo en el rostro las ráfagas de aire cálido, veía el débil resplandor que se elevaba del césped, y oía los innumerables rumores del verano.

—Espero que el olor no te moleste, Clarke; no existe nada malsano en él. Tal vez te dé un poco de sueño, eso es todo.

Clarke oyó las palabras con toda claridad, y sabía que Raymond le estaba hablando, pero por más que lo intentó no pudo despertar de su letargo. No podía pensar más que en el solitario paseo que diera quince años atrás. Fue la última vez que contempló los campos y los bosques que conocía desde niño, y ahora todo ello aparecía ante él, brillantemente iluminado, como en un cuadro. Sobre todo, llegaba a su olfato el aroma del verano, el perfume entremezclado de las flores, la fragancia de los bosques, el frescor de los rincones sombríos, en lo más profundo de los verdes abismos, extraído por el calor del sol; y todo lo dominaba el aroma de la buena tierra, extendiéndose, por así decirlo, con los brazos estirados y una sonrisa en los labios. En su fantasía vagaba, como lo hiciera tiempo atrás, desde los campos al bosque, siguiendo un pequeño sendero entre la brillante maleza de las hayas; y en su sueño, el goteo del agua cayendo de la roca caliza sonaba cual diáfana melodía.

Sus pensamientos comenzaron a extraviarse y a mezclarse con otros recuerdos; el paseo de hayas se convirtió en un sendero de encinas, en el que, de vez en cuando, una parra cargada de uvas purpúreas trepaba de rama en rama con sus ondulantes zarcillos, y las escasas hojas gris-verdosas de un olivo silvestre se recortaban contra las oscuras sombras de las encinas. En los profundos recovecos de su sueño, Clarke se daba cuenta de que el sendero que partía de la casa de su padre le había conducido a un país desconocido, y mientras se asombraba de lo extraño que era todo, de repente, en lugar del zumbido y el susurro del verano, un silencio infinito pareció descender sobre todas las cosas. El bosque enmudeció y, por un momento, él se enfrentó cara a cara a una presencia que no era ni hombre ni bestia, ni vivo ni muerto, sino una mezcla de todo, la forma de todas las cosas pero desprovista de forma. En aquel mismo instante se disolvió la comunión entre cuerpo y alma, y una voz pareció gritar: « Vámonos de aquí» . Entonces surgió la oscuridad de las tinieblas más allá de las estrellas, la oscuridad de lo eterno.

Clarke despertó sobresaltado y vio que Raymond vertía unas cuantas gotas de fluido aceitoso en un frasco verde que tapó herméticamente.

—Has estado echando una cabezada —dijo—. El viaje ha debido de fatigarte. Todo está listo. Voy a buscar a Mary; volveré dentro de diez minutos.

Clarke volvió a su sillón y se puso a meditar. Era como si hubiese pasado de un sueño a otro. Estremecido por sus fantasías oníricas, casi esperaba ver disolverse y desaparecer las paredes del laboratorio y despertar en Londres. Pero por fin se abrió la puerta y regresó el doctor, seguido por una joven de unos diecisiete años, toda vestida de blanco. Era tan hermosa que Clarke no se extrañó de lo que el doctor le había escrito. Su rostro, cuello y brazos se ruborizaron, mientras Raymond permanecía impasible.

—Mary —dijo el doctor—, ha llegado el momento. Eres completamente libre. ¿Estás dispuesta a confiar plenamente en mí?

—Sí, querido.

—¿Has oído eso, Clarke? Eres testigo. Aquí está el sillón, Mary. Es muy cómodo. Siéntate y reclínate hacia atrás. ¿Estás preparada?

—Sí, querido, del todo preparada. Dame un beso antes de empezar.

El doctor se inclinó y la besó en la boca, cariñosamente.

—Ahora cierra los ojos —dijo.

La joven entornó los párpados, como si estuviera cansada y deseara dormir, y Raymond acercó el frasco verde a sus fosas nasales. Su rostro se puso blanco, más blanco que su vestido; se agitó débilmente y luego, con un gesto de profunda sumisión, cruzó los brazos sobre el pecho, como un niño a punto de rezar sus oraciones. La radiante luz de la lámpara caía de lleno sobre ella y Clarke observó fugaces cambios en su rostro, al igual que ocurre en las colinas cuando las nubes de verano pasan delante del sol. Luego se quedó inmóvil y pálida, y el doctor levantó uno de sus párpados. Estaba completamente inconsciente. Raymond presionó con fuerza una de las palancas y al momento el sillón se inclinó hacia atrás. Clarke pudo ver cómo le rapaba un círculo de los cabellos, a modo de tonsura, y le acercaba más la lámpara. Raymond cogió un reluciente instrumento de su pequeño estuche y Clarke volvió el rostro, estremecido. Cuando miró de nuevo, el doctor estaba ya vendando la herida.

—Despertará dentro de cinco minutos —Raymond permanecía completamente sereno—. No queda más por hacer; únicamente esperar.

Los minutos transcurrieron lentamente y ambos amigos pudieron escuchar un lento y pesado tictac. Era el viejo reloj del pasillo. Clarke se sentía enfermo y mareado; le temblaban las rodillas y apenas podía mantenerse en pie.

De repente oyeron un profundo suspiro: el color perdido volvió a las mejillas de la joven y sus ojos se abrieron. Clarke se acobardó al verlos. Brillaban con una luminosidad atroz, mirando a la lejanía, mientras su rostro reflejaba un gran asombro y ella extendía los brazos como para tocar algo invisible. Pero, en un instante, el asombro se desvaneció, dejando paso al más espantoso terror. Los músculos de su rostro se contrajeron horriblemente y se puso a temblar de la

cabeza a los pies; su alma parecía forcejear y estremecerse dentro de su morada carnal. Era una visión horrible y Clarke se abalanzó sobre ella cuando la vio caer al suelo, gritando.

Tres días después, Raymond llevó a Clarke junto a la cabecera de Mary. La joven yacía completamente despierta, girando la cabeza de un lado a otro y sonriendo distraídamente.

—Sí —dijo el doctor, completamente sereno todavía—, es una verdadera pena; se ha convertido en una irremediable idiota. Sin embargo, no ha podido evitarse; aunque, después de todo, ha visto al gran dios Pan.

II. MEMORIAS DEL SEÑOR CLARKE

El señor Clarke, caballero elegido por el doctor Raymond como testigo del extraño experimento del dios Pan, era una persona en cuyo carácter se mezclaban singularmente la cautela y la curiosidad. En sus momentos de sensatez, rechazaba con franca aversión tanto lo insólito como lo excéntrico y, sin embargo, en lo más profundo de su corazón, sentía una ingenua curiosidad por los elementos más recónditos y esotéricos de la naturaleza humana. Esta última tendencia es la que había prevalecido cuando aceptó la invitación de Raymond; pues, aunque su buen juicio había repudiado siempre las teorías del doctor, considerándolas como un disparate de lo más delirante, creía secretamente en las cosas más fantásticas, y le habría complacido ver confirmada esa creencia. Los horrores que había presenciado en el tenebroso laboratorio fueron, hasta cierto punto, saludables; tenía conciencia de estar mezclado en un asunto muy poco digno, y durante muchos años después se aferró firmemente a todos los lugares comunes, rechazando cuantas ocasiones se le presentaron de indagar en lo oculto. Efectivamente, en virtud de algún proceso homeopático, asistió durante algún tiempo a las sesiones de eminentes médiums, esperando que los burdos trucos de estos caballeros le indispusieran contra cualquier clase de misticismo. Pero el remedio, aunque cáustico, no fue eficaz.

Clarke sabía que anhelaba todavía lo oculto; y, poco a poco, volvió a reafirmarse la vieja pasión, a medida que el rostro de Mary, estremecido y convulso por un terror incognoscible, se desvanecía lentamente de su memoria. Ocupado todo el día en trabajos serios y a la vez lucrativos, la tentación de relajarse al anochecer era demasiado grande, especialmente en los meses de invierno, cuando el fuego despedía un cálido resplandor en su cómodo piso de soltero y tenía al alcance de la mano una botella de selecto clarete. Una vez digerida la cena, simulaba leer el periódico de la tarde; pero pronto le cansaba la simple enumeración de las noticias y no tardaba en arrojar ardientes miradas de deseo hacia un viejo escritorio japonés, que se hallaba a poca distancia de la

chimenea. Como un niño ante una alacena llena de tarros de mermelada, durante unos pocos minutos vagaba indeciso; pero siempre prevalecía su deseo y terminaba por acercar su silla, encender una vela y sentarse ante el escritorio. Sus casillas y cajones rebosaban de documentos acerca de los temas más morbosos, y en el fondo reposaba un enorme volumen manuscrito en el que había anotado laboriosamente las joyas de su colección. Clarke sentía un ligero desprecio por la literatura publicada; el cuento más espectral dejaba de interesarle en cuanto se imprimía. Su único placer consistía en leer, recopilar y ordenar lo que llamaba sus « Memorias para demostrar la existencia del Diablo» ; y abstraído en esta ocupación, le parecía que la tarde volaba y que la noche se le hacía demasiado corta.

Cierto anochecer, una fea noche de diciembre, negra por la niebla, y fría y húmeda por la escarcha, Clarke se dio prisa en cenar y apenas se dignó observar su acostumbrado ritual de coger el periódico y volverlo a dejar en seguida. Se paseó unas cuantas veces por la habitación, abrió el escritorio, permaneció de pie un momento todavía y finalmente se sentó. Se inclinó hacia atrás, absorto en uno de aquellos sueños a que estaba sujeto, y por fin sacó su libro y lo abrió por la última anotación. Había tres o cuatro páginas densamente cubiertas por su redonda y cuidada caligrafía, precedidas por un escrito con letra algo mayor.

Singular narración contada por mi amigo el doctor Phillips. Me asegura que los hechos aquí relatados son estricta y enteramente ciertos, pero se niega a darme los apellidos de las personas involucradas, o el lugar en donde ocurrieron estos extraordinarios sucesos.

El señor Clarke empezó a leer por décima vez, cotejando de vez en cuando las notas a lápiz que había tomado mientras se lo contaba su amigo. Le encantaba enorgullecerse de cierta habilidad literaria; apreciaba mucho su propio estilo y se esmeraba por conferir dramatismo a todo cuanto escribía. Leyó la siguiente historia:

Las personas a que atañe esta declaración son Helen V., que, si aun vive, debe de ser ahora una mujer de unos veintitrés años, Rachel M., ya fallecida, un año más joven que la anterior, y Trevor W., un débil mental de dieciocho años. Esas personas habitaban, en la época a que se refiere la historia, en un pueblo de los confines de Gales, lugar de cierta importancia en tiempos de la dominación romana, pero hoy en día reducido a un caserío desperdigado de no más de quinientas almas. Está situado en terreno elevado, a unas seis millas del mar, protegido por un extenso y pintoresco bosque.

Hace unos once años, Helen V. llegó al pueblo en circunstancias un tanto peculiares. Se supone que, siendo huérfana, fue adoptada en su infancia por un pariente lejano, el cual la crió en su propia casa hasta que cumplió doce años.

Pensando, no obstante, que sería preferible que la niña tuviera compañeros de juegos de su misma edad, el pariente puso un anuncio en varios periódicos locales buscando un hogar en alguna confortable granja para una chica de doce años. El anuncio fue contestado por un tal señor R., acaudalado granjero del mencionado pueblo. Como sus referencias resultaron satisfactorias, el caballero envió a su hija adoptiva a casa del señor R., con una carta en la que estipulaba que la chica debería tener una habitación para ella sola y determinaba que sus tutores no necesitaban preocuparse por su educación, ya que estaba suficientemente educada para la posición social que debía ocupar. En realidad, al señor R. se le daba a entender que debería permitir que la chica buscara sus propias ocupaciones y pasara el tiempo como le apeteciese.

A su debido tiempo, el señor R. fue a recibirla a la estación más próxima, a unas siete millas de distancia de su casa, y no pareció observar nada raro en la niña, excepto que se mostraba reservada en todo lo referente a su vida anterior y a su padre adoptivo. La chica se distinguía, sin embargo, de los habitantes del pueblo por su tez aceitunada, sus facciones muy marcadas y su aspecto en cierto modo extranjero. Pareció acomodarse fácilmente a la vida en la granja y llegó a ser muy popular entre los niños, los cuales iban a veces con ella al bosque, pues esa era su distracción favorita. El señor R. afirma que solía marcharse sola inmediatamente después de desayunar y que no regresaba hasta el anochecer, por lo que, preocupado de que una chica tan joven pasara sola tantas horas, se lo comunicó a su padre adoptivo, el cual contestó en una breve nota que Helen podía hacer cuanto se le antojase. En invierno, cuando los senderos del bosque eran intransitables, pasaba la mayor parte del tiempo en su dormitorio, donde dormía sola, de acuerdo con las instrucciones de su pariente. Fue en una de esas expediciones al bosque, poco más o menos un año después de su llegada al Pueblo, cuando ocurrió el primero de los singulares incidentes relacionados con esta chica.

El invierno anterior había sido extremadamente riguroso. La nieve se amontonó hasta una gran altura y durante un periodo de tiempo sin precedente continuaron las heladas. El verano siguiente fue igualmente notable por su extremado calor. Uno de los días más calurosos de ese estío, Helen V. salió de la granja para dar uno de sus largos paseos por el bosque, llevándose, como de costumbre, un poco de pan y carne para el almuerzo. Unos campesinos la vieron dirigirse hacia la antigua Vía Romana, verde calzada que atraviesa la parte más elevada del bosque, y se quedaron asombrados al observar que la chica se había quitado el sombrero aunque el calor del sol era ya casi tropical. Mientras esto sucedía, un labriego llamado Joseph W. se encontraba trabajando en el bosque cerca de la Vía Romana y, a las doce en punto, su hijo pequeño Trevor le llevó su almuerzo, consistente en pan y queso. Después de comer, el niño, que por aquel entonces tendría unos siete años, dejó a su padre trabajando y, según dijo, se fue

a coger flores al bosque. El hombre, que le oía gritar entusiasmado por sus hallazgos, no sentía preocupación alguna. Sin embargo, quedó horrorizado de pronto al oír unos espantosos chillidos, causados manifiestamente por un terror intenso, y, arrojando apresuradamente sus aperos, corrió a ver lo que sucedía. Guiándose por los gritos, encontró al pequeño corriendo precipitadamente, presa de un pavor evidente. Al preguntarle, el hombre acabó por enterarse de que, después de coger un ramillete de flores, el niño se sintió cansado, se tumbó en la hierba y se quedó dormido. De repente le despertó, según declaró, un sonido peculiar, una especie de cántico que le llamaba, y atisbando por entre las ramas, vio a Helen V. jugando en la hierba con un «extraño hombre desnudo», al cual parecía incapaz de describir más exactamente. Dijo que se sintió espantosamente asustado y que huyó llamando a gritos a su padre. Joseph W. siguió la dirección indicada por su hijo y encontró a Helen V., sentada en la hierba en medio de un claro o espacio abierto dejado por los carboneros. La riñó airadamente por haber asustado a su hijo pequeño, pero ella negó la acusación en su totalidad y se rió de la historia infantil del «hombre extraño», a la cual el mismo padre tampoco daba mucho crédito. Joseph W. llegó a la conclusión de que su hijo se había despertado repentinamente asustado, como a veces les ocurre a los niños. Pero Trevor se aferró a su historia y continuó tan asustado que por fin su padre se lo llevó a casa, esperando que su madre fuera capaz de apaciguarle. Sin embargo, durante varias semanas el niño inquietó bastante a sus padres; siempre estaba nervioso y su comportamiento se volvió extraño, negándose a salir solo de casa y alarmando constantemente a su familia al despertarse por las noches con gritos de «¡El hombre del bosque! ¡Padre! ¡Padre!»

No obstante, con el paso del tiempo esta impresión pareció disiparse y unos tres meses más tarde el chico acompañó a su padre a casa de un caballero de la vecindad, para quien Joseph W. trabajaba ocasionalmente. El hombre fue conducido al despacho y el pequeño se quedó sentado en el vestíbulo. Unos minutos después, mientras el caballero estaba dando instrucciones a W., quedaron ambos horrorizados al oír un grito desgarrador y el ruido de un cuerpo al caer. Y cuando salieron precipitadamente, se encontraron al niño en el suelo, sin sentido y con el rostro desencajado por el terror. Inmediatamente llamaron al médico, el cual, después de reconocerle, declaró que el niño había sufrido una especie de ataque, producido, al parecer, por un repentino susto. Llevaron al niño a uno de los dormitorios, donde poco después recobró el conocimiento, pero sólo para sumirse de nuevo en un estado que el médico calificó de histerismo violento. El doctor le recetó un fuerte calmante y, al cabo de dos horas, le permitió volver a casa por su propio pie. Pero, al pasar por el vestíbulo, los paroxismos del miedo reaparecieron con violencia aún mayor. El padre se dio cuenta de que el niño señalaba hacia un objeto y escuchó su conocido grito de «¡El hombre del bosque!» Al mirar en la dirección indicada una cabeza de piedra, de apariencia

grotesca, potrada en la pared, encima de una de las puertas. Al parecer, el propietario de la casa había hecho recientemente algunos cambios en el edificio y, al cavar los cimientos para nuevas dependencias, los obreros habían descubierto una curiosa cabeza, evidentemente de la época romana, que fue colocada en el vestíbulo de la manera descrita. En opinión de los más expertos arqueólogos de la región, la cabeza pertenecía a un fauno o sátiro[1].

Fuera cual fuese la causa, este segundo susto fue demasiado para el niño Trevor, que en la actualidad sufre una debilidad mental que ofrece muy pocas esperanzas de mejoría. El asunto causó gran sensación en la época y la niña Helen fue interrogada cuidadosamente por el señor R. Pero fue en vano, pues ella negó rotundamente haber asustado de alguna manera a Trevor.

El segundo suceso relacionado con el nombre de esta chica tuvo lugar hace unos seis años y fue todavía más extraordinario.

A principios del verano de 1882, Helen contrajo una amistad de carácter particularmente íntimo con Rachel M., hija de un próspero granjero de los alrededores. La mayoría de la gente consideraba que esta chica, un año menor que Helen, era la más bonita de las dos, aunque las facciones de esta última se habían suavizado en buena medida al hacerse mayor. Las dos chicas, que estaban juntas siempre que podían, ofrecían un singular contraste: una con su tez aceitunada y su aspecto casi italiano, y la otra con la blancura y rubicundez proverbiales en nuestros distritos rurales. Debe consignarse que los pagos efectuados al señor R. para el mantenimiento de Helen eran conocidos en el pueblo por su excesiva liberalidad, y la impresión general era que algún día la chica heredaría de su pariente una gran suma de dinero.

Los padres de Rachel no se oponían, por consiguiente, a la amistad de su hija con Helen, e incluso fomentaban esa intimidad, si bien hoy lo lamentan amargamente. Helen conservaba todavía su extraordinaria afición al bosque, y en varias ocasiones Rachel la acompañaba, poniéndose ambas en camino muy temprano y permaneciendo en el bosque hasta el anochecer. Después de estas excursiones, una o dos veces la señora M. observó en su hija un comportamiento bastante peculiar: se mostraba lánguida y soñadora, y parecía « distinta» , esa fue la expresión utilizada. Pero, al parecer, estas peculiaridades fueron consideradas demasiado banales para reparar en ellas. Una noche, sin embargo, después de que Rachel volviera a su casa, oyó una especie de sollozo contenido en la habitación de la chica y, al entrar, la encontró tendida sobre la cama, medio desnuda, presa de una evidente congoja. En cuanto vio a su madre, exclamó:

—¡Ay!, madre, madre, ¿por qué me dejarías ir al bosque con Helen?

La señora M. quedó asombrada por tan extraña exclamación y procedió a hacer preguntas a su hija. Rachel le contó una historia absurda. Dijo…

Clarke cerró el libro de golpe y giró su silla en dirección al fuego. La tarde en

que su amigo se sentó en esa misma silla y le contó su historia, Clarke le había interrumpido al llegar a un punto algo posterior a este, cortando en seco sus palabras en un paroxismo de horror.

—¡Dios mío! —había exclamado—. Piensa, piensa lo que estás diciendo. Es demasiado increíble, demasiado monstruoso; esas cosas no pueden ocurrir en este mundo sencillo donde los hombres y las mujeres viven y mueren, luchan y vencen, o quizá fracasan, y se postran bajo el dolor, y se afligen y padecen extraños destinos durante muchos años. Eso no, Phillips; cosas como esas no pasan. Debe de haber alguna explicación, alguna solución a ese terror. Porque, si fuera posible un caso así, nuestro mundo sería una pesadilla.

Pero Phillips relató su historia hasta el fin, concluyendo:

—Su huida sigue siendo un misterio hasta el día de hoy. Se esfumó a pleno sol; fue vista paseando por un prado y unos instantes después ya no estaba allí.

Clarke trató de imaginarse de nuevo toda la historia, sentado junto al fuego, y su mente se estremeció y retrocedió otra vez, horrorizada por la visión de tan espantosos e inenarrables elementos, entronizados, por así decirlo, y triunfantes en aquellos frágiles cuerpos. Ante él se extendía la borrosa perspectiva de la verde calzada del bosque, tal como la había descrito su amigo. Veía las vibrantes hojas y las temblorosas sombras en la hierba, la luz del sol y las flores, y a lo lejos, en lontananza, dos figuras avanzando hacia él. Una era Rachel, pero ¿y la otra?

Clarke hizo todo lo posible por no creer en nada de esto, pero al final de su transcripción escribió en el libro lo siguiente:

ET DIABOLUS INCARNATUS EST, ET HOMO FACTUS EST

III. LA CIUDAD DE LAS RESURRECCIONES

—¡Herbert! ¡Dios mío! ¿Es posible?

—Sí, me llamo Herbert. Creo que yo también le conozco a usted, pero no recuerdo su nombre. Tengo muy mala memoria.

—¿No te acuerdas de Villiers de Wadham?

—¡Es verdad! Discúlpame, Villiers, no podía imaginarme que estaba pidiendo limosna a un antiguo compañero de colegio. Buenas noches.

—Mi querido amigo, no tengas tanta prisa. Vivo muy cerca de aquí, pero no iremos todavía a mi casa. ¿Y si diésemos un corto paseo hasta Shaftesbury Avenue? ¿Cómo has llegado a esta situación, Herbert, en nombre del cielo?

—Es una larga historia, Villiers, y también extraña; si quieres puedo contártela.

—Venga pues. Acepta mi brazo, no pareces estar muy fuerte.

La desigual pareja ascendió lentamente por Rupert Street; uno, llevando

harapos sucios y de aspecto siniestro, y el otro, ataviado con el uniforme reglamentario de hombre de ciudad, aseado, lustroso y fundamentalmente acomodado. Villiers acababa de salir de un restaurante, después de una excelente y abundante cena, regada con una aceptable botella de Chianti. Presa de ese estado de ánimo que era casi crónico en él, se había demorado un momento junto a la puerta, escudriñando a su alrededor en la poco iluminada calle, en busca de esos misteriosos incidentes y personajes que pululan por las calles de Londres en cualquier barrio y a cualquier hora. Villiers se vanagloriaba de ser un experto explorador de esos recónditos laberintos y callejuelas poco frecuentadas de la vida londinense, y en esa poco provechosa búsqueda desplegaba una asiduidad digna de mejor empleo. Así pues, permanecía junto al farol, examinando a los transeúntes con mal disimulada curiosidad y, con esa gravedad sólo conocida por los asiduos a su mesa, acababa de enunciar mentalmente el siguiente axioma: « Londres ha sido llamada la ciudad de los encuentros, pero es más que eso, es la ciudad de las resurrecciones» .

De pronto, estas reflexiones se vieron interrumpidas por un patético gemido, cercano a él, y una deplorable petición de limosna. Ligeramente irritado, miró en torno y, con un brusco sobresalto, se halló ante la viva personificación de sus algo pomposas fantasías, a su lado, con el rostro alterado y desfigurado por la pobreza y la desgracia, y el cuerpo escasamente cubierto por mugrientos harapos, se encontraba su antiguo condiscípulo Charles Herbert, matriculado el mismo día que él y con quien había compartido diversiones y enseñanzas durante doce cursos consecutivos. Diferentes ocupaciones e intereses diversos habían interrumpido aquella amistad, y hacía seis años que Villiers no veía a Herbert. Ahora contemplaba esa ruina de hombre con pesar y consternación, no exentos de una cierta curiosidad por la triste cadena de circunstancias que le habían arrastrado a tan penosa situación. Además de compasión, Villiers experimentaba todos los goces del aficionado a los misterios y se felicitaba por sus ociosas especulaciones al salir del restaurante.

Durante algún tiempo caminaron en silencio y más de un transeúnte les miró con asombro ante el insólito espectáculo de un hombre bien vestido y un inconfundible mendigo cogido de su brazo. Al percatarse de ello, Villiers enfiló hacia una oscura calle del Soho. Allí repitió su pregunta.

—¿Cómo demonios te ha sucedido esto, Herbert? Siempre creí que gozabas de una excelente posición en Dorsetshire. ¿Te desheredó tu padre? Supongo que no.

—No, Villiers. A la muerte de mi pobre padre entré en posesión de toda la propiedad. Murió un año después de que yo abandonara Oxford. Fue un buen padre para mí y lamenté sinceramente su muerte. Pero ya sabes cómo son los jóvenes. Pocos meses después me vine a la ciudad, introduciéndome bastante en sociedad. Entré, desde luego, con buen pie y conseguí divertirme mucho, de una

forma más bien inofensiva. Es cierto que jugué un poco, mas nunca grandes cantidades, y las pocas veces que aposté en las carreras gané dinero… Solamente unas libras, no creas, pero lo suficiente para comprarme cigarros y otros insignificantes caprichos. Las cosas cambiaron en mi segunda temporada. Por supuesto, te enterarías de mi boda.

—No, no supe nada de ella.

—Pues sí, Villiers, me casé. Conocí en casa de unos amigos a una chica de una belleza de lo más extraño y sorprendente. No puedo decirte su edad; jamás la supe. Pero, según mis cálculos, supongo que debía de tener unos diecinueve años cuando la conocí. Mis amigos la habían conocido en Florencia. Les contó que era huérfana, hija de padre inglés y madre italiana, y a ellos les encantó tanto como a mí. La primera vez que la vi fue en una reunión vespertina. Me hallaba cerca de la puerta hablando con un amigo, cuando de repente, por encima del murmullo de las conversaciones, oí una voz que me estremeció el corazón. Estaba cantando una canción italiana. Aquella tarde me la presentaron y a los tres meses me casé con Helen. Esa mujer, Villiers, si se le puede llamar «mujer», corrompió mi alma. La noche de bodas la pasé sentado en su alcoba del hotel, escuchando su charla. Ella estaba sentada en la cama y yo la oía hablar con su hermosa voz de cosas que, incluso ahora, no me atrevería a susurrar en una noche oscura, aunque me encontrara en medio del desierto. Tú, Villiers, puedes pensar que conoces la vida; que conoces Londres, y lo que pasa día y noche en esta horrible ciudad. Lo único que puedo decirte es que debes de haber oído hablar de las cosas más ruines, pero te aseguro que no puedes concebir lo que yo sé, ni puedes haber imaginado en tus fantásticos y espantosos sueños ni la más leve sombra de lo que yo he oído… y visto. Sí, visto. He visto horrores tan increíbles que incluso a veces me detengo en plena calle y me pregunto si es posible que un hombre que sostenga semejantes cosas pueda seguir viviendo. Al cabo de un año era un hombre arruinado en cuerpo y alma.

—Pero ¿y tus propiedades? Tenías tierras en Dorset, ¿no?

—Lo vendí todo: los campos, los bosques, la vieja y querida casa…, todo.

—¿Y qué ha sido del dinero?

—Ella me lo quitó todo.

—¿Te abandonó entonces?

—Sí; desapareció una noche. No sé adonde fue, pero estoy seguro de que si la viera de nuevo me moriría. El resto de mi historia carece de interés; sórdida miseria, eso es todo. Puedes pensar, Villiers, que he exagerado para impresionarte, mas no te he contado ni la mitad. Podría contarte ciertas cosas que te convencerían, pero ya no volverías a conocer un solo día de felicidad. Pasarías el resto de tu vida como yo paso la mía, convertido en un hombre atormentado, un hombre que ha visto el infierno.

Villiers llevó a su casa al desgraciado y le dio de comer. Herbert comió poco

y apenas tocó el vaso de vino que su amigo le puso delante. Malhumorado y silencioso, se sentó junto al fuego y pareció aliviado cuando Villiers le despidió, tras darle una pequeña cantidad de dinero.

—Por cierto, Herbert —dijo Villiers al despedirse en la puerta—, ¿cómo se llamaba tu esposa? Dijiste Helen, ¿verdad? ¿Helen qué?

—El nombre por el que se hacía pasar cuando la conocí era Helen Vaughan, pero no podría decirte cuál es su verdadero nombre. No creo que tuviera nombre. No, no en ese sentido, no. Sólo los seres humanos tienen nombre, Villiers; no puedo decirte más. Adiós. Descuida. No dejaré de llamarte si considero que puedes ayudarme en algo. Buenas noches.

El hombre salió a la glacial noche y Villiers volvió a su chimenea. Había algo en Herbert que le había impresionado indeciblemente; no eran sus humildes harapos ni las marcas que la pobreza había impreso en rostro, sino más bien un terror indefinido que flotaba su alrededor como una neblina. Él mismo había admitido que no estaba exento de culpa; la mujer —lo había confesado— había corrompido su cuerpo y su espíritu, y Villiers presintió que ese hombre que antaño fuera su amigo debía de haber presenciado escenas cuya perversidad sería intraducible a palabras. Su historia no necesitaba confirmación: él mismo era la prueba viviente. Villiers reflexionó con curiosidad sobre la historia que acababa de oír, preguntándose si había oído el principio y el final de la misma.

« No —pensó—, el final ni hablar, tal vez sólo el principio. Un caso como este es como un juego de cajas chinas; abres una tras otra y en cada caja descubres un trabajo de artesanía más original que el anterior. Lo más probable es que el pobre Herbert sea sólo una de las cajas exteriores; seguramente habrá otras más extrañas en el interior» .

Villiers no podía quitarse de la cabeza a Herbert y su historia, que parecía cada vez más insensata a medida que avanzaba la noche. El fuego empezó a apagarse y el aire fresco de la mañana penetró en la habitación. Villiers se levantó, miró por encima del hombro y, estremeciéndose ligeramente, se acostó.

Unos días más tarde encontró en su club a un caballero conocido suyo llamado Austin, famoso por conocer íntimamente la vida londinense, tanto en su aspecto tenebroso como en el luminoso. Absorto todavía en su encuentro en el Soho y sus consecuencias, Villiers pensó que Austin tal vez fuera capaz de arrojar alguna luz sobre la historia de Herbert. Por eso, después de una corta charla intrascendente, le planteo de repente la cuestión.

—¿Por casualidad sabe usted algo de un hombre llamado Herbert, Charles Herbert?

Austin se volvió bruscamente y miró con asombro a Villiers.

—¿Charles Herbert? ¿No se encontraba usted en la ciudad hace tres años? ¿No? Entonces no habrá oído hablar del caso de Paul Street, ¿verdad? Causó sensación en la época.

—¿Cómo fue?

—Bueno, un caballero de muy buena posición fue encontrado muerto, completamente muerto, en el patio de cierta casa de Paul Street, calle que arranca de Tottenham Court Road. No fue la policía, desde luego, quien hizo el descubrimiento. Si por casualidad pasa uno toda la noche en vela con alguna luz encendida, el agente de ronda le llamará la atención. Pero si casualmente yace usted muerto en algún patio, le dejarán en paz. En ese caso, como en muchos otros, la alarma la dio una especie de vagabundo; no me estoy refiriendo a un mendigo corriente ni a un holgazán de taberna, sino a un caballero cuyos negocios o placeres le convertían en espectador de las calles londinenses a cinco de la madrugada. Ese individuo, según dijo, « iba a su casa» , no se sabe de dónde ni adonde, y pasaba por Paul Street entre las cuatro y las cinco de la madrugada. Algo le llamó la atención a la altura del número veinte. Declaró, bastante absurdamente, que la casa ofrecía el aspecto más desagradable que había observado en toda su vida, pero que, de todas formas, echó un vistazo al patio y quedó asombrado al ver a un hombre tendido sobre el pavimento, acurrucado boca arriba. Nuestro caballero pensó que aquel semblante ofrecía un aspecto particularmente horroroso, por lo que salió corriendo en busca del policía más próximo. Al principio, el agente se sintió inclinado a tomarse el asunto a la ligera, sospechando una vulgar borrachera. Sin embargo acudió y, al observar el rostro del hombre, cambió de tono bastante rápidamente.

» El pájaro madrugador que tan excelente gusano había encontrado fue en busca de un médico y el policía hizo sonar el timbre y golpeó la puerta de la casa hasta que bajó a abrir una sirvienta desaseada, con aspecto de estar aún dormida. El agente señaló el contenido del patio a la doncella, la cual gritó en voz alta lo suficiente para despertar a toda la calle. Luego declaró que no sabía nada de aquel hombre; que nunca le había visto en la casa, y cosas así. Entre tanto, el primer descubridor había vuelto con un médico y el siguiente paso fue entrar en el patio. La puerta estaba abierta, así es que el cuarteto al completo descendió ruidosamente los escalones. El doctor apenas necesitó un examen superficial para saber que el pobre tipo llevaba varias horas muerto. Fue entonces cuando la cosa empezó a ponerse interesante.

» Al muerto no le habían robado nada y en uno de sus bolsillos se encontraron papeles que le identificaban como… bueno, como a un hombre de buena familia y posición, predilecto de la buena sociedad y sin ningún enemigo conocido. No le digo su nombre, Villiers, porque nada tiene que ver con la historia, y no es bueno sacar a relucir los asuntos de los muertos cuando no les quedan parientes vivos. Lo más curioso fue que los médicos no pudieron ponerse de acuerdo acerca de la causa de su muerte. Presentaba unas ligeras magulladuras en los hombros, pero tan ligeras que parecía como si le hubiesen echado bruscamente a empujones por la puerta de la cocina, mas no que le hubiesen arrojado a la calle por encima

de la verja, ni que le hubiesen arrastrado por los escalones. No presentaba ninguna otra señal de violencia, ninguna desde luego que justificara su muerte. Al efectuar la autopsia no encontraron rastro alguno de veneno. Por supuesto, la policía quiso enterarse de todo lo relativo inquilinos del numero veinte y así se descubrieron, según supe confidencialmente, uno o dos detalles sumamente curiosos.

» Al parecer los ocupantes de la casa eran unos tales señor y señora de Charles Herbert. De él se decía que era un terrateniente, aunque a mucha gente le extrañaba, pues Paul Street no era exactamente el lugar apropiado para un caballero de su estirpe. En cuanto a la señora Herbert, nadie parecía saber quién era o lo que era y, entre nosotros, tengo la impresión de que los que bucearon en su pasado se encontraron con un mar de enigmas. Por supuesto, ambos negaron conocer al difunto y, a falta de pruebas en contra, fueron absueltos. Pero se descubrieron cosas bastante raras en relación con ellos. Aunque eran entre las cinco y las seis de la mañana cuando trasladaron al muerto, se congregó una gran muchedumbre y muchos vecinos corrieron a ver de qué se trataba. Sus comentarios fueron bastante sinceros, al decir de todos, y de ellos se desprendía que el número veinte de Paul Street tenía muy mala reputación. Los detectives intentaron seguirles la pista a estos rumores, para dar con algún fundamento sólido, pero no lograron encontrar ninguno. La gente se limitaba a negar con la cabeza y a enarcar las cejas, considerando que los Herbert eran más bien «raros», que «era preferible no ser vistos visitando su casa» y cosas por el estilo; pero no había nada tangible. Las autoridades tenían la certidumbre de que el hombre había encontrado la muerte, de una manera u otra, dentro de la casa y que luego fue arrojado al exterior por la puerta de la cocina. Pero no pudieron probarlo y la ausencia de indicios de violencia o de envenenamiento les impidió actuar. Un caso extraño ¿verdad?

Pero, curiosamente, hay algo más que todavía no le he contado. Casualmente conocía yo a uno de los médicos consultados sobre la posible causa de la muerte y, algún tiempo después de la investigación, me lo encontré y le pregunté al respecto.

» —¿No irá usted a decirme —le dije— que el caso le sigue desconcertando, que en realidad no sabe todavía de qué murió?

» —Perdóneme —replicó él—, sé perfectamente qué fue lo que le causó la muerte. Sin duda murió de miedo, de verdadero y atroz terror. Jamás he visto en el ejercicio de mi profesión unas facciones tan horrorosamente desencajadas, y eso que me he enfrentado con toda una multitud de muertos.

» Normalmente el doctor era un individuo tranquilo, por lo que me sorprendió una cierta vehemencia en sus modales; pero no pude sacarle nada más. Supongo que las autoridades no encontraron la manera de procesar a los Herbert por asustar a un hombre hasta causarle la muerte. De cualquier forma, no hicieron

nada y el caso acabó por olvidarse. ¿Acaso ha sabido usted algo acerca de Herbert?

—Bueno —replico Villiers—, fuimos compañeros de colegio.

—¡No me diga! ¿Vio usted alguna vez a su esposa?

No, hace años que he perdido de vista a Herbert.

—Es extraño, ¿no le parece?, separarse de un hombre a la salida del colegio o en Paddington, no saber nada de él durante años y luego verle asomar la cabeza en un lugar tan raro. Pero me habría gustado conocer a la señora Herbert; se cuentan de ella cosas extraordinarias.

—¿Qué clase de cosas?

—Bueno, casi no sé cómo explicarlo. Todos los que la vieron en el tribunal afirmaron que era la más bella y a la vez la más repulsiva mujer en la que habían puesto los ojos. He hablado con un hombre que la vio y le aseguro a usted que se estremeció, literalmente, al tratar de describirla, aunque no supo decir por qué. Por lo visto, era una especie de enigma y supongo que, si aquel muerto hubiera podido hablar, habría contado cosas extraordinariamente extrañas. Y aún queda otro misterio: ¿qué hacía un respetable caballero rural como el señor *** (así le llamaré si a usted no le importa) en una casa tan misteriosa como esa del número veinte? Es un caso muy extraño, ¿no le parece?

—En efecto, Austin; un caso extraordinario. Cuando le pregunté a usted por mi viejo amigo, no me imaginaba que iba a dar con algo tan extraño. Bien, ahora debo irme. Buenos días.

Villiers se marchó, recordando una vez más su metáfora de las cajas chinas. Este caso sí que contenía una original obra de artesanía.

IV. EL DESCUBRIMIENTO DE PAUL STREET

Unos pocos meses después del encuentro de Villiers con Herbert, el señor Clarke, después de cenar, estaba sentado como de costumbre junto a la chimenea, resuelto a reprimir sus deseos de acercarse al escritorio. Durante mas de una semana había conseguido mantenerse alejado de sus « Memorias» y abrigaba la esperanza de una completa reforma de sus hábitos. Mas, a pesar de su empeño, no podía acallar su admiración y la extraña curiosidad que en él había despertado el último caso anotado. Había sometido conjeturalmente el caso, o más bien un resumen del mismo, a un amigo científico, el cual meneó la cabeza y pensó que Clarke se estaba volviendo un poco chiflado. Aquella noche, Clarke se esforzaba por racionalizar la historia cuando un repentino golpe en la puerta le sacó de sus meditaciones.

—El señor Villiers desea verle, señor.

—Querido Villiers, ha sido usted muy amable en venir a verme, hacía

muchos meses que no le veía; casi un año, creo. Pase, pase. ¿Qué tal, Villiers? ¿Desea que aconseje alguna inversión?

—No, gracias, creo que todo lo que tengo en ese aspecto está bastante seguro. No, Clarke, he venido en realidad a consultarle acerca de un asunto bastante extraño, del que me he enterado recientemente. Me temo que, cuando se lo cuente, lo encontrará un poco absurdo. Eso mismo pienso yo a veces y esa es la razón por la que me he decidido a venir a verle, pues sé que es usted un hombre práctico.

El señor Villiers ignoraba la existencia de las « Memorias para probar la existencia del Diablo» .

—Bien, Villiers, me alegrará poder aconsejarle en la medida que me sea posible. ¿De qué se trata?

—Es algo extraordinario. Usted ya me conoce; sabe que en la calle siempre mantengo los ojos bien abiertos y que en ocasiones me he tropezado con individuos extraños y asuntos igualmente extraños. Pero este, creo, los supera a todos. Salía yo de un restaurante una desapacible noche invernal hará unos tres meses; había cenado excelentemente, acompañado de una buena botella de Chianti, y permanecía unos instantes en la acera, meditando acerca del misterio de las calles de Londres y de las gentes que por ellas pasaban. Una botella de vino tinto estimulaba este tipo de fantasías, Clarke; y me atrevo a decir que habría imaginado toda una página con letra pequeña, de no haber sido interrumpido bruscamente por un mendigo que se me había acercado por detrás y me hacia las suplicas habituales. Volví la cabeza, por supuesto, y el mendigo resultó ser lo que quedaba de un viejo amigo mío, un hombre llamado Herbert. Le pregunté cómo había llegado a esa situación tan espantosa y me lo contó. Paseamos de arriba abajo por una de esas calles largas y oscuras del Soho. Me dijo que se había casado con una chica muy guapa, unos años más joven que él, la cual le había corrompido, esa fue su expresión, en cuerpo y alma. No entró en detalles; dijo que no se atrevía, que lo que había visto y oído le atormentaba noche y día. Al mirarle a la cara comprendí que estaba diciendo la verdad. Había algo en él que me hizo estremecer. No sé por qué, pero así fue. Le di un poco de dinero y le despedí; y le aseguro a usted que cuando se marchó respiré con dificultad. Su presencia parecía helarle a uno la sangre.

—¿No exagera usted un poco, Villiers? Supongo que el pobre tipo se casaría precipitadamente y, en lenguaje corriente, iría a menos.

—Bien, escuche esto.

Villiers le contó a Clarke la historia que había escuchado de labios de Austin.

—Como verá —concluyó—, no existe la menor duda de que ese señor ***, quienquiera que sea, murió de puro terror, vio algo tan espantoso, tan terrible, que le segó la vida. Y lo que vio, desde luego lo vio en aquella casa, que, por una u otra razón, goza de mala reputación en la vecindad. Tuve la curiosidad de ir en

persona a ver semejante lugar. Es una calle de aspecto muy triste; las casas son lo bastante viejas para resultar sórdidas y lúgubres, pero no lo suficiente para ser pintorescas. Por lo que pude ver, la mayoría se alquilan por apartamentos, amueblados y sin amueblar, en número de tres en casi todas ellas; algunas plantas bajas han sido convertidas en tiendas de lo más vulgar; se trata de una calle deprimente en todos los aspectos. Comprobé que el número veinte estaba por alquilar y me dirigí a la agencia, donde me entregaron la llave. Por supuesto, en aquel tiempo todavía no había oído nada acerca de los Herbert, mas le pregunté al agente, que me pareció honrado, cuánto hacía que habían dejado la casa y si, entre tanto, esta había tenido otros inquilinos. Me miró con extrañeza durante unos instantes y luego me dijo que los Herbert se habían marchado inmediatamente después del disgusto, así lo llamó, y que desde entonces la casa había estado deshabitada.

El señor Villiers hizo una pausa.

—Siempre me ha gustado visitar casas abandonadas; encuentro una especie de fascinación en esas desoladas habitaciones vacías, con clavos en las paredes y una espesa capa de polvo en los antepechos de las ventanas. Pero no disfruté al recorrer el número veinte de Paul Street. Apenas puse el pie en el corredor, noté una extraña y agobiante sensación en la atmosfera. Ya sé que todas las casas deshabitadas están mal ventiladas y demás; pero aquella tenía algo completamente diferente; no sabría describírselo; era algo que parecía dejarle a uno sin respiración. Entré en la sala de estar, en el cuarto trasero y en la cocina de la planta baja; estaban bastante sucios y polvorientos, como era de esperar; pero había algo extraño en todos ellos. No se lo podría precisar; lo único que acierto a decir es que notaba algo anormal. Una de las habitaciones del primer piso era, sin embargo, la peor de todas. Era bastante espaciosa y el empapelado de sus paredes debió de ser en tiempos bastante alegre; pero, cuando yo la vi, la pintura, el papel y todo lo demás ofrecía un aspecto de lo más penoso. La habitación estaba repleta de horrores; cuando empujé la puerta, sentí que me rechinaban los dientes y, al entrar, creí caer desmayado al suelo. Sin embargo, me tranquilicé y me apoyé en la pared del fondo, preguntándome qué demonios podía haber en aquella habitación que me hiciera temblar y obligara a mi corazón a acelerar sus latidos, como si me hallase a punto de morir. En un rincón había un montón de periódicos esparcidos por el suelo, que empecé a hojear; eran de hacía tres o cuatro años; algunos estaban medio rotos y otros arrugados, como si los hubieran utilizado para envolver algo. Revolví todo en un montón y descubrí entre ellos un curioso dibujo; luego se lo mostraré. Pero no podía permanecer en la habitación: notaba que me abrumaba. Me alegré de salir, sano y salvo, al aire libre. La gente me miraba al pasar por la calle, pensando que estaba borracho. Realmente iba tambaleándome de un lado a otro de la acera y apenas fui capaz de devolver la llave al agente y marcharme a casa. Estuve en

cama una semana, padeciendo lo que mi médico calificó de conmoción nerviosa y agotamiento. Un día estaba leyendo el periódico de la tarde y casualmente reparé en un suelto titulado « Muerto por inanición» . Era lo de costumbre: una típica casa de huéspedes en Marylebone, una puerta cerrada durante varios días y un hombre encontrado muerto en su silla cuando forzaron aquella. « El difunto —decía el suelto— se llamaba Charles Herbert, y se cree que en tiempos fue un próspero terrateniente. Su nombre salió a la luz pública hace tres años en relación con una misteriosa muerte ocurrida en Paul Street, junto a Tottenham Court Road, pues resultó ser el inquilino de la casa número veinte, en cuyo patio fue hallado muerto un caballero de buena posición en circunstancias todavía por aclarar» . Un trágico final, ¿no le parece? Aunque, al fin y al cabo, si lo que me contó era cierto, y estoy seguro de que sí lo era, toda su vida había sido una tragedia, y además de índole mucho más extraña que las que se representan en los escenarios.

—¿Eso es todo? —dijo Clarke, meditabundo.

—Sí, eso es todo.

—Bien, en realidad, Villiers, apenas sé qué decir. Sin duda, el caso presenta unas circunstancias aparentemente extrañas: el hallazgo del cadáver en el patio de la casa de Herbert, por ejemplo, o el sorprendente dictamen del médico sobre la causa de la muerte. Pero, después de todo, es muy posible que estos hechos tengan una sencilla explicación. En cuanto a la sensación que usted experimentó al visitar la casa, yo sugeriría que fue debida a un exceso de imaginación por su parte; usted debió de sugestionarse, sin darse cuenta, por todo lo que oyó. No sé, exactamente, qué más podría decirse o hacerse al respecto. Evidentemente, usted cree que hay algo misterioso en todo esto. Pero, dado que Herbert está muerto, ¿dónde se propone usted seguir investigando?

—Me propongo buscar a la mujer; la mujer con quien se casó. *Ella* es el misterio.

Los dos hombres se sentaron en silencio junto al fuego; Clarke, felicitándose interiormente por haber sido capaz de mantenerse en su papel de defensor del lugar común, y Villiers, sumergido en sus melancólicas fantasías.

—Creo que me fumaré un cigarrillo —dijo al fin, llevándose una mano al bolsillo en busca de su pitillera—. ¡Ah! —exclamó, ligeramente sobresaltado—, olvidé que tengo algo que mostrarle. ¿Recuerda que le dije que había encontrado un dibujo bastante curioso entre el montón de periódicos viejos que había en Paul Street? Aquí lo tiene.

Villiers extrajo de su bolsillo un paquete pequeño, envuelto en papel marrón y sujeto con una cuerda de nudos algo complicados. Clarke se mostró curioso a su pesar y se inclinó hacia delante en su silla, mientras Villiers deshacía con dificultad los nudos y desplegaba la envoltura. Debajo había otra envoltura de tela y Villiers la quitó igualmente, entregando a Clarke el pequeño trozo de papel

sin decir palabra.

Durante cinco o más minutos, en la habitación reinó un silencio de muerte. Los dos hombres se hallaban tan inmóviles que podían escuchar el tictac del anticuado reloj de pared que había en el vestíbulo, y en la mente de uno de ellos la lenta monotonía del sonido despertó un recuerdo remoto, muy remoto. Clarke examinaba atentamente el pequeño retrato a pluma de una cabeza de mujer; evidentemente había sido realizado con gran cuidado por un verdadero artista, pues el alma de la mujer asomaba a sus ojos y una extraña sonrisa se abría paso entre sus labios. Clarke continuó escrutando el rostro del dibujo. Le traía a la memoria un atardecer de verano mucho tiempo atrás; volvía a ver de nuevo el largo y precioso valle, el río que serpenteaba entre colinas, prados y trigales, el pálido sol rojizo y la deprimente bruma blancuzca que se elevaba del agua. Oía una voz que hablaba a través de los años, diciendo: « Clarke, ¡Mary verá al dios Pan!» Y entonces se vio de pie en la siniestra habitación, junto al doctor, escuchando el pesado tictac del reloj, esperando y observando, observando la figura yacente en el sillón verde bajo la luz de la lámpara. Mary se levantó. Clarke la miró a los ojos y sintió que se le oprimía el corazón.

—¿Quién es esta mujer? —dijo finalmente, con voz ronca y firme.

—Es la mujer con quien se casó Herbert.

Clarke miró de nuevo el retrato; después de todo no se trataba de Mary. Ciertamente era el rostro de Mary, pero había algo más, algo que no había visto en las facciones de Mary cuando la muchacha, vestida de blanco, entró en el laboratorio con el doctor, ni tampoco en su terrible despertar, ni cuando yacía sonriente en el lecho. Sea cual fuere la causa —la mirada de aquellos ojos, la sonrisa de sus gruesos labios o la expresión de todo su semblante—, lo cierto es que Clarke se estremeció en lo más íntimo de su ser y recordó inconscientemente las palabras del Dr. Phillips « La más intensa expresión de maldad que jamás haya visto» . Mecánicamente, dio la vuelta al papel y echó una ojeada al dorso.

—¡Por Dios, Clarke! ¿Qué le ocurre? Se ha puesto usted más blanco que el papel.

Villiers saltó bruscamente de su silla, al tiempo que Clarke caía hacia atrás con un gemido, soltando el papel de entre sus manos.

—No me encuentro muy bien, Villiers. De vez en cuando padezco este tipo de ataques. Sírvame un poco de vino. Gracias, eso bastará. Dentro de un momento me sentiré mejor.

Villiers recogió el retrato del suelo y le dio la vuelta, como había hecho Clarke.

—¿Lo ha visto? —dijo—. Así es como identifiqué el dibujo con el retrato de la esposa de Herbert, o mejor dicho, de su viuda. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Mejor, gracias; fue sólo un desmayo pasajero. Creo que no he comprendido bien lo que usted me ha dicho. ¿Qué fue lo que le permitió

identificar el dibujo?

—Esta palabra, *Helen*, escrita al dorso. ¿No le había dicho que se llamaba Helen? Sí, Helen Vaughan.

Clarke gimió. No cabía la menor duda.

—¿Está usted ahora de acuerdo conmigo —dijo Villiers— en que hay unos cuantos detalles muy extraños en la historia que acabo de contarle esta noche, y en el papel que esta mujer desempeña en ella?

—Sí, Villiers —susurró Clarke—. Se trata, en efecto, de una historia extraña. Déme tiempo para meditar sobre ella. Es posible que pueda ayudarle; o tal vez no. ¿Se marcha usted ya? Bien, buenas noches. Venga a verme dentro de una semana.

V. CONSEJO POR ESCRITO

—¿Sabe usted, Austin? —dijo Villiers, mientras ambos amigos iban paseando apaciblemente por Piccadilly una agradable mañana de mayo—. ¿Sabe usted que estoy convencido de que lo que me contó acerca de Paul Street y los Herbert no es más que un simple episodio de una historia que se sale de lo corriente? Debo confesarle también que, cuando hace unos meses le pregunté a usted por Herbert, acababa de verle.

—¿Que le vio usted? ¿Dónde?

—Una noche me pidió limosna en la calle. Se hallaba en un estado de lo más lamentable; pero le reconocí y le urgí a que me contara su vida, o al menos un resumen de la misma. En pocas palabras viene a ser esto: su esposa le había arruinado la vida.

—¿De qué forma?

—No me lo quiso decir; únicamente dijo que ella le había destruido en cuerpo y alma. Ahora el pobre está muerto.

¿Y qué ha sido de su esposa?

—Eso es lo que me gustaría saber. Tengo la intención de encontrarla más pronto o más tarde. Conozco a un individuo llamado Clarke, un tipo impasible, en realidad un hombre de negocios, y bastante perspicaz. Entiéndame: perspicaz no sólo en la mera acepción mercantil del término, sino que es una persona que conoce realmente a sus semejantes y sabe lo que es la vida. Pues bien: le expuse el caso y quedó visiblemente impresionado. Dijo que necesitaba tiempo para reflexionar y me rogó que volviera al cabo de una semana. Pocos días después recibí esta extraordinaria carta.

Austin tomó el sobre, extrajo la carta y la leyó con curiosidad. Decía lo siguiente:

Mi querido Villiers: He meditado sobre el asunto que me consultó usted la otra

noche y mi consejo es este: arroje al fuego el retrato, borre de su mente la historia. No piense más en ella, Villiers, o lo lamentará. Pensará, sin duda, que me hallo en posesión de alguna información secreta, y hasta cierto punto es así. Pero únicamente sé unas pocas cosas: soy como un viajero que se hubiera asomado a un abismo y hubiese retrocedido aterrorizado. Lo que sé es bastante extraño y bastante horrible, pero más allá de mis conocimientos existen profundidades y horrores todavía más espantosos, más increíbles que cualquier cuento de esos que se escuchan en las noches invernales junto a la lumbre. He decidido no indagar más y nada me hará variar esta decisión. Y si valora en algo su felicidad haría usted muy bien en tomar la misma determinación. Venga a verme de todas formas, pero hablaremos de temas más agradables.

Austin plegó la carta metódicamente y se la devolvió a Villiers.

—Desde luego es una carta extraordinaria —dijo—. ¿A qué retrato se refiere?

—¡Ah! Me olvidé de contarle que estuve en Paul Street, donde hice un descubrimiento.

Villiers le contó lo mismo que a Clarke, mientras Austin escuchaba en silencio. Parecía desconcertado.

—¡Qué curioso que experimentase usted una sensación tan desagradable en aquella habitación! —dijo al fin—. No puedo creer que se trate simplemente de una jugarreta de su imaginación: una impresión repulsiva, en suma.

—No, fue algo más físico que mental. Como si, al respirar, inhalase algún tipo de vapor letal, que parecía penetrar en cada nervio, cada hueso y cada fibra de mi cuerpo. Me sentí desgarrado de los pies a la cabeza y mis ojos empezaron a enturbiarse. Como si me encontrara en el umbral de la muerte.

Sí, sí. Es muy extraño, desde luego. Ya ve usted, su amigo confiesa que existe algún asunto muy funesto relacionado con esa mujer. ¿Observó en él alguna emoción concreta mientras le contaba su visita a Paul Street?

—Sí, en efecto. Se puso muy pálido, pero me aseguró que se trataba de un simple ataque pasajero de esos que a menudo le dan.

—¿Le creyó usted?

—Entonces sí, pero ahora no. Escuchó lo que yo tenía que decirle con gran indiferencia hasta que le mostré el retrato. Fue entonces cuando sufrió el ataque de que le hablé. Tenía un aspecto cadavérico, se lo aseguro.

—En ese caso, debe de haber visto a esa mujer con anterioridad. Aunque puede haber otra explicación: tal vez fue el nombre y no la cara lo que le resultó familiar. ¿Qué opina usted?

—No sabría decirle. Tengo entendido que fue precisamente al darle la vuelta al retrato cuando estuvo a punto de caerse de la silla. Como sabe, el nombre estaba escrito en el dorso.

—Efectivamente. Después de todo, es imposible llegar a una solución en un

caso como este. Detesto los melodramas y nada me parece más vulgar y tedioso que el típico cuento de fantasmas de quiosco. Pero realmente parece, Villiers, como si hubiera algo bastante raro en el fondo de todo este asunto.

Los dos hombres torcieron, sin darse cuenta, por Ashley Street, dirigiéndose hacia el norte desde Piccadilly. Es una calle larga y más bien triste, en la que de vez en cuando se advierte en las oscuras fachadas alguna nota de color, consistente en flores, jubilosas cortinas o puertas pintadas alegremente. Cuando Austin dejó de hablar, Villiers miró hacia arriba y contempló una de esas casas; geranios rojos y blancos pendían de los antepechos de las ventanas, cubiertas por cortinas de color narciso.

—Alegre, ¿verdad? —dijo.

—Sí; y su interior todavía lo es más. He oído decir que es una de las casas mas agradables en plena temporada. Nunca he estado en su interior, pero conozco a varios individuos que sí han entrado y aseguran que resulta sumamente grata.

—¿A quién pertenece?

—A la señora Beaumont.

—¿Quién es ella?

—No sabría decírselo. Tengo entendido que procede de Sudamérica, aunque, después de todo, poco importa quién sea ella. Se trata de una mujer muy rica, de eso no cabe la menor duda, y ha estado relacionada con algunos miembros de la mejor sociedad. He oído decir que tiene un clarete estupendo, un vino realmente maravilloso que ha debido de costarle una fabulosa suma. Me lo contó lord Argentine, que estuvo en la casa el pasado domingo por la noche. Asegura mi amigo que jamás probó un vino parecido y, como usted sabe, Argentine es un experto. A propósito, eso me recuerda que la tal señora Beaumont debe de ser una excéntrica. Argentine le preguntó por la edad del vino y ¿qué cree usted que le contestó? «Unos mil años, creo». Lord Argentine creyó que le estaba tomando el pelo, pero cuando se rió, ella le aseguró que hablaba completamente en serio y le ofreció mostrarle el barril. Por supuesto, después de esto, ya no pudo replicarla. ¿No le parece a usted que es demasiado tiempo para una bebida? ¡Vaya! Ya hemos llegado a mi casa. Entre, ¿quiere?

—Sí, gracias. Hace tiempo que no visito su tienda de antigüedades.

Era una sala amueblada con suntuosidad, aunque extrañamente, donde cada silla, cada estantería, cada mesa, cada alfombra, cada jarrón y cada adorno parecían ser objetos aparte, parecían conservar su propia individualidad.

—¿Ha adquirido usted algo nuevo últimamente? —dijo Villiers al cabo de un rato.

—No, creo que no. Usted ya vio las jarras, ¿verdad? Ya me parecía a mí que sí. No creo haber comprado nada estas últimas semanas.

Austin echó un vistazo a su alrededor, de alacena en alacena, de estante en

estante, buscando alguna nueva rareza. Al fin, sus ojos se posaron en un viejo cofre, extrañamente cincelado, que se hallaba en un rincón oscuro de la sala.

—¡Ah!, se me olvidaba —dijo—. Tengo algo para mostrarle.

Austin abrió el cofre, sacó un grueso volumen en cuarto, lo puso sobre la mesa y volvió a coger el cigarro que había dejado.

—Villiers ¿conoció usted a Arthur Meyrick, el pintor?

—Un poco. Hablé con él dos o tres veces en casa de un amigo común.

—Pues ha muerto.

—¡No me diga! Era bastante joven, ¿no?

—Sí. Tenía sólo treinta años cuando murió.

—¿Y de qué murió?

—No lo sé. Era muy buen amigo mío y un tipo excelente. Solía venir aquí y charlábamos durante horas; era uno de los mejores conversadores que he conocido. Incluso podía hablar de pintura, lo cual no puede decirse de la mayoría de los pintores. Hace unos dieciocho meses se sintió demasiado agobiado por su trabajo y, en parte por sugerencia mía, se marchó a una especie de expedición itinerante, sin propósito definido ni fin. Creo que su primera escala debió de ser Nueva York, aunque nunca más tuve noticias suyas. Hace tres meses recibí este libro, junto con una carta muy cortés de un médico inglés establecido en Buenos Aires, que declaraba haber asistido al difunto señor Meyrick durante su enfermedad. Según me explicó, el difunto le había expresado su sincero deseo de que, después de su muerte, me fuese enviado el paquete adjunto. Eso fue todo.

—Y ¿no ha solicitado más detalles?

—He estado pensando en hacerlo. ¿Me aconseja usted que escriba al médico?

—Desde luego. Y ¿qué hay del libro?

—Estaba lacrado cuando lo recibí. No creo que el doctor lo haya visto.

—¿Se trata de algún ejemplar raro? ¿Acaso Meyrickera coleccionista?

—No, no lo creo; precisamente un coleccionista, no. Bueno, ¿qué le parecen esos cacharros ainos?

—Son muy raros, pero me gustan. ¿No iba usted a enseñarme el legado del pobre Meyrick?

—Sí, sí, claro. En realidad se trata de algo bastante peculiar, que todavía no he enseñado a nadie. En su caso, yo no hablaría de esto con nadie. Aquí lo tiene.

Villiers tomó el libro y lo abrió al azar.

—¿No se trata de un volumen impreso?

—No. Es una colección de dibujos a lápiz, realizados por mi pobre amigo Meyrick.

Villiers empezó por la primera página: estaba en blanco. La segunda llevaba una breve inscripción que decía así:

Silet per diem universus, nec sine horrore secretus est; lucet nocturnis ignibus,

chorus Ægipanum undique personatur: audiuntur et cantus tibiarum, et tinnitus cymbalorum pero oram maritimam.

En la tercera página había un dibujo que sobresaltó a Villiers y le hizo levantar los ojos en dirección a Austin, el cual miraba abstraído por la ventana. Villiers fue pasando las páginas, absorto a su pesar en la espantosa Noche de Walpurgis, de extraña y monstruosa malignidad, que el fallecido artista había expuesto en aquellos dibujos. Ilustraciones de faunos, sátiros y egipanes[2] bailaban delante de sus ojos; ante él desfilaba la tétrica espesura, la danza en la cumbre de la montaña y escenas diversas junto a playas solitarias, en verdes viñedos o en roquedales y desiertos. Era un mundo ante el cual el alma humana parecía encogerse estremecida. Villiers pasó rápidamente las restantes páginas. Había visto suficiente. Mas, cuando se disponía a cerrar el libro, le llamó la atención el dibujo de la última página.

—¡Austin!

—¿Qué sucede?

—¿Sabe usted quién es?

Era un rostro de mujer, en mitad de la página en blanco.

—¿Que si sé quién es? No, por supuesto que no.

—Yo sí.

—¿Quién es?

—Es la señora Herbert.

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro. ¡Pobre Meyrick! Es otro capítulo en la historia de esa mujer.

—¿Qué le parecen los dibujos?

—Son espantosos. Vuelva a guardar el libro, Austin. Yo en su lugar lo quemaría; constituye un peligro, incluso dentro de un cofre.

—Sí, son unos dibujos muy extraños. Pero me pregunto qué relación pudo existir entre Meyricky la señora Herbert, o qué vínculo entre ella y estos dibujos.

—¡Ah! ¿Quién podría decirlo? Es posible que el asunto concluya aquí y que nunca sepamos nada más. Pero, en mi opinión, esta Helen Vaughan, o señora Herbert, es sólo el principio. Volverá a Londres; cuente con ello, Austin, volverá y entonces tendremos más noticias de ella. Y no creo que sean noticias muy agradables.

VI. LOS SUICIDIOS

Lord Argentine gozaba de los favores de la mejor sociedad londinense. A los veinte años había sido un pobre diablo que, aun ostentando el apellido de una

ilustre familia, se había visto obligado a ganarse el sustento lo mejor que podía, y ni el más usurero de los prestamistas le habría dejado a cuenta cincuenta libras en la esperanza de que algún día cambiase su apellido por un título y su pobreza por una gran fortuna. Su padre había estado lo bastante cerca de los centros de poder como para asegurarse un beneficio familiar, pero aunque el hijo hubiera tomado las órdenes, difícilmente habría obtenido algo parecido. Además, no sentía vocación por el estado eclesiástico. Así pues, afrontó el mundo sin más armas que la toga de licenciado y el ingenio propio de un nieto de un benjamín de buena familia, con las cuales consiguió, de alguna manera, hacer más soportable la lucha.

A los veinticinco años, el señor Charles Aubernoun todavía estaba en guerra con el mundo, si bien, de los siete individuos que se interponían entre él y los puestos más elevados dentro de su familia, únicamente quedaban tres. No obstante, estos tres tenían todavía « mucha vida por delante» , cosa que, sin embargo, no demostraron frente a las azagayas zulúes y a la fiebre tifoidea, por lo que una mañana Aubernoun se despertó convertido en lord Argentine. Tras hacer frente a las dificultades de la existencia, a los treinta años había vencido. La situación le divirtió enormemente y decidió que la riqueza sería tan agradable para él como lo había sido la pobreza. Después muchas reflexiones, Argentine llegó a la conclusión de que el comer, considerado como una de las bellas artes, era tal vez el más divertido pasatiempo de cuantos se ofrecen a la sufrida humanidad; de modo que sus cenas se hicieron famosas en Londres y una invitación a su mesa era algo codiciosamente deseado.

Al cabo de diez años de estar en posesión del título de lord y de haber ofrecido innumerables cenas, Argentine no estaba harto todavía, persistía aún en gozar de la vida y, por una especie de contagio, había llegado a ser considerado el catalizador de la alegría ajena; en pocas palabras, era imprescindible en cualquier reunión. Por tanto, su repentina y trágica muerte provocó una amplia y profunda impresión. La gente apenas podía creerlo, ni aun teniendo delante de los ojos el periódico, ni aunque resonase por las calles el pregón de « misteriosa muerte de un noble» . Sin embargo, ahí estaba el breve suelto: « Lord Argentine fue hallado muerto esta mañana por su ayuda de cámara en extrañas circunstancias. Se afirma que no cabe la menor duda de que su señoría se suicidó, aunque no pueda atribuirse ningún motivo a esta decisión. El difunto noble era muy conocido en sociedad y muy apreciado por su trato afable y su suntuosa hospitalidad. Le sucederá… etc., etc.»

Poco a poco fueron saliendo a la luz nuevos detalles, pero el caso continuó siendo un misterio. El principal testigo de la encuesta fue el ayuda de cámara del difunto, quien declaró que la noche anterior a su muerte lord Argentine había cenado con cierta dama de buena posición, cuyo nombre se omitió en los reportajes periodísticos. A eso de las once, lord Argéntine regresó a casa y le

manifestó a su ayuda de cámara que no necesitaría sus servicios hasta la mañana siguiente. Un poco más tarde, el ayuda de cámara tuvo ocasión de cruzar el vestíbulo y quedó asombrado al ver a su amo saliendo discretamente por la puerta principal. Se había quitado el traje de etiqueta y llevaba cazadora y bombachos, y un sombrero marrón. El ayuda de cámara no tenía ninguna razón para suponer que lord Argentine le había visto y, aunque su amo raramente salía a horas tan tardías, no volvió a acordarse de lo ocurrido hasta la mañana siguiente, cuando llamó a la puerta de su alcoba a las nueve menos cuarto, como de costumbre. No obtuvo respuesta y, tras llamar dos o tres veces más, entró en la habitación y descubrió el cuerpo de lord Argentine inclinado hacia delante en una extraña, postura. Su amo había atado con firmeza una cuerda a uno de los postes de la cama y, tras hacer un nudo corredizo y pasárselo alrededor del cuello, el desdichado debió de lanzarse decididamente hacia delante, para morir lentamente por estrangulación.

Estaba vestido con el mismo traje claro con el que el ayuda de cámara le había visto salir y el médico al que llamaron declaró que su vida se había extinguido hacía más de cuatro horas. Todos los documentos, cartas y cosas por el estilo parecían estar en perfecto orden y no se encontró nada que revelase ni remotamente la posibilidad de un escándalo, grande o pequeño. No pudo descubrirse nada más. Varias personas habían estado presentes en la cena a la que había asistido lord Argentine y a todas ellas les pareció que el difunto se había mostrado tan animado como de costumbre. El ayuda de cámara dijo, efectivamente, que su amo le pareció un poco excitado cuando volvió a casa, aunque reconoció que su alteración era muy leve, en realidad apenas perceptible. Pareció inútil buscar alguna pista y la hipótesis de que lord Argentine había padecido un súbito ataque de manía suicida fue generalmente aceptada.

Sin embargo, la gente no pensó lo mismo cuando, al cabo de tres semanas, tres caballeros más, uno de ellos aristócrata y los otros dos de buena posición y amplios recursos, perecieron lamentablemente de forma muy parecida. Lord Swanleigh fue encontrado una mañana en su tocador, colgado de una percha sujeta a la pared, y los señores Collier-Stuart y Herries prefirieron morir como lord Argentine. No había explicación para ninguno de los casos, únicamente unos pocos hechos sueltos: un individuo vivo por la tarde y un cadáver con el rostro hinchado y morado por la mañana. La policía, que se había visto obligada a declararse impotente para explicar y acabar con los sórdidos asesinatos de Whitechapel[3], enmudeció ante los horribles suicidios de Piccadilly y Mayfair, pues ni siquiera la ferocidad, que sirvió de explicación a los crímenes del East End, era útil en el West.

Todos estos hombres, que habían decidido morir de forma tan atormentada como vergonzosa, eran ricos, prósperos y, según todas las apariencias, amantes de la vida mundana; y ni la investigación más perspicaz fue capaz de encontrar

alguna sombra o motivo oculto. Había pavor en el ambiente y los hombres se escrutaban mutuamente al encontrarse, preguntándose cada uno si no sería el otro la quinta víctima de aquella tragedia sin nombre. En vano buscaron los periodistas en sus álbumes de recortes material con que urdir sus evocadores artículos. Por la mañana, en la mayoría de los hogares, el periódico era desplegado con una sensación de temor; nadie sabía cuándo ni dónde sería asestado el próximo golpe.

Poco después del último de esos terribles sucesos, Austin fue a ver al señor Villiers. Sentía curiosidad por saber si había conseguido encontrar alguna nueva pista relacionada con la señora Herbert, bien a través de Clarke o por otros medios, y en cuanto se sentaron se lo preguntó.

—No —contestó Villiers—. Escribí a Clarke, pero se mantiene inflexible y, aunque probé otros conductos, no tuve éxito. No consigo averiguar qué fue de Helen Vaughan después de abandonar Paul Street, aunque supongo que se iría al extranjero. A decir verdad, Austin, en estas últimas semanas no he prestado mucha atención al asunto; conocía íntimamente al pobre Herries y su terrible muerte ha sido para mí un golpe muy duro, extremadamente duro.

—Lo creo —replicó Austin con solemnidad—. Ya sabe usted que Argentine era amigo mío. Si mal no recuerdo, estuvimos hablando de él el día que usted vino a mi casa.

—Sí, con motivo de aquella casa de Ashley Street, la casa de la señora Beaumont. Usted dijo algo acerca de que Argentine había cenado allí.

—Así es. Por supuesto sabrá usted que fue allí donde cenó Argentine la noche antes… de su muerte.

—No, no había oído nada de eso.

—Pues sí. Su nombre no apareció en los periódicos para proteger a la señora Beaumont. Argentine era uno de sus comensales preferidos; y dicen que, a su muerte, quedó ella en una terrible situación.

El rostro de Villiers adoptó una curiosa expresión, como si dudase entre hablar o no. Austin comenzó de nuevo.

—Nunca había experimentado una sensación de horror como la que sentí al leer la noticia de la muerte de Argentine. No la comprendí entonces, ni la comprendo ahora. Le conocía muy bien y no puedo imaginar el motivo que le impulsó, a él o a cualquiera de los otros, a matarse a sangre fría de forma tan espantosa. Ya sabe usted cómo murmura la gente en Londres. Puede estar usted seguro de que cualquier escándalo encubierto o cualquier vergüenza oculta habría salido a la luz en un caso como este. Sin embargo, nada de eso ha sucedido. En cuanto a la teoría de la manía suicida, está muy bien desde luego para el jurado de la encuesta, mas todo el mundo sabe que es pura necedad. La manía suicida no es como el sarampión.

Austin se sumió en un melancólico silencio. Villiers permaneció también

callado, observando a su amigo. Su rostro seguía mostrando una expresión de indecisión, como si sopesase sus pensamientos y las reflexiones que acudían a su mente le impidieran hablar. En un intento por sacudirse el recuerdo de aquellas tragedias, tan inútilmente enrevesadas como el laberinto de Dédalo, Austin empezó a hablar con voz indiferente de los incidentes y aventuras más agradables de la temporada londinense.

—Esa señora Beaumont de quien estuvimos hablando —dijo— es el gran éxito de la temporada. Ha tomado Londres al asalto. La conocí la otra noche en Fulham's; es una mujer realmente notable.

—¿Le presentaron a la señora Beaumont?

—Sí; estaba rodeada por una verdadera corte. Supongo que se la podría calificar de muy guapa, si bien hay algo en su semblante que no me agrada. Las facciones son exquisitas, mas su expresión es extraña. Estuve mirándola todo el tiempo y, más tarde, cuando regresaba a casa, tuve la curiosa sensación de que aquella expresión me era, de alguna manera, familiar.

—Debe de haberla visto en el Row[4].

—No; estoy seguro de no haber visto nunca a esa mujer; y eso es lo que me desconcierta. Que yo sepa, jamás he visto a nadie como ella. Lo que siento es una especie de borroso y remoto recuerdo, vago pero persistente. Esta sensación sólo es comparable a ese extraño sentimiento que a veces se tiene en sueños, mediante el cual ciudades fantásticas, países maravillosos y personajes fantasmas nos parecen familiares y habituales.

Villiers asintió con la cabeza y echó un vistazo fortuito por la habitación, buscando posiblemente otro tema de conversación. Sus ojos se fijaron en un viejo cofre, parecido a aquel en que yacía el extraño legado del artista, oculto bajo un escudo de armas gótico.

—¿Ha escrito usted al médico interesándose por el pobre Meyrick? —preguntó.

—Sí. Le escribí pidiéndole más detalles sobre su enfermedad y su muerte. No espero respuesta hasta dentro de tres semanas o un mes. Creo que también debería preguntarle si llegó a conocer a una inglesa llamada Herbert y, en ese caso, si puede darme alguna información sobre ella. Es muy posible que Meyrick se encontrara con ella en Nueva York, México o San Francisco. No tengo ni idea de los lugares que recorrió en aquel viaje.

—Sí; y también es posible que la mujer usara más de un nombre.

—Exactamente. Ojalá se me hubiese ocurrido pedirle prestado el retrato de ella que usted posee. Hubiera podido adjuntárselo al Dr. Matthews en mi carta.

Lleva usted razón, no se me había ocurrido. Se lo podemos enviar ahora. ¡Escuche! ¿Qué gritan esos chicos?

Mientras los dos hombres conversaban, el confuso rumor de voces de la calle había ido en aumento. El vocerío procedía del este y se acrecentaba en

Picadillly, aproximándose cada vez más hasta convertirse en un verdadero tumulto sonoro, que se apoderaba de aquellas calles, habitualmente tranquilas, haciendo asomar rostros curiosos e inquietos en cada ventana. Los ecos de los gritos y las voces llegaron a la silenciosa calle donde Villiers vivía, haciéndose más nítidos a medida que se aproximaban. Y mientras Villiers hablaba, la respuesta llegaba de la calle:

¡LOS HORRORES DEL WEST END! ¡OTRO ESPANTOSO SUICIDIO!
¡TODOS LOS DETALLES!

Austin se precipitó escaleras abajo, compró un periódico y le leyó a Villiers la noticia en voz alta, mientras el alboroto de la calle crecía y menguaba alternativamente. La ventana estaba abierta y el aire parecía cargado de ruidos y de terrores.

Otro caballero ha caído víctima de la terrible epidemia de suicidios que ha imperado en el West End durante el pasado mes. El señor Sidney Crashaw, de Stoke House, en Fulham, y King's Pomery, en Devon, tras una prolongada búsqueda, fue encontrado colgando de la rama de un árbol de su jardín a las trece horas del día de hoy. El finado caballero cenó la pasada noche en el club Carlton y parecía tan saludable y tan animado como de costumbre. Salió del club a eso de las diez y fue visto poco después paseando sin prisas por St. James Street. A partir de ahí, sus movimientos no han podido ser localizados. Al descubrirse el cuerpo se solicitó inmediatamente asistencia médica, pero su vida se había extinguido, evidentemente, hacía mucho tiempo. Que se sepa, el señor Crashaw no padecía ningún tipo de trastorno o preocupación. Como se recordará, este penoso suicidio es el quinto de la serie en este último mes. Las autoridades de Scotland Yard son incapaces de proponer alguna explicación a tan terribles sucesos.

Austin dejó el periódico, mudo de horror.

—Mañana partiré de Londres —dijo—; es una ciudad de pesadilla. ¡Qué espantoso es todo esto, Villiers!

El señor Villiers estaba sentado junto a la ventana, mirando discretamente a la calle. Había leído con atención el reportaje del periódico y su rostro no mostraba ya la expresión indecisa de antes.

—Espere un momento, Austin —replicó—. He decidido mencionarle un pequeño incidente que ocurrió la pasada noche. Según creo, el periódico afirma que Crashaw fue visto con vida en St. James Street poco después de las diez.

—Sí, eso creo. Miraré otra vez. Sí, tiene usted razón.

—En efecto. Bueno, en todo caso estoy en condiciones de contradecir esa declaración. Crashaw fue visto después de esa hora; considerablemente más tarde, ya lo creo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo mismo le vi casualmente alrededor de las dos de esta madrugada.

—¿Que usted vio a Crashaw? ¿Usted, Villiers?

—Sí, le vi con toda claridad; en realidad, sólo nos separaban unos pocos metros.

—¡Por Dios!, ¿dónde le vio?

—No lejos de aquí. Le vi en Ashley Street. Salía de una casa.

—¿Se fijó usted en esa casa?

—Sí. Era la casa de la señora Beaumont.

—¡Villiers!, piense bien lo que está diciendo; debe de tratarse de un error. ¿Cómo podía estar Crashaw en casa de la señora Beaumont a las dos de la madrugada? Sin duda lo ha soñado usted, Villiers; siempre ha sido bastante imaginativo.

—No lo he soñado; estaba completamente despierto. Y aunque hubiera estado soñando, como usted dice, lo que vi con toda seguridad me habría despertado.

—¿Qué es lo que vio? ¿Notó algo raro en Crashaw? No puedo creerlo; es imposible.

—Bueno, si quiere le contaré lo que vi, o, si lo prefiere, lo que creí ver; así podrá juzgar por sí mismo.

—Muy bien, Villiers.

Aunque de vez en cuando llegaba todavía algún grito lejano, el ruido y el clamor de la calle se habían desvanecido; y el monótono y pesado silencio era como la calma que sigue a un terremoto o a una tormenta. Villiers se apartó de la ventana y empezó a hablar.

—Anoche estuve en una casa próxima a Regent's Park y al irme tuve el capricho de regresar a casa andando, en lugar de tomar un coche. Era una noche bastante clara y agradable, y al cabo de unos minutos me quedé prácticamente solo en las calles. Es muy curioso, Austin, pasear de noche por Londres, con las farolas de gas alejándose en lontananza, un vasto silencio de muerte, y tal vez el traqueteo de un coche sobre el adoquinado haciendo brotar chispas bajo los cascos de los caballos. Caminaba con paso bastante ligero, pues me sentía un poco cansado y deseaba estar en casa. Cuando dieron las dos torcí por Ashley Street que, como usted sabe, me coge de paso. Encontré la calle más tranquila que nunca y, como las farolas escaseaban, en conjunto parecía tan oscura y tenebrosa como un bosque en invierno. Había recorrido aproximadamente la mitad de la calle cuando oí cerrarse una puerta suavemente y, como es natural, tuve curiosidad por saber quién era el que, al igual que yo, se atrevía a salir a esas horas. Da la casualidad de que había una farola junto a la casa en cuestión y pude ver a un hombre de pie en el umbral. Acababa de cerrar la puerta y tenía el rostro vuelto hacia mí, por lo que inmediatamente le reconocí: era Crashaw.

Nunca había hablado con él, pero le había visto a menudo, por lo que estoy seguro de no equivocarme de hombre. Le miré un momento a la cara y luego, le confieso la verdad, salí corriendo y no me detuve hasta verme a salvo en mi propia casa.

—¿Porqué hizo eso?

—Porque la visión de su rostro me heló la sangre. Nunca habría podido suponer que una mezcla tan infernal de pasiones pudiera asomarse a unos ojos humanos. Al mirarle estuve a punto de perder el conocimiento. Comprendí, Austin, que acababa de contemplar un alma en pena; el hombre conservaba su forma externa, mas el infierno estaba en su interior. En su expresión se leía una frenética lujuria, un odio que era como fuego, la pérdida de toda esperanza, un horror que parecía aullar a la noche, aunque él tuviese los dientes apretados, y toda la negrura de la desesperación. Estoy seguro de que él no me vio, que no veía nada de lo que usted o yo podemos ver, que únicamente veía lo que yo espero no ver jamás. No sé cuándo murió; supongo que una hora después, o tal vez dos. Mas, cuando pasé por delante de Ashley Street y oí cerrarse la puerta, aquel hombre no pertenecía ya a este mundo; lo que vi fue el semblante de un demonio.

Un prolongado silencio reinó en la habitación cuando Villiers dejó de hablar. La luz menguaba y el tumulto de una hora antes se había calmado del todo. Austin había inclinado la cabeza al finalizar aquel relato y ahora se cubría los ojos con la mano.

—¿Qué puede significar todo eso?—dijo finalmente.

—¿Quién sabe, Austin? ¿Quién sabe? Es un mal asunto; y creo que, por el momento, lo mejor que podemos hacer es mantenerlo en secreto a toda costa. Intentaré averiguar algo acerca de esa casa a través de mis conductos privados de información; si doy con algo nuevo le tendré al corriente.

VII. ENCUENTRO EN EL SOHO

Tres semanas después, Austin recibió una nota de Villiers rogándole que fuera a verle aquella tarde o a la siguiente. Escogió la fecha más próxima y encontró a Villiers sentado, como de costumbre, junto a la ventana, abstraído aparentemente en vagas meditaciones acerca del soñoliento tráfico de la calle. A su lado había una mesa de bambú, fantástico objeto adornado con dorados y curiosas escenas pintadas, sobre el que descansaba un montón de papeles ordenados y etiquetados con el mismo esmero que el resto de las cosas en casa de Clarke.

—Bien, Villiers, ¿ha realizado usted algún nuevo descubrimiento en las tres últimas semanas?

—Eso creo. Aquí tengo uno o dos memorandos que me parecen bastante

raros y un informe sobre el que me gustaría llamar su atención.

—¿Están relacionados estos documentos con la señora Beaumont? ¿Fue en realidad Crashaw el hombre que usted vio aquella noche de pie en el umbral de la casa de Ashley Street?

—Mi convicción no ha variado a ese respecto; pero ni mis indagaciones ni sus resultados guardan relación con Crashaw. Mis investigaciones, sin embargo, han tenido una extraña conclusión. ¡He averiguado quién es la señora Beaumont!

—¿Quién es? ¿En qué sentido lo dice?

—Quiero decir que tanto usted como yo la conocemos bajo otro nombre.

—¿Qué nombre?

—Herbert.

—¡Herbert!

Austin repitió el nombre, atónito por el asombro.

—Sí, la señora Herbert de Paul Street, la Helen Vaughan de las primeras aventuras que desconozco. Tenía usted razón al reconocer la expresión de su rostro; cuando vuelva a casa fíjese en el rostro del libro de horrores de Meyricky reconocerá esa expresión.

—¿Tiene usted pruebas de lo que dice?

—Sí, la mejor de todas: he visto a la señora Beaumont, ¿o debo decir señora Herbert?

—¿Dónde la vio?

—En un sitio donde difícilmente esperaría uno encontrarse a una dama que habita en Ashley Street, Piccadilly. La vi entrar en una casa de una de las calles más sórdidas y de peor fama del Soho. En realidad, había concertado yo una cita, aunque no con ella; y precisamente fue ella la que acudió a ese mismo lugar y a la misma hora.

—Todo eso parece muy raro, aunque no diré increíble. Debe usted recordar, Villiers, que he visto a esa mujer en las reuniones habituales de la alta sociedad londinense, conversando y riendo y sorbiendo su café en salones corrientes y con gente corriente. Pero usted sabrá lo que dice.

—En efecto. No me he dejado llevar por suposiciones ni fantasías. Cuando busqué a la señora Beaumont en las cloacas de la vida londinense, no tenía idea de que iba a encontrar a Helen Vaughan; pero ese fue el resultado.

—Villiers, ha debido de estar usted en sitios bastante raros.

—Sí, he estado en sitios muy raros. Como usted sabe, habría sido inútil ir a Ashley Street y rogar a la señora Beaumont que me ofreciera un breve resumen de su vida anterior. No; suponiendo, como yo suponía, que no tuviera antecedentes penales, era bastante seguro que en épocas anteriores debió de moverse en círculos no tan refinados como los actuales. Cuando se ve lodo en la superficie de un río, puede estar uno seguro de que ese lodo ha estado antes en el fondo. Y yo fui al fondo. Siempre me ha gustado zambullirme por diversión en

calles raras y misteriosas, y ahora mi conocimiento de esos parajes y de sus habitantes me ha sido muy útil. Tal vez no sea necesario decir que mis amigos nunca oyeron el nombre de Beaumont y, como yo no había visto jamás a esa dama y era absolutamente incapaz de describirla, tuve que actuar de manera indirecta. Esa gente me conoce; a veces he tenido ocasión de hacerles algún favor, de modo que no tuvieron inconveniente en darme información; saben que no estoy en relación directa ni indirecta con Scotland Yard. Sin embargo, tuve que arrojar varias veces el anzuelo para conseguir lo que quería; y, cuando al fin extraje el pez, no supuse ni por un momento que se tratara de mi pez. Pero presté oídos a lo que me contaron, a causa de mi afición natural por las informaciones inútiles, y así me enteré de una historia muy curiosa, aunque no imaginé que fuera la que andaba buscando. Se trataba de lo siguiente: hace unos cinco o seis años, una mujer llamada Raymond apareció de repente en la vecindad a la que me estoy refiriendo. Me la describieron como muy joven, probablemente no mayor de diecisiete o dieciocho años, muy guapa y con aspecto de proceder del campo. Estaría equivocado si afirmase que encontró un ambiente adecuado en ese barrio o con aquellas gentes, pues, por lo que me contaron, el peor antro de Londres sería demasiado bueno para ella. La persona de quien obtuve la información, que, como usted puede suponer, no era nada puritana, se estremecía y se ponía enferma al contarme las infamias sin nombre de las cuales la culpaban. Después de vivir allí durante un año, o quizá un poco más, desapareció tan súbitamente como había llegado y nada más supieron de ella hasta que ocurrió lo de Paul Street. Al principio sólo volvió a su antiguo antro ocasionalmente; luego, con más frecuencia y, finalmente, volvió a fijar su residencia allí, como antes, permaneciendo en ella unos seis u ocho meses. De nada sirve que entre en detalles sobre la clase de vida que llevaba esa mujer; si desea usted conocer esos pormenores examine el legado de Meyrick. Esos dibujos no son fruto de su imaginación. La joven volvió a desaparecer y la gente del lugar no supo mas de ella hasta hace unos pocos meses. Mi informante me contó que la joven había alquilado unas habitaciones en una casa que me indicó, las cuales solía visitar dos o tres veces a la semana, siempre a las diez de la mañana. Llegué a pensar que una de esas visitas tendría lugar cualquier día de la semana pasada y, por consiguiente, me las arreglé para permanecer al acecho en compañía de mi cicerone a las diez menos cuarto: la dama llegó con idéntica puntualidad. Mi amigo y yo estábamos guarecidos bajo una arcada un poco más baja que la calle; pero ella nos descubrió y me dirigió una mirada que tardaré mucho en olvidar. Aquella mirada me bastó: en seguida supe que la señorita Raymond era la señora Herbert. En cuanto a la señora Beaumont, ni siquiera se me había ocurrido pensar en ella. La joven entró en la casa y yo me quedé vigilando hasta las cuatro en punto, en que salió; entonces la seguí. Fue una larga persecución y tuve mucho cuidado en mantenerme a cierta distancia de ella,

aunque sin perderla de vista. Me hizo bajar el Strand y luego Westminster; después subimos por St. James Street y atravesamos Piccadilly. Me extrañó verla torcer por Ashley Street; la idea de que la señora Herbert fuera en realidad la señora Beaumont me empezó a rondar la cabeza, pero me pareció demasiado improbable para ser cierta. Aguardé en la esquina, sin perderla ni un momento de vista y tuve especial cuidado en fijarme en la casa ante la que se detenía. Era la casa de las cortinas alegres, la casa de las flores, la casa de donde salió Crashaw la noche en que se ahorcó en su jardín. Iba ya a irme tras este descubrimiento, cuando vi acercarse un carruaje vacío, que se detuvo frente a la casa, y llegué a la conclusión de que la señora Herbert se disponía a dar un paseo, en lo cual no me equivoqué. Tomé un cabriolé y seguí al carruaje hasta el Parque. Allí me encontré casualmente con un conocido y estuvimos conversando a poca distancia de la calzada, a la que yo daba la espalda. No llevábamos allí ni siquiera diez minutos, cuando mi amigo se quitó el sombrero y yo me volví y vi a la dama que había estado siguiendo todo el día.

» —¿Quién es? —le dije.

» —La señora Beaumont —fue su respuesta—; vive en Ashley Street.

» Naturalmente, después de esto no albergué ya más dudas. No sé si ella me vio, aunque no lo creo. Me fui a casa en seguida y, después de un detenido examen, llegué a la conclusión de que tenía entre manos un caso bastante extraño que ofrecer a Clarke.

—¿Por qué Clarke?

—Porque estoy seguro de que Clarke conoce una serie de hechos relacionados con esa mujer, de los cuales yo no sé nada.

—Bueno, y entonces ¿qué?

El señor Villiers se reclinó en su sillón y miró reflexivamente a Austin un momento antes de responder:

—Mi idea era que Clarke y yo fuésemos a visitar a la señora Beaumont.

—¿Sería usted capaz de ir a una casa como esa? No, no, Villiers, no puede hacerlo. Considere usted además… Y ¿cuál fue el resultado?

—Pronto se lo diré. Pero antes iba a decirle que mis informes no concluyeron ahí, sino que han sido completados de manera extraordinaria.

» Mire este manuscrito pulcramente empaquetado; como ve, está paginado y hasta me he permitido la coquetería de atarlo con una cinta roja. Tiene un aspecto casi jurídico, ¿no? Échele un vistazo, Austin. Es una relación del entretenimiento que la señora Beaumont proporciona a sus invitados más escogidos. El hombre que lo escribió escapó con vida, pero no creo que viva muchos años. Los médicos le dijeron que debió de haber sufrido un intenso *shock* nervioso.

Austin cogió el manuscrito, pero no lo llegó a leer. Al abrir sus páginas al azar, su mirada recayó en una palabra y en la frase que la seguía; y con el corazón

acongojado, blancos los labios y un sudor frío corriéndole como agua por las sienes, tiró al suelo el escrito.

—Lléveselo, Villiers; no vuelva a hablar de esto con nadie. ¿Es usted de piedra acaso? ¡Vaya!, ni el temor y el horror a la misma muerte, ni los pensamientos del reo que permanece en la negra plataforma, bajo el penetrante aire de la mañana, atado de pies y manos, la campana tañendo en sus oídos y esperando de un momento a otro el chasquido violento del cerrojo, son nada comparado con esto. No lo leeré; nunca podría volver a conciliar el sueño.

—Muy bien. Puedo imaginarme lo que usted ha visto. Sí; es bastante horrible. Pero, después de todo, se trata de una vieja historia, un misterio antiguo representado en nuestros días en las oscuras calles de Londres y no en medio de viñedos y olivares. Sabemos lo que les sucedía a aquellos que veían al gran dios Pan; y los más sensatos saben que todos los símbolos significan algo. Hubo, realmente, un símbolo exquisito bajo el cual los hombres velaron hace mucho tiempo el conocimiento de las fuerzas más espantosas y secretas que yacen en el corazón de las cosas; fuerzas bajo las cuales las almas de los humanos se marchitan, mueren y ennegrecen, al igual que les ocurre a sus cuerpos bajo los efectos de la corriente eléctrica. Tales fuerzas no pueden nombrarse, ni expresarse, ni imaginarse sino bajo un velo y un símbolo, símbolo que para la mayoría no es más que una pintoresca fantasía poética y para otros, un cuento descabellado. Pero, en todo caso, usted y yo hemos conocido algo del terror que puede morar en la cuna secreta de la vida y que se manifiesta a través de la carne humana; pues lo que carece de forma termina por adoptar alguna. ¡Oh, Austin!, ¿cómo es posible? ¿Cómo es que la misma luz del sol no se oscurece ante ese horror y que la dura tierra no se funde y hierve bajo semejante peso?

Villiers iba y venía por la habitación y de su frente brotaban gotas de sudor. Austin permaneció sentado en silencio unos instantes y Villiers le vio santiguarse.

—Se lo repito, Villiers, sin duda no debe usted entrar en una casa como esa. Nunca saldría vivo de allí.

—Sí, Austin, saldré vivo… y Clarke conmigo.

—¿Qué quiere dar a entender? Usted no puede, no se atreverá…

—Espere un momento. Esta mañana el aire era fresco y agradable; soplaba la brisa, incluso en esta calle tan aburrida, y decidí dar un paseo. Piccadilly ofrecía ante mí una perspectiva despejada y resplandeciente y el sol iluminaba los carruajes y las temblorosas hojas del parque. Era una mañana alegre: los hombres y las mujeres miraban al cielo y sonreían al ir a su trabajo o a divertirse, y el viento soplaba alegremente sobre las praderas y la fragante aulaga. Pero, por alguna razón, me aparté del bullicio y la alegría y me encontré caminando despacio por una calle tranquila y aburrida, donde no parecía brillar el sol ni soplar el viento, y en donde los escasos transeúntes se rezagaban y vagaban indecisos por esquinas y soportales. Seguí caminando, sin saber apenas

adonde iba o qué hacía allí, pero sintiéndome impelido, como a veces sucede, a continuar explorando más a fondo, con la vaga idea de alcanzar alguna meta desconocida. Así pues, recorrí la calle, observando el trajín de la lechería y maravillándome de la incongruente mezcolanza de pipas baratas, tabaco negro, dulces, periódicos y otras divertidas bagatelas, todo ello revuelto en el breve espacio de un solo escaparate. Creo que fue un repentino escalofrío lo que primero me advirtió de que había hallado lo que buscaba. Levanté la mirada y me detuve frente a una tienda polvorienta, cuyo letrero estaba descolorido, y en la que los ladrillos, que habían sido rojos hace doscientos años, estaban ennegrecidos y las ventanas habían acumulado la bruma y la mugre de innumerables inviernos. Vi lo que buscaba, pero creo que debieron de pasar unos cinco minutos antes de que me serenase y pudiera entrar a pedirlo con voz indiferente y rostro impávido. Creo que, incluso entonces, debió de notarse algún temblor en mis palabras, pues el anciano que salió de la trastienda y hurgó torpemente entre sus mercancías me miró con extrañeza mientras ataba el paquete. Pagué lo que me pidió y permanecí apoyado en el mostrador, sintiendo una extraña renuencia a coger el paquete y salir de allí. Le pregunté por el negocio y me enteré de que iba mal, pues los beneficios disminuían lamentablemente; la calle no era ya lo que había sido antes de que desviaran el tráfico hacia otra, y de esto hacía ya cuarenta años, « poco antes de que muriera mi padre» , dijo. Me marché al fin y caminé rápidamente; desde luego, aquella era una calle deprimente y me alegraba de volver al bullicio y al ruido. ¿Le gustaría ver lo que compré?

Austin no dijo nada, pero asintió levemente con la cabeza; parecía todavía pálido y enfermo. Villiers abrió un cajón de la mesa de bambú y mostró a Austin un largo rollo de cuerda, resistente y nueva, con un nudo corredizo en uno de sus extremos.

—La mejor cuerda de cáñamo —dijo Villiers—, tal como solía fabricarse antaño, según me aseguró el anciano. No hay ni una sola pulgada de yute de un extremo al otro.

Austin apretó los dientes y miró fijamente a los ojos a Villiers, poniéndose más blanco todavía.

—No debería usted hacer eso —murmuró al fin—. No debería mancharse las manos de sangre. ¡Dios mío! —exclamó con súbita vehemencia—. No es posible que tenga esa intención, Villiers. ¿Piensa convertirse en verdugo?

—No. Dejaré a Helen Vaughan sola con esta cuerda en una habitación cerrada durante quince minutos y le daré una oportunidad. Si cuando entremos en ella no lo ha hecho, llamaré al policía más próximo. Eso es todo.

—Ahora debo irme. No puedo continuar aquí por más tiempo. No resisto esto. Buenas noches.

—Buenas noches, Austin.

La puerta se cerró, pero volvió a abrirse al momento y Austin apareció, lívido y cadavérico, en el umbral.

—Me olvidaba —dijo— de que yo también tengo algo que contarle. He recibido una carta del Dr. Harding desde Buenos Aires. Dice que trató a Meyrick durante tres semanas antes de su muerte.

¿Y dice qué fue lo que se lo llevó en la primavera de la vida? ¿Fiebres?

—No, no fueron las fiebres. Según el doctor, fue un colapso total de todo su organismo, probablemente a causa de una fuerte impresión. Sin embargo, manifiesta que el paciente no quiso contarle nada y que, por tanto, estuvo en desventaja al tratar el caso.

—¿Hay algo más?

—Sí. El doctor Harding termina su carta diciendo: « Creo que esta es toda la información que puedo darle acerca de su pobre amigo. No había estado mucho tiempo en Buenos Aires y apenas conocía a nadie, a excepción de cierta persona que no gozaba de buena reputación y de quien desde entonces no se ha vuelto a saber nada más…, una tal señora Vaughan» .

VIII. LOS FRAGMENTOS

Entre los papeles del famoso médico, el doctor Robert Matheson, de Ashley Street (Piccadilly), muerto repentinamente de un ataque de apoplejía a comienzos de 1892, se encontró una hoja de papel, cubierta de notas a lápiz. Estas notas, muy abreviadas, estaban escritas en latín y habían sido hechas evidentemente a toda prisa. El manuscrito fue descifrado con dificultad y algunas palabras han resistido hasta ahora todos los esfuerzos del experto encargado de hacerlo. La fecha, « XXV Jul. 1888» , está escrita en el ángulo superior derecho del manuscrito. A continuación se ofrece la traducción del manuscrito del Dr. Matheson.

No sé si la ciencia se beneficiaría con estas breves notas, en el caso de que fueran publicadas; más bien lo dudo. Pero, desde luego, jamás aceptaré la responsabilidad de publicar o divulgar una sola palabra de cuanto hay aquí escrito, no sólo a causa del juramento hecho por mí libremente a esas dos personas que estuvieron conmigo presentes, sino también porque los detalles son demasiado abominables. Es probable que, tras largas deliberaciones y después de haber sopesado los pros y los contras, algún día decida destruir este papel o, al menos, se lo entregue, debidamente sellado, a mi amigo D., en cuya discreción confió, para que lo utilice o lo queme según lo juzgue conveniente.

Como es natural, hice cuanto me sugirió mi ciencia para asegurarme de que no estaba sufriendo una alucinación. Lleno de asombro, al principio apenas pude pensar; pero, al cabo de un minuto, tuve la seguridad de que mi pulso latía con

regularidad y que me hallaba en mis cabales. Entonces clavé los ojos silenciosamente en lo que tenía delante.

Aunque el horror y la náusea más repugnante se apoderaron de mí y el hedor de la corrupción me dejó sin respiración, permanecí firme. Entonces tuve el privilegio o la maldición (no me atrevería a decir cuál de los dos) de ver cómo se transformaba ante mi vista lo que yacía encima de la cama, negro como la tinta. La piel, la carne, los músculos, los huesos y la firme estructura del cuerpo humano, que yo creía inmutable y permanente como el diamante, empezaron a fundirse y disolverse.

Yo sabía que el cuerpo puede ser dividido en sus elementos bajo la acción de agentes externos, pero no podía aceptar lo que veía. Pues alguna fuerza interna, de la que nada sabía, estaba provocando aquella disolución y aquel cambio.

También veía repetirse ante mis ojos todo el proceso evolutivo del hombre. Veía cómo la fórmula fluctuaba entre uno y otro sexo, se fraccionaba sucesivamente y volvía a agruparse de nuevo. Después vi descender el cuerpo al nivel de las bestias de donde procede: lo que estaba en las alturas bajaba a las profundidades, incluso a los abismos del ser. El principio vital continuaba animando ese organismo, mientras variaba su forma externa.

La luz de la habitación se había convertido en oscuridad, pero no en la negrura de la noche, en la que los objetos se ven vagamente, pues yo podía verlo todo con claridad y sin ninguna dificultad. Pero era la negación de la luz; los objetos surgían a mi vista sin ninguna mediación, si me es permitido expresarlo así, de tal forma que, de haber habido un prisma en la habitación, no habría reflejado color alguno.

Seguí observando y finalmente nada vi salvo una sustancia parecida a la gelatina. Entonces la escala fue de nuevo ascendiendo… (aquí el manuscrito es ilegible)… por un instante divisé ante mí una forma, de contornos borrosos, que no describiré con más detalle. Pero el símbolo de esa forma puede verse en antiguas esculturas y en pinturas que sobrevivieron bajo la lava y son demasiado espantosas para hablar de ellas… mientras una horrible e inenarrable figura, ni hombre ni bestia, adoptaba la forma humana, y le sobrevenía finalmente la muerte.

Yo, que presencié todo eso, no sin gran horror y repugnancia en mi alma, escribo aquí mi nombre, declarando que todo lo consignado en este papel es cierto.

Robert Matheson
Doctor en Medicina

… Ésta es, Raymond, la historia de cuanto sé y he visto. La carga es demasiado pesada para soportarla yo solo y, sin embargo, a nadie más que a ti

puedo contarla. Villiers, que estuvo conmigo hasta el final, no sabe nada de aquel espantoso secreto del bosque, ni de cómo lo que nosotros habíamos visto morir yacía sobre el suave y terso césped en medio de las flores del verano, mitad al sol y mitad a la sombra, ni de cómo el horror que sólo podemos insinuar, que sólo podemos nombrar mediante metáforas, cogiendo la mano de la joven Rachel, llamó y convocó a sus compañeros y tomó forma sólida sobre la tierra que pisábamos. Nada de esto le conté a Villiers, ni del parecido, que me impresionó como un soplo en el corazón, cuando vi el retrato, el cual acabó por colmar la copa del terror. No me atrevo a adivinar su significado. Sé que lo que vi perecer no era Mary; y, sin embargo, en las últimas convulsiones de la agonía, fueron los ojos de Mary los que se miraron en los míos. Ignoro si hay alguien que pueda mostrar el último eslabón de esta cadena de horribles misterios; pero, si alguien puede hacerlo, ese hombre eres tú, Raymond. Y, como sólo tú conoces el secreto, es cosa tuya contarlo o no, según te parezca.

Te escribo esta carta inmediatamente después de mi regreso a la ciudad. He estado en el campo unos cuantos días; probablemente adivinarás dónde. Mientras el horror y el asombro de Londres estaban en todo su apogeo —pues, como te dije, « la señora Beaumont» era muy conocida en sociedad—, escribí a mi amigo el Dr. Phillips, suministrándole un breve bosquejo o, mejor dicho, un indicio, de lo que había sucedido, y rogándole que me indicase el nombre del pueblo donde tuvieron lugar los acontecimientos que él me había contado. Me dio el nombre, según dijo, sin la menor vacilación, porque los padres de Rachel habían muerto y el resto de la familia se había ido a vivir con un pariente al Estado de Washington hacía seis meses. Los padres, dijo, habían fallecido, sin duda alguna, del pesar y el horror causados por la terrible muerte de su hija y por lo que había ocurrido antes. La tarde del día que recibí la carta de Phillips me encontraba en Caermaen; y allí, bajo las desmoronadas murallas romanas, blanqueadas por los inviernos de mil setecientos años, contemplé el prado donde antaño se alzara el antiguo templo del « Dios de las Profundidades» , y divisé una casa que relucía al sol. Era la casa donde vivió Helen. Permanecí varios días en Caermaen. Comprobé que la gente del lugar sabía muy poco y sospechaba todavía menos. Aquellos con quienes hablé del asunto parecieron sorprenderse de que un anticuario (como tal me presenté) se preocupara de una tragedia rural, de la que en el pueblo daban una versión tan tópica; y, como puedes imaginar, nada dije de lo que sabía. Pasé la mayor parte del tiempo en el inmenso bosque que se alza sobre la aldea y trepa por las laderas para luego descender al río que riega el valle; otro valle delicioso, Raymond, como aquel que contemplamos cierta noche de verano, mientras paseábamos sin rumbo por delante de tu casa. Durante más de una hora anduve extraviado por el laberinto del bosque, torciendo ora a la derecha, ora a la izquierda, recorriendo largos senderos bordeados de maleza, sombríos y frescos aún bajo el sol del mediodía, y deteniéndome a descansar

bajo los enormes robles o tumbándome en la hierba de un claro, donde, con el viento, me llegaba el fragante y vago aroma de las rosas silvestres, mezclado con el penetrante perfume de los saúcos, parecido al olor de la habitación de un muerto, como un vapor de incienso y corrupción. Estuve en los linderos del bosque, contemplando la pomposa procesión de las digitales irguiéndose por encima de los helechos y brillando al sol, y más allá, en los espesos matorrales de maleza donde brotan manantiales de las rocas, que alimentan malsanas y nocivas plantas acuáticas. Pero en todos mis vagabundeos evité cierta parte del bosque. Hasta ayer no ascendí a la cumbre de la colina, dirigiéndome a la antigua calzada romana que atraviesa la cresta más alta del bosque. Por allí pasearon Helen y Rachel, a lo largo de esa discreta calzada que discurre por encima de la hierba, encajonada a ambos lados por elevados taludes de tierra roja, y altos setos de relucientes hayas. Allí seguí sus pasos, asomándome de vez en cuando por entre los huecos que dejaban las ramas y viendo extenderse el bosque en todas direcciones, hundiéndose en la vasta llanura, y más allá el mar amarillo y las tierras al otro lado del mar. Por el otro lado estaba el valle, el río, una sucesión de colinas encadenadas unas a otras como olas en el mar, el bosque, el prado y el trigal, punteados de casas blancas, una barrera de montañas y, al norte, lejanos picos azules. Y de esta manera llegué finalmente al lugar. El sendero ascendía por una suave pendiente y se ensanchaba en un espacio abierto, rodeado por un muro de espesos matorrales, para luego estrecharse de nuevo y continuar adentrándose en la lejanía, perdiéndose en la tenue niebla azulada producida por el calor del verano. En ese agradable claro estival Rachel entró siendo una chica y salió convertida en quién podría decir qué. No permanecí allí mucho tiempo.

En una pequeña ciudad cercana a Caermaen hay un museo que contiene en su mayor parte restos romanos encontrados por los alrededores en épocas diversas. El día siguiente a mi llegada a Caermaen me fui paseando hasta la ciudad en cuestión y tuve la oportunidad de examinar dicho museo. Después de haber contemplado la mayor parte de las esculturas de piedra, sarcófagos, anillos, monedas y fragmentos de mosaicos que el lugar contiene, me mostraron un pequeño pilar cuadrado de piedra blanca, descubierto recientemente en el bosque que acabo de mencionar y, según pude averiguar, en el mismo espacio abierto donde se ensancha la vía romana. En una de las caras del pilar había una inscripción de la que tomé nota. Algunas de las letras habían sido borradas, pero, sin duda, no creo que puedan ser otras que las que yo he suplido. La inscripción es como sigue:

DEVOMNODENT*i*
FLA*v*IVSSENILISPOSSV*it*
PROPTERNVP*tias*

(Al gran dios Nodens[5] —dios de la Gran Profundidad o Abismo— Flavio Senilis ha erigido este pilar con motivo de las nupcias que presenció bajo la umbría.)

El conservador del museo me informó de que los anticuarios locales quedaron bastante perplejos, no ya por la inscripción en sí, ni por las dificultades de su traducción, sino por la circunstancia o rito a que en ella se alude.

… Y ahora, mi querido Clarke, respecto a lo que me cuentas acerca de Helen Vaughan, a la que dices haber visto morir en circunstancias del mayor y más increíble horror, confieso que tu relato me interesó; sin embargo, gran parte de lo que me contaste, si no todo, lo conocía ya. Puedo comprender la extraña semejanza que advertiste entre el retrato y el verdadero semblante; habías visto a la madre de Helen. Recordarás aquella apacible noche veraniega, hace ya tantos años, cuando te hablé del mundo que se extiende más allá de las sombras, y del dios Pan.

Recordarás a Mary. Ella fue la madre de Helen Vaughan, la cual nació nueve meses después de aquella noche.

Mary jamás recobró la razón. Permaneció todo el tiempo en la cama, tal como la viste, y falleció pocos días después de que naciera la niña. Creo que al final me reconoció. Yo estaba de pie junto a su lecho y por un segundo su antigua mirada volvió a asomar a sus ojos; luego se estremeció, profirió un gemido y falleció. No estuvo nada bien lo que hice aquella noche en que estuviste presente; abrí de par en par las puertas de su alma, sin saber ni preocuparme por lo que pudiera entrar en ella. Recuerdo que en aquella ocasión me dijiste, bastante bruscamente, pero también con bastante razón en cierto sentido, que había arruinado la razón de un ser humano con un experimento estúpido, basado en una teoría absurda. Hiciste bien en censurarme, aunque mi teoría no era del todo absurda. Mary vio lo que yo dije que vería, pero me olvidé de que ningún ojo humano puede contemplar impunemente semejante visión. Y también olvidé, como acabo de decir, que cuando las puertas del alma se abren de par en par puede entrar por ellas algo para lo que no tenemos nombre, y la carne humana puede convertirse en simple envoltura de un horror que no me atrevo a expresar. Jugué con fuerzas que no comprendía y ya has visto el resultado. Helen Vaughan hizo bien al ceñirse la soga al cuello y ahorcarse, aunque su muerte fuese horrible. El rostro ennegrecido, la espantosa forma encima de la cama, cambiando delante de tus ojos, de mujer en hombre, de hombre en bestia, y de bestia en algo todavía peor, todo ese extraño horror de que fuiste testigo, apenas me sorprende. Lo que dices que vio y estremeció al médico que mandaste llamar, yo ya lo había observado hace tiempo; comprendí lo que había hecho en el preciso instante en que nació la criatura, y cuando apenas contaba cinco años

la sorprendí, no una o dos sino varias veces, con un compañero de juegos, ya te puedes figurar de qué especie. Para mí fue un constante horror encarnado y, al cabo de unos años, sintiendo que no podía soportarlo más, despedí a Helen Vaughan. El resto de esta extraña historia, y todo lo demás que, según me has contado, ha descubierto tu amigo, he logrado saberlo poco a poco, casi hasta el último capítulo. Ahora Helen está con sus compañeros…

LA LUZ INTERIOR

I

Una tarde de otoño, cuando las fealdades de Londres estaban veladas por una leve neblina azulada, y sus vistas y sus largas calles parecían espléndidas, el señor Charles Salisbury paseaba despacio por Rupert Street, aproximándose poco a poco a su restaurante favorito. Miraba hacia abajo estudiando el pavimento, y así fue como chocó, al pasar por la angosta puerta, con un hombre que subía del fondo de la calle.

—Le ruego que me disculpe; no miraba por dónde iba. ¡Toma, pero si es Dyson!

—Sí, en efecto. ¿Cómo está usted, Salisbury?

—Muy bien. Pero ¿dónde ha estado, Dyson? No creo haberle visto en los últimos cinco años.

—No, me atrevería a decir que no. ¿Recuerda que me encontraba bastante apurado cuando vino usted a mi casa de Charlotte Street?

—Perfectamente. Creo recordar que me contó usted que debía cinco semanas de alquiler, y que se había desprendido de su reloj por una insignificante suma.

—Mi querido Salisbury, su memoria es admirable. Sí, estaba apurado. Pero lo curioso es que poco después de que usted me viera aumentaron mis apuros. Mi situación financiera fue descrita por un amigo como « sin blanca» . No apruebo los vulgarismos, acuérdese usted, pero esa era mi condición. ¿Qué tal si entramos? Podría haber otras personas igualmente interesadas en comer. Es una debilidad humana, Salisbury.

—En efecto, vayamos. Mientras paseaba me preguntaba si estaría libre la mesa de la esquina. Como usted sabe tiene respaldos de terciopelo.

—Conozco el lugar, está vacío. Sí, como le decía, llegué a estar más apurado todavía.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó Salisbury, quitándose el sombrero y acomodándose al borde del asiento, mientras hojeaba el menú con vivo interés.

—¿Que qué hice? Pues me senté y reflexioné. Había recibido una excelente educación clásica y sentía una categórica aversión por cualquier clase de

negocio: ese fue el capital con el que me enfrenté al mundo. Sabe usted, he oído a gente calificar a las aceitunas de desagradables. ¡Qué lamentable prosaísmo! A menudo he pensado, Salisbury, que podría escribir poesía sincera bajo la influencia de las aceitunas y el vino tinto. Pidamos Chianti; puede que no sea muy bueno, pero la botella es sencillamente encantadora.

—Se está muy bien aquí. También podemos pedir una botella grande.

—De acuerdo. Entonces reflexioné sobre mi ausencia de perspectivas y determiné embarcarme en la literatura.

—Realmente es extraño. Parece usted encontrarse en circunstancias bastante confortables, aunque…

—¡Aunque! ¡Qué sátira sobre tan noble profesión! Me temo, Salisbury, que no tiene usted una buena opinión acerca de la dignidad de un artista. Me ve sentado frente al escritorio —o al menos puede verme si se molesta en llamar— con pluma y tinta, y la pura nada ante mí, y si vuelve a las pocas horas con toda probabilidad encontrará una obra de creación.

—Sí, completamente de acuerdo. Tengo idea de que la literatura no es remunerativa.

—Está usted equivocado; sus recompensas son inmensas. Puedo mencionar, de paso, que poco después de verle a usted logré un pequeño ingreso. Un tío murió y resultó inesperadamente generoso.

—¡Ah!, ya veo. Debe de haber sido oportuno.

—Fue agradable, innegablemente agradable. Siempre lo he considerado como una dotación para mis investigaciones. Le decía a usted que yo era un hombre de letras; quizá sería más correcto describirme a mí mismo como un hombre de ciencia.

—Mi querido Dyson, verdaderamente ha cambiado usted mucho en los últimos años. Pensaba, sabe usted, que era una especie de ciudadano ocioso, el tipo de hombre que puede encontrarse uno en la acera norte de Piccadilly de mayo a julio.

—Así es. Aun entonces me estaba formando, aunque inconscientemente. Como usted sabe, mi pobre padre no tuvo los medios para enviarme a la universidad. En mi ignorancia solía quejarme por no haber completado mi educación. Locuras de juventud, Salisbury; Piccadilly era mi universidad. Allí empecé a estudiar la gran ciencia que todavía me ocupa.

—¿A qué ciencia se refiere?

—A la ciencia de la gran ciudad; la fisiología de Londres; literal y metafísicamente el tema más grande que puede concebir la mente humana. ¡Qué admirable asado de carne! Indudablemente el definitivo final del faisán. A veces me siento todavía absolutamente abrumado cuando pienso en la inmensidad y complejidad de Londres. París puede llegar a entenderse a fondo mediante una razonable dosis de estudio; pero Londres es siempre un misterio. En

París se puede decir: « Aquí viven las actrices, aquí los bohemios y los *ratés*» ; pero en Londres es diferente. Se puede señalar con bastante exactitud una calle como morada de las lavanderas; pero en el segundo piso puede haber un hombre estudiando los orígenes de los caldeos, y en el desván, un artista olvidado agoniza lentamente.

—Veo, Dyson, que es usted inconmovible e inmutable —dijo Salisbury sorbiendo lentamente su Chianti—. Pienso que le engaña su imaginación demasiado ferviente; el misterio de Londres únicamente existe en su imaginación. A mí me parece un lugar bastante aburrido. Rara vez se oye hablar en Londres de algún verdadero crimen artístico, mientras que, según creo, París abunda en ese tipo de cosas.

—Sírvame más vino. Gracias. Está usted equivocado, mi querido compañero, realmente equivocado. Londres no tiene nada de qué avergonzarse en la senda del crimen. Si fracasamos, es por falta de Homeros, no de Agamenones. Como usted sabe: *Carent quia vate sacro*.

—Recuerdo la cita. Pero no creo entenderle del todo.

—Bien, en lenguaje llano, no tenemos en Londres buenos escritores especializados en este género de cosas. Nuestros cronistas más comunes son torpes sabuesos; cada historia que cuentan la echan a perder al contarla. Su idea del terror y de lo que suscita terror es lamentablemente deficiente. Nada los contenta salvo la sangre, la vulgar sangre roja, y cuando la encuentran cargan las tintas, considerando que han producido un artículo eficaz. Es una pobre concepción. Y, por alguna curiosa fatalidad, son siempre los asesinos más comunes y brutales los que atraen mayormente la atención y consiguen las más de las veces que se escriba de ellos. Por ejemplo, ¿ha oído usted hablar tal vez del caso Harlesden?

—No, no. No recuerdo nada de él.

—Por supuesto que no. Y, sin embargo, la historia es muy curiosa. Se la contaré mientras tomamos café. Harlesden, como usted sabe, o más bien espero que no, es realmente un barrio en las afueras de Londres; curiosamente algo diferente de suburbios venerables y primorosos como Norwood o Hampstead, tan diferente como cada uno de ellos lo es del otro. Hampstead, quiero decir, es donde uno buscaría la casa de su amigo favorito con tres acres de terreno y varios pabellones, aunque recientemente hay un sustrato artístico; mientras que Norwood es el hogar de las prósperas familias de clase media que eligieron la casa « porque estaba cercana a palacio» , y seis meses después se hartaron del palacio. Sin embargo, Harlesden es un lugar sin carácter. Es todavía demasiado nuevo para tener carácter. Hay hileras de casas rojas e hileras de casas blancas con brillantes celosías verdes, y portales descascarillados y pequeños patios traseros que llaman jardines, y unas pocas tiendas endebles, y luego todo se desvanece, precisamente cuando uno se cree a punto de captar la fisonomía del

lugar.

—¿Qué diablos significa eso? ¡Supongo que las cosas no se desplomarán ante nuestros ojos!

—Bueno, no, no es eso exactamente. Pero como entidad, Harlesden desaparece. Sus calles se convierten en silenciosas callejuelas, y sus llamativas casas en olmos, y los jardines traseros en verdes praderas. Inmediatamente se pasa de la ciudad al campo: no hay transición como en una pequeña población rural, ni suaves graduaciones de césped y árboles frutales, con una densidad paulatinamente menor de casas, sino un cese repentino. Creo que la mayor parte de la gente que allí vive cabe en la City. Una o dos veces he visto un autobús repleto dirigiéndose hacia allá. Pero como quiera que sea, no puedo concebir una soledad mayor en un desierto a medianoche que la que allí existe a mediodía. Parece una ciudad muerta; las calles refulgen en su desolación, y al pasar descubre uno repentinamente que también ellas son parte de Londres. Hace uno o dos años vivía allí un médico. Había instalado su placa metálica y su lámpara roja en el mismo límite de una de esas calles relucientes, y a espaldas de la casa los campos se extendían a lo lejos hacia el norte. Desconozco la causa por la que se estableció en un lugar tan apartado; quizás el doctor Black, como le llamaremos, fuera un hombre precavido y mirara al futuro. Sus amistades, según se supo luego, le habían perdido de vista durante muchos años, e incluso no sabían que fuese médico y mucho menos dónde vivía. Sin embargo, se había establecido en Harlesden con los restos de una clientela y una esposa extraordinariamente bella. Al poco de llegar a Harlesden la gente solía verles paseando juntos en las tardes veraniegas y, por lo que se podía observar, parecían una pareja muy cariñosa. Estos paseos continuaron durante el otoño y luego cesaron, pero, naturalmente, según los días se oscurecían y el tiempo refrescaba, podía esperarse que las callejuelas cercanas a Harlesden perderían muchos de sus atractivos. Terminado el verano, nadie volvió a ver a la señora Black; el doctor solía responder a las preguntas de sus pacientes que ella se encontraba «un poco indispuesta y que, sin duda, estaría mejor en la primavera». Pero la primavera llegó, y el verano, y la señora Black no apareció, y finalmente la gente comenzó a murmurar y a hablar entre ellos, y se dijeron todo tipo de cosas curiosas a la «hora del té», que como usted posiblemente sabrá es el único entretenimiento conocido en esos suburbios. El doctor Black empezó a sorprender miradas muy extrañas a él dirigidas, y la clientela, que era numerosa, disminuyó visiblemente. En suma, cuando los vecinos cuchicheaban sobre el tema, susurraban que la señora Black estaba muerta y que el doctor se había deshecho de ella. Pero este no era el caso; la señora Black fue vista con vida en junio. Fue una tarde de domingo, uno de esos pocos días exquisitos que ofrece el clima inglés, y la mitad de los londinenses se había extraviado por los campos, en todas direcciones, para aspirar el perfume del florido mayo y comprobar si habían

florecido ya las rosas silvestres en los setos. Aquella mañana había salido yo temprano y había dado un largo paseo, y de un modo u otro cuando iba de regreso a casa me encontré en el mismo Harlesden del que hemos estado hablando. Para ser exacto, tomé una jarra de cerveza en el General Gordon, el más floreciente establecimiento de la vecindad, y mientras deambulaba sin objeto vi un boquete extraordinariamente tentador en un cercado de arbustos y decidí explorar el prado. Después de la infernal gravilla esparcida por las aceras suburbanas la suave hierba es muy agradable de pisar, y luego de caminar un buen rato pensé que me gustaría sentarme en un banco y fumarme un cigarrillo. Mientras sacaba la petaca miré en dirección a las casas y, según miraba, sentí que se me cortaba la respiración y que mis dientes empezaban a castañetear, y el bastón que llevaba en una mano se partió en dos del apretón que le di. Fue como si una corriente eléctrica me bajara por el espinazo y, sin embargo, durante algún tiempo que me pareció largo, pero que debe de haber sido muy corto, contuve preguntándome qué diablos ocurría. Entonces comprendí lo que había hecho estremecer corazón y había helado mis huesos de angustia. Al mirar en dirección a la última casa de la manzana frente a mí, en la corta fracción de un segundo había visto un rostro en una de las ventanas superiores de la casa. Era un rostro de mujer, y, sin embargo, no era humano. Usted y yo, Salisbury, hemos oído hablar en nuestra época, cuando nos sentábamos en los bancos de la iglesia al sobrio estilo inglés, de una concupiscencia que no puede saciarse y de un fuego inextinguible, pero ni uno ni otro tenemos la menor idea de lo que esas palabras quieren decir. Espero que usted nunca la tenga, pues yo, al ver esa cara en la ventana, con el cielo azul sobre mí y el cálido viento acariciándome a ráfagas, comprendí que había penetrado en otro mundo: había mirado por la ventana de una casa ordinaria y flamante, y había visto el infierno abierto ante mí. Cuando me recuperé de la primera impresión, pensé una o dos veces que me había desmayado; mi rostro chorreaba sudor frío y mi respiración estallaba en sollozos, como si me ahogara. Al fin me las arreglé para levantarme y crucé la calle: allí vi el nombre «Dr. Black» en el buzón de la puerta principal. El destino o mi suerte quiso que la puerta se abriera y un hombre bajase las escaleras cuando yo pasaba. No tuve ninguna duda de que se trataba del mismo doctor. Era de un tipo bastante corriente en Londres: alto y delgado, pálido de cara y con un deslucido bigote negro. Cuando nos cruzamos en la acera me dirigió una mirada, y aunque fue simplemente la ojeada casual que un peatón dedica a otro, mentalmente llegué a la conclusión de que era un tipo de trato peligroso. Como usted puede imaginar, seguí mi camino bastante perplejo y también horrorizado por lo que había visto. Después visité de nuevo el General Gordon, e hice acopio de la mayoría de los chismes que circulaban por el lugar en relación con los Black. No mencioné que había visto en la ventana un rostro de mujer; pero me enteré de que la señora Black había sido muy admirada por su hermosa cabellera dorada,

y el rostro que me había impresionado con tan desconocido terror estaba rodeado por un vaho de flotantes cabellos rubios, como una aureola resplandeciente alrededor del rostro de un sátiro. Todo el asunto me incomodaba de manera indescriptible, y cuando volví a casa hice todo lo posible por convencerme de que la impresión recibida había sido una ilusión, pero de nada sirvió. Sabía muy bien que había visto lo que he intentado describirle; moralmente estaba seguro de haber visto a la señora Black. Además estaban los chismes del lugar, la sospecha de juego sucio, que sabía que era falsa, y mi propia convicción de que existía alguna malicia fatal o cualquier otra anomalía en esa casa de color rojo chillón de la esquina de Devon Road. ¿Cómo construir una teoría razonable con estos dos elementos? En resumen, me encontraba inmerso en un mundo de misterio; traté de descifrarlo y llené mis ratos de ocio atando los cabos sueltos de la especulación, pero no avancé ni un solo paso hacia la solución verdadera, y cuando llegó el verano el asunto parecía más nebuloso y confuso, y proyectaba un vago temor, como una antigua pesadilla. Supuse que en breve se habría desvanecido en el fondo de mi cerebro —no debería olvidarlo, pues semejante cosa nunca puede olvidarse—; pero una mañana cuando leía el periódico me llamó la atención un titular que encabezaba unas dos docenas de renglones de letra pequeña. Las palabras que había visto eran simplemente: «El caso Harlesden», y sabía lo que iba a leer. La señora Black había muerto. Black había llamado a otro médico para certificar la causa de la muerte, pero algo o alguien despertó las sospechas hacia el extraño doctor y hubo una investigación judicial con autopsia. El resultado, lo confesaré, me asombró considerablemente: fue el triunfo de lo inesperado. Los dos médicos que practicaron la autopsia se vieron obligados a confesar que no pudieron descubrir el menor rastro de cualquier tipo de engaño; sus ensayos y reactivos más exquisitos no consiguieron detectar presencia de veneno, ni aun en la más infinitesimal cantidad. La muerte había sido producida, descubrieron, por una especie de enfermedad cerebral, en cierto modo confusa y científicamente interesante. El tejido del cerebro y las moléculas de materia gris habían experimentado una extraordinaria serie de cambios; y el más joven de los dos médicos, que tenía cierta reputación, creo, como especialista en enfermedades mentales, hizo algunas observaciones al dar su testimonio que al momento me impresionaron profundamente, aunque entonces no comprendí su significado por completo.

»—Al comenzar mi examen —dijo— me asombró encontrar apariencias de una índole completamente nueva para mí, no obstante mi, en cierto modo, amplia experiencia. De momento no tengo necesidad de especificar estas apariencias; me bastará con manifestar que mientras ejecutaba mi tarea apenas podía creer que el cerebro que tenía delante fuera de un ser humano.

»Esta declaración causó cierta sorpresa, como usted puede imaginar, y el juez preguntó al médico si quería decir que el cerebro se parecía al de un animal.

» —No —contestó él—, yo no diría tanto. He observado algunas apariencias que parecían apuntar en esa dirección; pero otras, todavía más sorprendentes, indicaban una estructura nerviosa de una índole completamente diferente a la del hombre o el más ínfimo de los animales.

» La declaración causó extrañeza, pero el jurado, naturalmente, presentó un veredicto de muerte por causas naturales, y el caso se acabó para el público. No obstante, después de haber leído la declaración del doctor, resolví que me gustaría saber bastante más, y me puse a trabajar en lo que prometía ser una interesante investigación. Realmente tuve bastantes problemas, pero hasta cierto punto tuve éxito. Aunque entonces, mi querido compañero, no tenía ni idea del porqué. ¿Se ha dado cuenta de que hemos estado aquí casi cuatro horas? Pidamos la cuenta y vayámonos.

Los dos hombres salieron en silencio y permanecieron un momento en el frío ambiente viendo pasar frente a ellos el apresurado tráfico de Coventry Street, acompañado de los retumbantes timbres de los cabriolés y los gritos de los vendedores de periódicos; el intenso murmullo lejano de Londres se elevaba una y otra vez por encima de esos ruidos más estrepitosos.

—Es un caso extraño, ¿no es cierto? —dijo Dyson finalmente—. ¿Qué opina usted?

—Mi querido colega, no he escuchado el final, por tanto me reservaré la opinión. ¿Cuándo me contará el resto?

—Venga a verme alguna tarde; digamos el jueves próximo. Aquí tiene mi dirección. Buenas noches; mi intención es descender hasta el Strand.

Dyson llamo a un cabriolé que pasaba, y Salisbury giró hacia el norte en dirección a su casa.

II

El señor Salisbury, como puede haberse deducido de las escasas observaciones que había sido capaz de hacer en el transcurso de la tarde, era un joven caballero de intelecto singularmente sólido, recatado y retraído ante los misterios y lo insólito, y con una aversión temperamental por la paradoja. Durante el almuerzo en el restaurante se había visto obligado a escuchar casi en completo silencio un extraño tejido de inverosimilitudes ensartadas con la ingenuidad de un curioseador nato de intrigas y misterios, y se sentía cansado al cruzar Shaftesbury Avenue y zambullirse en las entrañas del Soho, pues su vivienda se encontraba en las proximidades del lado norte de Oxford Street. Mientras caminaba, especulaba sobre el probable destino de Dyson, dependiendo de la literatura, sin el amparo de algún pariente considerado, y no pudo menos de concluir que estaba tan sutilmente imbuido de una imaginación excesivamente

brillante que, con toda probabilidad, sería recompensado con un par de tablillas para anuncios o una pancarta de comparsa. Absorto en ese tipo de ideas, y admirando la perversa destreza capaz de transmutar el rostro de una mujer enfermiza y un caso de enfermedad mental en los toscos elementos de un romance, Salisbury se extravió por las calles débilmente iluminadas, sin advertir el impetuoso viento que soplaba con fuerza por las esquinas y elevaba en remolinos la basura dispersa sobre la acera, mientras negros nubarrones se acumulaban sobre la amarillenta luna. Ni siquiera la caída en su rostro de una o dos gotas aisladas de lluvia le sacó de sus meditaciones, y sólo comenzó a considerar la conveniencia de buscar algún refugio cuando la tormenta estalló de pronto en plena calle. Impelida por el viento, la lluvia descargó con la violencia de una tronada, salpicando al caer sobre las piedras y silbando por el aire, y pronto un verdadero torrente de agua corría por los arroyos y se acumulaba en charcos sobre los obstruidos desagües. Los escasos viandantes extraviados, que más que pasear por la calle holgazaneaban, echaron a correr como conejos asustados hacia algún invisible refugio, y aunque Salisbury silbó ruidosa y repetidamente en busca de un cabriolé, no apareció ninguno. Miró a su alrededor, como para descubrir lo lejos que podía estar del abrigo de Oxford Street, pero vagando indiferentemente se había apartado de su camino y se encontraba en una zona desconocida con toda la apariencia de estar desprovista incluso de hoteles donde pudiera uno guarecerse por la modesta suma de dos peniques. Las farolas escaseaban y estaban muy espaciadas, y lucían, tras los sucios cristales, por el pálido flujo de aceite; a esta vacilante luz pudo vislumbrar Salisbury los sombríos e inmensos caserones de que se componía la calle. Al pasar junto a ellos, apresurado y encogido bajo la avalancha de lluvia, reparó en los innumerables tiradores de las puertas, cuyas inscripciones, grabadas en chapas de bronce, parecían desvanecerse de viejas, y aquí y allá un alero ricamente esculpido sobresalía de la puerta, ennegrecido por la mugre de cincuenta años. La tormenta parecía agravarse con furia creciente; Salisbury estaba completamente mojado y había echado a perder su sombrero nuevo, y con todo, Oxford Street parecía tan lejana como siempre; con profundo alivio el empapado hombre alcanzó a ver una sombría arcada que parecía brindar protección de la lluvia, si no del viento. Salisbury tomó posición en la esquina más seca y miró en torno suyo; se encontraba en una especie de pasaje artificial por debajo de una casa y tras él se extendía una estrecha acera que conducía entre blancas paredes a regiones desconocidas. Había permanecido allí algún tiempo, esforzándose vanamente por desembarazarse en parte de su superflua humedad, y alerta al paso de algún cabriolé, cuando le llamó la atención un ruido estrepitoso procedente del pasaje dejado atrás, y aumentaba al acercarse. En un par de minutos pudo distinguir la voz ronca y chillona de una mujer, amenazando y repudiando, cuyos acentos le sonaban en las mismísimas piedras mientras, de

cuando en cuando, un hombre gruñía y protestaba. Sin embargo, contra toda apariencia exenta de romance, a Salisbury le agradaban las peleas callejeras y acababa de iniciarse en las más divertidas fases de la embriaguez; por consiguiente, se apaciguó y se dispuso a escuchar y observar con el aspecto de un abonado a la ópera. No obstante, para su fastidio, la tempestad pareció apaciguarse repentinamente, y no podía oír más que los pasos impacientes de la mujer y el lento vaivén del hombre acercándose a él. Ocultándose en la sombra de la pared pudo ver cómo se aproximaban ambos; el hombre estaba evidentemente borracho, y tenía sus más y sus menos para evitar chocar con las paredes, a las que se agarraba a uno y otro lado como una barca golpeada por el viento. La mujer miraba al frente, con lágrimas en sus resplandecientes ojos, que volvieron a brillar cuando aquellas desaparecieron, y finalmente estalló en una sarta de insultos dirigidos contra su compañero.

—Vil granuja, ruin, despreciable canalla —siguió ella diciendo, tras una incoherente avalancha de maldiciones—. ¿Piensas que voy a seguir toda la vida trabajando para ti como una esclava mientras tú persigues a esa chica de Green Street y te bebes cada penique que tienes? Te equivocas, Sam; de veras no lo soporto más. Maldito ladrón, estoy cansada de ti y de tu patrón, así es que ya puedes hacerte tus propios recados, y únicamente espero que te metan en apuros.

La mujer abrió su regazo y, sacando algo parecido a un papel, lo arrugó y lo tiró. Cayó a los pies de Salisbury. Luego se fue y desapareció en la oscuridad, mientras el hombre se tambaleaba en la calle, refunfuñando vagamente contra sí mismo con voz aturdida. Salisbury le siguió, viéndole hacer eses por la acera, detenerse de vez en cuando y ladearse indeciso, para luego tomar súbitamente un nuevo rumbo.

El cielo había aclarado, y blancas nubes aborregadas cruzaban fugaces por delante de la luna, alta en el firmamento. La luz iba y venía intermitentemente, según las nubes pasaban, despejando y volviendo a cubrir el cielo. Cuando los blancos rayos alumbraron el pasaje, Salisbury divisó la bolita de papel arrugado que la mujer había tirado. Extrañamente curioso por saber lo que podía contener, la recogió y se la metió en el bolsillo, poniéndose de nuevo en camino.

III

Salisbury era un hombre de costumbres. Cuando llegó a casa, empapado hasta los huesos, colgándole la ropa, y con el sombrero impregnado de un lívido rocío, su único pensamiento fue acerca de su salud, de la que se ocupaba solícitamente. Por tanto, después de cambiarse de ropa y embutirse en un cálido batín, procedió a prepararse un sudorífico a base de ginebra y agua, calentada esta en una de esas lámparas de alcohol que mitigan las austeridades de la vida

de un moderno ermitaño. Cuando se hubo administrado la preparación, y hubo calmado su excitación con una pipa de tabaco, Salisbury pudo irse a la cama en un alegre estado de ociosidad, sin pensar en su aventura en la sombría arcada, ni en las ominosas fantasías con que Dyson había sazonado su comida. Lo mismo ocurrió la mañana siguiente durante el desayuno, pues Salisbury insistió en no pensar en nada hasta terminar de comer. Pero cuando retiraron la taza y el plato, y encendió su pipa mañanera, recordó la bolita de papel y empezó a revolver en los bolsillos de su mojado abrigo. No recordaba en qué bolsillo la había puesto y, al meter la mano primero en uno y luego en el otro, experimentó una extraña sensación de temor a que no estuviera allí, aunque ciertamente no podría haber explicado la importancia que atribuía a lo que con toda probabilidad no era más que un desecho. Sin embargo, suspiró con alivio cuando sus dedos tocaron la arrugada superficie en su bolsillo interior, sacándola despacio y colocándola sobre el pequeño escritorio al lado de su sillón, con el mismo cuidado que si se tratara de una rara joya. Salisbury se sentó a fumar, y miró fijamente su hallazgo durante unos cuantos minutos, con la extraña tentación de arrojarlo al fuego, y evitarse con ello tanto la especulación acerca de su posible contenido como la razón por la que la ofendida mujer había arrojado un trozo de papel con tanta vehemencia. Como puede suponerse, el último sentimiento fue el que se impuso, y, finalmente, no sin algo de repugnancia, cogió el papel y lo desarrugó, colocándolo frente a él. Era un simple trozo de papel sucio, a todas luces arrancado de un bloc barato, y en el centro tenía escritas unas pocas líneas con letra curiosamente apretada. Salisbury inclinó la cabeza y por un momento clavó la vista en el papel con ansiedad, suspirando profundamente; luego volvió a su silla con la mirada perdida, hasta que finalmente en un cambio repentino estalló en carcajadas, tan prolongadas, sonoras y tumultuosas que el niño de la casera se despertó en el piso de abajo e imitó su hilaridad con espantosos alaridos. Pero él siguió riendo y cogió el papel para leer por segunda vez lo que parecía tan insensato disparate.

« Q. tiene que ir a París a ver a sus amigos» , comenzaba. « Atravesar Handel S. “Una vez alrededor del césped, dos veces alrededor de la amada, y tres veces alrededor del arce”.»

Salisbury cogió el papel y lo arrugó como hiciera la enojada mujer; luego apuntó en dirección al fuego. Sin embargo, no lo arrojó a él, sino que lo tiró descuidadamente en el interior del escritorio y volvió a reírse. El completo desatino de todo el asunto le ofendía, y estaba avergonzado de su propia especulación anhelante, como el que se quema las cejas con los altisonantes comunicados de los ecos de sociedad del periódico y sólo encuentra anuncios y trivialidades. Se dirigió a la ventana y contempló la lánguida vida matinal de su barrio; las criadas con desaliñados vestidos estampados fregando los escalones de entrada en la casa, el pescadero y el carnicero en sus rondas, y los comerciantes

de pie junto a las puertas de sus pequeñas tiendas, abatidos por la falta de negocio y de emoción. A lo lejos una bruma azulada proporcionaba cierta grandeza a toda la vista, pero en conjunto esta era deprimente y sólo habría interesado a un estudioso de la vida londinense, que siempre encuentra algo exquisito y selecto en cada una de sus facetas. Salisbury se alejó disgustado y se aposentó en el sillón, tapizado en un tono verde brillante y adornado con tachones dorados, que constituía el orgullo y la atracción de sus aposentos. Volvió a su ocupación matinal: la lectura atenta de una novela que trataba de deporte y amor de tal forma que sugería la participación de un mozo de cuadra y un internado de señoritas. En circunstancias normales Salisbury habría seguido interesándose por la historia hasta la hora del almuerzo, pero esa mañana se agitaba en su silla, cogía el libro y lo volvía a dejar, y finalmente juraba y maldecía de simple irritación. En realidad, la rima del papel hallado en la arcada « se le había metido en la cabeza» , e hiciera lo que hiciese no podía menos de rezongar una y otra vez: « Una vez alrededor del césped, dos veces alrededor de la amada, y tres veces alrededor del arce» . Se convirtió en un verdadero tormento, como el ridículo estribillo de una canción de *music-hall*, eternamente citada, cantada a todas horas del día y de la noche, y apreciada por los golfillos callejeros como un infalible recurso cada seis meses. Salisbury salió a la calle y trató de olvidar a su enemigo entre los empujones de la multitud y el rugido y el estruendo del tráfico, pero al instante se encontró a sí mismo alejándose silenciosamente y deambulando por parajes desiertos, devanándose los sesos en vano tratando de hallar algún sentido a frases que no lo tenían. La llegada del jueves fue un gran alivio, pues recordó que tenía una cita con Dyson. Los fútiles ensueños del que se hacía llamar hombre de letras parecían divertidos en comparación con esta incesante repetición, esta perplejidad de la que no parecía poder escapar. Dyson estaba domiciliado en una de las calles más tranquilas que llevan del Strand al río y, al pasar Salisbury por la estrecha escalera que conducía a la morada de su amigo, vio que el tío había sido de veras benéfico. El suelo resplandecía y flameaba con todos los colores del Oriente; era, como Dyson observó pomposamente, « un ocaso de ensueño» , y sus cortinas extrañamente elaboradas, en las que brillaban hilos dorados aquí y allá, impedían ver el crepúsculo de las calles londinenses, con sus farolas encendidas. En los estantes de un armario de roble había vasos y platos de vieja cerámica francesa, y grabados en blanco y negro, de los que no pueden encontrarse en el Haymarket o Bond Street, destacaban esplendorosamente sobre papel japonés. Salisbury se sentó en el banco que había junto al hogar y aspiró y mezcló los humos de incienso y de tabaco, maravillado y atónito ante todo este esplendor del reps[1] verde y las oleografías, el espejo de marco dorado y el lustre de su propio apartamento.

—Me alegra que haya venido —dijo Dyson—. Es confortable este pequeño

aposento, ¿no es cierto? No parece encontrarse usted muy bien, Salisbury. No le ocurre nada, ¿verdad?

—No; pero he estado bastante fastidiado estos últimos días. La verdad es que tuve una especie de extraña aventura, supongo que así podría llamarla, la noche que nos encontramos, y me ha preocupado bastante. Y lo más irritante es que se trata del disparate más simple; sin embargo, luego se lo contaré todo. Iba usted a referirme el resto de esa extraña historia que empezó en el restaurante.

Si. Pero me da miedo, Salisbury, es usted incorregible. Es usted esclavo de lo que llama evidencias. Sabe usted muy bien que en el fondo cree que la singularidad de este caso es creación mía únicamente, y que en realidad todo es tan natural como manifiesta la policía. Sin embargo, ya que he empezado, seguiré adelante. Pero primero beberemos algo y usted puede además encender su pipa.

Dyson se llegó hasta la alacena de roble y sacó del fondo una botella redonda y dos vasitos, pintorescamente dorados.

—Es Benedictine —dijo—. Tomará un poco, ¿no?

Salisbury asintió, y los dos hombres se sentaron, bebiendo y fumando reflexivamente durante algunos minutos antes de que Dyson comenzara a hablar.

—Veamos —dijo finalmente—, estábamos en la pesquisa judicial, ¿verdad? No, ya terminamos con eso. ¡Ah!, ya recuerdo. Le estaba contando que, en general, había tenido éxito en mi investigación, pesquisa, o como quiera llamarla, sobre el caso. ¿No fue ahí donde lo dejé?

—Sí, así fue. Para ser preciso, creo que la última palabra que mencionó sobre el asunto fue « aunque» .

—Exacto. Desde la otra noche he estado todo el tiempo pensando y he llegado a la conclusión de que ese « aunque» es de veras considerable. Hablando sin rodeos, tengo que confesar que lo que descubrí, o creí descubrir, no significa en realidad nada. Estoy tan lejos del meollo del asunto como siempre. Sin embargo, puedo igualmente contarle lo que sé. Como recordará le dije que estaba muy impresionado con algunas observaciones de uno de los médicos que testimonió en el juicio. Así pues, decidí que mi primer paso debía consistir en tratar de sacarle a ese doctor algo más definido e inteligible. De un modo u otro me las arreglé para ser presentado al hombre: me citó para ir a verle. Resultó ser un tipo simpático y afable, bastante joven y de ninguna manera como los típicos médicos, y comenzó la charla ofreciéndome whisky y cigarros. No creí que valiera la pena andar con rodeos, así que empecé diciéndole que parte de su declaración en la investigación del caso Harlesden me había impresionado por su peculiaridad, y le mostré el recorte impreso con las líneas en cuestión subrayadas. Echó un solo vistazo al trozo de papel y me miró con extrañeza.

» —Así que le impresionó por su peculiaridad, ¡eh! —dijo—. Bien, debe usted recordar que el caso Harlesden fue muy peculiar. De hecho, creo que felizmente

puedo decir que en lo referente a algunos rasgos específicos fue único, verdaderamente único.

« —Completamente de acuerdo —repliqué yo—, y por eso es por lo que me interesa y quiero saber más de él. Y pensé que si alguien podía darme alguna información ese sería usted. ¿Qué opina?

» Era un tipo de pregunta algo categórica, y mi doctor pareció bastante desconcertado.

» —Bien —dijo—. Como me imagino que el motivo de su pregunta debe de ser simple curiosidad, creo que puedo contarle mi opinión un poco libremente. Así que, señor —¿señor Dyson?—, si quiere usted saber mi teoría, ahí va: creo que el doctor Blackmató a su mujer.

» —Pero el veredicto —contesté yo— se extrajo de su propia declaración.

» —Cierto; el veredicto se dictó de acuerdo con la declaración de mi colega y con la mía y, dadas las circunstancias, creo que el jurado actuó con mucha sensatez. De hecho, no veo qué otra cosa podían haber hecho. Pero yo me aferró a mi opinión, entiéndalo, y digo también esto: no me sorprendería que Black hubiera hecho lo que yo creo firmemente que hizo. Pienso que estaba justificado.

» —¿Justificado? ¿Cómo es eso? —pregunté. Estaba asombrado, como usted puede imaginar, por la respuesta obtenida. El doctor giró suavemente su silla y por un instante me miró resueltamente antes de contestar.

» —Supongo que no es usted un hombre de ciencia. Pues en ese caso no serviría de nada que yo le diera más detalles. Siempre me he opuesto firmemente a cualquier tipo de relación entre la fisiología y la psicología. Creo que ambas apuestan por el sufrimiento. Nadie reconoce más decididamente que yo la impracticable sima, el insondable abismo que separa al mundo consciente de todo cuanto rodea a la materia. Sabemos que cada cambio de consciencia suele venir acompañado de una nueva disposición de las moléculas de la sustancia gris; y eso es todo. Cuál es el vínculo entre ellos, o por qué coinciden, no lo sabemos, y la mayoría de los expertos cree que nunca podremos saberlo. Con todo, le diré que mientras hacía mi trabajo, con el escalpelo en la mano, tuve la convicción de que, a despecho de todas las teorías, lo que yacía frente a mí no era el cerebro de una mujer muerta, ni de ningún modo el cerebro de un ser humano. Por supuesto, vi el rostro; pero estaba muy tranquilo, desprovisto de expresión. Debió de haber sido, sin duda, un rostro hermoso, pero debo decir honestamente que no habría mirado ese rostro cuando todavía tenía vida ni por un millar de guineas, ni siquiera por dos veces esa suma.

» —Mi querido señor —dije—, me sorprende usted en extremo. Dice usted que no era el cerebro de un ser humano. ¿Qué era entonces?

» —El cerebro de un demonio —replicó—, y no me cabe la menor duda de que Black encontró alguna forma de acabar con él. Sea lo que fuese la señora Black, no estaba en condiciones de permanecer en este mundo. ¿Algo más? ¿No?

Buenas noches.

» Era una extraña opinión proveniente de un hombre de ciencia, ¿no? Cuando me dijo que no habría mirado esa cara mientras vivía por un millar de guineas, o dos millares de guineas, pensé en el rostro que yo había visto, pero no dije nada. Volví a Harlesden y fui de tienda en tienda, haciendo pequeñas compras y tratando de averiguar si había algo sobre los Black que no fuera todavía del dominio público, pero había poco que contar. Uno de los tenderos a los que me dirigí afirmó haber conocido bien a la difunta; solía comprarle todos los víveres que necesitaba en su pequeño hogar, pues nunca tuvieron sirvientes, aunque sí una asistenta ocasional, la cual no había visto a la señora Black desde meses antes de que muriera. Según el tendero, la señora Black era "una dama agradable", siempre amable y considerada, y tan encariñada con su marido como él de ella, según todos opinaban. Y sin embargo, dejando a un lado la opinión del doctor, yo sabía lo que había visto. Por tanto, después de pensar en ello y atar cabos, me pareció que la única persona que probablemente podría ayudarme era el mismo Black, y decidí encontrarle. Por supuesto no se le podía encontrar en Harlesden; había abandonado el barrio, ya lo dije, inmediatamente después del funeral. Todo lo que contenía la casa había sido vendido, y un buen día Black tomó el tren con un baúl y se fue, nadie sabe dónde. Fortuitamente volví a oír hablar de él, y por pura casualidad lo encontré finalmente. Un día paseaba por Gray's Inn Road, sin ningún destino en particular, mirando a mi alrededor, como solía, y sosteniendo con fuerza mi sombrero, pues era un día borrascoso a comienzos de marzo y el viento hacía que se mecieran y temblaran las copas de los árboles de la posada. Había subido desde el final de Holborn y casi había tomado Theobald's Road cuando reparé en un hombre que caminaba frente a mí, apoyado en un bastón, y aparentemente muy débil. Había algo en su mirada que incitó mi curiosidad, no sé por qué, y comencé a caminar más rápido con la idea de alcanzarle, cuando de pronto su sombrero voló y, saltando por la acera, llegó a mis pies. Rescaté, por supuesto, el sombrero, y le eché un vistazo mientras me dirigía hacia su propietario. Era toda una biografía: llevaba en su interior el nombre de un fabricante de Piccadilly, pero creo que ni un mendigo lo habría recogido del arroyo. Entonces levanté la mirada y vi al doctor Black de Harlesden esperándome. Cosa extraña, ¿no? Pero ¡qué cambio!, Salisbury. Cuando contemplé al doctor Black bajando las escaleras de su casa de Harlesden era un hombre erguido, que caminaba con firmeza sobre sus bien formados miembros; un hombre, diríamos, en la flor de la vida. Y ahora esta miserable criatura se inclinaba ante mí, encorvado y débil, marchitas las mejillas y el pelo prematuramente encanecido, los miembros temblorosos y renqueantes, y el sufrimiento en los ojos. Me dio las gracias por recoger su sombrero diciendo:

» —Creí que nunca podría alcanzarlo, no puedo correr mucho ahora. ¡Qué día más desapacible!, ¿verdad señor?

» Y dicho esto se despidió; pero poco a poco procuré meterle en conversación y caminamos juntos en dirección este. Creo que el hombre se habría alegrado de librarse de mí, pero me propuse no abandonarle, y finalmente se detuvo frente a una miserable casa en una miserable calle. En verdad, creo que era uno de los barrios más pobres que jamás he visto: casas que debían de haber sido bastante sórdidas y horribles de nuevas, que habían acumulado porquería con los años, y ahora parecían desmoronarse y amenazaban con caerse.

» —Allá arriba vivo yo —dijo Black, señalando al tejado—, no en el frente, sino detrás. Aquí estoy muy tranquilo. No le pediré que suba ahora, pero tal vez algún otro día…

» Le tomé la palabra y le dije que me alegraría mucho ir a verle. Me lanzó una extraña mirada, como si se preguntara por qué demonios yo o cualquier otro se preocupaban de él, y le dejé tanteando con su llavín en la cerradura. Supongo que me dirá usted que hice muy bien cuando le cuente que en unas pocas semanas me convertí en amigo íntimo de Black. Nunca olvidaré la primera vez que fui a su habitación; espero no volver nunca a ver una miseria tan abyecta y mugrienta. Un espantoso papel, en el que había desaparecido hacía tiempo cualquier dibujo o huellas de él, colgaba de las paredes en enmohecidos pendones, dominado y poseído por la mugre de la aciaga calle. Sólo era posible mantenerse en posición erguida al fondo de la habitación, y la visión de la miserable cama y el olor a corrupción que lo impregnaba todo me hizo sentir mareos y me puso enfermo. Allí le encontré mascando un pedazo de pan; parecía sorprendido al comprobar que había cumplido mi promesa, pero me ofreció su silla y se sentó en la cama mientras hablamos. Solía ir a verle a menudo y tuvimos largas conversaciones, pero nunca mencionó Harlesden o a su mujer. Imagino que él me creía ignorante del asunto, o pensaba que si había oído hablar de él, nunca relacionaría al respetable doctor Black de Harlesden con el pobre morador de una buhardilla en lo más apartado de Londres. Era un hombre raro, y cuando nos sentábamos a fumar, a menudo me preguntaba si estaría loco o cuerdo, pues creo que los más insensatos sueños de Paracelso y de los rosacruces parecerían hechos corrientes en comparación con las teorías que le oí exponer sinceramente en aquel mugriento cuchitril. En una ocasión me aventuré a insinuarle algo por el estilo. Sugerí que algo de lo que había dicho estaba en rotunda contradicción con la ciencia y la experiencia.

» —No —contestó él—, con toda la experiencia no, pues la mía también cuenta. Yo no comercio con teorías no comprobadas; lo que digo lo he probado por mí mismo, y a un costo terrible. Existe un área del conocimiento que usted siempre ignorará, y que los sabios que lo contemplan desde lejos rehuyen como la peste mientras pueden, pero que yo he visitado. Si usted supiera, si pudiera siquiera soñar lo que es posible hacer, lo que uno o dos hombres han hecho en este tranquilo mundo nuestro, su propia alma se estremecería y desfallecería en

su interior. Lo que le he dicho no es sino la más simple envoltura, la capa externa de la verdadera ciencia; esa ciencia que significa muerte y que es más espantosa que la muerte misma para aquellos que la adquieren. No, cuando los hombres dicen que en el mundo ocurren cosas extrañas, saben muy poco del terror y el espanto que siempre las acompaña.

« Alrededor del hombre flotaba una especie de fascinación que me atraía hacia él, y sentí bastante tener que abandonar Londres durante uno o dos meses: me perdería su singular charla. Pocos días después de regresar a la ciudad pensé ir a verle, pero cuando pulsé dos veces el timbre que solía utilizar, no obtuve respuesta. Volví a tocar de nuevo y ya me iba cuando se abrió la puerta y una sucia mujer me preguntó qué quería. Por su aspecto supuse que me había tomado por un policía de paisano que buscaba a alguno de sus inquilinos, pero cuando pregunté si estaba el señor Black, me dirigió una mirada bien distinta.

» —Aquí no vive el señor Black —dijo—. Se fue. Murió hace seis semanas. Siempre creí que estaba un poco chiflado, o que lo había estado y se había metido en algún lío. Solía salir todas las mañanas desde las diez a la una, y un lunes por la mañana le oímos llegar, meterse en su habitación y cerrar la puerta, y pocos minutos después, cuando nos sentábamos a almorzar, oímos tal grito que pensé que se habría ido en seguida. Luego se oyeron pisadas y bajó enfurecido, maldiciendo espantosamente y jurando que le habían robado algo que valía millones. Después se cayó en el pasillo y creimos que había muerto. Le subimos a su habitación y le metimos en la cama, y me senté a esperar mientras mi marido fue a buscar a un médico. La ventana estaba abierta de par en par y había una cajita de hojalata, abierta y vacía, que él había dejado en el suelo, pero, por supuesto, nadie podía haber entrado por la ventana, y en cuanto a él es un disparate que tuviera algo de valor, pues frecuentemente se retrasaba varias semanas en el pago del alquiler, y mi marido le amenazó muchas veces con echarle a la calle, pues, como él decía, tenemos una vida que proteger como el resto de la gente y, verdaderamente, eso es cierto; pero, de una forma u otra, no me gustaba hacerlo, aunque él era un tipo raro, y me imagino que hubiese sido mejor. Y luego llegó el doctor y le miró, y dijo que no podía hacer nada, y esa noche murió estando yo sentada junto a su cama; y puedo decirle que, entre unas cosas y otras, perdimos dinero con él, pues la poca ropa que tenía no valió casi nada cuando la llevaron a vender.

» Le di a la mujer medio soberano por las molestias y me marché a casa pensando en el doctor Black y en el epitafio que ella había hecho de él, asombrándome ante la extraña idea de que hubiera sido objeto de un robo. Supongo que tenía muy poco que temer a ese respecto el pobre tipo; pero imagino que estaba realmente loco, y que murió en un acceso súbito de su manía. Su patrona dijo que una o dos veces que tuvo ocasión de entrar en su habitación (para apremiar al pobre desgraciado a pagar su alquiler, lo más

probable) la tuvo en la puerta cerca de un minuto, y que cuando entró le vio guardar una caja de hojalata en la esquina junto a la ventana; supongo que estaría poseído con la idea de algún tesoro fabuloso, y se creería un hombre rico en medio de toda su miseria. *Explicit* y mi cuento se acabó, y, como verá usted, aunque conocí a Black, nada supe de su mujer o de la historia de su muerte. Así está el caso Harlesden, Salisbury, y creo que me interesa aún más profundamente porque no parece existir ni la más remota posibilidad de que yo o cualquier otro sepamos algo más sobre él. ¿Qué piensa usted?

—Bueno, Dyson, debo decir que creo que ha conseguido usted rodear a todo el asunto de un misterio de su propia creación. Voto por la solución del doctor: Black asesinó a su esposa, estando con toda probabilidad en un estado latente de locura.

—¿Qué? ¿Cree usted entonces que la mujer era demasiado espantosa, demasiado terrible para permitírsele permanecer sobre la tierra? Recordará que el doctor dijo que se trataba del cerebro de un diablo.

—Sí, sí, pero hablaba metafóricamente, por supuesto. Realmente es una cuestión simple si usted lo considera solamente así.

—¡Ah!, bueno, puede que esté usted en lo cierto; pero todavía no estoy seguro de que lo está. Muy bien, es inútil seguir discutiendo. ¿Un poco más de Benedictine? Eso es; pruebe un poco de este tabaco. Decía usted que había estado preocupado por algo…, algo que sucedió la noche que cenamos juntos.

—Sí, había estado inquieto, Dyson, muy inquieto. Yo… la verdad es que es un asunto tan trivial, tan absurdo, que me avergüenzo de molestarle con él.

—No importa, absurdo o no, dígamelo.

Con muchas vacilaciones y mucho rencor íntimo por lo disparatado del asunto, Salisbury contó su historia, y repitió de mala gana la absurda información y las todavía más absurdas rimas del recorte de papel, esperando que Dyson estallara en carcajadas.

—¿No es una pena que me deje preocupar por cosas como esas? —preguntó, después de balbucear las rimas una vez, dos veces, tres veces.

Dyson escuchó gravemente hasta el final y meditó unos minutos en silencio.

—Sí —dijo finalmente—, fue una curiosa casualidad que se refugiara usted en la arcada justo cuando pasaban aquellos dos. Pero no sé si debería calificar de tonterías lo que estaba escrito en el papel; por supuesto es extraño, pero supongo que para alguien tiene sentido. ¿Quiere repetirlo otra vez? Lo anotaré. Quizá podamos encontrar algún tipo de clave, aunque lo considero poco probable.

De nuevo los reacios labios de Salisbury balbucearon lentamente los disparates que tanto aborrecía, mientras Dyson tomaba nota en una hoja de papel.

—¿Quiere echar un vistazo a esto? —dijo, cuando acabó de anotar—. Puede ser importante que cada palabra esté en su debido lugar. ¿De acuerdo?

—Sí; es una copia fiel. Pero no creo que saque usted mucho de ella. Seguro que es una simple bobada, un galimatías sin sentido. Ahora debo marcharme, Dyson. No, no me diga más; ese asunto suyo es bastante complicado. Buenas noches.

—Supongo que le gustaría tener noticias mías si descubro algo.

—No, ¡ni hablar!; no quiero volver a oír hablar del asunto. Puede usted considerar el descubrimiento, si existe alguno, como propio.

—Muy bien. Buenas noches.

IV

Bastantes horas después de que Salisbury hubiera regresado junto a sus sillas de reps verde, Dyson continuaba sentado en su escritorio, una verdadera fantasía japonesa, fumando pipa tras pipa y meditando acerca del relato de su amigo. La extraña índole de la inscripción que había molestado a Salisbury era para él una atracción, y de vez en cuando la cogía y escudriñaba atentamente lo que había escrito, especialmente el pintoresco verso final. Decidió que era una señal, un símbolo, y no una clave; y que la mujer que lo había arrojado al suelo con toda probabilidad ignoraba por completo su significado; ella era solamente el instrumento del « Sam» que había insultado y abandonado, y él a su vez era el instrumento de algún desconocido; posiblemente del individuo llamado Q, que había sido obligado a visitar a sus amigos franceses. Pero ¿qué hacer con la frase « atravesar Handel Street.» ? Aquí estaba la raíz y el origen del enigma, y ni todo el tabaco de Virginia parecía probable que le proporcionara alguna pista. La situación parecía casi desesperada, pero Dyson se consideraba a sí mismo el Wellington de los misterios y se fue a la cama en la seguridad de que más pronto o más tarde daría con la pista adecuada. Los días siguientes estuvo enfrascado en su trabajo literario, que constituía un profundo misterio incluso para el más íntimo de sus amigos, el cual buscaba infructuosamente en el quiosco del ferrocarril el resultado de tantas horas pasadas ante el escritorio japonés en compañía de tabaco fuerte y té cargado. En esta ocasión Dyson se confinó en su habitación durante cuatro días, y con verdadero alivio dejó su pluma y salió a la calle en busca de descanso y aire fresco. Acababan de encender las farolas de gas y la quinta edición de los periódicos de la tarde era voceada por las calles. Buscando tranquilidad, Dyson se desvió del clamoroso Strand y empezó a dirigirse hacia el noroeste. Pronto se encontró en calles en donde resonaban sus pasos y, cruzando una nueva y amplia vía y torciendo luego hacia el oeste, Dyson descubrió que había penetrado en lo más profundo del Soho. Aquí había vida de nuevo: raras cosechas de Francia y de Italia, a precios que parecían desdeñosamente bajos, atraían a los transeúntes; aquí había quesos enormes y sabrosos, allí aceite de

oliva, y allá un bosque de rabelesianas salchichas; mientras, en una tienda cercana parecía estar a la venta toda la prensa de París. En medio de la calzada deambulaba de un lado para otro una extraña mezcla de naciones, por allí raramente se aventuraban las berlinas y los cabriolés; y desde sus ventanas los asistentes contemplaban complacidos la escena. Dyson siguió su camino lentamente, mezclándose con la multitud sobre el adoquinado, escuchando la extraña babel del francés, el alemán, el italiano y el inglés, y echando un vistazo de vez en cuando a los escaparates de las tiendas con sus filas de botellas alineadas; casi había llegado al final de la calle cuando le llamó la atención una pequeña tienda en la esquina, que contrastaba vivamente con sus vecinas. Era la típica tienda de barrio pobre; una tienda completamente inglesa. En ella se vendían tabaco y dulces, baratas pipas de barro y de madera de cerezo; cuadernos y palilleros de a penique alternaban preferentemente con canciones burlescas; y folletines por entregas con espantosos grabados mostraban que el romance reclamaba su lugar junto a las realidades de la prensa vespertina, cuyos carteles ondeaban en el portal. Dyson echó una ojeada al nombre que figuraba encima de la puerta, y permaneció tembloroso junto a la acera, pues una angustia profunda, como la de alguien que hace un descubrimiento, le había dejado momentáneamente inmóvil. El nombre de la tienda era Travers. Dyson miró de nuevo hacia arriba, esta vez en dirección a la esquina de la pared por encima de la farola, y leyó en letras blancas sobre fondo azul las palabras « Handel Street, W. C.» y la leyenda se repetía en caracteres más borrosos justo debajo. Dio un suspiro de satisfacción, y sin más entró audazmente en la tienda y miró fijamente en plena cara al hombre gordo que estaba sentado tras el mostrador. El individuo se levantó y le devolvió la mirada con curiosidad, y luego comenzó con una expresión estereotipada:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor?

A Dyson le divertía la situación y la naciente perplejidad del rostro del tendero. Apoyó cuidadosamente su bastón contra el mostrador e, inclinándose sobre él, dijo lenta e impresionantemente:

—Una vez alrededor del césped, dos veces alrededor de la amada, y tres alrededor del arce.

Dyson había calculado que sus palabras producirían algún efecto y no quedó defraudado. El vendedor de misceláneas quedó con la boca abierta como un pez y se apoyó en el mostrador. Cuando hablo, después de un breve intervalo, lo Hizo con voz ronca, trémula y vacilante.

—¿Le importaría repetirlo, señor? No le he entendido del todo.

—Desde luego no pienso hacer nada por el estilo, buen hombre. Oyó usted perfectamente bien lo que le dije. Veo que tiene usted un reloj en su tienda; un admirable cronómetro, sin duda. Bien, le doy un minuto por su propio reloj.

El hombre miró en torno con perpleja indecisión, y a Dyson le pareció que

ya iba siendo hora de mostrarse atrevido.

—Mire allí, Travers, casi se le ha terminado el tiempo. Creo que usted ha oído hablar de Q. Recuerde, su vida está en mis manos. ¡Vamos!

Dyson se sobresaltó por el resultado de su propia audacia. El hombre se contrajo y quedó paralizado por el terror, el sudor caía por su rostro de color blanco ceniza, y levantó las manos.

—Señor Davies, señor Davies, no diga eso… ¡por el amor de Dios! No le reconocí al principio, créame. ¡Dios mío, señor Davies!, no querrá arruinarme, ¿verdad? En seguida se lo traeré.

—Más vale que no pierda más tiempo.

El hombre se escabulló patéticamente de su propia tienda y entró en una habitación posterior. Dyson escuchó sus temblorosos dedos manejando torpemente un manojo de llaves y el chirriar de una caja al abrirse. Al poco regresó llevando en las manos un pequeño paquete cuidadosamente envuelto en papel marrón, y, lleno de terror, se lo entregó a Dyson.

—Me alegra desembarazarme de él —dijo—. No volveré a aceptar encargos de esta índole.

Dyson cogió el paquete y su bastón, y salió de la tienda con una inclinación de cabeza, volviéndose al pasar por la puerta. Travers se había arrellanado en su asiento, con el rostro todavía lívido por el miedo y una mano sobre los ojos y, mientras se iba rápidamente, Dyson especuló mucho sobre lo que podrían ser esos extraños acordes que tan toscamente había pulsado. Llamó al primer cabriolé que vio y regresó a casa; y en cuanto hubo encendido su lámpara suspendida y dejado el paquete sobre la mesa, se detuvo unos instantes preguntándose por la extraña cosa que pronto iluminaría la luz de la lámpara. Cerró la puerta, cortó las cuerdas, desplegó el papel capa a capa, y finalmente dio con una pequeña caja de madera, sencilla pero sólida. No tenía cerradura, y Dyson no tuvo más que levantar la tapa: cuando lo hizo exhaló un prolongado suspiro y retrocedió. La lámpara parecía brillar tenuemente como una vela; sin embargo, toda la habitación resplandecía de luz, y no de un solo tono, sino con miles de colores, como una vidriera pintada; en las paredes de la habitación y sobre los muebles familiares, el resplandor brillaba de nuevo y parecía volver a su origen, la pequeña caja de madera. Pues en ella, sobre un blanco lecho de lana, descansaba la más espléndida joya, una joya como jamás pudo soñar Dyson, en cuyo interior brillaba el azul de lejanos cielos, el verde del mar junto a la costa, el rojo del rubí, y rayos violeta oscuro, y en medio de todo parecía llamear, como si un surtidor de fuego ascendiera y descendiera y volviera a ascender entre destellos, como en los colgantes estrellados. Dyson lanzó un profundo suspiro, se dejó caer en su silla, y se tapó los ojos con las manos para pensar. La joya parecía un ópalo, pero en su larga experiencia de escaparates de tiendas no sabía de ningún ópalo que alcanzara una cuarta o una octava parte de

ese tamaño. Miró de nuevo la piedra casi con temor, y la colocó suavemente sobre la mesa, bajo la lámpara, pudiendo contemplar el maravilloso reflejo que brillaba y centelleaba en su centro; entonces volvió a la caja, curioso por saber si contendría otras maravillas. Levantó el lecho de lana sobre el que se recostaba el ópalo y encontró debajo no más joyas, sino un viejo libro de bolsillo, desgastado y raído por el uso. Dyson lo abrió por la primera página y lo dejó caer espantado. Había leído el nombre de su dueño, esmeradamente escrito con tinta azul.

Dr. STEVEN BLACK
Oranmore,
Devon Road,
Harlesden.

Pasaron varios minutos antes de que Dyson se resignara a abrir por segunda vez el libro. Rememoró el espantoso cautiverio en su buhardilla; y su extraña conversación, y también el recuerdo del rostro que había visto en la ventana, y lo que había dicho el especialista, se apoderaron de su mente y, mientras sus dedos asían la cubierta, se estremeció, temeroso de lo que podía haber escrito en su interior. Cuando finalmente lo abrió y pasó las páginas, encontró las dos primeras en blanco, pero la tercera estaba cubierta por una escritura clara y menuda, y Dyson empezó a leer con la luz del ópalo brillando en sus ojos.

V

« Desde que era joven —comenzaba la anotación— he dedicado todo mi ocio, y buena parte del tiempo que debería haber empleado en otros estudios, a la investigación de las más curiosas y ocultas ramas del saber. Nunca me he sentido atraído por los llamados comúnmente placeres de la vida, y vivía solitario en Londres, eludiendo a mis compañeros de estudios, y a la vez evitado por ellos a causa de mi ensimismamiento y mi indiferencia. Era enormemente feliz con tal de poder satisfacer mi deseo de conocimientos de cierta índole peculiar, cuya misma existencia constituye un profundo secreto para la mayoría de la humanidad, y a menudo he pasado noches enteras sentado en la oscuridad de mi habitación, pensando en el extraño mundo a cuyo borde me había asomado. Mis estudios profesionales, sin embargo, y la necesidad de obtener un título, me obligaron por algún tiempo a posponer mis investigaciones secretas, y poco después de doctorarme conocí a Agnes, que se convirtió en mi esposa. Alquilamos una casa nueva en este remoto suburbio, y comencé la habitual rutina de una discreta práctica, y durante algunos meses viví bastante feliz,

participando en la vida que me rodeaba y pensando sólo en raras ocasiones en esa ciencia oculta que una vez me había fascinado. Conocía lo suficiente acerca de los caminos que había empezado a transitar como para saber que eran difíciles y peligrosos, que en su perseverancia implicaban con toda probabilidad la destrucción de la vida, y que conducían a regiones tan terribles que la mente humana retrocedía horrorizada con solo pensarlo. Además, la tranquilidad y la paz que había gozado desde que me casé me habían alejado en gran parte de lugares donde sabía que no podía haber paz. Pero súbitamente —creo de veras que fue producto de una sola noche, mientras yacía sobre la cama contemplando la oscuridad—, súbitamente, decía, el viejo deseo, el pasado anhelo, volvió, y lo hizo con una fuerza que, en su ausencia, se había intensificado diez veces. Cuando despuntó el día y me asomé a la ventana, viendo con ojos extraviados la salida del sol por el este, supe que mi destino estaba marcado; que al haber llegado tan lejos, ahora debía ir todavía más allá con paso firme. Volví a la cama donde mi esposa dormía apaciblemente, y me acosté de nuevo, derramando amargas lágrimas, pues el sol se había puesto sobre nuestra existencia feliz para cernirse como una horrible amenaza sobre ambos. No pondré aquí por escrito con todo detalle lo que siguió; aparentemente fui a mi trabajo como antes y no dije nada a mi esposa. Pero pronto ella notó que yo había cambiado; pasaba mi tiempo libre en una habitación que había equipado como un laboratorio, y a menudo me deslizaba escaleras arriba en el gris amanecer, cuando todavía brillaban sobre Londres las luces de innumerables farolas; y cada noche me acercaba más a esa gran sima que iba a salvar, el abismo entre el mundo consciente y el mundo material. Realicé numerosos experimentos de índole complicada, y pasaron algunos meses antes de que me diera cuenta de la dirección en que apuntaban; cuando, por un momento, los pude probar en mí mismo, sentí que mi rostro palidecía y que mi corazón enmudecía dentro de mí. Pero hace ya tiempo que perdí la facultad de volverme atrás, la facultad de detenerme ante las puertas que ahora se me abren de par en par y no entrar; la retirada estaba cortada, y yo únicamente podía seguir adelante. Mi posición era tan absolutamente desesperada como la de un prisionero de una mazmorra, cuya única luz es la de la mazmorra de arriba; las puertas estaban cerradas y la huida era imposible. Los experimentos dieron, uno tras otro, el mismo resultado, y yo sabía, y me acobardaba en cuanto el pensamiento cruzaba mi mente, que para la tarea que tenía que hacer necesitaba medios que ningún laboratorio podía suministrar, que ninguna escala podía medir. En esa tarea, de la cual incluso dudaba de escapar con vida, debía tomar parte la vida misma. Había que arrancar de algún ser humano esa esencia que los hombres llaman alma, y en su lugar (pues en el esquema del mundo no hay aposentos vacantes) poner algo que los labios difícilmente pueden pronunciar, que la mente no puede concebir sin un terror más espantoso que el terror a la muerte misma. Y cuando supe esto, supe

también sobre quién recaería este destino: escruté los ojos de mi esposa. Si en ese momento hubiera salido y, cogiendo una cuerda, me hubiera ahorcado, podría haberme librado, y ella también, pero de ninguna otra manera. Finalmente se lo conté todo. Ella se estremeció y se lamentó, y solicitó la ayuda de su madre muerta, y me pidió clemencia, y yo solamente pude suspirar. No le oculté nada; le conté en lo que se convertiría y lo que se introduciría en lugar de su vida; le hablé de toda la infamia y de todo el horror. Usted, que ha abierto la caja y ha visto su contenido, y que leerá esto cuando yo esté muerto —si de veras permito que esta relación subsista—, no sé si podrá entender lo que yace oculto en el ópalo. Pues una noche mi esposa consintió en lo que yo le pedí, con lágrimas corriéndole por el hermoso rostro y el cuello y el pecho ruborizados por la sofocante vergüenza, consintió en sufrir esto por mí. Abrí la ventana de par en par y juntos contemplamos por última vez el cielo y la sombría tierra; era una estupenda noche estrellada, y soplaba una agradable brisa; la besé en los labios y sus lágrimas me resbalaron por las mejillas. Aquella noche ella bajó a mi laboratorio, y allí, con los postigos cerrados y atrancados, con las cortinas tupidamente corridas, de manera que hasta las mismas estrellas quedasen fuera del alcance de la vista, mientras el crisol siseaba y la lámpara rebosaba, hice lo que tenía que hacer, y conduje afuera a lo que ya no era una mujer. Pero el ópalo flameaba y destellaba sobre la mesa con un brillo como jamás contemplaron ojos humanos, y los rayos del fuego que ardía en su interior deslumbraban y relucían, y resplandecían incluso en mi corazón. Mi esposa solamente me pidió una cosa: que la matara cuando finalmente sucediera lo que yo le había contado. He cumplido esta promesa» .

No había nada más. Dyson dejó caer el pequeño libro y volvió a mirar de nuevo el ópalo con su llameante luz interior, y luego, con el corazón embargado de indecible e irresistible horror, cogió la joya, la arrojó al suelo, y la pisoteó con sus tacones. Mientras se alejaba su rostro palideció de terror y, por un momento, se sintió enfermo y tembloroso, y luego con un sobresalto cruzó la habitación y se apoyó contra la puerta. Podía escucharse un siseo amenazador, como un escape de vapor a elevada presión, y al mirar, inmóvil, la joya, vio que de su mismo centro brotaba lentamente un denso reguero de humo amarillo, que subía en espirales en forma de serpiente. Entonces, del humo brotó una tenue llama blanca que ardió vertiginosamente y desapareció en el aire; y en el suelo quedó una especie de ceniza negra que se pulverizaba al tacto.

LA NOVELA DEL SELLO NEGRO

RELATADA POR LA JOVEN DAMA EN LEICESTER SQUARE

Prólogo

—Veo que es usted un resuelto racionalista —dijo la dama—. ¿No le he contado que tuve experiencias todavía más terribles? Yo también fui escéptica una vez, pero después de lo que me he enterado no puedo seguir fingiendo que dudo.

—Señora —replicó el señor Phillips—, nadie me hará renegar de mi fe. Nunca creeré, ni fingiré creer, que dos y dos son cinco, ni admitiré bajo ningún pretexto la existencia de triángulos de dos lados.

—Es usted un poco apresurado —contestó la dama—. Pero, ¿puedo preguntarle si ha oído alguna vez el nombre del profesor Gregg, experto en etnología y materias afines?

—Mucho más que oír simplemente su nombre —dijo Phillips—. Siempre lo he considerado como uno de los más agudos y perspicaces investigadores; y su última publicación *Tratado de Etnología* me impresionó por ser completamente admirable en su género. En verdad, el libro acababa de llegar a mis manos cuando me enteré del terrible accidente que truncó la carrera de Gregg. Según creo, durante el verano había alquilado una casa de campo al oeste de Inglaterra, y se supone que cayó a un río. Si mal no recuerdo, su cadáver nunca fue recuperado.

—Señor, no me cabe la menor duda de que es usted discreto. Su conversación parece revelarlo con creces, y el mismo título de la obrita que mencionó me asegura que no es usted un huero frívolo. En una palabra, presiento que puedo confiar en usted. Parece tener la impresión de que el profesor Gregg ha muerto; yo no tengo ninguna razón para creer que ese es el caso.

—¿Qué? —gritó Phillips, sorprendido y desasosegado—. ¿Insinúa usted que ha habido algo ignominioso? No puedo creerlo. Gregg era un hombre de carácter transparente, de gran generosidad en su vida privada, y, aunque no me hago demasiadas ilusiones, creo que ha sido un sincero y devoto cristiano. ¿No pretenderá usted insinuar que alguna deshonrosa historia le ha obligado a huir del

país?

—De nuevo se precipita usted —replicó la dama—. No he dicho nada de eso. En resumen, le referiré que el profesor Gregg abandonó esa casa una mañana en perfecto estado de salud, tanto mental como física. Jamás regresó, pero tres días después, en una desierta y escabrosa ladera a varias millas del río, se encontraron su reloj y su cadena, una bolsa que contenía tres soberanos de oro, algunas monedas de plata y un anillo que habitualmente llevaba consigo. Aparecieron junto a una piedra caliza de forma fantástica, envueltos en una especie de tosco pergamino sujeto con cuerda de tripa. Cuando abrieron el paquete descubrieron en el reverso del pergamino una inscripción trazada con cierta sustancia roja; los caracteres eran indescifrables, pero parecían una adulteración de la escritura cuneiforme.

—Me interesa usted sobremanera —dijo Phillips—. ¿Le importaría proseguir con su historia? Las circunstancias que ha mencionado me parecen a todas luces inexplicables y ansio una aclaración.

La joven dama pareció meditar por un momento, y luego procedió a contar la

NOVELA DEL SELLO NEGRO

Ahora debo darle más amplios detalles sobre mi historia.

Soy hija de un ingeniero civil llamado Steven Lally, tan desgraciado que murió de repente en los comienzos de su carrera, antes de que hubiera acumulado suficientes medios para mantener a su esposa y a sus dos hijos.

Mi madre se las ingenió para mantener nuestra pequeña familia con recursos que deben de haber sido increíblemente pequeños. Vivíamos en una remota aldea campesina, donde casi todo lo indispensable para la vida es más barato que en la ciudad, pero aun así fuimos educados según la más rigurosa economía. Mi padre era un hombre inteligente e instruido, y nos legó una pequeña pero selecta biblioteca, que contenía los mejores clásicos griegos, latinos e ingleses; esos libros fueron el único entretenimiento de que disponíamos. Recuerdo que mi hermano aprendió latín en las *Meditaciones* de Descartes, y yo, en lugar de los cuentos que los niños suelen leer, no tuve nada más precioso que una traducción de los *Gesta Romanorum*[1]. Así crecimos como dos niños callados y estudiosos, y con el paso del tiempo mi hermano se estableció en la forma que le he mencionado. Yo continué viviendo en casa; mi pobre madre había quedado inválida y necesitaba mis continuos cuidados; hace unos dos años murió, tras varios meses de dolorosa enfermedad. Mi situación era terrible; los raídos muebles apenas bastaron para pagar las deudas que me había visto obligada a contraer y los libros que le envié

a mi hermano, sabiendo cuánto los apreciaría. Estaba completamente sola. Me daba cuenta de lo poco que ganaba mi hermano; y, aunque vino a Londres con la esperanza de encontrar empleo, confiando en que él sufragaría mis gastos, juré que sólo esperaría un mes, y que si en ese tiempo no podía hallar algún trabajo me moriría de hambre antes de privarle de las miserables libras que había guardado para un momento de apuro. Alquilé una pequeña habitación en un suburbio distante, el más barato que pude encontrar. Subsistía a base de pan y té, y pasaba el tiempo contestando en vano a los anuncios y visitando más vanamente aún las direcciones que había anotado. Transcurrieron varios días y semanas enteras sin que tuviera éxito, hasta que llegó a su término el plazo establecido y vi ante mí la horrible perspectiva de una muerte lenta por inanición. Mi casera era bondadosa a su manera; conocía la precariedad de mis recursos y estoy segura de que no me habría echado a la calle. Mi única alternativa era marcharme y tratar de morir en algún lugar tranquilo. Era entonces invierno y en las primeras horas de la tarde una espesa niebla blanquecina lo cubría todo, haciéndose cada vez más densa según avanzaba el día. Era domingo, lo recuerdo, y la gente de la casa estaba en la capilla. Hacia las tres salí furtivamente y me alejé lo más rápido que pude, aunque estaba débil por la abstinencia. La blanca neblina envolvía las silenciosas calles; una espesa escarcha se había acumulado en las desnudas ramas de los árboles, y los cristales de la helada resplandecían en las vallas de madera y en el frío y duro suelo bajo mis pies. Seguí adelante, girando a derecha e izquierda completamente al azar, sin preocuparme en mirar los nombres de las calles, y lo único que recuerdo de mi andadura aquella tarde de domingo no parece sino los fragmentos inconexos de un mal sueño. En una visión confusa, a través de caminos a medias urbanos y a medias rurales, tropecé a un lado con campos grises que se desvanecían en el vaporoso mundo de la neblina, y al otro, cómodas villas en cuyas paredes tremolaba el resplandor de las chimeneas. Pero todo era irreal: las paredes de ladrillo rojo y las ventanas encendidas, los imprecisos árboles y la trémula campiña, las lámparas de gas que hacían resaltar las blancas sombras, la perspectiva en fuga de las vías del tren bajo los elevados terraplenes, el verde y el rojo de las señales luminosas, no eran más que imágenes fugaces que inflamaban mi agotado cerebro y mis sentidos entumecidos por el hambre. De vez en cuando oía resonar pasos apresurados en el duro camino, y pasaban a mi lado gentes bien arropadas, caminando apresuradamente para entrar en calor, y anticipando, sin duda, con vehemencia los placeres del hogar encendido, con las cortinas bien corridas sobre los helados cristales, y la acogida de sus amigos. Pero conforme la tarde oscurecía y la noche se aproximaba, los caminantes fueron decreciendo cada vez más, y atravesé sola una sucesión de calles. Daba traspiés en medio de aquel blanco silencio, tan desolada como si pisara las calles de una ciudad enterrada. Según me sentía más débil y exhausta, algo parecido al horror de la muerte me

envolvía el corazón. Súbitamente, al doblar una esquina, alguien me abordó cortésmente bajo la farola, y oí una voz que me preguntaba si amablemente podía indicarle cómo llegar a la calle Avon. La súbita sacudida de la voz humana me postró todavía más y acabó con mis fuerzas; caí en la acera hecha un ovillo y lloré y sollocé y reí presa de un violento ataque de histeria. Había salido dispuesta a morir y, al traspasar el umbral que me había protegido, dije adiós conscientemente a todas las esperanzas y todos los recuerdos. Cuando la puerta rechino tras de mí con atronador ruido, sentí que un telón de acero había caído sobre el breve transcurso de mi vida, que me quedaba muy poco camino por recorrer en un mundo de tristeza y oscuridad; comenzaba la escena del primer acto de mi muerte. A continuación vino mi errabundeo entre la niebla, la blancura que todo lo envolvía, las calles vacías, el silencio velado, hasta que aquella voz me habló como si yo estuviera muerta y la vida retornara a mí. En pocos minutos logré calmar mis ánimos y, al levantarme, me encontré en presencia de un caballero de mediana edad y aspecto agradable, pulcra y correctamente vestido. Me miró con piadosa expresión, pero, antes de que yo balbuciera mi ignorancia de la vecindad, ya que verdaderamente no tenía la más ligera noción de dónde me había extraviado, me habló.

—Querida señora —dijo—, parece usted en serios apuros. No puede imaginarse cuánto me alarma. Pero, ¿puedo preguntarle la naturaleza de su inquietud? Le aseguro que puede confiar tranquilamente en mí.

—Es usted muy amable —respondí—, pero me temo que no hay nada que hacer. Mi situación parece desesperada.

—¡Qué disparate! Es usted demasiado joven para hablar así. Venga, caminemos un rato, debe usted contarme sus dificultades. Quizá pueda ayudarla.

Había en sus modales algo muy tranquilizador y persuasivo y, mientras caminábamos juntos, le tracé un esbozo de mi historia, y le conté la desesperación que me había oprimido hasta casi morir.

—Hizo usted mal en ceder tan rotundamente —dijo cuando me callé—. En Londres un mes es muy poco tiempo para abrirse camino. Londres, permítame decirle, señorita Lally, no es una ciudad abierta ni indefensa; es una plaza fuerte, rodeada de un doble foso con extrañas intrincaciones. Como siempre suele ocurrir en las grandes ciudades, las condiciones de vida se han vuelto extremadamente artificiales; el hombre o la mujer que pretendan tomar por asalto la plaza no se enfrentarán a una simple empalizada, sino a apretadas filas de sutiles artefactos, minas y otros escollos que reclaman una rara habilidad para poder superarlos. Usted, en su inocencia, se imaginó que sólo tendría que gritar para que esas murallas se desvanecieran en la nada, pero ya ha pasado la época de tan asombrosas victorias. Tenga valor; aprenderá bien pronto el secreto del éxito.

—¡Ay de mí, señor! —contesté—. No dudo de que sus conclusiones sean

correctas, pero en este momento creo estar a punto de morir de inanición. Habla usted de un secreto; por el amor de Dios, dígamelo si siente alguna compasión por mi aflicción.

El hombre rió afablemente.

—Eso es lo más extraño. Quienes conocen el secreto no pueden contarlo aunque quieran; es ciertamente tan inefable como la doctrina esencial de la francmasonería. Pero puedo decirle que usted al menos ha penetrado la capa exterior del misterio.

Y rió de nuevo.

—Le suplico que no se burle de mí —le dije—. ¿Qué he hecho, *que sais-je*? Soy tan ignorante que no tengo la más ligera idea de cómo me procuraré la próxima comida.

—Perdóneme. Me pregunta usted por lo que ha hecho. Se ha encontrado conmigo. Venga, no discutiremos más. Veo que es usted autodidacta, única forma de educación que no es infinitamente perniciosa, y estoy necesitado de una institutriz para mis dos hijos. Soy viudo desde hace varios años; me llamo Gregg. Le ofrezco a usted el puesto que he mencionado y un salario de, digamos, cien libras al año.

Sólo pude balbucir mi agradecimiento, y el señor Gregg, deslizándome en la mano una tarjeta con su dirección, y un billete de banco a modo de señal, me dijo adiós, pidiéndome que fuera a verlo un par de días después.

Así fue como conocí al profesor Gregg, y no debe extrañarle que el recuerdo de la desesperación y de la helada ráfaga que sopló sobre mí desde las mismas puertas de la muerte me hiciera considerarle como un segundo padre. Antes de concluir la semana estaba instalada en mis nuevos deberes. El profesor había arrendado un viejo caserón de ladrillo en un suburbio al oeste de Londres, y allí, rodeada de agradables prados y huertos, y sosegada por el murmullo de los antiguos olmos que sacudían sus ramas sobre el tejado, empezó un nuevo capítulo de mi vida. Conociendo la naturaleza de las ocupaciones del profesor, no le sorprenderá oír que la casa estaba atestada de libros, y de vitrinas repletas de extraños, e incluso horrendos, objetos, ocupando hasta el último rincón de los vastos aposentos de la planta baja. Gregg era un hombre únicamente interesado en el saber, y en poco tiempo también yo me contagié de su entusiasmo, y me esforcé por participar en su pasión por la investigación. En pocos meses era más su secretaria que la institutriz de sus dos hijos, y muchas noches me sentaba ante el escritorio al resplandor de la velada lámpara, mientras él, paseándose de un lado para otro en la penumbra de la chimenea, me dictaba el contenido de su *Tratado de Etnología*. Pero entre esos estudios tan serios y exactos siempre detecté algo oculto, un anhelo y un deseo acerca de algún objeto al que no había aludido; de vez en cuando, se interrumpía en lo que iba diciendo y caía en un ensueño, arrebatado, así me lo parecía a mí, por alguna lejana visión de

descubrimientos aventureros. Concluido al fin el tratado, empezamos a recibir pruebas de imprenta, que fueron confiadas a mí en su primera lectura para que, luego, el profesor hiciera la revisión final. Mientras tanto, aumentaba su cautela acerca del asunto que le ocupaba, y un día me entregó un ejemplar del libro con la alegre risa de un escolar al terminar el curso.

—He mantenido mi palabra —dijo—. Prometí escribirlo y lo he hecho. Ahora podré dedicarme a cosas más raras. Le confieso, señorita Lally, que ambiciono el renombre de Colón; espero que me verá interpretar el papel de explorador.

—Sin duda —dije— queda poco por explorar. Ha nacido usted unos siglos tarde para eso.

—Creo que se equivoca —respondió él—. Todavía quedan fantásticos países por descubrir y continentes de extensión desconocida. ¡Ay, señorita Lally! Créame usted, vivimos entre sacramentos y misterios que nos llenan de temor, y ni siquiera sabemos lo que será de nosotros. La vida, créame, no es cosa sencilla, ni se reduce a la masa de materia gris y el montón de venas y músculos que el bisturí del cirujano deja al descubierto; el hombre es el secreto que pretendo explorar, y antes de que pueda descubrirlo deberé surcar mares verdaderamente revueltos, y océanos, y nieblas de varios miles de años. Acuérdese del mito de la desaparición de la Atlántida; ¿y si fuera cierto, y estuviera yo destinado a ser el descubridor de esa maravillosa tierra?

Podía ver la excitación que hervía bajo sus palabras, y en su rostro la pasión del cazador; me encontraba frente a un hombre que se creía emplazado a un torneo con lo desconocido. Una súbita alegría se apoderó de mí al pensar que, en cierta manera, iba a estar asociada a él en la aventura, y también me inflamó la codicia de la caza, sin que me parara a pensar que no sabía bien lo que estábamos buscando.

A la mañana siguiente el profesor Gregg me recibió en su estudio privado, donde, alineado contra la pared, tenía un casillero, de estantes primorosamente etiquetados, que clasificaba en unos cuantos pies de espacio los resultados de años de laborioso trabajo.

—Aquí —dijo— está mi vida; aquí están todos los datos que he reunido con tanta fatiga, que, sin embargo, no son nada. No, nada en comparación con lo que voy a acometer ahora. Mire esto —y me llevó hasta un viejo escritorio, una destartalada y fantástica pieza en uno de los rincones del aposento, del que levantó el tablero y abrió uno de los cajones interiores.

—Unos pocos fragmentos de papel —prosiguió, señalando al cajón— y una piedra negra[2], toscamente anotada con misteriosas marcas y rasguños, es todo lo que guarda el cajón. Esto que ve aquí es un viejo sobre con el sello rojo oscuro de hace veinte años, pero en el dorso he escrito a lápiz unas pocas líneas; esto es una hoja manuscrita y esto otro algunos recortes de oscuros periódicos locales. Y

si me pregunta el objeto de la colección, no le parecerá extraordinario: una sirvienta de una granja, que desapareció y nunca más se supo de ella, un niño a quien se le supone haberse extraviado en las montañas, unos misteriosos garabatos en una roca caliza, un hombre asesinado mediante el golpe de una extraña arma; esa es la pista tras la que debo ir. Sí, como usted dice, hay una adecuada explicación para todo esto: la chica puede haber huido a Londres, Liverpool o Nueva York, el niño puede estar en el fondo de algún pozo de mina en desuso, y las letras sobre la roca pueden ser resultado del ocioso capricho de algún vagabundo. Sí, sí, admito todo eso; pero sé que tengo la verdadera clave. ¡Mire! —y me ofreció un trozo de papel amarillento.

Leí: *Caracteres encontrados en una roca de caliza en las Colinas Grises*, y a continuación había una palabra borrada, probablemente el nombre de un condado, y una fecha de unos quince años atrás. Debajo había una serie de toscos caracteres, que parecían cuñas o cruces, tan extraños y estrafalarios como los del alfabeto hebreo.

—Ahora el sello —dijo el profesor Gregg, entregándome la piedra negra, de unas dos pulgadas de largo, y algo parecida a un anticuado atacador para la pipa, aunque mucho más grande.

Alcé la piedra hasta la luz y vi para mi sorpresa que los caracteres de papel se repetían en el sello.

—Sí —dijo el profesor—, son los mismos. Y las marcas sobre la piedra caliza se hicieron hace quince años, con alguna sustancia de color rojo, mientras que los caracteres del sello tienen por lo menos cuatro mil años. Quizá mucho más.

—¿Es una broma? —le dije.

—No, ya lo he previsto. No iba a dedicar mi vida en pos de una broma. He comprobado todo el asunto con sumo cuidado. Solamente una persona, aparte de mí, conoce la existencia de este sello negro. Además, existen otras razones en las que ahora no puedo entrar.

—Pero ¿qué significa todo esto? —dije—. No puedo entender a qué conclusión nos lleva.

—Mi querida señorita Lally, esa es una pregunta que preferiría dejar sin respuesta durante algún tiempo. Tal vez nunca sea capaz de contarle los secretos aquí encerrados: unos pocos y vagos indicios, el esbozo de tragedias aldeanas, algunas marcas de tierra roja sobre una roca, y un antiguo sello. ¿Extraño conjunto de datos en que apoyarse? Media docena de evidencias, y veinte años atrás ni siquiera hubiera podido reunirías. ¿Quién sabe qué espejismo o *terra incógnita* puede haber más allá de todo esto? Miro a través de aguas profundas, señorita Lally, y la tierra de más allá bien pudiera ser, después de todo, una ilusión. Pero, con todo, no lo, creo así, y bastarán unos cuantos meses para saber si estaba o no equivocado.

Cuando el profesor me dejó a solas, me esforcé en desenmascarar el

misterio, preguntándome adonde podía conducirnos tan insólitos y dispares datos. No estoy desprovista por entero de imaginación, y tenía buenas razones para respetar el rigor intelectual del profesor; sin embargo, me parecía que el cajón sólo contenía material para una fantasía, y en vano intenté imaginar qué teoría podría extraerse de los fragmentos esparcidos ante mí. En verdad, lo único que podía descubrir en lo que había oído y visto era el primer capítulo de una extravagante novela. Y, sin embargo, en lo más profundo de mi corazón ardía de curiosidad, y día tras día buscaba ansiosamente en el rostro del profesor Gregg algún indicio de lo que iba a ocurrir.

La señal llegó una noche después de cenar.

—Espero que podrá hacer sus preparativos sin muchas dificultades —me dijo súbitamente—. Nos marchamos dentro de una semana.

—¡De verdad! —dije con asombro—. ¿Adonde vamos?

—He alquilado una casa de campo al oeste de Inglaterra, no lejos de Caermaen, un tranquilo pueblecito que antaño fue ciudad y sede de una legión romana. Es un lugar muy aburrido, pero el campo es precioso y el aire saludable.

Noté un destello en sus ojos, y supuse que esta repentina mudanza tenía alguna relación con nuestra conversación unos pocos días antes.

—Sólo me llevaré unos cuantos libros —dijo el profesor Gregg—. Eso es todo. El resto permanecerá aquí hasta nuestra vuelta. Voy a tomarme unas vacaciones —prosiguió, sonriéndome— y no sentiré librarme por un tiempo de mis viejos huesos, piedras y deshechos. Hace treinta años, sabe usted, que llevo dándole vueltas a los hechos; ahora es tiempo de fantasías.

Los días pasaron rápidamente. Cuando dejamos atrás el viejo caserón y comenzó nuestro viaje, pude advertir que el profesor se estremecía de excitación contenida, pero apenas presté atención a la vehemente impaciencia de su mirada. Partimos al mediodía, y a la caída de la noche llegamos a una pequeña estación rural. Me encontraba cansada y excitada, y el trayecto a través de las vías férreas me pareció un sueño. Primero, las desiertas calles de una aldea olvidada, mientras oía la voz del profesor Gregg hablando de la Legión Augusta y del estruendo de armas y la impresionante pompa que solían acompañar a las águilas romanas. Después, el ancho río deslizándose con todo su caudal, con los últimos resplandores crepusculares centelleando lúgubremente sobre las amarillentas aguas, los grandes prados, los trigales blanqueados, y la angosta senda que serpentea por la ladera entre las colinas y el agua. Finalmente empezamos a ascender, y el aire se fue enrareciendo. Miré hacia abajo y vi la blanca neblina que silueteaba el curso del río como un sudario, y una región indefinida y sombría: imágenes y ensueños de onduladas colinas y bosques colgantes, más allá imprecisos contornos de cerros, y a lo lejos el fulgor deslumbrante de la hoguera en la montaña, lanzando intermitentemente

columnas de resplandecientes llamas para luego desvanecerse hasta un rojo apagado. Subíamos despacio en un carruaje, y hasta mí llegó el helado soplo y el misterio del gran bosque que nos envolvía; me parecía estar vagando por sus más profundos abismos, y percibía el rumor del agua goteando, el perfume de las hojas verdes y el aliento de la noche de verano. Al fin el carruaje se detuvo y a duras penas pude distinguir la forma de la casa, mientras esperaba un momento entre las columnas del porche. El resto de la velada fue como un extraño sueño, limitado por el gran silencio del bosque, el valle y el río.

A la mañana siguiente, cuando desperté y observé a través del mirador de mi espacioso y anticuado dormitorio, vi, bajo un cielo gris, que la región rebosaba todavía misterio. El precioso y largo valle, con el río serpenteando allá abajo, cruzado por un puente medieval de piedra de bóvedas y contrafuertes; la clara presencia de las tierras altas, en lontananza; y los bosques que la noche anterior únicamente viera en sombras: todo parecía teñido de encanto, y el suave soplo de la brisa que penetraba por la abierta cristalera no se parecía a ninguna otra brisa. Miré en dirección al valle, y más allá, a las colinas que se sucedían una tras otra como olas en el mar; en primer término, una columna de humo azul pálido se elevaba todavía de la chimenea de una antigua y lúgubre granja, al pie de una escarpada cumbre coronada de abetos sombríos, y a lo lejos vislumbré la blanca cinta de un camino que ascendía y se perdía en alguna inimaginable región. Pero toda la vista estaba limitada por una gran muralla montañosa, inmensa hacia el oeste, que terminaba como una fortaleza en una cuesta empinada y un túmulo abovedado recortándose contra el cielo.

Vi al profesor Gregg paseando por el sendero de la terraza bajo las ventanas, y era evidente que saboreaba tanto la sensación de libertad como el pensamiento de que por un tiempo se había despedido de sus obligaciones. Cuando me uní a él había exultación en su voz al señalarme la extensión del valle y el serpenteo del río por entre las encantadoras colinas.

—Sí —dijo—, es un país extrañamente hermoso, y, para mí al menos, lleno de misterios. ¿No habrá olvidado, señorita Lally, el cajón que le mostré? No; y no habrá supuesto que he venido aquí solamente por el bien de los niños y el aire puro.

—Creo que he supuesto algo parecido —le respondí—. Pero debe recordar que no conozco ni siquiera la naturaleza de sus investigaciones; y en cuanto a la relación entre la búsqueda y este maravilloso valle, no se me ocurre nada.

Me sonrió misteriosamente.

—No debe usted creer que estoy haciendo un misterio de esto simplemente por gusto —dijo—. No me atrevo a hablar porque hasta ahora no ha habido nada que decir, nada definido, quiero decir, nada que pueda ponerse por escrito, tan aburrido, seguro e irreprochable como cualquier documento diplomático. Y, además, tengo otra razón. Hace muchos años me llamó la atención un suelto de

periódico que al momento me hizo concretar en una determinada hipótesis las vagas ideas y las fantasías a medio formar en muchas horas de ocio y especulación. En seguida comprendí que pisaba un terreno resbaladizo; mi teoría era descabellada y fantástica en grado sumo, y bajo ninguna consideración hubiera escrito un solo detalle de ella para su publicación. Pero pensé que, en compañía de hombres de ciencia como yo, que conocen el curso de los descubrimientos, y son conscientes de que el gas que arde y destella en la taberna fue una vez hipótesis descabellada; ante hombres como estos, pensé que podría arriesgar mi sueño —digamos la Atlántida, o la piedra filosofal, o lo que usted quiera—, sin miedo al ridículo. Comprobé que estaba completamente equivocado; mis amigos me miraron y se miraron entre ellos confusamente, y en las miradas que intercambiaron pude vislumbrar un poco de compasión y algo también de desprecio insolente. Uno de ellos me visitó al día siguiente e insinuó que debía de estar padeciendo agotamiento cerebral por un exceso de trabajo. « Sin rodeos» , dije, « piensa usted que me estoy volviendo loco. No lo crea» . Y le mostré la salida con muy poca cortesía. Desde ese día prometí solemnemente que nunca más susurraría a ninguna alma viviente la naturaleza de mi teoría; a nadie más que a usted le he mostrado el contenido de ese cajón. Después de todo, puedo estar persiguiendo una quimera; puedo haber sido engañado por una simple coincidencia; pero mientras permanezca aquí, en este místico silencio, entre bosques y yermas colinas, estoy más convencido que nunca de estar tras la pista segura. Vamos, es hora de que entremos.

Todo esto me maravillaba y excitaba a la vez. Sabía que el profesor Gregg solía emprender su trabajo paso a paso, examinando el terreno que pisaba, y no aventurando nunca una afirmación sin disponer de una prueba irrefutable. Sin embargo, adiviné, más por su mirada y la vehemencia de su tono de voz que por las palabras pronunciadas, que no se apartaba de su pensamiento la visión de algo casi increíble; y yo, que aun poseyendo algo de imaginación era muy escéptica, me sobresaltaba a la menor insinuación de lo maravilloso, y no podía menos que preguntarme si no estaría padeciendo el profesor una monomanía, excluyendo de este tema el método científico que presidiera el resto de su vida.

Con todo, pese a esta imagen de misterio que obsesionaba mis pensamientos, me rendí completamente al encanto del lugar. Por encima de la ajada casa de la ladera empezaba el gran bosque, una franja larga y oscura vista desde las colinas opuestas, que se extendía varias millas de norte a sur por encima del río, terminando al norte en parajes todavía más salvajes, cerros yermos y desolados, y ásperos campos, un territorio extraño que nadie visitaba, más desconocido para los ingleses que el corazón mismo de Africa. La casa estaba separada del bosque únicamente por un par de escarpados campos, y a los niños les encantaba seguirme por los largos senderos de maleza, entre suaves muros entretejidos de resplandecientes hayas, hasta el punto más elevado de la floresta, desde donde

contemplábamos a un lado, a través del río, la elevación y el hundimiento del terreno hasta la gran muralla montañosa del oeste, y del otro, la agitación e inclinación de los múltiples árboles, los prados altos, y el reluciente mar amarillo con la imperceptible costa. Solía sentarme en este lugar, sobre la hierba caldeada por el sol que señalaba el rastro de la Calzada Romana, mientras los dos niños competían a carreras para coger bayas de tojo que crecían en los márgenes. Aquí, bajo el profundo cielo azul y las grandes nubes en movimiento, como viejos galeones con las velas hinchadas, navegando del mar a las colinas, mientras escuchaba el susurrante hechizo del enorme y viejo bosque, vivía únicamente para el deleite, y sólo recordaba extrañas cosas cuando, al volver a casa, encontrábamos al profesor Gregg encerrado en el pequeño aposento que había convertido en su estudio, o bien paseando por la terraza, con el aspecto paciente y entusiasta de estar absorto en alguna investigación.

Una mañana, ocho o nueve días después de nuestra llegada, me asomé a la ventana y vi que todo el paisaje se transformaba ante mí. Las nubes habían descendido súbitamente hasta ocultar al oeste la montaña; el viento del sur impulsaba la lluvia valle arriba en columnas móviles, y el arroyuelo que irrumpía bajo la casa, al pie de la colina, ahora se precipitaba enfurecido río abajo como un torrente rojo. Por fuerza, nos vimos obligados a permanecer escondidos puertas adentro; y cuando hube atendido a mis pupilos, me senté en el gabinete, donde los restos de una biblioteca todavía atestaban una anticuada estantería. Había inspeccionado los estantes una o dos veces, pero su contenido no había logrado interesarme. Lo mejor de la biblioteca eran unos volúmenes de sermones del siglo XVIII, un viejo tratado de veterinaria, una colección de poemas escritos por « personas de calidad» , la *Connection* de Prideaux, y algún tomo suelto de Pope; parecía indudable que habían retirado todo lo que era interesante o valioso. Sin embargo, comencé a revisar desesperadamente las mohosas encuadernaciones en piel de carnero o becerro, y encontré, con sumo placer, un magnífico y viejo volumen en cuarto impreso por los Stephani, que contenía los tres libros de Pomponio Mela, *De situ orbis*, y otro de antiguos geógrafos. Sabía suficiente latín para orientarme en un texto corriente, y pronto quedé absorta en la singular mezcla de realidad y fantasía que era como una luz brillando en un reducido espacio del mundo, y el resto, niebla, sombras y formas atroces. Examinando las páginas cuidadosamente impresas, mi atención recayó en el encabezamiento de un capítulo de Solino, y leí las siguientes palabras:

MIRA DE INTIMIS GENTIBUS LYBYAE, DE LAPIDE HEXECONTALITHO

(Maravillas de las gentes que habitan el interior de Libia, y de la piedra llamada Sesenta.)

El curioso titulo me atrajo, y seguí leyendo:

Gens ista avia et secreta habitat, in montibus horrendis foeda mysteria celebrat. De hominibus nihil aliud illi praeferunt quam figuram, ab humano ritu prorsus exulant, oderunt deum lucis. Stridunt potius quam loquuntur: vox absona nec sine horrore auditur. Lapide quodam gloriantur, quem Hexecontalithon vocant; dicunt enim hunc lapidem sexaginta notas ostendere. Cujus lapidis nomen secretum ineffabile colunt: quod Ixaxar? [3]

« Estas gentes» , traduje para mí, « moran en lugares remotos y secretos, y celebran nefandos misterios en montes horrendos. Nada tienen en común con los hombres salvo el rostro, y las costumbres humanas les son completamente ajenas; y odian al sol. Sisean más que hablan; sus voces son ásperas y no pueden oírse sin temor. Se jactan de cierta piedra llamada Sesenta porque dicen que ostenta sesenta caracteres. Esta piedra tiene un nombre secreto e indecible, que es Ixaxar» .

Me reí de la rara incoherencia de todo esto, que consideré digna de « Simbad el Marino» o de cualquier otro suplemento de las *Mil y una noches*. Cuando vi al profesor Gregg en el transcurso del día, le conté mi hallazgo en la estantería y los fantásticos disparates que había estado leyendo. ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver que me miraba con una expresión del más vivo interés!

—Realmente esto es curioso —dijo—. Nunca pensé que mereciera la pena leer a los antiguos geógrafos, y acaso me haya perdido algo bueno. ¡Ah!, este es el pasaje, ¿no? Lamento tener que privarle de su entretenimiento, pero creo sinceramente que debo llevarme el libro.

Al día siguiente, el profesor me invitó a pasar a su estudio. Le encontré sentado frente a una mesa, a la plena luz de una ventana, escrutando algo muy atentamente con una lupa.

—¡Ay, señorita Lally! —comenzó diciendo—. Quisiera valerme de sus ojos. Esta lupa es bastante buena, pero no tanto como la que dejé en la ciudad. ¿Le importaría examinar usted misma la cosa, y decirme cuántos caracteres hay en ella grabados?

Me entregó el objeto que tenía en su mano. Era el sello negro que me había mostrado en Londres, y mi corazón comenzó a latir más deprisa ante el pensamiento de que dentro de poco iba a saber algo. Cogí el sello y, alzándolo hasta la luz, verifiqué uno a uno los grotescos caracteres en forma de daga.

—Yo calculo sesenta y dos —dije por fin.

—¿Sesenta y dos? ¡Qué absurdo! Es imposible. ¡Ah!, ya veo lo que usted ha hecho: ha contado esta y esta —y señaló dos marcas que seguramente había tomado yo por letras iguales al resto.

—Sí, si —prosiguió el profesor Gregg—, pero obviamente son rasguños,

hechos accidentalmente; en seguida me di cuenta. Sí, entonces está muy bien. Muchas gracias, señorita Lally.

Me marchaba ya, un poco decepcionada de que me hubiese llamado simplemente para contar las marcas del sello negro, cuando repentinamente destelló en mi mente lo que había leído por la mañana.

—Pero, profesor Gregg —grité, falta de aliento—, ¡el sello, el sello! Por supuesto es la piedra Hexecontalithos de la que escribió Solino; es Ixaxar.

—Sí —dijo—, supongo que sí. O quizá es una simple coincidencia. Con estas cosas, ya lo sabe usted, nunca se puede estar demasiado seguro. La coincidencia mató a la ciencia.

Me marché confundida por lo que había oído, sin saber, menos que nunca, cómo encontrar la pista adecuada en este laberinto de extrañas evidencias. Durante tres días persistió el mal tiempo, pasando de una enérgica lluvia a una densa niebla, sutil y goteante, y parecía que estuviésemos aprisionados en una nube blanca que nos aislara del resto del mundo. Entretanto, el profesor Gregg estaba a oscuras en su aposento, no dispuesto, al parecer, a dispensar confidencias o charlas de ninguna clase; le oía paseando de aquí para allá con un paso rápido e impaciente, como si estuviese en cierta manera cansado de tanta inacción. La cuarta mañana fue excelente, y en el desayuno el profesor me comentó animadamente:

—Necesitamos más ayuda para la casa; un muchacho de quince o dieciséis años, ya sabe usted. Hay muchos trabajos sueltos que privan de tiempo a las doncellas y un chico podría hacerlos mucho mejor.

—Las chicas no se me han quejado —le respondí—. Al contrario, Anne dijo que tenía menos trabajo que en Londres, debido a que aquí apenas hay polvo.

—¡Ah, sí, son unas buenas chicas! Pero pienso que nos arreglaríamos mejor con un chico. De hecho, eso es lo que me ha tenido preocupado los dos últimos días.

—¿Preocupado usted? —dije con asombro, pues en honor a la verdad el profesor jamás había mostrado el más mínimo interés por los asuntos de la casa.

—Sí —dijo—, el tiempo, ya sabe usted. Realmente no podría irme con esta niebla escocesa; no conozco bien la región y podría extraviarme. Pero esta misma mañana voy a buscar al muchacho.

—¿Y cómo sabe usted que hay por estos alrededores un chico como el que quiere?

—¡Ay, sobre eso no tengo dudas! Tendré que caminar todo lo más una o dos millas, pero estoy seguro de encontrar exactamente al chico que requiero.

Pensé que el profesor bromeaba, pero aunque su tono era bastante alegre, había en sus facciones algo de severidad y de obstinación que me confundió. Luego cogió su bastón, se detuvo en la puerta mirando al frente meditabundo, y me llamó al pasar yo por el vestíbulo.

—A propósito, señorita Lally, hay una cosa que quería decirle. Acaso haya oído usted decir que algunos de estos jóvenes campesinos son cerrados de mollera; « idiota» sería una palabra excesivamente cruel, por lo que acostumbran a llamarlos « naturales» o algo por el estilo. Espero que no le molestará si el chico que busco no resulta demasiado agudo; será completamente inofensivo, por supuesto, y para dar lustre a las botas no se necesitan muchos esfuerzos mentales.

Dicho esto se fue, ascendiendo a marchas forzadas el camino que conduce al bosque, y dejándome a mí estupefacta; entonces, por vez primera, mi asombro se mezcló con un repentino acento de terror, que no sabía de dónde procedía y era completamente inexplicable incluso para mí, y por un momento sentí en mi corazón algo parecido al escalofrío de la muerte, y ese miedo a lo desconocido que no tiene forma y es peor que la misma parca. Intenté recobrar mi valor en la suave brisa que soplaba desde el mar y en la luz del sol después de la lluvia, pero los misteriosos bosques parecieron oscurecerse en torno a mí; y la imagen del río serpenteando entre los cañaverales y el gris plateado del antiguo puente evocaron en mi mente símbolos de un vago temor, de la misma manera que las cosas más inofensivas y familiares evocan terrores en la imaginación de un niño.

Dos horas más tarde volvió el profesor Gregg. Lo encontré mientras descendía por el camino, y tranquilamente le pregunté si había podido encontrar algún chico.

—¡Oh, sí! —me contestó—. Encontré uno con bastante facilidad. Se llama Jervase Cradock y espero que nos será muy útil. Su padre murió hace muchos años, y la madre, a la que vi, parecía muy contenta ante la perspectiva de unos pocos chelines más cada sábado por la noche. Como esperaba, no es demasiado despierto, y, según la madre, a veces tiene convulsiones; pero como no se le confiará la porcelana, eso no importa demasiado, ¿no es cierto? Y no es peligroso en modo alguno, como usted sabe, simplemente un poco débil mental.

—¿Cuándo vendrá?

—Mañana por la mañana a las ocho en punto. Anne le mostrará lo que tiene que hacer y cómo hacerlo. Al principio volverá a su casa por las noches, pero tal vez más adelante le convenga más dormir aquí y volver a casa sólo los domingos.

No encontré ninguna objeción que hacerle. El profesor Gregg hablaba en un tono tranquilo y prosaico, como si realmente las circunstancias lo justificaran; y, sin embargo, no pude reprimir mi asombro por todo el asunto. Sabía que realmente no necesitábamos ayuda en las tareas domesticas, y me impresionó la predicción del profesor de que el chico que iba a emplear podía resultarle un poco « simple» , seguida de su exacto cumplimiento. A la mañana siguiente oí decir a la sirvienta que el chico Cradock había llegado a las ocho, y que ella había intentado que fuera de utilidad. « No parece estar del todo en sus cabales, no lo

creo, señorita» , fue su único comentario. Más tarde le vi ayudando en sus faenas al anciano que cuidaba el jardín. Era un joven de unos catorce años, de pelo y ojos negros y piel aceitunada, y en cuanto advertí la curiosa vacuidad de su expresión comprendí que era un retrasado mental. Según pasaba yo, se tocó la frente torpemente, y le oí responder al jardinero con una voz extraña y áspera que me llamó la atención; me dio la impresión de alguien que hablaba desde lo más profundo de la tierra, y percibí un ruido sibilante, como el siseo del fonógrafo cuando el estilete recorre el cilindro. Me dijeron también que parecía ansioso por hacer todo lo que pudiera, y que era del todo dócil y obediente, y el jardinero Morgan, que conocía a su madre, me aseguró que era completamente inofensivo.

—Siempre ha sido un poco raro —me dijo— y no es de extrañar con todo lo que pasó la madre antes de que él naciera. Conocí bien a su padre, Thomas Cradock, que verdaderamente fue un excelente trabajador. Cogió algo malo en los pulmones a causa de su trabajo en los húmedos bosques, nunca se recobró, y de repente falleció. Y cuentan que la señora Cradock estaba fuera de sí; de cualquier modo, la encontró el señor Hillyer, de Ty Coch, encogida en lo alto de las Colinas Grises llorando y sollozando como alma en pena. Y Jervase nació unos ocho meses después, y, como le iba diciendo, siempre fue un poco raro. Y cuentan que, apenas pudo andar, aterrorizaba a los otros niños con los ruidos que hacía.

Una de las palabras de esta historia despertó algún recuerdo dentro de mí, y, vagamente curiosa, le pregunté al anciano dónde estaban las Colinas Grises.

—Allá arriba —dijo, con el mismo ademán que empleara antes—. Debe pasar la taberna « Fox and Hounds» y atravesar el bosque por las viejas ruinas. Desde aquí hay sus buenas cinco millas, y es un lugar de lo más extraño. Dicen que es la peor tierra de aquí a Monmouth, aunque es buen pasto para ovejas. Sí, fue triste para la pobre señora Cradock.

El viejo volvió a su trabajo, y yo seguí paseando por el sendero entre las espalderas hinchadas y torcidas por los años, pensando en la historia que había escuchado y buscando a tientas el detalle que había despertado mi memoria. De pronto se me reveló: había visto la frase « Colinas Grises» en el trozo amarillento de papel que el profesor Gregg tomó del cajón de su escritorio. De nuevo fui presa de terribles angustias por una mezcla de miedo y curiosidad. Recordé los extraños caracteres copiados de la roca caliza, así como su identidad con la inscripción del antiguo sello y las fantásticas fábulas del geógrafo latino. Comprendí, sin duda, que a menos que la coincidencia hubiera montado toda la escena disponiendo estos extravagantes acontecimientos con curioso arte, iba a convertirme en espectadora de hechos muy alejados del usual y acostumbrado tráfago de la vida. Día tras día observaba al profesor Gregg: seguía de cerca su pista adelgazando visiblemente por la ansiedad; y al atardecer, cuando el sol se

ocultaba tras el vértice de la montaña, paseaba sin rumbo por la terraza sin levantar la vista del suelo, mientras la niebla se espesaba en el valle, la quietud del crepúsculo acercaba las voces lejanas, y una columna de humo azul se elevaba de la chimenea en forma romboidal de la lúgubre alquería, como había visto la primera mañana. Le dije que solía ser escéptica; pero, aunque entendía poco o nada, empecé a tener miedo, repitiéndome en vano los dogmas científicos de que la vida es únicamente material y de que en el universo no quedan tierras por descubrir, ni aun en las más remotas estrellas, donde lo sobrenatural pueda encontrar arraigo. Sin embargo, estas reflexiones me sugirieron el pensamiento de que realmente la materia es tan atroz y desconocida como el espíritu, que la propia ciencia se detiene en el umbral, y apenas llega a vislumbrar las maravillas del interior.

Un día destaca sobre todos los demás como un odioso faro rojo, presagiando las desgracias por venir. Estaba sentada en un banco del jardín, viendo escardar al chico de Cradock, cuando súbitamente me alarmó un ruido áspero y ahogado, como el aullido de una bestia salvaje acosada, y me conmocionó indeciblemente ver al pobre muchacho temblando y sacudiendo todo su cuerpo como si pasaran a través de él descargas eléctricas, rechinándole los dientes, echando espuma por la boca y con la cara hinchada y amoratada hasta convertirse en una espantosa máscara humana. Chillé aterrada, y el profesor Gregg llegó corriendo; y, según le señalaba Cradock, el muchacho cayó de bruces con un estremecimiento convulsivo y permaneció sobre la húmeda tierra, retorciéndose como un lución herido y prorrumpiendo sus labios en un inconcebible barboteo de sonidos estertóreos y siseantes. Parecía mascullar una infame jerga, con palabras, o lo que parecían palabras, que podían haber pertenecido a alguna lengua muerta desde tiempos inmemoriales y enterrada bajo el lodo del Nilo o en el más recóndito escondrijo de la selva mexicana. Por un momento cruzó por mi mente, mientras mis oídos se rebelaban contra ese clamor infernal, el pensamiento de que «seguramente se trata del mismísimo idioma del infierno», y luego grité repetidas veces y huí estremecida hasta lo más profundo de mi alma. Había visto la cara del profesor Gregg al inclinarse sobre el desdichado muchacho y levantarle, y me aterró la exultación que brillaba en todas sus facciones. Cuando me senté en mi habitación, con las persianas bajadas y los ojos ocultos bajo las manos, oí pasos abajo y luego me dijeron que el profesor Gregg había traído a Cradock a su estudio y había cerrado la puerta. Escuché un vago murmullo de voces y temblé pensando en lo que podía estar pasando a sólo unos pocos pies de donde estaba sentada; anhelaba escaparme al bosque en busca de la claridad solar, pero temía las visiones con las que podía cruzarme por el camino. Por fin, mientras cogía nerviosamente el tirador de la puerta, oí la voz del profesor Gregg que me llamaba alegremente.

—Ya pasó todo, señorita Lally —dijo—. El pobre se ha recobrado y he

dispuesto que duerma aquí a partir de mañana. Quizá pueda hacer algo por él.

» Sí —añadió poco después—, fue una visión muy penosa y no me extraña que se haya alarmado. Podemos esperar que bien alimentado se repondrá un poco, pero me temo que nunca se curará del todo.

Y afectó el aire lúgubre y convencional con que se suele hablar de las enfermedades incurables; aunque, debajo de él, yo percibía el placer que se agitaba con violencia en su interior y luchaba por expresarse. Era como mirar a la superficie del mar, clara e inmóvil, y ver debajo insondables abismos y un tumulto de olas pugnando entre sí. Realmente me torturaba y ofendía que este hombre, que tan generosamente me rescató de la misma muerte y que se mostró en todas las relaciones de su vida lleno de benevolencia y piedad, y afectuosamente precavido, pudiera estar por una vez tan manifiestamente del lado de los demonios y encontrara un horrible placer en los tormentos de un afligido prójimo. Aparte, yo luchaba contra esta diabólica dificultad y me esforzaba por hallar la solución; pero, sin la más ligera pista, estaba acosada por el misterio y la contradicción. No veía nada que pudiera ayudarme y empecé a preguntarme si, después de todo, no me había librado de la blanca niebla del suburbio a un precio excesivamente alto. Insinué al profesor algo de lo que pensaba; dije lo bastante como para hacerle saber que estaba sumida en la más absoluta perplejidad, pero un momento después lamenté lo que había hecho al ver que su rostro se retorcía en un espasmo de dolor.

—Mi querida señorita Lally —dijo—, ¿no estará tal vez pensando en dejarnos? No, no, no lo haría. No sabe cuánto me fio de usted, cómo avanzo confiadamente seguro de que usted está aquí para velar por mis hijos. Es usted, señorita Lally, mi retaguardia, pues, déjeme decirle, el asunto que me tiene tan ocupado no está del todo desprovisto de peligro. No habrá olvidado usted lo que le dije la primera mañana; mis labios están sellados por una antigua y firme resolución de no manifestar hipótesis ingeniosas o vagas conjeturas, sino solamente hechos incontestables, tan ciertos como una demostración matemática. Piense en ello, señorita Lally; no me empeñaría ni por un momento en retenerla aquí en contra de su voluntad, y, sin embargo, le confieso francamente que estoy persuadido de que es precisamente aquí, en medio de estos bosques, donde está su deber.

Me conmovió la elocuencia de su tono y el recuerdo de que, después de todo, el hombre había sido mi salvación, y le tendí la mano con la promesa de servirle lealmente y sin preguntas. Algunos días más tarde vino a verme el párroco de nuestra iglesia —una pequeña iglesia lúgubre, severa y pintoresca, que asomaba a las mismas orillas del río, vigilando los flujos y reflujos de las mareas—, y el profesor Gregg le persuadió con facilidad para que se quedara y compartiese nuestra cena. El señor Meyrick era miembro de una antigua familia de terratenientes, cuya vieja casa solariega estaba situada entre colinas, a unas siete

millas de distancia; así enraizado en la tierra, el párroco era un depósito viviente de las antiguas y marchitas costumbres y tradiciones del país. Sus afables modales, algo excéntricos, se ganaron al profesor Gregg; y a los quesos, cuando un delicado borgoña había iniciado sus conjuros, los dos hombres ardían como el vino y hablaban de filología con el entusiasmo de un burgués por los títulos de nobleza. Estaba exponiendo el clérigo la pronunciación de la *ll* galesa, produciendo sonidos semejantes al gorgoteo de sus arroyos oriundos, cuando intervino el profesor Gregg:

—A propósito —dijo—, el otro día escuché una palabra muy extraña. Usted ya conoce a mi chico, el pobre Jervase Cradock. Ha adquirido la mala costumbre de hablar solo, y anteayer, mientras paseaba por el jardín, le oí, aunque él, evidentemente, no advirtió mi presencia. No pude entender mucho de lo que dijo, pero una palabra me impresionó ciertamente. Era como un sonido muy extraño, medio sibilante, medio gutural, y tan raro como esas *eles* dobles de las que usted acaba de hacer una demostración. No sé si podré darle una idea de ese sonido: lo más parecido es, quizá, Ishakshar. Pero la *k* debería ser una *χ* griega o una *j* española. ¿Qué significa eso en galés?

—¿En galés? —dijo el clérigo—. No existe en galés semejante palabra, ni ninguna otra que remotamente se le parezca. Conozco el galés libresco, como lo llaman, y los dialectos coloquiales tan bien como cualquiera, pero no encontrará una palabra como esa desde Anglesea a Usk. Además, ninguno de los Cradock habla ni una palabra de galés; por esta zona está desapareciendo gradualmente.

—¿De veras? Lo que dice me interesa sobremanera, señor Meyrick. Le confieso que la palabra no me sonaba a galés. Pero pensé que podría ser alguna corrupción local.

—No, nunca oí tal palabra, ni ninguna otra que se le parezca. Realmente —añadió el clérigo, sonriendo caprichosamente—, si pertenece a alguna lengua yo diría que debe de ser a la de las hadas, las Tylwydd Têg, como las llamamos aquí.

La conversación pasó al descubrimiento en la vecindad de una villa romana; y poco después abandoné la habitación y me senté aparte, extrañándome de la coincidencia de tan esquivos indicios de evidencia. Cuando el profesor me habló de esa rara palabra había sorprendido un destello en sus ojos; y, aunque la pronunciación que le dio fue en extremo grotesca, reconocí el nombre de la piedra de sesenta caracteres mencionada por Solino, el sello negro encerrado en un cajón secreto del estudio, en el que una raza ya desaparecida estampó para siempre unos signos que nadie puede descifrar, signos que, por lo que yo sé, podrían ocultar atrocidades de tiempos remotos, ya olvidadas antes de que las colinas cobrasen forma.

Cuando bajé de mi habitación a la mañana siguiente encontré al profesor Gregg en su eterno pasear por la terraza.

—Mire aquel puente —dijo al verme—. Observe el fantástico diseño gótico, los ángulos entre los arcos y el gris plateado de la piedra a la misteriosa luz del amanecer. Confieso que me parece simbólico: podría ilustrar una alegoría mística del paso de un mundo a otro.

—Profesor Gregg —dije tranquilamente—, es hora de que yo sepa algo de lo ocurrido y de lo que va a ocurrir.

Por el momento no me respondió, pero volví a hacerle la misma pregunta por la tarde y el profesor no pudo contener su excitación.

—¿No lo entiende usted todavía? —exclamó—. Pero si le he contado y le he mostrado una buena parte; ha oído usted casi todo lo que yo he oído, y visto lo que yo; o, al menos —y su voz se estremeció al hablar—, lo suficiente para aclarar una buena parte. Los sirvientes le contarían, no me cabe la menor duda, que el infeliz chico de Cradock tuvo otro ataque anteanoche; me despertó gritando con la misma voz que oyó usted en el jardín, y fui a su lado, y no le permita Dios ver lo que yo vi aquella noche. Pero todo esto es inútil; mi tiempo aquí está llegando a su fin; debo regresar a la ciudad dentro de tres semanas, pues tengo que preparar unas conferencias y necesito rodearme de todos mis libros. En muy pocos días todo habrá terminado y ya no tendré que insinuar, ni me veré ya más expuesto al ridículo como si fuese un loco o un charlatán. No, hablaré claro y me escucharan con una emoción que tal vez nadie ha logrado nunca despertar en el pecho de sus congéneres.

Se detuvo, y pareció resplandecer en él la alegría de un importante y maravilloso descubrimiento.

—Pero todo esto será en el futuro, el futuro próximo ciertamente, pero al fin y al cabo el futuro —prosiguió finalmente—. Hay algo todavía que hacer. ¿Recuerda que le conté que mis investigaciones no estaban enteramente desprovistas de peligro? Sí, debemos enfrentarnos a una serie de peligros; cuando antes hablé del asunto no sabía cuántos, y hasta cierto punto sigo todavía a oscuras. Pero será una extraña aventura, la última de todas, el último eslabón de la cadena.

Mientras hablaba se paseaba de arriba abajo por la habitación, y pude oír en su voz los contrapuestos tonos de la exultación y el abatimiento, o quizá debería decir temor, el temor de los hombres que se hacen a la mar en aguas desconocidas, y pensé en su alusión a Colón la noche que me enseñó su libro. La tarde era un poco fría y un fuego de leños había sido encendido en el estudio en donde nos encontrábamos; la remitente llama y el resplandor en las paredes me recordaban los viejos tiempos. Estaba sentada en un sillón junto al fuego, preguntándome en silencio por todo lo que había oído, y todavía especulaba vanamente sobre los secretos móviles ocultos bajo la fantasmagoría de que fui testigo, cuando de repente tuve la sensación de que en la habitación se había producido algún tipo de cambio, que había algo poco común en su aspecto

general. Durante algún tiempo miré en torno a mí, tratando en vano de localizar la alteración que sabía que se había producido. La mesa junto a la ventana, las sillas, el descolorido canapé, todo estaba como lo había conocido. De pronto, como un recuerdo buscado irrumpe en la mente, supe lo que estaba fuera de lugar. Me encontraba frente al escritorio del profesor, situado al otro lado de la chimenea, y sobre él había un busto tiznado de Pitt[4], que nunca había estado allí antes. Y entonces recordé la verdadera posición de esa obra de arte: en la más lejana esquina junto a la puerta había una vieja alacena, que resaltaba en la habitación, encima de la cual, a unos quince pies del suelo, había estado el busto y allí, sin duda, había permanecido acumulando polvo desde los primeros años del siglo.

Estaba completamente asombrada y me senté en silencio, sumida todavía en la confusión. Por lo que yo sabía, en la casa no había escalera de tijera, pues había pedido una para arreglar las cortinas de mis dormitorios; e incluso a un hombre alto, encaramado a una silla, le resultaría imposible bajar el busto. Estaba colocado no al borde de la alacena, sino al fondo, contra la pared; y la estatura del profesor Gregg estaba, más bien, por debajo de la media.

—¿Cómo consiguió usted bajar a Pitt? —le dije finalmente.

El profesor me miró con curiosidad y pareció vacilar un poco.

—¿Le encontraron una escalera de tijera? ¿O, tal vez, el jardinero trajo de fuera una escala?

—No, no tuve ningún tipo de escalera. Y ahora, señorita Lally —prosiguió el profesor, simulando torpemente un tono jocoso—, tengo un pequeño rompecabezas para usted; un problema a la manera de Holmes. Existen hechos claros y patentes: aguce el ingenio y halle la solución del rompecabezas. ¡Válgame Dios! —gritó con la voz rota—. ¡No se hable más del asunto! Le digo que nunca toqué ese busto —y salió de la habitación con una expresión de horror en el rostro, dando un portazo al irse.

Miré vagamente sorprendida en torno a la habitación, sin darme cuenta del todo de lo que había sucedido, haciendo vanas conjeturas a modo de explicación y admirándome de que una simple palabra y el trivial cambio de un adorno pudieran remover aguas tan estancadas. « No tiene importancia» , reflexioné, « he debido de tocarle algún punto sensible; tal vez el profesor sea escrupuloso y supersticioso aun en cosas baladíes y mi pregunta puede haber violentado miedos inconfesables, como si alguien mata una araña o derrama sal delante de una típica mujer escocesa» . Estaba inmersa en estas afectuosas sospechas y empezaba a enorgullecerme un poco de mi inmunidad frente a semejantes miedos inútiles, cuando la verdad cayó pesadamente sobre mi corazon como un plomo, y tuve que reconocer, helada de terror, que alguna atroz influencia había estado actuando. El busto era sencillamente inaccesible; sin una escalera nadie podía moverlo.

Fui a la cocina y hablé con la doncella lo más sosegadamente que pude.

—¿Quién ha movido ese busto de lo alto de la alacena, Anne? —le dije—. El profesor Gregg dice que él no lo ha tocado. ¿Encontró usted una vieja escalera en alguno de los cobertizos?

La muchacha me miró turbada.

—Jamás lo he tocado —dijo—. Lo encontré donde está ahora la otra mañana, cuando quité el polvo de la habitación. Fue el viernes por la mañana, ahora lo recuerdo, porque era la mañana siguiente a la noche en que Cradock se puso malo. Mi dormitorio está junto al suyo, ya lo sabe usted, señorita —prosiguió la chica lastimosamente—, y era espantoso oírle gritar y pronunciar nombres que yo no podía entender. Me asusté mucho; y entonces llegó el señor y le oí hablar, y se llevó a Cradock al estudio y le dio algo.

¿Y encontró usted el busto cambiado de sitio a la mañana siguiente?

—Sí, señorita. Cuando bajé y abrí las ventanas había en el estudio una especie de olor misterioso. Era un hedor desagradable, y me preguntaba qué podría ser. Como usted sabe, señorita, hace tiempo fui al Zoo de Londres con mi primo Thomas Barker, una tarde que tenía libre cuando estaba de servicio en casa de la señora Prince, en Stanhope Gate, y entramos en el pabellón de las serpientes, y había el mismo tipo de olor. Me hizo sentirme muy enferma, lo recuerdo, y logré que Barker me sacara afuera. Era exactamente el mismo olor del estudio, como le decía, y yo me estaba preguntando de dónde vendría, cuando vi ese busto de Pitt sobre el escritorio del señor, y pensé para mí: « ¿Quién ha hecho eso? ¿Y cómo lo ha hecho?» Y cuando vine a quitar el polvo, miré al busto y vi una gran marca donde el polvo no se había depositado, pues no creo que le hayan pasado un plumero en muchos años, y no era una huella de dedos, sino algo parecido a un gran parche, amplio y extenso. Pasé la mano por encima, sin pensar en lo que hacía, y la mancha era pegajosa y viscosa, como si un caracol hubiera reptado por encima de ella. Muy extraño, ¿no, señorita? Y me pregunto quién puede haber dejado esa suciedad y cómo lo habrá hecho.

La bienintencionada charla de la criada me impresionó profundamente; me tumbé en la cama y me mordí los labios para, no gritar angustiosamente de terror y perplejidad. Verdaderamente, casi enloquecí de pavor; creo que si hubiera sido de día habría huido más que deprisa, olvidando todo mi valor y la deuda de gratitud que tenía con el profesor Gregg, sin importarme si mi destino era morir lentamente de hambre, con tal de escapar de la red de terror ciego y pánico que cada vez parecía ceñirse un poco más en torno a mí. Si supiera, pensaba, si supiera a quién hay que temer, podría guardarme de él; pero en esta casa solitaria, rodeada por todas partes de antiguos bosques y de abovedadas colinas, el terror parece brotar por doquier, y la carne se horroriza ante los débiles murmullos de cosas horribles. Vanamente me esforzaba por emplazar al escepticismo en mi ayuda, y me aferraba al sentido común para sustentar mi fe

en el orden natural del mundo, pues el aire que entraba por la ventana era un aliento misterioso, y en la oscuridad sentía el silencio pesado y afligido como una misa de réquiem, y conjuraba imágenes de extrañas formas moviéndose velozmente entre los juncos, junto al aluvión del río.

Desde el momento en que, a la mañana siguiente, bajé a desayunar, sentí que la desconocida trama estaba llegando a un desenlace; el profesor, con rostro firme y resuelto, apenas parecía oír nuestras voces cuando le hablábamos.

—Salgo para un paseo más bien largo —dijo, cuando termino de comer—. No deben esperarme, ni pensar que me ha ocurrido algo si no regreso a cenar. Últimamente he estado un poco embotado, y creo que una pequeña caminata me hará bien. Quizá pase incluso la noche en una posada, si encuentro alguna que parezca limpia y confortable.

En seguida comprendí, por mi experiencia acerca de la manera de ser del profesor Gregg, que no era una ocupación ordinaria o el placer lo que le impelía a salir. No sabía, ni siquiera adivinaba remotamente, su destino, ni tenía la más vaga idea de su encargo, pero el miedo de la noche anterior volvió a apoderarse de mí, y cuando le vi sonriente en la terraza, listo para partir, le imploré que se quedara y olvidara todos sus sueños sobre el nuevo continente por descubrir.

—No, no, señorita Lally —contestó, todavía sonriente—. Es ya demasiado tarde. Como usted sabe *Vestigia nulla retrorsum* es el lema de los auténticos exploradores, aunque espero que en mi caso no resulte literalmente cierto. Verdaderamente no tiene usted razones para alarmarse; considero mi pequeña expedición como una cosa bastante común, no más excitante que un día con mis martillos de geólogo. Hay un nesgo, por supuesto, pero eso ocurre en cualquier excursión. Me puedo permitir esa gentileza; cualquier hijo de vecino corre más peligro un centenar de veces por lo menos cada día de fiesta. Así es que levante usted ese ánimo, y hasta mañana a más tardar.

Caminaba a buen paso, y le vi abrir la verja que señalaba la entrada al bosque; luego, desapareció entre la frondosidad de los árboles.

El día transcurrió tristemente, con una extraña oscuridad en el ambiente, y de nuevo me sentía aprisionada entre los antiguos bosques, encerrada en una arcaica tierra de misterio y temor, olvidada por el mundo exterior, como si todo hubiese sucedido hace mucho tiempo. Tenía a la vez esperanzas y temores y, cuando llegó la hora de la cena, esperaba oír los pasos del profesor en el vestíbulo y su voz celebrando no sé qué triunfo. Apacigüé mi semblante para darle la bienvenida alegremente, pero cayó la noche y él no volvió.

Por la mañana, cuando la doncella golpeó a mi puerta, la llamé a gritos y le pregunté si había vuelto su señor. Cuando me contestó que la puerta de su dormitorio permanecía abierta y el recinto vacío, sentí el frío abrazo de la desesperación. Con todo, imaginé que habría encontrado agradable compañía y que regresaría para el almuerzo, o tal vez por la tarde, y me llevé a los niños a

pasear por el bosque, haciendo todo lo posible por jugar y reírme con ellos, desterrando mis ideas de misterio y velado terror. Esperé hora tras hora, cada vez más inquieta. De nuevo cayó la noche y yo seguía aguardándole. Al fin, mientras me apresuraba a terminar de cenar, oí pasos afuera y el sonido de una voz humana.

La doncella entró y me miró extrañamente.

—Perdón, señorita —comenzó—, el señor Morgan, el jardinero, quiere hablarle un minuto, si no le importa.

—Hazle pasar, por favor —contesté yo, apretando los labios.

El anciano entró despacio en la habitación y la criada cerró la puerta tras él.

—Siéntese, señor Morgan —dije—. ¿Qué quiere decirme?

—Verá, señorita, el señor Gregg me dio algo para usted ayer por la mañana, justo antes de irse; insistió en que no se lo diera antes de las ocho en punto de esta noche, si todavía él no había regresado a casa, y que si volvía antes, tenía que devolvérselo en propias manos. Ya que el señor Gregg no ha vuelto todavía, como usted ve, supongo que lo mejor será entregarle inmediatamente el paquete.

Levantándose a medias, sacó algo del bolsillo y me lo dio. Lo cogí en silencio y, viendo que Morgan parecía no saber qué hacer, le di las gracias y le deseé buenas noches. Quedé sola en la habitación con el paquete en las manos, un paquete envuelto en papel, cuidadosamente sellado y dirigido a mí, con las instrucciones que Morgan había citado, escritas con la letra grande y suelta del profesor. Al romper los sellos sentí un sofoco en el corazón, y dentro encontré un sobre, también destinado a mí, pero abierto; extraje la carta.

Mi querida señorita Lally: Para citar el viejo manual de lógica, el hecho de que usted lea esta nota significa que he cometido algún tipo de desatino que y me temo, convierte estas líneas en una despedida. Es prácticamente seguro que ni usted ni nadie más volverá nunca a verme. Hice mi testamento previendo esta eventualidad, y espero que aceptará este pequeño recuerdo que le dejo, y mi sincero agradecimiento por la manera en que unió su suerte a la mía. El hado que me ha sido destinado es más desesperado y terrible que los más absurdos sueños humanos; pero si quiere, tiene usted derecho a conocerlo. Si mira en el cajón de la izquierda de mi tocador, encontrará usted la llave del escritorio, debidamente etiquetada. Al fondo del escritorio hay un sobre grande, sellado y dirigido a su nombre. Le aconsejo que, sin dilación, lo arroje al fuego; dormirá mejor por las noches si así lo hace. Pero si quiere usted conocer la historia de lo ocurrido, alli está escrita para que pueda leerla.

La firma estaba impresa al pie con nitidez, y de nuevo volví la página escrita y leí las palabras una a una, espantada y lívida, con las manos frías como el hielo, y faltándome la respiración. El silencio mortal de la habitación, y la idea de los bosques y colinas rodeándome por todas partes, me oprimían hasta la

impotencia y la incapacidad, no sabiendo a quién recurrir. Finalmente resolví que, aunque la verdad me persiguiera toda la vida, tenía que conocer el significado de los extraños terrores que durante tanto tiempo me atormentaron, oscuros, confusos y atroces, como las sombras del bosque en el crepúsculo. Seguí cuidadosamente las instrucciones del profesor Gregg, y de mala gana rompí el sello del sobre, y extendí ante mí el manuscrito. Siempre llevo conmigo ese manuscrito y ya veo que no puedo negarme a su muda petición de leerlo. Esto es, pues, lo que leí aquella noche, sentada junto al escritorio al lado de una lámpara de pantalla.

La joven dama que se llamaba a sí misma señorita Lally procedió entonces a leer la

Declaración de William Gregg, F.R.S.[5], *etc*.

Hace muchos años que tuve el primer vislumbre de la teoría, ahora casi, si no completamente, confirmada por los hechos. Mis dilatadas y frecuentes lecturas de libros anticuados y misceláneos prepararon en buena medida el terreno, y luego, cuando me convertí de algún modo en especialista, sumergiéndome en los estudios conocidos como etnológicos, de vez en cuando me sorprendieron algunos hechos que no cuadraban con la opinión científica ortodoxa, y algunos descubrimientos que parecían aludir a algo todavía ignoto para nuestra investigación. En particular, llegué a convencerme de que gran parte del folklore del mundo no es sino una exagerada relación de acontecimientos realmente sucedidos, y especialmente me atrajeron los cuentos de hadas, la buena gente de las razas célticas. Ahí creía detectar una pizca de adorno y exageración, el disfraz fantástico, la gente pequeña vestida de verde y oro retozando entre las flores, y me parecía observar una indudable analogía entre el nombre dado a esta raza (supuestamente imaginaria) y la descripción de su aspecto y costumbres. Lo mismo que nuestros remotos antepasados llamaron a estos seres terribles « hadas buenas» , precisamente porque los temían, así los han ataviado con formas encantadoras, sabiendo que de verdad eran todo lo contrario. También la literatura se ocupó de ellos desde un principio y presto una inestimable ayuda a su transformación, de modo que los juguetones elfos de Shakespeare están ya muy lejos del original auténtico, y el verdadero horror se disfraza de traviesa malicia. Pero en los viejos cuentos, esas historias que solían provocar que los hombres se persignaran al sentarse alrededor del fuego a oírlas, la situación es bien diferente. Encontré un espíritu completamente opuesto en ciertos relatos de niños, hombres y mujeres que desaparecieron extrañamente de la tierra. Fueron vistos en el campo por un labriego caminando en dirección a un altozano verde y redondeado y nunca más se les volvió a ver; y se cuentan historias de madres que dejaron a sus hijos durmiendo tranquilamente, con la

puerta de la cabaña toscamente atrancada con un leño, y al regresar no encontraron al regordete y sonrojado pequeño sajón, sino a una criatura delgada y consumida, de piel cetrina y penetrantes ojos negros, producto de otra raza. Pero existieron, además, otros mitos más siniestros todavía: el miedo a las brujas y a los hechiceros, la espeluznante malignidad del aquelarre, y la creencia en demonios que se mezclaron con los hijos de los hombres. Y así como hemos convertido a las terribles hadas en un grupo de elfos benignos, aunque monstruosos, ocultamos la negra perfidia de la bruja y sus compañeras bajo una imagen popular de *diablerie* de viejas, palos de escoba y cómicos gatos de rabo enhiesto. Así, los griegos consideraban a sus horribles Furias como damas benéficas, y los pueblos del norte han seguido su ejemplo. Proseguí mis investigaciones, hurtando horas a otros trabajos más imperativos, y me formulé esta pregunta: suponiendo que estas tradiciones fuesen ciertas, ¿quiénes eran los demonios que, según los relatos, asistían a los aquelarres? No necesito decir que deseché lo que llamaría las hipótesis sobrenaturales de la Edad Media y llegué a la conclusión de que las hadas y los diablos eran de la misma raza y origen; una invención que, sin duda, la fantasía gótica de los viejos tiempos exageró y distorsionó, aunque creo firmemente que bajo toda esa imaginería subyacía un oscuro fondo de verdad. En cuanto a algunas de las supuestas maravillas, dudaba. Aunque me resistía a aceptar que algún caso concreto de espiritismo moderno pudiera contener un ápice de autenticidad, no estaba, sin embargo, del todo preparado para negar que, de vez en cuando, tal vez un caso entre diez millones, el cuerpo humano encubre poderes que nos parecen mágicos, poderes que, lejos de proceder de las alturas y conducirnos a ellas, son en realidad supervivencias de las profundidades del ser. La ameba y el caracol tienen poderes que nosotros no poseemos y creí posible que la teoría de la regresión pudiera explicar muchas cosas que parecen completamente inexplicables. Esa era mi posición; tenía buenas razones para creer que gran parte de la más antigua e incólume tradición sobre las llamadas hadas tiene una base real, y pensaba que el elemento genuinamente sobrenatural de estas tradiciones se explicaría con la hipótesis de que un raza que se hubiera rezagado en la larga marcha de la evolucion pudiera retener, como una supervivencia, ciertos poderes que para nosotros serían enteramente milagrosos. Esa era la teoría que concebí; y trabajando en esa dirección me pareció encontrar confirmación en todas partes: en los restos de un túmulo, en la crónica de un periódico provinciano acerca de un congreso de anticuarios locales, y en todo tipo de literatura. Entre otros ejemplos, recuerdo la impresión que me produjo la frase de Homero « hombres de habla articulada» , como si el escritor supiera o hubiese oído hablar de gentes cuyo idioma fuese tan tosco que apenas pudiera llamarse articulado; con mi hipótesis de una raza que se rezagó bastante con respecto al resto podía concebir fácilmente que tales gentes hablaran una jerga poco distante de los ruidos inarticulados de las bestias feroces.

En esas estaba, persuadido de que, en todo caso, mi conjetura no se alejaba mucho de la realidad, cuando un día me llamó la atención un párrafo al azar en una pequeña publicación de provincias. Se trataba, en apariencia, de la breve relación de una sórdida tragedia típica de aldea: una joven inexplicablemente desaparecida y su reputación mancillada por el vil rumor. Sin embargo, podía leer entre líneas que el escándalo era mera suposición, probablemente inventada para explicar lo que de otra manera era inexplicable. Una fuga a Londres o a Liverpool, un cuerpo desnudo con un peso alrededor del cuello en el sucio fondo de una charca del bosque, o tal vez un asesinato; tales eran las teorías de los vecinos de la desgraciada muchacha. Pero mientras daba un vistazo al párrafo distraídamente, una idea cruzó veloz por mi mente con la violencia de una descarga eléctrica: ¿y si la enigmática y horrible raza de las colinas sobrevivía todavía, inalterada e inalterable como los turanios del *shelta*[6] o los vascos españoles, vagando por lugares solitarios y montañas áridas, repitiendo de vez en cuando el comportamiento maligno de la leyenda gótica? He dicho que la idea me asaltó con violencia; en realidad me quedé sin aliento, y, presa de una extraña mezcla de horror y júbilo, me agarré con las dos manos a los brazos de mi sillón. Era como si uno de mis *confrères* de ciencias físicas, vagando por un tranquilo bosque inglés, se hubiera topado de repente con el viscoso y repugnante ictiosauro, modelo terrible de los cuentos de atroces serpientes muertas por valerosos caballeros, o hubiera visto oscurecerse el sol a causa del pterodáctilo, el dragón de la tradición. Sin embargo, en tanto que resuelto explorador del saber, la idea de semejante descubrimiento me llenó de alegría, y recorté el pedazo de papel y lo guardé en un cajón de mi viejo buró, decidido a convertirlo en la primera pieza de una colección de la más inesperada trascendencia. Esa noche permanecí sentado largo tiempo, soñando con las conclusiones que establecería, y ni siquiera una reflexión más serena quebró mi confianza. Con todo, cuando empecé a considerar el caso imparcialmente, comprendí que podía estar edificando sobre bases inestables; tal vez los hechos ocurrieron de acuerdo con la opinión local y yo contemplaba el asunto con excesiva reserva. En cualquier caso, resolví mantenerme a la expectativa y me afirmé en la idea de que únicamente yo estaba al acecho, mientras que la gran multitud de pensadores e investigadores permanecía descuidada e indiferente, dejando pasar inadvertidos los más destacados hechos.

Transcurrieron varios años antes de que pudiera ampliar el contenido del cajón; y el segundo hallazgo, más que valioso en sí mismo, fue, en realidad, una mera repetición del primero, con la única diferencia de proceder de otra localidad, igualmente distante. Sin embargo, algo gané; pues en el segundo caso, como en el primero, la tragedia tuvo lugar en una región desolada y solitaria, confirmando al parecer mi teoría. Pero la tercera pieza fue mucho más decisiva. De nuevo entre sierras foráneas, lejos de cualquier carretera principal,

encontraron a un anciano muerto, y a su lado el instrumento de ejecución. A decir verdad, hubo rumores y conjeturas, pues la mortal herramienta era una primitiva hacha de piedra, atada con cuerda de tripa a un mango de madera, lo que permitía las más extravagantes e improbables suposiciones. Sin embargo, como yo estimaba con cierto júbilo, las conjeturas más descabelladas estaban muy lejos de la realidad; y me tomé el trabajo de escribir al médico local que participó en la pesquisa. Hombre de cierta agudeza, se quedó pasmado. « Estas cosas no dan mucho que hablar por estas tierras —me escribió—, pero, francamente, aquí hay un espantoso misterio. He conseguido la posesión del hacha de piedra y he sido tan curioso como para probar sus poderes. La cogí en el jardín de atrás de mi casa una tarde de domingo en que mi familia y el servicio habían salido, y allí hice mis experimentos al resguardo de los setos de álamos. Me fue completamente imposible manejarla; no sé si requerirá algún peculiar balanceo, algún preciso ajuste de pesos que suponga una incesante práctica, o si solamente se puede golpear con ella mediante cierta habilidad muscular; pero puedo asegurarle que entré en casa con una pésima opinión acerca de mis capacidades atléticas. Me sentía como un inexperto que prueba el "juego del martillo" en una verbena: mi propia fuerza parecía volverse contra mí, y me vi lanzado hacia atrás con violencia, mientras el hacha caía inofensiva al suelo. En otra ocasión intenté el experimento con un hábil leñador del lugar; pero este hombre, que ha manejado su hacha durante cuarenta años, nada pudo hacer con el utensilio de piedra y erró todos los golpes de la manera más ridícula. En resumen, si no fuera un supremo absurdo, diría que durante cuatro mil años nadie ha sido capaz de dar un golpe efectivo con la herramienta, que indudablemente se utilizó para asesinar al anciano» . Como puede imaginar, estas noticias fueron para mí preciosas; y poco después, cuando me enteré del resto de la historia y averigüé que el pobre viejo había estado contando lo que podía verse por las noches en cierta colina agreste, insinuando prodigios jamás escuchados, y que lo encontraron muerto en esa misma colina, mi exultación fue extrema, pues comprendí que estaba dejando atrás el terreno de las conjeturas.

El paso siguiente fue todavía más importante. Hace muchos años que poseo un extraordinario sello de piedra, un trozo deslustrado de piedra negra, de dos pulgadas de largo entre el mango y la estampilla, cuyo extremo es un tosco hexágono de una pulgada y cuarto de diámetro. En conjunto, tiene la apariencia de uno de esos largos y anticuados atacadores para la pipa. Me fue enviado de Oriente por un agente, que me informó que había sido encontrado cerca del solar de la antigua Babilonia. Pero los caracteres grabados en el sello eran para mí un enigma insufrible. Tenían algo del tipo cuneiforme, aunque con llamativas diferencias que detecté a primera vista, y fueron inútiles todos mis esfuerzos por leer la inscripción según las hipótesis que estipulan las normas para el desciframiento de la escritura en punta de flecha. Semejante enigma hería mi

orgullo, y a ratos perdidos sacaba el Sello Negro del estuche y lo escrutaba con tan vana perseverancia que llegué a familiarizarme con cada signo, y podría haber trazado de memoria la inscripción sin el más ligero error. Juzgue, entonces, mi sorpresa cuando un día recibí de un corresponsal del oeste de Inglaterra una carta y un anexo que me dejaron ciertamente perplejo. Sobre una gran hoja de papel alguien había trazado cuidadosamente los mismos caracteres del Sello Negro, sin ningún tipo de alteración, y por encima de la inscripción mi amigo había escrito: *Inscripción encontrada sobre una roca caliza en las Colinas Grises. Monmouthshire. Hecha con tierra roja y bastante reciente*. Volví a la carta. Mi amigo decía en ella: « Le envío la inscripción adjunta con todas las reservas debidas. Un pastor que pasó junto a la roca hace una semana jura que entonces no había marca de ningún tipo. Los caracteres, como ya he apuntado, han sido dibujados con tierra roja sobre la piedra y son de una altura media de una pulgada. A mi juicio parecen una especie de escritura cuneiforme, en buena medida alterada, aunque esto es, por supuesto, imposible. Podría ser una mistificación, o más probablemente garabatos de gitanos, que tanto abundan en este salvaje país. Como usted sabe, los gitanos tienen muchos jeroglíficos que usan para comunicarse entre sí. Por casualidad pude ver la piedra en cuestión hace un par de días, con ocasión de un incidente bastante penoso que ocurrió en el lugar» .

Como puede suponerse, escribí inmediatamente a mi amigo, agradeciéndole la copia de la inscripción y preguntándole con fingida indiferencia por el incidente a que hacía mención. Para ser breve, me enteré de que una mujer llamada Cradock, que había perdido a su marido un día antes, se había propuesto comunicar las malas noticias a un primo que vivía a unas cinco millas de distancia y tomó un atajo que atraviesa las Colinas Negras. La señora Cradock, que entonces era bastante joven, nunca llegó a casa de su pariente. Entrada la noche, un granjero, que había perdido un par de ovejas de su rebaño, caminaba por las Colinas Grises con una linterna y un perro. Le llamó la atención un ruido, que describió como una especie de lamento, lúgubre y lastimero; guiado por él encontró a la desdichada señora Cradock encogida junto a la roca caliza, sacudiendo el cuerpo de un lado a otro, y lamentándose y llorando tan angustiosamente que el granjero no tuvo más remedio, según dijo, que taparse los oídos para no salir corriendo. La mujer permitió que la llevaran a su casa, y una vecina fue a cuidarla. No paró de llorar en toda la noche, mezclando sus lamentos con palabras de una jerga ininteligible, y cuando llegó el médico la declaró loca. Guardó cama una semana, gimiendo, según decía la gente, como alma en pena eternamente condenada, y luego se sumió en un profundo sopor. Se pensó que el pesar por la pérdida de su marido había trastornado su juicio, y el médico, en un primer momento, no albergaba esperanzas de que viviera. No necesito decirle lo profundamente interesado que estaba yo en la historia, hasta

conseguir que mi amigo me escribiera con frecuencia poniéndome al corriente de todos los detalles del caso. Supe entonces que en el transcurso de seis semanas la mujer recuperó gradualmente el uso de sus facultades, y algunos meses después dio a luz un niño, bautizado Jervase, que por desgracia resultó ser retrasado mental. Esos eran los hechos conocidos en el pueblo. Pero a mí, aunque palidecía con sólo imaginar las espantosas perversidades que sin duda se habían cometido, todo el episodio me pareció convincente, y me aventuré incautamente a insinuar la verdad a algunos amigos científicos. En cuanto pronuncié las palabras sentí amargamente haber hablado, revelando así el gran secreto de mi vida, pero comprobé, con una buena dosis de alivio mezclada con indignación, que mis temores estaban fuera de lugar, pues mis amigos me ridiculizaron en mi propia cara y me miraron como a un loco; y bajo la natural ira reí para mis adentros, sintiéndome tan seguro entre esos necios como si hubiese confiado lo que sabía a las arenas del desierto.

Habiendo llegado a conocer tanto, decidí saberlo todo y concentré mis esfuerzos en la tarea de descifrar la inscripción del Sello Negro. Durante muchos años hice de este enigma el único objeto de mis ratos de ocio, ya que la mayor parte de mi tiempo la dedicaba, por supuesto, a otros deberes, y sólo de vez en cuando podía robar una semana para investigar. Si tuviera que relatar la historia entera de esta curiosa investigación la exposición sería en extremo fastidiosa, pues contendría simplemente el informe de un largo y tedioso fracaso. Con lo que ya sabía de las escrituras antiguas estaba bien equipado para la caza, como siempre llamé a mi trabajo. Tenía corresponsales entre todos los hombres de ciencia de Europa y hasta del mundo entero, y no podía creer que en esta época ninguna escritura, por antigua y embrollada que fuera, resistiera mucho tiempo el proyector que sobre ella pensaba dirigir. En realidad, pasaron exactamente catorce años hasta que tuve éxito. Cada año aumentaban mis deberes profesionales y mi tiempo libre disminuía. Eso me retrasó, sin duda, en buena medida; y, sin embargo, cuando pienso en esos años, me asombra el vasto alcance de mi investigación sobre el Sello Negro. Convertí mi estudio en un centro y reuní antiguas transcripciones de todas las partes del mundo y de todas las épocas. Decidí que nada debía pasarme inadvertido, que aceptaría y seguiría el más imperceptible de los indicios. Pero, a la vez que probaba inútilmente un significado tras otro, empecé a desesperarme con los años, y me preguntaba si no sería el Sello Negro la única reliquia de alguna raza que desapareció de la tierra sin dejar ninguna otra huella de su existencia, que pereció finalmente, como se dice de la Atlántida, en algún gran cataclismo, anegados, tal vez, sus secretos bajo el océano, o sepultados en las entrañas de las montañas. Este pensamiento enfrió un poco mi entusiasmo, y aunque seguí perseverando, ya no fue con la misma convicción. El azar vino en mi ayuda. Estando de paso por una importante ciudad del norte de Inglaterra, tuve la oportunidad de visitar el más

que estimable museo que hace tiempo fue fundado en aquel lugar. El conservador era uno de mis corresponsales. Mientras curioseábamos la vitrina de los minerales, me llamó la atención un espécimen —un trozo de piedra negra de unas cuatro pulgadas cuadradas— cuyo aspecto me recordaba, hasta cierto punto, al Sello Negro. Lo cogí descuidadamente, y al darle la vuelta descubrí, con asombro, que en la parte inferior había una inscripción. Procurando que la voz no me traicionara, le dije a mi amigo el conservador que me interesaba el espécimen y que le agradecería que me permitiera llevármelo al hotel durante un par de días. No tuvo, por supuesto, ningún inconveniente, y me apresuré a retirarme, comprobando que, a primera vista, no me había engañado. Había dos inscripciones: una en caracteres cuneiformes ordinarios, y la otra en los mismos caracteres del Sello Negro; y en el acto me hice cargo de que mi tarea estaba cumplida. Hice copias exactas de ambas inscripciones y cuando las llevé a mi estudio londinense, con el sello delante, pude enfrentarme seriamente al problema. La inscripción del espécimen del museo, aunque bastante curiosa en sí misma, no tenía relación alguna con mi búsqueda, pero su transcripción me permitió adueñarme del secreto del Sello Negro. Por supuesto, tuve que recurrir en mis cálculos a algunas conjeturas; aquí y allí dudaba ante determinado ideograma, y un signo que se repetía una y otra vez en el sello me desconcertó durante varias noches consecutivas. Pero al fin el secreto se reveló ante mí en correcto inglés, y leí la clave de la espantosa transmutación ocurrida en las montañas. Apenas escrita la última palabra, rompí con dedos temblorosos e inseguros el fragmento de papel en diminutos pedazos, los vi arder y ennegrecerse en la chimenea y luego trituré lo que quedaba hasta reducirlo a polvo finísimo. No he vuelto a escribir esas palabras desde entonces; nunca escribiré las frases que cuentan cómo un hombre puede ser reducido al limo del cual procede y forzado a introducirse en el cuerpo de un reptil o una serpiente. Sólo quedaba una cosa por hacer. Sabía la verdad, pero deseaba comprobarla. Pasado algún tiempo pude alquilar una casa en los alrededores de las Colinas Grises, y no lejos de la cabaña donde vivían la señora Cradock y su hijo Jervase. No es necesario que haga una relación completa y detallada de los sucesos aparentemente inexplicables ocurridos aquí, donde describo esto. Sabía que Jervase Cradock llevaba en sus venas una parte de sangre de la «Gente Pequeña», y más tarde descubrí que se había encontrado más de una vez con sus parientes en lugares solitarios de esta desierta tierra. Cuando un día me llamaron al jardín y lo encontré en pleno ataque, hablando o siseando la horrible jerga del Sello Negro, me temo que la alegría prevaleció sobre la compasión. De sus labios se escapaban los secretos del mundo subterráneo, y la ominosa palabra «Ishakshar», cuyo significado me excuso por no dar.

Pero hay un incidente que no puedo dejar pasar inadvertido. En el desolado vacío de la noche, me despertó el sonido de esas sílabas siseantes que tan bien

conocía; y, al ir a la habitación del pobre muchacho, lo encontré presa de terribles convulsiones y echando espuma por la boca, retorciéndose en la cama como si tratara de librarse de las garras de demonios que le estuvieran torturando. Lo bajé a mi habitación y encendí la lámpara, mientras él se retorcía por el suelo, suplicando al poder que se había metido en su cuerpo que lo dejara. Vi cómo su cuerpo se hinchaba y se distendía como una vejiga, mientras su rostro ennegrecía ante mis ojos; y cuando llegó la crisis hice lo necesario según las instrucciones del Sello, y, dejando a un lado cualquier escrúpulo, me convertí en un hombre de ciencia, observador de lo que está pasando. No obstante, la visión que tuve que presenciar fue horrible, pues rebasaba toda concepción humana y la fantasía más delirante. Algo surgió del cuerpo tendido en el suelo, y extendió por la habitación un viscoso y ondulante tentáculo, que se apoderó del busto que había encima de la alacena y lo dejó sobre mi escritorio.

Cuando todo terminó, permanecí el resto de la noche paseando de un lado a otro, lívido y estremecido, el cuerpo empapado en sudor, tratando en vano de razonar para mis adentros. Me dije, y es bastante cierto, que en realidad no había presenciado nada sobrenatural, que un caracol que saca y mete sus cuernos era un ejemplo, en menor escala, de lo que había visto; y, sin embargo, el horror venció todos estos razonamientos y me dejó quebrantado y detestándome a mí mismo por la parte que me correspondía en lo sucedido aquella noche.

Poco más queda por decir. Ahora me dirijo hacia la prueba final y el encuentro, pues he decidido que allí nada faltará y podré ver cara a cara a la «Gente Pequeña». El Sello Negro y el conocimiento de sus secretos me ayudarán, y si por desgracia no regreso de mi expedición, no es necesario evocar aquí un cuadro completo de la atrocidad de mi hado.

Tras detenerse brevemente al final de la exposición del profesor Gregg, la señorita Lally prosiguió con su relato en las siguientes palabras:

Esta fue la historia casi increíble que el profesor dejó tras él. Cuando terminé de leerla, la noche estaba avanzada, pero a la mañana siguiente cogí a Morgan y procedimos a explorar las Colinas Grises en busca de alguna pista del profesor perdido. No le aburriré con una descripción de la salvaje desolación de aquella región, en la más completa soledad y con peladas colinas verdes salpicadas de peñascos grises de caliza, que los estragos del tiempo habían desgastado hasta darles una apariencia fantástica de hombres y bestias. Finalmente, tras muchas horas de agotadora búsqueda, encontramos las cosas que le conté: el reloj y la cadena, la bolsa y el anillo, envueltos en un trozo de tosco pergamino. Cuando Morgan cortó la cuerda de tripa que sujetaba el paquete y vi su contenido, estallé en lágrimas, pero al ver los pavorosos caracteres del Sello Negro repetidos sobre el pergamino me quedé sin habla, sobrecogida de terror, y creo que por vez primera comprendí la espantosa suerte que había corrido mi reciente patrón.

Solamente añadiré que el abogado del profesor Gregg trató mi versión de lo ocurrido como un cuento de hadas, e incluso se negó a mirar siquiera por encima los documentos que le presenté. El fue el responsable de que apareciera en la prensa que el profesor Gregg se había ahogado y que su cuerpo debía de haber sido arrastrado mar adentro.

La señorita Lally paró de hablar y miró al señor Phillips con ojos interrogantes. El, por su parte, se hallaba sumido en un profundo ensueño, y al levantar la vista y contemplar el bullicio de las reuniones vespertinas en la plaza, hombres y mujeres apresurándose a participar de la cena, y multitudes acercándose ya a los teatros de variedades, todo el zumbido y la prisa de la vida actual les parecieron irreales y quiméricos, un sueño matinal después de despertar.

EL POLVO BLANCO

Me apellido Leicester. Mi padre, el general de división Wyn Leicester, distinguido oficial de artillería, sucumbió hace cinco años a una complicada dolencia hepática, contraída en el pernicioso clima de la India. Un año después, mi único hermano Francis, tras culminar brillantemente sus estudios en la universidad, regresó a casa y se dedicó, con la resolución de un ermitaño, a la ardua tarea de dominar lo que con gran acierto se ha llamado la gran leyenda del derecho. Era un hombre que parecía vivir completamente indiferente a todo lo que llamamos placer; y aunque era más apuesto que la mayoría de los jóvenes, y sabía hablar con la gracia y el ingenio de un vagabundo, evitaba la sociedad y se recluyó en un vasto aposento en lo alto de la casa, decidido a convertirse en un jurista. Al principio dedicaba diez horas diarias a sus arduos estudios; desde las primeras luces del alba hasta el atardecer permanecía encerrado con sus libros, se tomaba media hora para almorzar conmigo con prisas, como si le doliera la pérdida de aquellos instantes, y cuando empezaba a oscurecer salía a dar un breve paseo. Yo pensaba que tan incesante diligencia podía ser perjudicial para él, y traté de apartarle de sus áridos libros de texto, pero su obstinación parecía crecer en lugar de disminuir, y sus horas de estudio se incrementaron. Le hablé seriamente, sugiriéndole que se tomase de vez en cuando un descanso, aunque sólo fuera pasar una tarde de ocio leyendo una inofensiva novela. Pero él se rió y dijo que cuando tenía ganas de distracción leía el registro de propiedades feudales, y rechazó con desdén la idea de acudir a un teatro o pasarse un mes en el campo. Admití que su aspecto era bueno y que sus fatigas no parecían afectarle, pero sabía que un esfuerzo tan poco común acabaría por pasarle factura, y no me equivocaba. No tardó en aparecer en sus ojos una expresión de inquietud, y parecía languidecer; Finalmente confesó que no se encontraba bien, le atribulaba, dijo, una sensación de mareo, y a menudo se despertaba por la noche, aterrorizado y empapado en sudores fríos, víctima de espantosas pesadillas.

—Me estoy cuidando —dijo—, de modo que no debes preocuparte. Ayer pasé toda la tarde sin hacer nada, recostado en ese cómodo sillón que me diste, garabateando bobadas en una hoja de papel. No, no trabajaré demasiado; estaré completamente bien dentro de una o dos semanas, puedes estar segura.

Sin embargo, a pesar de sus promesas, yo veía que no mejoraba, sino que más bien empeoraba. Entraba en el salón con el rostro abatido y el ceño fruncido, procurando parecer alegre cuando notaba que yo le miraba. Tales síntomas me parecían un mal presagio, y a veces me asustaba la irritación nerviosa de sus movimientos y ciertas miradas que no conseguía descifrar. Muy en contra de su voluntad, se dejó convencer de que debía consultar a un médico, y de mala gana llamó al viejo médico de la familia.

Después de reconocer a su paciente, el doctor Haberden me tranquilizó.

—En realidad no tiene nada grave —me dijo—. Sin duda estudia demasiado, come deprisa, y luego vuelve a sus libros demasiado pronto. Como consecuencia natural de todo eso padece trastornos digestivos y una ligera alteración del sistema nervioso. Pero creo de veras, señorita Leicester, que podremos curarlo. Le he extendido una receta que le sentará muy bien. De modo que no tiene ningún motivo para estar preocupada.

Mi hermano insistió en que la receta la preparase un boticario del vecindario. Se trataba de una botica rara y anticuada, desprovista de la estudiada coquetería y el calculado brillo que dan un aspecto tan vistoso a los mostradores y estantes de las farmacias modernas. Pero a Francis le caía bien el viejo boticario y tenía fe en la escrupulosa pureza de sus medicamentos. La medicina llegó puntualmente, y comprobé que mi hermano la tomaba regularmente después de las comidas. Era un polvo blanco de aspecto inofensivo, del que se disolvía una pequeña cantidad en un vaso de agua fría, que desaparecía al removerla yo, dejando el agua clara e incolora. Al principio Francis pareció mejorar bastante: desapareció el cansancio de su rostro y se mostraba más animado de lo que nunca había estado desde que abandonó el colegio; hablaba alegremente de reformarse y me confesó que había perdido el tiempo.

—He dedicado demasiadas horas al derecho —me dijo riéndose—. Creo que me has salvado justo a tiempo. Todavía puedo ser presidente de la Cámara de los Lores, pero no debo olvidarme de vivir. Dentro de poco tú y yo tomaremos unas vacaciones; iremos a París y nos divertiremos, y evitaremos la Bibliothéque Nationale.

Le contesté que me encantaba la perspectiva.

—¿Cuándo nos marchamos? —le dije—. Si quieres, puedo estar lista pasado mañana.

—Ay, tal vez sea demasiado pronto. Después de todo, no conozco Londres todavía, y supongo que un hombre debe probar antes que nada los placeres de su propio país. Pero saldremos dentro de una o dos semanas, de modo que procura pulir tu francés. Yo conozco sólo el francés jurídico, y me temo que no servirá de mucho.

Habíamos terminado de cenar en ese momento y él se zampó la medicina con ademán festivo, como si se tratara de un vino de la mejor bodega.

—¿Tiene algún sabor especial? —le dije.

—No, es como si bebiera agua.

Se levantó de la silla y se puso a recorrer la habitación de un lado a otro como si estuviera indeciso sobre lo que debía hacer a continuación.

—¿Tomamos café en el salón? —pregunté—. ¿O prefieres fumar?

—No, creo que daré una vuelta; parece que tendremos una noche agradable. Mira el resplandor del crepúsculo: es como si se estuviera incendiando una gran ciudad y allá abajo, entre las casas en sombras, diluviara sangre. Sí, saldré. Puede que vuelva pronto, pero me llevaré la llave por si acaso. De modo que buenas noches, cariño, por si no te veo hasta mañana.

La puerta se cerró de golpe a sus espaldas y al verle caminar con paso ligero calle abajo, balanceando su bastón de bambú, me sentí agradecida al doctor Haberden por tan rápida mejoría.

Creo que mi hermano volvió a casa muy tarde esa noche, pero a la mañana siguiente estaba de muy buen humor.

—Caminé sin rumbo fijo —me dijo—, disfrutando del aire fresco y animado por la muchedumbre al llegar a los barrios más frecuentados. Entonces, entre todo aquel gentío, tropecé con Orford, un viejo amigo de la universidad, y… bueno, nos divertimos bastante. Ayer pude experimentar lo que es ser joven y hombre. Comprobé que tengo sangre en las venas como los demás hombres. Esta noche me he citado de nuevo con él; unos cuantos amigos nos reuniremos en un restaurante. Sí, voy a divertirme durante una o dos semanas, y oiré dar las campanadas por las noches. Después haremos un viajecito juntos.

Fue tal la transformación del carácter de mi hermano que en pocos días se convirtió en un amante del placer, uno de esos alegres y despreocupados paseantes ociosos de las calles más concurridas, un descubridor de restaurantes acogedores, y un excelente conocedor de los bailes más exóticos. Engordaba a ojos vistas y no volvió a hablar de París, pues evidentemente había encontrado su paraíso en Londres. Yo estaba contenta pero un poco sorprendida a la vez; porque me parecía que había algo en su alegría que vagamente me desagradaba, aunque no pudiera precisarlo. Pero poco a poco se produjo un cambio en él: siguió regresando muy tarde por las noches, pero no volvió a hablar de sus diversiones, y una mañana, mientras desayunábamos, le miré de improviso a los ojos y vi ante mí a un extraño.

—¡Oh, Francis! —exclamé—. ¡Oh, Francis, Francis! ¿Qué has hecho?

Los sollozos me impidieron continuar. Salí de la habitación llorando; porque, si bien no sabía nada, sin embargo me parecía saberlo todo, y por una curiosa asociación de ideas recordé la primera noche que él salió de casa, vi ante mí el resplandor de aquel cielo crepuscular, las nubes como una ciudad envuelta en llamas, y la lluvia de sangre. Luché, sin embargo, contra esos pensamientos, y llegué a la conclusión de que quizás después de todo el daño no fuera irreparable,

y esa noche, durante la cena, decidí apremiarle para que fijase la fecha de nuestras vacaciones en París. Habíamos charlado sin problemas y mi hermano acababa de tomarse la medicina, cosa que nunca había dejado de hacer. Estaba ya a punto de abordar la cuestión, cuando las palabras se desvanecieron de mi pensamiento y por un momento, sin saber por qué, sentí que una intolerable y helada opresión me paralizaba el corazón y me ahogaba con el indecible horror del que, estando todavía vivo, siente cómo clavan la tapa de su ataúd.

Habíamos cenado sin velas. La habitación había pasado lentamente de la media luz del crepúsculo a la penumbra, y las paredes y rincones en sombras apenas se distinguían. Pero desde donde yo estaba sentada veía la calle y, mientras pensaba lo que le diría a Francis, el cielo empezó a arrebolarse y a brillar, como lo había hecho en aquel atardecer que tan bien recordaba, y en el hueco abierto entre dos bloques oscuros de casas apareció un tremendo carrusel de llamas, llamativas espirales de nubes retorcidas, verdaderos abismos de fuego, masas grises como emanaciones desprendidas de una ciudad humeante, y en lo alto un funesto resplandor que proyectaba lenguas de un fuego aún más ardiente, y abajo como un profundo charco de sangre. Bajé los ojos hacia donde estaba sentado mi hermano, frente a mí, y cuando las palabras estaban a punto de brotar de mis labios, vi su mano que descansaba sobre la mesa. Entre el pulgar y el índice de aquella mano cerrada había una marca, una mancha del tamaño de una moneda de seis peniques y del color de un cardenal. Sin embargo, no sé por qué tuve la sensación de que lo que había visto no era un cardenal. ¡Ah!, si la carne humana pudiera arder con llamas negras como la pez, eso era lo que tenía ante mí. Sin pensarlo, ni formularlo en palabras, un sombrío horror fue tomando forma dentro de mí ante aquella visión, y alguna recóndita célula de mi cerebro llego a la conclusión de que aquello era un estigma. Por un momento aquel cielo teñido de color se oscureció como a medianoche, y cuando volvió la luz me di cuenta de que estaba sola en aquella silenciosa habitación. Poco después oí marcharse a mi hermano.

Aunque era tarde, me puse el sombrero y fui a ver al doctor Haberden. Y en su amplio consultorio, escasamente iluminado por una vela que el doctor trajo consigo, con labios temblorosos y una voz que se quebraba a pesar de mi resolución, se lo conté todo, desde el día en que mi hermano empezó a tomar la medicina hasta la horrible señal que había visto en su mano apenas media hora antes.

Cuando terminé, el doctor me miró durante unos instantes con una evidente expresión compasiva en el rostro.

—Mi querida señorita Leicester —dijo—, es obvio que ha estado usted inquieta por su hermano, que le preocupa mucho, ¿no es cierto?

—Claro que he estado preocupada —le dije—. Desde hace una o dos semanas no me siento tranquila.

—En efecto. Ya sabe usted, por supuesto, lo misterioso que es el cerebro.

—Comprendo lo que quiere decir, pero no me he engañado. He visto con mis propios ojos lo que le he contado.

—Sí, sí, claro. Pero sus ojos habían estado mirando fijamente la extrañísima puesta de sol que tuvimos ayer. Es la única explicación. Mañana lo verá de otra forma, estoy seguro. Pero recuerde que estaré siempre dispuesto a prestarle la ayuda que esté en mi mano. No vacile en venir a verme, o mandarme llamar si está en un apuro.

Me marché un poco más aliviada, pero terriblemente desconcertada, aterrorizada y acongojada, sin saber adonde dirigirme. Cuando a la mañana siguiente vi a mi hermano, el corazón me dio un vuelco al advertir en seguida que llevaba envuelta en un pañuelo su mano derecha, la mano en la que yo había visto claramente aquella mancha como de fuego negro.

—¿Qué te pasa en la mano, Francis? —le pregunté con voz firme.

—Nada importante. Anoche me corté un dedo y sangró bastante. De modo que me lo vendé lo mejor que pude.

—Yo te lo vendaré como es debido, si quieres.

—No, gracias, querida; con este vendaje bastará. ¿Y si desayunáramos? Estoy hambriento.

Nos sentamos y estuve observándolo. Apenas comió ni bebió; le echaba la comida al perro cuando creía que yo no le miraba. En sus ojos había una expresión que yo no le había visto nunca, y de pronto se me ocurrió que aquella mirada apenas parecía humana. Estaba plenamente convencida de que, por increíble y atroz que fuese lo que había visto la noche anterior, no era sin embargo una ilusión, ni un desvarío de mis perplejos sentidos. De modo que esa misma tarde fui otra vez a casa del médico.

El doctor Flaberden meneó la cabeza con aire de incredulidad y desconcierto, y pareció reflexionar unos instantes.

—¿Y dice usted que sigue tomando la medicina? ¿Por qué? Según tengo entendido, todos los síntomas que le aquejaban han desaparecido hace tiempo. ¿Para qué seguir tomando ese mejunje si se encuentra completamente bien? A propósito, ¿dónde encargó que se lo preparasen? ¿En la botica de Sayce? Yo ya no le mando a nadie, el viejo se está volviendo descuidado. ¿Se viene usted conmigo a verlo? Me gustaría hablar con él.

Fuimos juntos a la botica. El viejo Sayce conocía al doctor Haberden y estaba dispuesto a darle toda la información que pudiera.

—Creo que desde hace varias semanas le ha estado usted enviando al señor Leicester este preparado que yo le receté —dijo el doctor, entregando al viejo un pedazo de papel escrito a lápiz.

El boticario se caló las gruesas lentes con temerosa incertidumbre y sostuvo en alto el papel con manos temblorosas.

—Ah, sí —dijo—. Por cierto, me queda ya muy poco; es un medicamento más bien raro y hace tiempo que lo tengo almacenado. Tendré que pedir más si el señor Leicester sigue tomándolo.

—¿Me permite echarle una ojeada a ese mejunje? —dijo Haberden, y el boticario le entregó un frasco de cristal. Le quitó el tapón, olió el contenido y a continuación miró al anciano de una manera extraña.

—¿De dónde ha sacado usted esto? —le preguntó—. ¿Qué es exactamente? Ante todo, señor Sayce, esto no es lo que yo he recetado. Sí, sí, ya veo que la etiqueta es la apropiada, pero le aseguro que no se trata del mismo medicamento.

—Lo tengo desde hace mucho tiempo —dijo el anciano, ligeramente asustado—. Me lo mandaron de Burbage, como de costumbre. Apenas se suele recetar y lleva ya varios años en la estantería. Como puede usted ver, queda ya muy poco.

—Será mejor que me lo entregue —dijo Haberden—. Me temo que haya ocurrido una lamentable equivocación.

Salimos de la botica en silencio, llevando el doctor el frasco, envuelto cuidadosamente, debajo del brazo.

—Doctor Haberden —dije yo, cuando llevábamos ya un rato andando—… Doctor Haberden…

—¿Sí? —me respondió, mirándome lúgubremente.

—Me gustaría que me dijese qué es lo que mi hermano ha estado tomando dos veces al día desde hace más o menos un mes.

—Francamente, señorita Leicester, no lo sé. Hablaremos de eso cuando lleguemos a mi casa.

Recorrimos nuestro trayecto rápidamente sin decir nada más, hasta llegar a la consulta del doctor Haberden. Me pidió que me sentara y él comenzó a recorrer la habitación de un lado a otro con el rostro ensombrecido, por lo visto, por temores nada corrientes.

—Bueno —dijo al fin—, todo esto es muy extraño. Es natural que usted se haya alarmado, y debo confesar que yo tampoco me siento nada tranquilo. Dejemos a un lado, si le parece, lo que usted me contó ayer por la noche y esta mañana. Pero el hecho es que, durante las últimas semanas, el señor Leicester ha estado impregr nando su organismo de un medicamento que desconozco por completo. Le aseguro que no es el que yo le receté; y aún está por ver lo que de verdad contiene este frasco.

Desenvolvió el paquete y, tras inclinar el frasco con cautela, dejó caer unos granos de polvo blanco en un trozo de papel, y los miró con atención y curiosidad.

—Sí —dijo—. Parece sulfato de quinina, como usted dice; es escamoso. Pero huélalo.

Me tendió el frasco y me incliné a olerlo. Era un olor extraño, nauseabundo,

nebuloso e irresistible, como de un poderoso anestésico.

—Lo haré analizar —dijo Haberden—. Tengo un amigo que ha dedicado toda su vida a la ciencia química. Entonces tendremos algo en que basarnos. No, no; no diga nada más sobre el otro asunto; no puedo escucharla; y siga mi consejo, no piense más en ello.

Aquella noche mi hermano no salió después de cenar, como acostumbraba.

—Ya me he divertido bastante —me dijo, riendose misteriosamente—. Ahora debo volver a mis antiguos hábitos. Un poco de derecho será un verdadero descanso después de tanta disipación.

Sonrió para sí, y poco después subió a su habitación. Todavía llevaba la mano vendada.

El doctor Haberden vino a visitarnos unos días más tarde.

—No tengo ninguna noticia especial que darle —me dijo—. Chambers se ha ausentado de la ciudad, de modo que no sé más que usted acerca de ese mejunje. Pero me gustaría ver al señor Leicester, si está en casa.

—Está en su habitación —le respondí—. Iré a decirle que está usted aquí.

—No, no, subiré yo mismo y hablaremos con calma. Tal vez nos hayamos inquietado demasiado por algo sin importancia, pues después de todo, sea lo que fuere, parece que ese polvo blanco le ha sentado bien.

Subió el doctor y, de pie en el vestíbulo, le oí golpear en la puerta, y que esta se abría y cerraba. Luego esperé durante una hora en medio del silencio de aquella casa, cada vez más intenso a medida que las manecillas del reloj daban una vuelta completa. Entonces se oyó arriba un portazo y el ruido que hacía el doctor al bajar las escaleras. Sus pasos cruzaron el vestíbulo y se detuvieron en la puerta del salón donde yo me encontraba. Contuve la respiración, angustiada, mientras veía en un espejito la extrema palidez de mi rostro. Entonces entró el doctor y se quedó junto a la puerta, aferrándose con una mano al respaldo de una silla para sostenerse. Un horror indecible brillaba en sus pupilas; el labio inferior le temblaba como a un caballo, y antes de hablar tragó saliva y balbuceó sonidos ininteligibles.

—He visto a ese hombre —empezó a decir en voz baja y tono seco—. ¡Dios mío!, he estado sentado ante él durante una hora. ¡Y todavía estoy vivo y conservo todos mis sentidos! Yo, que he debido enfrentarme a la muerte a lo largo de toda mi vida, y he contemplado hasta la saciedad el derrumbamiento de nuestra envoltura terrenal. Pero esto… ¡ay, esto no! —y se cubrió el rostro con las manos como para apartar de sí una horrorosa visión.

—No vuelva a llamarme otra vez, señorita Leicester —añadió, con más calma—. Mi presencia en esta casa es inútil. Adiós.

Al verlo bajar las escaleras tambaleante, y alejarse por la acera hacia su casa, me pareció que había envejecido diez años desde esa misma mañana.

Mi hermano no salió de su habitación. Me llamó con una voz que apenas

reconocí, diciéndome que estaba muy ocupado, y quería que le subieran las comidas y las dejaran a la puerta de su cuarto, por lo que di a la servidumbre las órdenes oportunas. Desde aquel día fue como si el concepto arbitrario que llamamos tiempo ya no contara para mí; viví con una constante sensación de horror, ocupándome maquinalmente de las rutinas de la casa y hablando con el servicio sólo lo imprescindible. De vez en cuando salía a la calle a dar un paseo durante una o dos horas y después regresaba a casa. Pero, estuviese dentro o fuera de casa, mi ánimo flaqueaba cuando me detenía ante la puerta cerrada del cuarto de arriba y, estremecida de horror, aguardaba a que se abriera. Ya he dicho que casi no llevaba la cuenta del tiempo. Pero supongo que debieron de pasar unos quince días desde la visita del doctor Haberden cuando por vez primera volví a casa, después de mi paseo, un poco reconfortada y aliviada. La brisa era suave y agradable, y los perfiles borrosos de las hojas verdes, que flotaban como una nube en la plaza, así como el aroma de las flores, embriagaban mis sentidos, haciendo que me sintiera más feliz y caminara con más brío. Al detenerme un momento en el borde de la acera para dejar pasar un carromato, antes de cruzar a casa, dio la casualidad que miré hacia las ventanas y en el acto llegó a mis oídos un impetuoso torbellino de aguas profundas y frías, y mi corazón pegó un salto y se desplomó como si se precipitara a un profundo hoyo. Un pavor y un pánico sin forma me dejaron atónita. Alargué una mano a ciegas por entre los pliegues de las espesas tinieblas, procedentes del oscuro y sombrío valle, y me agarré para no caerme, mientras las piedras temblaban, se balanceaban y empinaban bajo mis pies, que parecían haber perdido cualquier sensación de firmeza. Lo que había visto era la ventana del despacho de mi hermano, y en aquel momento la cortina estaba descorrida y algo que tenía vida se asomaba a la calle. No, no puedo afirmar que viera un rostro, ni nada que pareciese humano; me observaba algo vivo, dos ojos llameantes en medio de algo tan informe como mi miedo, como símbolos de la presencia del mal y la más repugnante corrupción. Permanecí de pie, estremeciéndome y temblando, como presa de escalofríos convulsos, en un paroxismo de asco y pavor, y durante cinco minutos no pude reunir la fuerza suficiente para mover las piernas. Cuando entré en casa, subí las escaleras corriendo hasta la habitación de mi hermano y llamé a la puerta.

—Francis, Francis —grité—. Por el amor de Dios, respóndeme. ¿Qué es esa cosa horrible que hay en tu habitación? Echala, Francis; échala de aquí.

Oí un ruido como de pies que se arrastraban lenta y torpemente, y una especie de gorgoteo sofocado, como si alguien intentara expresarse; y por fin el sonido de una voz, quebrada y ahogada, y unas palabras que apenas logré entender.

—Aquí no hay nada —dijo la voz—. No me molestes, te lo ruego. Hoy no me encuentro muy bien.

Me alejé horrorizada, y sin embargo impotente. No podía hacer nada salvo preguntarme por qué me había mentido Francis, ya que había visto perfectamente aquella aparición detrás del cristal, aunque la visión durase sólo un momento. Y permanecí inmóvil, consciente de que había algo más, algo que había visto en el primer instante de pavor, antes de que me mirasen aquellos ojos ardientes. De repente recordé: cuando miré hacia arriba alguien estaba descorriendo la cortina y pude atisbar por un momento a quien lo hacía. En seguida comprendí que aquella horrorosa imagen quedaría grabada para siempre en mi cerebro. No era una mano; no eran dedos lo que apartó la cortina, sino un muñón negro, y su silueta enmohecida así como sus desmañados movimientos, como de garra de fiera, inflamaron mis sentidos antes de que me inundara una tenebrosa oleada de terror a la vez que me precipitaba al abismo. Me horrorizaba pensar en la horrible criatura que vivía en la habitación de mi hermano. Fui a su puerta y le llamé a gritos otra vez, pero no obtuve respuesta. Esa noche una de las criadas vino a decirme en voz baja que hacía tres días que la comida que le dejaba con regularidad junto a la puerta permanecía intacta. La doncella había llamado, pero sin obtener respuesta; únicamente había oído el ruido de pies arrastrándose que también yo había advertido. Pasaron los días y seguimos encontrando intactas las comidas que le dejábamos a mi hermano frente a la puerta; y aunque llamé insistentemente, no pude obtener respuesta. Las criadas empezaron a hablarme; al parecer estaban tan alarmadas como yo. La cocinera me dijo que cuando mi hermano empezó a encerrarse en su habitación solía oírle salir por las noches y deambular por la casa; una vez incluso se había abierto la puerta del vestíbulo y luego la cerraron; pero hacía ya varias noches que no oía ningún ruido. Por fin se produjo el desenlace; fue una tarde, al anochecer; estaba yo sentada en la triste habitación en penumbra cuando un grito desgarrador resonó por toda la casa rompiendo el silencio y oí unos pasos que bajaban deprisa por la escalera. Esperé un poco y en seguida entró la doncella en la habitación tambaleándose y se paró delante de mí, pálida y temblorosa.

—¡Oh, señorita Helen! —me dijo en voz baja—. ¡Por Dios, señorita Helen! ¿Qué ha pasado? Míreme la mano, señorita, ¡mire esta mano!

La llevé hasta la ventana y vi que tenía en la mano una mancha negra escarificada.

—No comprendo —dije—. ¿Quieres explicarme?

—Estaba en estos momentos haciendo su habitación —empezó—. Estaba abriendo su cama y de repente me cayó en la mano algo húmedo; al mirar para arriba vi que el techo estaba negro y me goteaba encima.

La miré fijamente y me mordí los labios.

—Ven conmigo —dije—. Y tráete tu vela.

La habitación donde yo dormía estaba justo debajo de la de mi hermano y mientras entraba en ella me di cuenta de que estaba temblando. Levanté la vista

al techo y vi una mancha negra, húmeda, de la que caían gotas negras, formando un charco de un líquido horrible que empapaba las sábanas blancas de mi cama.

Subí corriendo y golpeé con fuerza en su puerta.

—¡Francis, Francis, mi querido hermano! —grité—. ¿Qué te ha pasado?

Escuché y oí un sonido ahogado y como un borboteo y un regurgitar de agua, pero nada más. Llamé más fuerte, pero no obtuve respuesta.

A pesar de lo que me había dicho el doctor Haberden, fui a verle y, con las mejillas bañadas en lágrimas, le conté todo lo ocurrido. Me escuchó con expresión severa y adusta.

—Por respeto a su padre —dijo por fin—, iré con usted, aunque no puedo hacer nada.

Salimos juntos. Las calles estaban oscuras y en silencio, y la atmósfera era bochornosa tras una sequía de varias semanas. A la luz de los faroles de gas pude ver la extrema palidez del rostro del doctor y, cuando llegamos a casa, me di cuenta de que le temblaban las manos.

Sin titubear, subimos directamente a la habitación de Francis. Mientras yo sostenía la lámpara, él llamó en voz alta con gran determinación.

—Señor Leicester, ¿me oye? Insisto en verle. Conteste en seguida.

No hubo respuesta, pero ambos oímos aquel ruido ahogado que ya he mencionado.

—Señor Leicester, estoy esperando. Abra la puerta inmediatamente o tendré que echarla abajo.

Y llamó por tercera vez con una voz que resonó por toda la casa…

—¡Señor Leicester! Por última vez le ordeno que abra la puerta.

—¡Caramba! —dijo, tras una pausa de profundo silencio—. Estamos perdiendo el tiempo. ¿Tendría la bondad de conseguirme un atizador o algo por el estilo?

Corrí a un cuarto trastero que había al fondo de la casa donde guardábamos todo tipo de cosas, y encontré una herramienta pesada, una especie de azuela que me pareció podía serle de utilidad al doctor.

—Muy bien —dijo—, creo que esto servirá. ¡Señor Leicester —gritó por el ojo de la cerradura—, le aviso que voy a entrar en su habitación por la fuerza!

Entonces le oí forzar la puerta con la azuela; la madera se partió y crujió, y de pronto con gran estrépito la puerta se abrió violentamente, y por unos instantes retrocedimos horrorizados ante el grito desgarrador que surgió en medio de la oscuridad, una voz que no era humana sino más bien el rugido inarticulado de un monstruo.

—Sostenga la lámpara —dijo el doctor.

Entramos y echamos un vistazo rápido a la habitación.

—Ahí está —dijo el doctor Haberden, respirando a fondo—. Mire, en aquel rincón.

Miré y una punzada de pánico, como un hierro candente, embargó mi corazón. Sobre el suelo había una masa oscura y putrefacta, rebosante de corrupción y horrenda podredumbre, ni líquida ni sólida, que se derretía y transformaba ante nuestros ojos con un borboteo de grasientas burbujas aceitosas como de brea hirviente. En medio de ella brillaban dos puntitos llameantes, como dos ojos, y también observé que se retorcía y agitaba como si tuviera miembros, y que en ella se movía y se elevaba algo que podría ser un brazo. El doctor dio un paso al frente, levantó la barra de hierro y golpeó entre los dos puntitos llameantes; bajó el arma y golpeó una y otra vez con el furor que infunde el asco.

Una o dos semanas más tarde, cuando ya me había recuperado hasta cierto punto de la terrible impresión, el doctor Haberden vino a verme.

—He vendido mi consulta —empezó— y mañana me embarco para un largo viaje. No sé si regresaré alguna vez a Inglaterra; lo más probable es que compre un pedazo de tierra en California, y me instale allí para el resto de mis días. Le he traído este sobre, que puede abrir y leer cuando se sienta capaz de hacerlo. Contiene el informe del doctor Chambers acerca del polvo blanco que le pedí que analizase. Adiós, señorita Leicester, adiós.

Nada más irse abrí el sobre; no pude aguardar y procedí a leer su contenido. Este es el manuscrito; si me lo permiten les leeré la asombrosa historia que contiene.

Mi querido Haberden —empezaba la carta—: me he demorado injustificadamente en responder a sus preguntas sobre la sustancia blanca que me envió. A decir verdad he estado dudando algún tiempo respecto a qué decisión adoptar, ya que en la ciencia física existe tanta intolerancia y dogmatismo como en la teología, y sabía que si le contaba la verdad podría ofender prejuicios profundamente arraigados que hace tiempo yo mismo compartía. Sin embargo, he decidido hablarle con franqueza y antes que nada debo empezar por darle una breve explicación personal.

Hace muchos años y Haberden, que usted me conoce como hombre de ciencia. A menudo hemos hablado de nuestra profesión, y hemos discutido acerca del abismo sin esperanza que se abre ante aquellos que creen alcanzar la verdad por cualquier medio ajeno al trillado camino de la experimentación y la observación de las cosas materiales. Recuerdo el desdén con que usted me hablaba de los hombres de ciencia que han tenido algunos escarceos con lo oculto y han insinuado tímidamente que tal vez los sentidos no sean, a fin de cuentas y los límites eternos e impenetrables de cualquier conocimiento, las barreras imperecederas que ningún ser humano ha franqueado jamás. Juntos nos hemos reído de buena gana, y creo que con razón, de los disparates del «ocultismo» actual, disfrazados bajo nombres diversos: mesmerismo, espiritualismo,

materializaciones, teosofía, toda esa caterva de impostores, con sus trucos groseros y sus conjuros poco convincentes, esa verdadera charlatanería de las sórdidas calles de Londres. Sin embargo, a pesar de todo lo dicho, debo confesarle que no soy materialista, tomando la palabra en su sentido usual. Hace ya muchos años que me he convencido —yo, que era un escéptico, como recordará— de que la antigua e inflexible teoría es completamente falsa. Tal vez esta confesión no le ofenda tanto como lo hubiese hecho hace veinte años, pues creo que no habrá dejado de observar que, desde hace algún tiempo, los auténticos hombres de ciencia han propuesto hipótesis verdaderamente trascendentales, y tengo la impresión de que los más modernos químicos y biólogos de renombre no vacilarían en suscribir el dictum del viejo escolástico, Omnia exeunt in mysterium, que significa, creo, que todas las ramas del saber humano se desvanecen en el misterio si nos remontamos a sus orígenes. No tengo por qué molestarle ahora con una relación detallada de los penosos pasos que me han llevado a esta conclusión; unos cuantos experimentos sencillos me hicieron dudar del punto de vista que entonces suscribía, y algunas ideas surgidas en circunstancias relativamente triviales me llevaron muy lejos. Mi antigua concepción del universo ha sido barrida y ahora estoy en un mundo que me parece tan extraño y atroz como las infinitas olas del océano vistas por vez primera, en todo su resplandor; desde un pico de Darién. Ahora sé que las barreras de los sentidos, que parecían tan impenetrables, que parecían elevarse hasta el cielo y hundir sus cimientos en las profundidades, encerrándonos para siempre, no son tan infranqueables como imaginábamos, sino delgados y etéreos velos que se esfuman ante el investigador y se desvanecen como la primera bruma matutina que se eleva de los arroyos. Sé que usted nunca adoptó una postura materialista extrema; que no intentó justificar una negación universal, pues su sentido de la lógica le impidió llevar a cabo tamaño absurdo. Pero estoy seguro de que encontrará extraño todo lo que le digo, y repulsivo para sus hábitos mentales. Sin embargo lo que le digo es la verdad, Haberden; mejor dicho, por adoptar nuestro lenguaje corriente, la única verdad científica, confirmada por la experiencia. Y el universo es, en verdad, más espléndido y más atroz de lo que solemos imaginar. El universo entero, amigo mío, es un tremendo sacramento; una fuerza y una energía, místicas e inefables, veladas por la forma externa de la materia. Y el hombre, y el sol y las demás estrellas, y las flores del campo, y el cristal del tubo de ensayo, son, todos y cada uno de ellos, tan materiales como espirituales, y están supeditados a su funcionamiento por dentro.

Quizás se pregunte, Haberden, adonde conduce todo esto; pero creo que, si se lo piensa un poco, lo verá claro. Comprenderá que, desde ese punto de vista, cambia por completo la visión de conjunto de las cosas, y lo que nos parecía increíble y absurdo puede ser bastante posible. En resumen, debemos contemplar los mitos y leyendas con ojos distintos, y estar dispuestos a aceptar historias que se

habían convertido en meras fábulas. No creo, desde luego, que sea pedir demasiado. Después de todo, la ciencia moderna admite otro tanto, aunque de manera hipócrita. Es cierto que no se debe creer en la brujería, pero se puede dar crédito al hipnotismo. Los fantasmas están pasados de moda, pero queda mucho por decir sobre la telepatía. Dadle a la superstición un nombre griego y todos creerán en ella, casi podría ser un refrán.

Hasta aquí mi explicación personal. Usted, Haberden, me envió un frasco tapado y sellado, que contenía una pequeña cantidad de un polvo blanco escamoso, procedente de un farmacéutico que ha estado preparándoselo a uno de sus pacientes. No me sorprende saber que no consiguió usted ningún resultado en su análisis de dicho polvo. Es una sustancia conocida por unos pocos desde hace varios centenares de años, pero nunca habría esperado encontrarla en una farmacia moderna. No hay motivos, al parecer, para dudar de la sinceridad del boticario al referir su historia; sin duda, tal como dijo, consiguió esas sales tan poco corrientes que usted prescribió a través de algún mayorista; y probablemente permanecieron en su estantería durante veinte años, o quizás más. Y he aquí que se pone en marcha lo que llamamos azar y casualidad; durante todos esos años, las sales que contenía el frasco estuvieron expuestas a ciertas variaciones periódicas de temperatura, que probablemente oscilaron entre 5° y 30°. Y da la casualidad que tales cambios, que se repetían año tras año a intervalos irregulares, con diversos grados de intensidad y duración, han desarrollado un proceso interno, tan complejo y delicado, que dudo que un moderno equipo científico manejado con la mayor precisión pueda producir el mismo resultado. El polvo blanco que usted me envió es algo muy diferente del medicamento que recetó: es el polvo con que se preparaba el vino de los aquelarres, el Vinum Sabbati. Sin duda habrá leído usted algo sobre los aquelarres de las brujas y se habrá reído de esos cuentos que aterrorizaban a nuestros antepasados, plagados de gatos negros, escobas que vuelan y maldiciones formuladas contra la vaca de alguna vieja. Desde que supe la verdad, he pensado muchas veces que, en general, es una suerte que la gente se crea todas estas bufonadas, pues ocultan muchas cosas que es mejor no conocer. Sin embargo, si se molesta usted en leer el apéndice a la monografía de Payne Knight[1] *comprobará que el verdadero aquelarre era algo muy distinto, aunque el autor tuvo la delicadeza de abstenerse de publicar todo lo que sabía. Los secretos del verdadero aquelarre tienen sus orígenes en tiempos remotos y sobrevivieron hasta la Edad Media. Eran los secretos de una ciencia maligna que existió mucho antes de que los arios penetrasen en Europa. Hombres y mujeres, atraídos con engañosos pretextos, abandonaban sus hogares para salir al encuentro de unos seres capacitados para asumir, como en efecto hacían, el papel de demonios, los cuales los guiaban hasta algún paraje desierto y solitario, conocido por los iniciados en virtud de una vieja tradición, pero ignorado por todos los demás. El lugar donde se celebraba el*

aquelarre podía ser una cueva en algún cerro pelado y barrido por el viento, o algún paraje escondido en lo más profundo de un gran bosque. Allí, cuando era noche cerrada, se preparaba el Vinum Sabbati, se vertía en el diabólico grial y se ofrecía a los neófitos, que de este modo participaban de un sacramento infernal. Sumentes calicem principis inferorum, como bien expresa un autor antiguo. Y de pronto, todo aquel que lo había bebido encontraba a su lado a un compañero, una figura seductora de atractivo extraterreno, que le llamaba aparte para compartir goces más exquisitos, más sutiles que el estremecimiento de cualquier sueño, y así consumar el matrimonio del aquelarre. Es difícil escribir sobre estas cosas, sobre todo porque esa figura que atraía con sus encantos no era una alucinación, sino, por espantoso que resulte decirlo, el propio hombre. Mediante el poder de aquel vino del aquelarre, unos cuantos granos de polvo blanco en un vaso de agua, el tabernáculo de la vida se partía en pedazos y la trinidad humana se disolvía, y la serpiente que nunca muere, que duerme en el interior de cada uno de nosotros, se hacía tangible, se exteriorizaba, revestida de un envoltorio carnal. Y luego, a medianoche, se repetía y volvía a presentar la caída original, y se representaba de nuevo el acto atroz encubierto tras el mito del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Tales eran las nuptiæ sabbati.

Prefiero no decir nada más. Usted, Haberden, sabe tan bien como yo que las leyes más triviales de la vida no deben quebrantarse impunemente; y que un acto tan atroz como ese, en el que se abría de par en par y se profanaba el santuario más íntimo del hombre, reclamaba una terrible venganza. Lo que empezó con corrupción, terminó también con corrupción.

Debajo había un párrafo escrito por el doctor Haberden de su puño y letra:

Cuanto antecede es, por desgracia, estricta y totalmente cierto. Su hermano me lo confesó todo la mañana en que le visité en su habitación. Lo primero que me llamó la atención fue que tenía la mano vendada, y le obligué a mostrármela. Lo que vi me puso enfermo de aversión, aunque llevo muchos años practicando la medicina. La historia que me vi obligado a escuchar fue infinitamente más espantosa de lo que hubiese creído posible. Me dieron ganas de dudar de la Bondad Eterna, que permite a la naturaleza ofrecer posibilidades tan horrendas. De no haber presenciado usted el final con sus propios ojos, le diría que no se creyera nada de todo esto. No creo que me queden más allá de unas semanas de vida, pero usted es joven y podrá olvidar todo esto.

Joseph Haberden, doctor en Medicina

Al cabo de dos o tres meses me enteré de que el doctor Haberden había muerto ahogado, poco después de que zarpara su barco de Inglaterra.

EL PUEBLO BLANCO

Prólogo

—La brujería y la santidad —dijo Ambrose— son las únicas realidades. Ambas son un éxtasis, una renuncia a la vida corriente.

Cotgrave escuchaba con interés. Un amigo le había llevado a esta casa medio en ruinas situada en un suburbio al norte de la ciudad y, a través de un viejo jardín, le había conducido hasta la habitación donde Ambrose el solitario dormitaba y soñaba junto a sus libros.

—Sí —prosiguió—, la magia justifica a sus partidarios. Muchos de ellos, creo, sólo comen mendrugos secos y no beben más que agua, y, no obstante, sienten un gozo infinitamente más intenso que el que puedan experimentar los epicúreos « prácticos» .

—¿Se refiere usted a los santos?

—Sí, y también a los pecadores. Creo que está usted cayendo en el error, tan frecuente, de reducir el mundo espiritual al bien supremo; pero la suprema maldad necesariamente forma parte de él. El hombre meramente carnal, sensual, no tiene mayores posibilidades de convertirse en un gran pecador que en un gran santo. La mayoría de nosotros no somos más que criaturas indiferentes y confusas; pasamos por el mundo sin darnos cuenta del significado y el sentido oculto de las cosas y, en consecuencia, nuestra maldad o nuestra bondad son más bien de segunda categoría, insignificantes.

—¿Cree usted, entonces, que los grandes pecadores son unos ascetas como los grandes santos?

—Los grandes, del tipo que sean, desechan las copias, imperfectas y prefieren los modelos originales. No me cabe la menor duda de que muchos de los más excelsos santos jamás hicieron una « buena acción» (empleando esta palabra en su sentido corriente). Y, por otra parte, ha habido quienes han sondeado en lo más hondo del pecado y en toda su vida jamás han hecho una « mala acción» .

Ambrose salió un momento de la habitación, y Cotgrave, encantado, se volvió a su amigo y le dio las gracias por habérselo presentado.

—Es estupendo —dijo—. Nunca vi anteriormente a un lunático de esta

especie.

Ambrose regresó con más whisky y sirvió a los dos hombres con generosidad. Denigró con ferocidad a la secta de los abstemios mientras alcanzaba el agua de Seltz y, sirviéndose un vaso, iba a reanudar su monólogo cuando intervino Cotgrave.

—No puedo soportarlo, ¿sabe usted? —dijo—; sus paradojas son demasiado monstruosas. ¡Un hombre puede ser un gran pecador y, sin embargo, no haber hecho nunca nada pecaminoso! ¡vamos anda!

—Está usted completamente equivocado —dijo Ambrose—, yo nunca digo paradojas, ¡ojalá pudiera! decía simplemente que un hombre puede tener un paladar exquisito para el Romanée-Conti[1] y, sin embargo, no haber olido nunca una cerveza. Eso es todo, y más que una paradoja es una perogrullada, ¿no le parece? mi observación le ha sorprendido porque no ha comprendido lo que es el pecado. ¡Oh!, sí, hay una especie de relación entre el pecado con mayúscula y las acciones llamadas comúnmente pecaminosas: asesinato, robo, adulterio, y demás. Poco más o menos la misma relación que existe entre el alfabeto y la buena literatura. Pero yo creo que este concepto erróneo, que es casi universal, surge en gran medida de nuestra forma de enfocar el asunto desde un punto de vista social. Pensamos que un hombre que causa algún mal a *nosotros* y a sus propios vecinos debe ser muy malo. Así es desde un punto de vista social; pero ¿no se da usted cuenta de que el mal en su esencia es una manía solitaria, una pasión del alma única e individual? realmente, el asesino medio no es de ninguna manera, como asesino, un pecador en el verdadero sentido de la palabra. Simplemente es una bestia salvaje de la que debemos desembarazarnos para poner nuestros cuellos a salvo. Lo clasificaría más bien entre los tigres que entre los pecadores.

—Eso parece un poco raro.

—Yo creo que no. El asesino no mata por sus cualidades positivas, sino por las negativas; carece de algo que poseen los no asesinos. El mal, desde luego, es totalmente positivo, sólo que está del lado equivocado. Puede creerme, el pecado en su sentido estricto es muy raro; es probable que haya habido muchos menos pecadores que santos. Sí, su punto de vista es muy apropiado para la vida social y práctica; por naturaleza nos inclinamos a creer que una persona que nos desagrada profundamente debe ser un gran pecador. Es muy desagradable que le roben a uno la cartera y, por tanto, al ladrón lo calificamos de gran pecador. En verdad, es simplemente un hombre sin desarrollar. No puede ser un santo, por supuesto, pero sí puede ser una persona infinitamente mejor que otras muchas que nunca han quebrantado un solo mandamiento. Es un fastidio para *nosotros*, lo admito, y hacemos muy bien en encarcelarlo si lo cogemos; pero entre esta acción molesta y antisocial y el mal…, ¡ay!, la relación es de lo más tenue.

Se estaba haciendo muy tarde. El hombre que había llevado a Cotgrave

probablemente habría oído todo esto antes, ya que atendía con una amable y juiciosa sonrisa; pero Cotgrave empezó a pensar que su «lunático» estaba resultando ser un sabio.

—¿Sabe usted —dijo— que me está interesando enormemente? ¿cree usted, entonces, que no comprendemos la auténtica naturaleza del mal?

—No, no creo que la comprendamos. La sobrevaloramos y la infravaloramos a la vez. Prestamos atención a las muy numerosas infracciones de nuestros «estatutos» sociales —reglas muy necesarias y apropiadas para que el hombre pueda vivir en compañía— y nos asustamos por el predominio del «pecado» y el «mal». Pero esto es realmente absurdo. Considere usted el robo, por ejemplo. ¿Siente usted algún *horror* al pensar en Robin Hood, en los merodeadores escoceses del siglo XVII, en los bandoleros o en los empresarios de hoy en día?

»Luego, por otra parte, subestimamos el mal. Damos tan enorme importancia al «pecado» de intromisión en nuestros bolsillos (y en nuestras esposas) que hemos olvidado completamente la atrocidad del auténtico pecado.

—¿Y qué es el pecado? —dijo Cotgrave.

—Creo que tendré que contestarle con otra pregunta. ¿Qué sentiría usted, en serio, si su gato o su perro comenzasen a hablarle y a discutir con usted con acento humano? quedaría usted anonadado por el pavor. Estoy seguro de ello. Y si las rosas de su jardín le cantaran una canción sobrenatural, se volvería usted loco. Y suponga que los adoquines de la calle comenzaran a hincharse y a crecer ante sus ojos, y que el guijarro que usted observó por la noche hubiese echado capullos de piedra por la mañana.

»Bien, estos ejemplos pueden darle alguna idea acerca de lo que realmente es el pecado.

—Oigan —dijo el tercer hombre, hasta entonces apacible—, ustedes dos parecen disfrutar con la conversación. Pero yo me voy a casa. He perdido el último tranvía y tendré que caminar.

Ambrose y Cotgrave parecieron sumergirse todavía más profundamente en su conversación cuando el otro contertulio partió en la brumosa madrugada, a la pálida luz de los faroles.

—Me asombra usted —dijo Cotgrave—. Nunca pensé en eso. Si realmente es así, todo puede ponerse patas arriba. Entonces, la esencia del pecado es en realidad…

—Tomar al asalto el cielo, me parece a mí —dijo Ambrose—. En mi opinión se trata simplemente de un intento de penetrar en otra esfera más elevada, de un modo prohibido. De ahí que pueda comprenderse fácilmente el porqué de su rareza. Hay pocos, en efecto, que deseen penetrar en otras esferas, ya sean más elevadas o más bajas, por procedimientos permitidos o prohibidos. Los hombres, en general, están muy contentos con la vida tal como la encuentran. Por

consiguiente, hay pocos santos y todavía menos pecadores (en sentido estricto), y son igualmente raros los hombres de genio, que a veces participan de ambas naturalezas. Sí, en general, es tal vez más difícil ser un gran pecador que un gran santo.

—¿Quiere usted decir que hay algo profundamente antinatural en el pecado?

—Exactamente. La santidad requiere un esfuerzo tan grande, o casi tan grande; pero se mueve dentro de unos límites que *fueron* naturales alguna vez; es un esfuerzo por recobrar el éxtasis previo a la caída. Sin embargo, el pecado es un esfuerzo por alcanzar el éxtasis y la sabiduría que pertenecen únicamente a los ángeles, y al hacer este esfuerzo el hombre se convierte en un demonio. Ya le dije a usted que el simple asesino no es *por eso* un pecador; esto es cierto, pero el pecador es a veces asesino. Gilles de Rais es un ejemplo. Así que puede usted comprender que, aunque el bien y el mal son antinaturales para el hombre de hoy en día, para el ser civilizado y social el mal es antinatural en un sentido mucho más profundo que el bien. El santo procura recobrar un don que ha perdido; el pecador trata de obtener algo que nunca fue suyo. En resumen, repite la caída.

—Pero ¿usted es católico? —dijo Cotgrave.

—Sí; soy miembro de la perseguida Iglesia Anglicana.

—Entonces, ¿qué me dice usted de esos textos que parecen considerar como pecado todo aquello que usted atribuiría a un simple y trivial descuido?

—Sí; pero en algún lugar se incluye la palabra «brujo» en la misma frase, ¿no? me parece que eso nos da la clave. Considere usted: ¿puede imaginarse por un momento que fuera pecado una falsa declaración que salvase la vida a un inocente? no; muy bien, entonces no es el simple embustero el que es excluido mediante esas palabras; son, sobre todo, los «brujos», que utilizan la vida material, que utilizan las flaquezas inherentes a la vida material para obtener sus perversos fines. Y permítame decirle esto: nuestros sentidos superiores están tan embotados, estamos tan empapados de materialismo, que, probablemente, no lograríamos reconocer la verdadera maldad si tropezásemos con ella.

—Pero… ¿no experimentaríamos ante la sola presencia de un hombre malvado un cierto horror, un terror como el que usted sugirió que experimentaríamos si un rosal nos cantara?

—Lo haríamos si tuviésemos naturalidad: los niños y las mujeres sienten ese horror del que usted habla, e incluso los animales. Pero a la mayoría de nosotros, los convencionalismos, la civilización y la educación nos han dejado ciegos y sordos y han oscurecido nuestra propia razón. No; a veces podemos reconocer el mal por su aborrecimiento del bien (no se necesita ser muy penetrante para adivinar la influencia que dictó, en forma absolutamente inconsciente, la crítica a Keats en la revista *Blackwood*), pero esto es puramente accidental; y, por regla general, sospecho que los jerarcas de Tófet[2] pasan completamente

inadvertidos o, quizás, son tomados, en ciertos casos, por hombres buenos, pero a lo sumo equivocados.

—Hace un momento ha empleado usted la palabra «inconsciente» al referirse a los críticos de Keats. ¿Es siempre inconsciente la maldad?

—Siempre. Debe serlo. En este aspecto, como en tantos otros, es comparable a la santidad y a la genialidad; es una especie de rapto o éxtasis del alma; un esfuerzo extraordinario por sobrepasar los límites habituales. Así, al sobrepasar éstos, sobrepasa también la comprensión, esa facultad que presta atención a todo aquello que le precede. No; un hombre puede ser horrible e ilimitadamente perverso sin que nunca llegue a sospecharlo. Pero, como le digo, el mal en su verdadero sentido es raro, y creo que cada vez lo es más.

—Estoy intentando comprenderlo —dijo Cotgrave—. De lo que usted dice, deduzco que el verdadero mal difiere genéricamente de lo que solemos llamar mal, ¿no es eso?

—En efecto. Sin duda existe una analogía entre los dos; un parecido semejante al que nos autoriza legítimamente a utilizar expresiones tales como «al pie de la montaña» o «la pata de la mesa». Y, a veces, por supuesto, los dos hablan, por así decirlo, el mismo lenguaje. El rudo minero, o el indisciplinado y rudimentario «fiera», calentado por una o dos copas de más, llega a casa y pega a su irritante y poco juiciosa esposa hasta matarla. Es un asesino. Como Gilles de Rais. Pero ¿se da usted cuenta del abismo que separa a ambos? la «palabra», si me es permitido hablar así, es accidentalmente la misma en ambos casos, pero el «significado» es completamente diferente. Confundirlos constituye un caso flagrante de solecismo, o más bien, es como suponer que Juggernaut[3] y los argonautas tienen algo que ver etimológicamente entre sí. Y, sin duda, existe la misma leve semejanza o analogía, entre los pecados «sociales» y los pecados auténticamente espirituales; y en algunos casos, tal vez, los menores sirvan de «lección» que remita a los mayores, pasando de la quimera a la realidad. Si realmente es usted teólogo, comprenderá la importancia de todo esto.

—Siento decirle —observó Cotgrave— que he dedicado muy poco tiempo a la teología. Efectivamente, a menudo me he preguntado por qué razones los teólogos han reclamado para su asignatura favorita el calificativo de ciencia de las ciencias; pues los únicos libros «teológicos» que he hojeado me han parecido siempre que trataban de tenues y obvias devociones, o bien de los reyes de Israel y Judá. Y no quiero saber nada de esos reyes.

Ambrose sonrió desdeñosamente.

—Debemos tratar de evitar una discusión teológica —dijo—. Me doy cuenta de que usted sería un adversario implacable. Pero, tal vez, las «citas de los reyes» tengan tanto que ver con la teología como las tachuelas de los zapatos del minero asesino con el mal.

—Entonces, volviendo a nuestro asunto, ¿cree usted que el pecado es algo

esotérico y oculto?

—Sí. es un milagro infernal, de la misma manera que la santidad lo es celestial. De vez en cuando, se eleva hasta tal altura que de ningún modo logramos imaginarnos su existencia; es como las notas de los tubos de un órgano, que son tan graves que no podemos oírlas. En otros casos, puede llevarnos al manicomio, o a consecuencias todavía más extrañas. Pero nunca debe usted confundirlo con el mero delito social. Recuerde que el apóstol, hablando del « reverso de la medalla» , distingue entre acciones « caritativas» y caridad. Y lo mismo que uno puede dar todos sus bienes a los pobres, y sin embargo carecer de caridad, así, no lo olvide, puede uno evitar todos los crímenes y ser, no obstante, un pecador.

—Su psicología me resulta muy extraña —dijo Cotgrave—; pero le confieso que me agrada, y supongo que de sus premisas puede deducirse razonablemente la conclusión de que el auténtico pecador muy posiblemente puede dar la impresión a un observador imparcial de ser un personaje completamente inofensivo.

—Desde luego; porque el auténtico mal nada tiene que ver con la vida o las leyes sociales, o, si lo tiene, es sólo de forma secundaria y accidental. Es una pasión solitaria del alma, o una pasión del alma solitaria, como usted prefiera. Si, por casualidad, la percibimos y captamos su significado exacto, entonces, verdaderamente, nos llenará de horror y de terror. Pero esta emoción es muy distinta del miedo y el asco con que consideramos al criminal corriente, pues este último sentimiento está basado totalmente, o en gran parte, en la estima que sentimos por nuestro propio pellejo o bolsa. Odiamos al asesino porque odiamos ser asesinados, o que asesinen a los que queremos. Así, en el 'reverso de la medalla', veneramos a los santos, pero no los queremos como a nuestros amigos. ¿Puede usted convencerse a sí mismo de que se habría « divertido» en compañía de San Pablo? ¿cree que usted y yo nos habríamos « llevado bien» con sir Galahad?

» Lo mismo que con los santos, ocurre con los pecadores. Si se tropezara usted con un hombre perverso y reconociera su maldad, sin duda le llenaría de horror y de temor, pero no habría razón para que le cayera « antipático» . Por el contrario, es del todo posible que si usted lograra quitarse de la cabeza la noción de pecado, encontrara en el pecador un compañero estupendo, y en poco tiempo podría razonarse a sí mismo el sentido que tiene su horror. Sin embargo, sería espantoso que las rosas y los lirios cantaran súbitamente en el próximo amanecer; que los muebles comenzaran a moverse en procesión, como en el cuento de Maupassant[4].

—Me alegra que vuelva a utilizar esa comparación —dijo Cotgrave—, porque quisiera preguntarle qué correspondencia tienen entre los humanos esas proezas imaginarias de los objetos inanimados. En una palabra: ¿qué es el

pecado? ya sé que usted me ha dado una definición abstracta, pero me gustaría un ejemplo concreto.

—Le he reconocido que era muy raro —dijo Ambrose, que parecía querer evitar una respuesta tajante—. El materialismo de la época, que tanto ha hecho por suprimir la santidad, ha hecho todavía más por suprimir la maldad. Encontramos tan agradable la tierra que pisamos, que no sentimos inclinación por ascender o descender. Es como si el erudito que decidiera «especializarse» en Tófet, tuviera que limitarse a investigaciones puramente arqueológicas. Ningún paleontólogo ha podido mostrar nunca un pterodáctilo *vivo*.

—Sin embargo, usted se ha «especializado», y creo que sus investigaciones llegan hasta nuestra época moderna.

—Ya veo que está usted realmente interesado. Bien, confieso que he estado especulando un poco, y si usted quiere, puedo mostrarle algo relacionado con el curioso asunto que hemos estado discutiendo.

Ambrose cogió una vela y se dirigió a un rincón lejano y oscuro de la habitación. Cotgrave le vio abrir un venerable escritorio que allí había, y sacar de algún escondrijo secreto un paquete, con el que regresó a la ventana junto a la cual habían estado sentados.

Ambrose deshizo la envoltura del paquete y sacó un libro verde.

—¿Cuidará de él? —dijo—. No lo deje por ahí tirado. Es una de las piezas más selectas de mi colección y sentiría mucho perderlo.

Ambrose acarició la descolorida encuadernación.

—Conocí a la chica que lo escribió —dijo—. Cuando lo lea, verá usted cómo ilustra la conversación que hemos tenido esta noche. Hay también una continuación, pero no hablaré de eso.

—Hace algunos meses apareció un extraño artículo de una revista —comenzó de nuevo, con el aspecto de un hombre que cambia de tema—. Lo escribió un médico, el doctor Coryn creo que era su nombre. Cuenta que una dama, que estaba mirando jugar a su hijita pequeña junto a la ventana del salón, vio de pronto que la pesada guillotina cedía y caía sobre los dedos de la niña. La dama perdió el conocimiento, creo, pero, en cualquier caso, llamaron al médico y, una vez que hubo vendado los lisiados dedos de la niña, atendió a la madre. Ésta gemía de dolor, y se comprobó que tres dedos de su mano, correspondientes a los que habían sido lastimados en la mano de la niña, estaban hinchados e inflamados, y más tarde, en expresión del médico, apareció en ellos una costra purulenta.

Ambrose continuó manoseando delicadamente el tomo verde.

—Bien, aquí lo tiene —dijo al fin, separándose, al parecer, con dificultad de su tesoro.

—Devuélvamelo tan pronto como lo haya leído —dijo, mientras salían al vestíbulo, y luego al jardín, embriagados por el perfume de las azucenas.

Había una extensa franja roja hacia el este cuando Cotgrave dio la vuelta y se fue, divisando desde el elevado terreno en que se hallaba el espantoso espectáculo de Londres dormido.

EL LIBRO VERDE

La encuadernación de tafilete estaba estropeada y descolorida, pero no tenía manchas, rozaduras ni señales de uso. El libro tenía el aspecto de haber sido comprado « en una visita a Londres» , hacía unos setenta u ochenta años y, por alguna razón, olvidado y obligado a permanecer fuera del alcance de la vista. De él emanaba un olor añejo, delicado, persistente, como el que, a veces, se apodera de los muebles antiguos durante un siglo o más. Las guardas, en el interior de la encuadernación, estaban extrañamente adornadas con formas coloreadas y oro desteñido. Parecía insignificante, pero como el papel era muy fino, tenía muchas hojas, densamente cubiertas de una escritura menuda, penosamente trazada.

Encontré este libro (comenzaba el manuscrito) en un cajón del viejo escritorio que hay en el rellano de la escalera. Era un día muy lluvioso y, como no podía salir, por la tarde cogí una vela y me puse a revolver en el escritorio. Casi todos los cajones estaban llenos de ropa antigua, pero uno de los pequeños parecía vacío y allí encontré este libro, oculto en el fondo. Buscaba un libro como éste, de modo que me lo quedé para escribir en él. Está lleno de secretos. Tengo muchos otros libros de secretos, escritos por mí, ocultos en lugar seguro, y en éste voy a escribir muchos de los antiguos secretos y algunos de los nuevos; solamente hay algunos que de ninguna manera pondré por escrito. No tengo por qué anotar los verdaderos nombres de los días y los meses, que descubrí hace un año, ni tampoco cómo se hacen los caracteres Aklo[5], ni cuál es la lengua Chian, ni qué son los grandes y hermosos Círculos, o los juegos Mao o los cánticos principales. Es posible que escriba algo sobre todas estas cosas, pero no sobre la manera de hacerlas, por razones personales. Tampoco tengo por qué decir quiénes son las Ninfas, o los Döls[6], o Jeelo, o qué significa voolas. Son los secretos más secretos, y me alegro al recordar su significado y la cantidad de maravillosas lenguas que conozco. Pero hay algo que yo llamo los secretos de los secretos, en los que no me atrevo a pensar a menos que esté completamente sola, y entonces cierro los ojos, me los cubro con las manos, susurro la palabra y surge el Alala. Esto únicamente lo hago de noche, en mi habitación o en ciertos bosques que yo me sé, pero no debo describirlos porque son bosques secretos. Luego están las ceremonias, todas ellas muy importantes, aunque algunas son más deliciosas que otras. Son las ceremonias blancas, las ceremonias verdes y las ceremonias escarlata. Estas últimas son las mejores, pero sólo pueden ser celebradas como es debido en un sitio concreto, aunque existe una imitación muy

buena y que he llevado a cabo en otros lugares. Además, cuento con las danzas y la comedia; a veces he representado la comedia cuando los demás me miraban, pero nadie entendía nada. Era todavía muy pequeña cuando supe por vez primera de estas cosas.

Cuando era muy chica y todavía vivía mamá, recuerdo que me acordaba de cosas todavía más antiguas, sólo que todo se me hace un lío. Pero recuerdo que cuando tenía cinco o seis años les oía hablar a mi alrededor, creyendo que no me daba cuenta. Hablaban de las extrañas cosas que habían ocurrido uno o dos años antes, y cómo la niñera había llamado a mi madre para que viniera y me oyera hablar sola, pronunciando palabras que nadie podía entender. Hablaba en la lengua Xu, pero sólo recuerdo muy pocas palabras, como me ocurre con las caras blancas que solían contemplarme cuando estaba echada en la cuna. Solían hablarme y así aprendí su lengua y hablé con ellos de cierto lugar blanco donde ellos vivían, donde los árboles y la hierba eran completamente blancos, y había blancas colinas, tan altas como la luna, y un viento frío. Después he soñado a menudo con ese lugar, pero los rostros desaparecieron cuando era muy pequeña. Pero me sucedió una cosa maravillosa cuando tenía unos cinco años. Mi niñera me llevaba en brazos; atravesamos un campo de trigo amarillo; hacía mucho calor. Luego llegamos a un sendero que atravesaba el bosque, y un hombre alto vino en nuestra busca y nos acompañó a un lugar muy oscuro y sombrío donde había una profunda charca. La niñera me depositó sobre el blanco musgo, debajo de un árbol, y dijo:

—desde aquí no podrá llegar a la charca.

Así que me dejaron allí y me senté, inmóvil, y observé, y salieron del agua y del bosque dos maravillosas criaturas blancas, y empezaron a jugar, a bailar y a cantar. Eran de un blanco cremoso, como la vieja figura de marfil del salón; una era una hermosa dama de bellos ojos oscuros, rostro severo, y largos cabellos negros, que sonreía tristemente al otro, el cual se reía e iba hacia ella. Jugaron juntos, bailaron en torno a la charca, y cantaron una canción hasta que me dormí. La niñera me despertó al volver; se parecía un poco a la dama que había visto, así que se lo conté todo y le pregunté el porqué de ese parecido. Al principio lloró y luego pareció asustarse y palideció completamente. Me depositó en la hierba, me miró fijamente, y pude ver que estaba temblando de pies a cabeza. Entonces me dijo que lo había soñado todo, pero yo sabía que no era cierto. Luego me hizo prometer no decir ni una palabra a nadie, pues, si lo hacía, sería arrojada al pozo negro. Yo no estaba en absoluto asustada, aunque la niñera sí lo estuviera, y nunca olvidé lo sucedido, porque cuando cerraba los ojos, a solas en medio del silencio, podía verlos de nuevo, muy tenues y lejanos, pero magníficamente; y me venían a la cabeza retazos de la canción que cantaban, aunque yo no era capaz de cantarla.

Tenía trece años, casi catorce, cuando me sucedió una singular aventura, tan

extraña que al día en que ocurrió se le llama siempre el día blanco. Mi madre había muerto hacía más de un año; por las mañanas recibía clases, pero por las tardes me dejaban salir a pasear. Aquella tarde fui por un camino distinto, y un pequeño arroyo me condujo hasta una nueva región desconocida, pero me desgarré el babero al atravesar unos matorrales y los arbustos espinosos de las colinas y los sombríos bosques llenos de plantas trepadoras. El camino era largo, muy largo. Parecía que no iba a terminar nunca, y tuve que arrastrarme por una especie de túnel, por donde debió correr un arroyo, que ahora estaba completamente seco; el suelo era rocoso y los arbustos habían crecido por encima hasta juntarse, de manera que el lugar resultaba completamente oscuro. Continué avanzando por aquel sombrío paraje; el camino era largo, muy largo. Y llegué a una colina que jamás había visto antes. Al atravesar un tenebroso matorral, lleno de ramas negras y retorcidas, me desgarré la ropa y lloré, pues me pinchaban por todas partes; luego advertí que estaba ascendiendo, y continué subiendo y subiendo un largo trecho, hasta que, finalmente, desaparecieron los matorrales y llegué, sin dejar de llorar, a un lugar donde se abría una gran explanada pelada, cubierta por todas partes de feas piedras grises y con algunos arbolitos retorcidos y atrofiados saliendo de debajo de las piedras, como si fueran serpientes. Seguí ascendiendo un largo trecho, hasta alcanzar la cumbre. Jamás había visto antes unas piedras tan grandes y tan repulsivas; algunas salían de la tierra, otras parecían como si las hubiesen llevado rodando hasta allí, y se extendían a lo lejos hasta donde alcanzaba la vista. Desde ellas contemplé el paisaje, que era muy extraño. Era invierno, y las colinas circundantes estaban cubiertas de terribles bosques ennegrecidos; era como ver un enorme salón cubierto de negros cortinajes, y los árboles parecían completamente diferentes a los que había visto antes. Estaba asustada. Luego, más allá de los bosques, había otras colinas que me rodeaban como un gran anillo, pero que jamás había divisado; parecían negras y cada una tenía un voor encima. Todo estaba tranquilo y silencioso, y el cielo cargado, gris y triste como las espantosas cúpulas voorianas[7] del abismo de Dendo.

Continué avanzando por entre las horribles rocas. Había centenares de ellas. Algunas parecían hombres haciendo horrorosas muecas; pude ver sus rostros, dispuestos a salirse de la piedra y saltar sobre mí para cogerme y arrastrarme con ellos a las rocas, de donde nunca podría salir. Otras eran como animales, reptantes y repugnantes animales que sacaban la lengua; otras eran como palabras que no puedo pronunciar; y, finalmente, otras parecían muertos tumbados sobre la hierba. Proseguí mi camino entre ellas, aunque me asustasen, y mi mente se llenó de abominables canciones que ellas le introducían; me entraron ganas de gesticular y retorcerme como ellas hacían, pero seguí adelante un largo trecho hasta que, finalmente, me gustó su aspecto y dejaron de asustarme. Canté las canciones que podía recordar, canciones llenas de palabras

que no deben ser pronunciadas ni escritas. Entonces hice muecas como los rostros de las rocas, me retorcí como ellas, me tumbé en la hierba imitando a las que parecían muertas, subí a una que estaba haciendo muecas y, pasando mis brazos en torno, la abracé. Luego seguí avanzando más y más por entre las rocas hasta llegar a un montículo redondo en medio de ellas. Era más elevado de lo normal, casi tan alto como nuestra casa, y parecía una palangana puesta boca abajo, completamente lisa, redonda y verde, con una piedra clavada en la cima, como un poste. Ascendí por sus laderas, pero eran tan empinadas que tuve que detenerme o de lo contrario posiblemente habría rodado de nuevo hacia abajo a lo largo del camino, me habría golpeado contra las piedras del fondo y, tal vez, habría muerto. Pero yo quería subir hasta la misma cima del enorme montículo redondo, así que me tumbé con la cara contra el suelo, me agarré a la hierba con las manos y me incorporé poco a poco hasta llegar a lo alto.

Entonces me senté en la piedra del centro y eché un vistazo a cuanto me rodeaba. Tuve la sensación de haber recorrido un camino muy largo, como si, de pronto, me encontrara a cien millas de casa, en otro país diferente, o en alguno de los extraños lugares citados en los *Cuentos de genios*[8] y en *Las mil y una noches*, o como si me hubiera alejado a través de los mares durante años y hubiera encontrado otro mundo que nadie había visto ni había oído hablar de él anteriormente, o como si, de una forma u otra, hubiese surcado los cielos y hubiera caído en una de esas estrellas de las que hablan los libros, en las que todo está muerto, frío y gris, no existe el aire y el viento no sopla. Me senté en la piedra y miré hacia abajo en todas direcciones. Era como estar sentada en lo alto de una torre, en medio de una gran ciudad vacía, pues no podía ver en torno mío más que las rocas grises que cubrían todo el campo. Ya no podía distinguir sus formas, pero no dejaba de verlas a lo lejos, y al mirarlas me pareció que estaban dispuestas formando dibujos, formas y figuras. Sabía que esto no era posible, pues había visto que muchas de ellas emergían directamente de la tierra, acompañando a las grandes rocas de las profundidades; de modo que las volví a mirar, pero no vi más que círculos, pequeños círculos dentro de otros mayores, y pirámides, y cúpulas, y espirales, que parecían rodear por todas partes el lugar donde yo estaba sentada; y, cuanto más las miraba, más veía esos grandes anillos de rocas haciéndose cada vez mayores; estuve tanto tiempo mirándolas que tuve la impresión de que se movían y daban vueltas, como una inmensa rueda, y que yo también daba vueltas en el centro. La cabeza me dio vueltas y me sentí aturdida, todo comenzó a tornarse nebuloso y confuso, vi pequeños destellos de luz azulada, y las piedras parecieron saltar, bailar y retorcerse mientras giraban sin cesar. Me asusté de nuevo y grité en voz alta; luego salté de la piedra donde estaba sentada, y caí al suelo.

Cuando me levanté, estaba tan contenta de que parecieran haberse quedado inmóviles, que me senté en la cima del montículo, me deslicé hacia abajo, y de

nuevo proseguí mi camino. Al andar bailaba de la misma forma especial en que lo hacían las rocas cuando me dio el vértigo, y me puse tan contenta de poder hacerlo tan bien que seguí bailando y bailando, y canté sorprendentes canciones que me venían a la cabeza. Finalmente llegué al borde de aquella enorme colina llana: allí ya no había rocas y el camino atravesaba de nuevo una hondonada cubierta de maleza. Estaba en tan mal estado como el que tuve que seguir al subir, pero no me importó, de lo contenta que estaba por haber visto aquellas singulares danzas, y además ser capaz de imitarlas. Continué bajando a rastras por entre los arbustos, y una enorme ortiga me picó en la pierna, abrasándomela, pero no me importó, y aunque sentí el escozor de las ramas y las espinas, únicamente reía y cantaba. Cuando abandoné la espesura llegué a un valle cerrado, un lugar secreto semejante a un sombrío pasadizo, de tan angosto y profundo que era y tan espesos los bosques que lo circundaban.

Allí, sobre una escarpada ladera poblada de árboles, los helechos se conservan verdes todo el invierno, cuando los de la colina se mueren y amarillean, y despiden un olor dulce y fuerte parecido al que rezuma de los abetos. Un arroyo descendía por el valle, tan pequeño que pude cruzarlo fácilmente. Bebí agua en mi mano y la saboreé como si se tratara de un ilustre vino dorado. Brillaba y burbujeaba al correr sobre hermosas piedras rojas y amarillas, de manera que parecía viva y con todos los colores al mismo tiempo. Volví a beber más en mi mano, pero como no me bastaba, me tumbé en el suelo, agaché la cabeza y sorbí el agua con los labios. Bebiéndola de esta forma la saboreaba mucho mejor: las olas llegaban a mi boca y me besaban, y yo me reía y volvía a beber, imaginando que la que me besaba era una ninfa, como la del viejo cuadro de mi casa, que vivía en el agua. Así que me incliné otra vez hasta rozar suavemente el agua con los labios y le susurré a la ninfa que volvería. Estaba segura de que aquella agua no era normal, y cuando me levanté y proseguí mi marcha, bailé de nuevo y ascendí al valle, bajo la mirada de las lúgubres colinas. Al alcanzar la cumbre, el suelo se elevó delante de mí, alto y escarpado como un muro, y no se veía más que ese muro verde y el cielo. Pensé en aquello de «por siempre jamás, por los siglos de los siglos. Amén», pues realmente debía haber llegado al fin del mundo, ya que aquello parecía el final de todo, como si más allá no pudiera haber nada excepto el reino de Voor, donde va la luz cuando se apaga y corre el agua cuando el sol se la lleva.

Empecé a pensar en el largo camino recorrido, en cómo había encontrado un arroyo y había seguido su curso a través de arbustos, matorrales espinosos y sombríos bosques cubiertos de espinos rastreros. Luego me había arrastrado por un túnel bajo los árboles, había trepado por entre los matorrales, había contemplado las rocas grises y me había sentado en medio de ellas cuando daban vueltas; después había seguido adelante por entre las rocas, había bajado la colina por entre matorrales urticantes y había escalado el sombrío valle por un sendero

muy largo.

Me preguntaba cómo regresaría a casa, si es que lograba encontrar el camino, y si es que seguía estando allí y no se había convertido, igual que todo lo demás, en rocas grises, como en *Las mil y una noches*. Así es que me senté en la hierba y me puse a pensar en lo que haría a continuación. Estaba cansada y los pies me dolían de tanto andar. Al mirar a mi alrededor descubrí un maravilloso pozo, justamente al pie del alto y escarpado muro de hierba. A su alrededor todo el suelo estaba cubierto de musgo brillante, verde y chorreante; había todo tipo de musgos, unos que parecían hermosos helechos en miniatura, y otros que semejaban palmeras y abetos; todos ellos tan verdes como las esmeraldas y rezumando gotas de agua cual diamantes. En medio estaba el gran pozo, profundo, resplandeciente y hermoso, tan claro que daba la impresión de que se podía tocar la arena roja del fondo, aunque estaba muy hondo. Permanecí a su lado y me miré en él como en un espejo. En el fondo, los rojos granos de arena no dejaban de agitarse, y se veía burbujear el agua, pero su superficie estaba en calma y rebosaba. Era un pozo grande, como una bañera, rodeado de musgo verde, reluciente y brillante, que le daba la apariencia de una gran alhaja transparente rodeada de joyas verdes. Tenía los pies tan doloridos y cansados que me quité las botas y las medias, y los metí en el agua, que estaba fresca y suave; cuando me levanté ya no estaba cansada y pensé que debía seguir adelante, alejándome cada vez más, hasta descubrir lo que había al otro lado del muro. Lo escalé muy despacio, siempre de lado, y cuando llegué arriba y miré por encima, me encontré con la más curiosa región que jamás viera, más extraña incluso que la colina de las rocas grises.

Parecía como si allí hubiesen estado jugando con sus palas niños terrícolas, pues estaba todo lleno de colinas, hoyos y muros de tierra cubiertos de hierba. Había dos montículos, redondos, grandes y solemnes, como dos enormes colmenas, y también profundas depresiones, y un escarpado muro como los que había visto en cierta ocasión en la costa, con cañones y soldados encima. Casi me caí en una de las fosas, de tan repentinamente como surgió bajo mis pies, y bajé corriendo por una de sus pendientes, hasta el fondo, donde permanecí mirando hacia arriba. Todo era extraño y misterioso. No se veía más que el cielo gris, cargado, y las laderas de la hondonada; todo lo demás había desaparecido; pensé que de noche debía de llenarse de fantasmas, sombras movedizas y pálidas criaturas, cuando la luna brillara en su fondo en plena noche y el viento gimiera en las alturas. Era tan extraña, misteriosa y solitaria como un templo vacío dedicado a anticuados dioses paganos. Me recordó algo que la niñera me había contado cuando yo era muy pequeña; la misma niñera que me llevó al bosque donde vi a la hermosa gente blanca. Recuerdo que la niñera me contó el cuento una noche invernal en que el viento golpeaba los árboles contra la tapia, y gemía lloroso por la chimenea de mi cuarto de juegos. Me contó que en alguna parte

existía un pozo vacío, parecido a aquel en el que me encontraba, y que gozaba de tan mala reputación que todo el mundo tenía miedo de acercarse a él. Pero hubo una pobre chica que dijo que bajaría al pozo; todos intentaron detenerla, pero ella fue allá. Y bajó al pozo y regresó riendo y diciendo que allí no había nada en absoluto, excepto hierba verde, piedras rojas y blancas, y flores amarillas.

Poco después la gente vio que llevaba unos preciosos pendientes de esmeraldas y le preguntaron cómo los había conseguido, ya que tanto ella como su madre eran verdaderamente pobres. Pero ella se rió y dijo que sus pendientes no eran de esmeraldas ni nada parecido, sino que estaban hechos de hierba verde. Luego, cierto día, vieron que llevaba en el pecho el rubí más rojo que jamás se había visto por esos contornos, tan grande como un huevo de gallina, y que brillaba y centelleaba como un ascua de carbón al rojo. Le preguntaron cómo lo había obtenido, ya que tanto ella como su madre eran verdaderamente pobres. Pero ella se rió y dijo que no era un rubí, sino solamente una piedra roja. Luego, otro día, vieron que llevaba alrededor del cuello el collar más hermoso que jamás se había visto por esos contornos, mucho más elegante que el más elegante de la reina, compuesto de relucientes diamantes, a centenares, que resplandecían como las estrellas en una noche de junio. Así que le preguntaron cómo lo había conseguido, ya que tanto ella como su madre eran verdaderamente pobres. Pero ella se rió y dijo que no eran diamantes, sino únicamente piedras blancas.

Y un día fue a la corte llevando en la cabeza una corona de monedas de oro puro, eso dijo la niñera, que brillaba como el sol y era mucho más espléndida que la que llevaba el propio rey; además, llevaba esmeraldas en las orejas, un gran rubí le servía de broche, y un magnífico collar de diamantes centelleaba en su cuello. El rey y la reina pensaron que sería alguna eminente princesa de un país lejano y descendieron de sus tronos para salir a su encuentro; pero alguien les contó de quién se trataba en realidad y que era completamente pobre. Así que el rey le preguntó por qué llevaba una corona de oro y cómo la había conseguido, ya que tanto ella como su madre eran verdaderamente pobres. Y ella se rió y dijo que no era una corona de oro, sino solamente unas flores amarillas que se había puesto en el pelo. El rey pensó que aquello era muy extraño y le dijo que debería permanecer en la corte y ya verían que pasaba después. La joven era tan encantadora que todos decían que sus ojos eran más verdes que las esmeraldas, sus labios más rojos que el rubí, su piel más blanca que los diamantes, y su pelo más resplandeciente que el oro. De forma que el hijo del rey dijo que quería casarse con ella, y el rey le respondió que podía hacerlo. El obispo los casó y hubo una gran cena; después, el hijo del rey fue a la alcoba de su esposa. Pero justo cuando iba a abrir la puerta, vio frente a ésta a un hombre alto, vestido de negro, con una cara espantosa, y una voz dijo:

No arriesgues tu vida preciosa,
pues ésta es mi propia esposa.

Entonces el hijo del rey cayó al suelo fulminado. Acudió mucha gente que intentó entrar en la alcoba sin conseguirlo, y golpeó la puerta con hachas; pero la madera se había endurecido como el hierro y, finalmente, huyeron todos, de tan asustados que estaban por los gritos, risas, chillidos y llantos que salían de la alcoba.

Al día siguiente consiguieron entrar, descubriendo que no había en ella más que un espeso humo negruzco, ya que el hombre de negro se había llevado a la joven. Encontraron sobre la cama dos lazos de hierba marchita, una piedra roja, y algunas piedras blancas y flores amarillas ajadas.

Me acordé de este cuento de mi niñera mientras permanecí en el fondo del profundo hoyo; todo allí era tan extraño y exclusivo que sentí miedo. No pude divisar ninguna de las piedras ni de las flores, pero temí llevármelas sin saberlo, y se me ocurrió hacer un hechizo que me vino a la memoria para mantener alejado al hombre de negro. Así que permanecí de pie en el mismo centro de la hoya, me aseguré de que no llevaba encima ni piedras ni flores, y luego di varias vueltas al lugar, toqué mis ojos, mis labios y mi pelo de una manera especial, y susurré algunas extrañas palabras que me había enseñado la niñera para alejar a las cosas malignas. Entonces me sentí a salvo, salí trepando de la hoya y proseguí a través de todos aquellos montículos, depresiones y barreras, hasta llegar al final, que estaba más elevado que el resto, desde donde pude ver que las diferentes formas dibujadas sobre la tierra estaban dispuestas siguiendo una pauta, algo así como las rocas grises, sólo que con distinta pauta.

Se estaba haciendo tarde y empezaba a oscurecer, pero desde donde yo me encontraba parecían dos enormes figuras humanas tumbadas en la hierba. Seguí adelante y, finalmente, encontré cierto bosque, demasiado secreto para describirlo, pues nadie sabe cómo atravesarlo, descubrimiento que yo hice de manera muy curiosa, viendo entrar a un animalito. De modo que seguí al animal por un sendero muy estrecho y oscuro, bajo espinos y arbustos, y ya casi había anochecido cuando llegué a una especie de claro en el centro. Allí vi la cosa más maravillosa que jamás había visto en mi vida, aunque sólo un momento, pues huí inmediatamente, salí a gatas del bosque por el sendero por el que había venido, y corrí más deprisa que nunca, porque estaba asustada de tan maravilloso, extraño y hermoso que era lo que acababa de ver. Pero quería regresar a casa y pensar en ello, pues no sabía lo que podía sucederme si me quedaba en el bosque. Mientras corría por la espesura, ardía y temblaba, mi corazón latía aceleradamente, y no podía evitar el dejar escapar extraños gritos. Me alegré de que una enorme luna blanca apareciese sobre una colina y me mostrara el

camino, de modo que volví a pasar por los montículos y hoyas, descendí al angosto valle, ascendí a través de los matorrales al lugar de las rocas grises y, finalmente, llegué a casa.

Mi padre estaba ocupado en su despacho y los criados no le habían contado que yo no había vuelto a casa, aunque estaban asustados, y se preguntaban qué debían hacer; de modo que les dije que me había perdido, pero no les dejé que descubrieran el verdadero camino que había seguido. Me fui a la cama y permanecí despierta toda la noche, pensando en lo que había visto.

Cuando abandoné el estrecho sendero y todo resplandecía pese a haber oscurecido, me pareció todo tan auténtico que durante el camino de vuelta a casa estuve segura de haberlo visto. Ahora deseaba quedarme a solas en mi habitación para alegrarme por cuanto había presenciado y, cerrando los ojos, fingir que me encontraba allí y que hacía todas las cosas que habría hecho de no haberme asustado tanto. Pero cuando cerré los ojos no me vino la visión, y comencé otra vez a pensar en mi aventura, y recordé lo oscura y misteriosa que resultó al final, y temí que todo fuera un engaño, pues parecía imposible que hubiera sucedido todo aquello.

Parecía uno de los cuentos de la niñera, en los que realmente no creía, aunque en verdad me había asustado en el fondo de la hoya; las historias que ella me contaba cuando yo era pequeña me volvieron a la mente, y me pregunté si sería cierto lo que creía haber visto, o si alguno de los cuentos habría sucedido hace mucho tiempo. Todo era muy extraño; permanecí despierta en mi habitación de la parte trasera de la casa, y la luna brillaba en el lado opuesto, hacia el río, de modo que su resplandeciente luz no se reflejaba en el muro.

La casa estaba en completo silencio. Había oído a mi padre subir las escaleras, y poco después el reloj dio las doce y la casa se quedó silenciosa y vacía, como si nadie viviera en ella. Aunque todo estaba oscuro y confuso en mi habitación, un pálido resplandor brillaba a través de la blanca persiana, y en cuanto me levanté y miré hacia afuera, vi la gran sombra negra de la casa cubriendo el jardín, como si fuera una cárcel de condenados a muerte, y más allá todo estaba blanco, y el bosque resplandecía de blancura con negros abismos entre los árboles.

Era una noche clara y tranquila, sin nubes en el cielo. Deseaba pensar en lo que había visto, pero no podía, y empecé a recordar todos los cuentos que la niñera me había contado hace mucho tiempo y creía haber olvidado. Los recordé todos y los mezclé con los matorrales y las rocas grises y las hoyas en la tierra y el bosque secreto, hasta que apenas supe lo que era verdad y lo que era cuento, y pensé si todo no sería un sueño.

Entonces me acordé de aquella calurosa tarde de verano, hace tanto tiempo, en que la niñera me dejó sola a la sombra y la gente blanca salió del agua y del bosque, y jugó, bailó y cantó, y tuve la impresión de que la niñera me había

contado algo parecido antes de que lo viera, sólo que no podía recordar exactamente de qué se trataba. Entonces me pregunté si no sería ella la dama blanca, pues recordé que era igual de blanca y de bella, y tenía idénticos ojos oscuros y pelo negro; y a veces, al contarme alguno de sus cuentos, que empezaban por « Érase una vez…» o « en tiempo de las hadas…» , sonreía y me miraba como solía hacerlo la dama.

Pero pensé que no podía ser ella, pues parecía haber tomado un camino diferente en el bosque, y no creía que el hombre que vino siguiéndonos fuese el otro, porque entonces no podría haber visto aquel maravilloso secreto del bosque secreto. Pensé en la luna: pero no vi aparecer su enorme disco blanco por encima de una colina hasta después, cuando me encontraba en medio del territorio salvaje donde la tierra formaba grandes figuras y todo eran barreras, misteriosas hoyas y suaves montículos redondeados. Pensé en todas estas cosas hasta que, finalmente, me asusté, pues temía que me pasara algo, y recordé el cuento de la pobre chica que se metió en una hoya y al final el hombre negro se la llevó.

Sabía que yo también había bajado al fondo de una hoya, quién sabe si a la misma, y había hecho algo espantoso. Así que volví a hacer el hechizo, me toqué los ojos, los labios y los cabellos de una forma especial, y pronuncié las viejas palabras en el idioma de las hadas, para poder estar segura de que nadie me llevaría. Intenté ver de nuevo el bosque secreto, reptar por el pasadizo y ver lo que había visto la otra vez, pero, por alguna razón, no pude y seguí pensando en los cuentos de la niñera.

Me acordé de uno acerca de un joven que fue una vez a cazar: él y sus perros estuvieron todo el día cazando por todas partes, cruzaron ríos, penetraron en bosques, rodearon marismas, pero no encontraron nada y así continuaron hasta que el sol desapareció por detrás de una montaña. El joven estaba irritado porque no había podido encontrar nada, y ya iba a retornar cuando, en el preciso momento en que el sol incidía sobre la montaña, vio salir de la maleza frente a él a un magnífico venado blanco. Azuzó a sus perros, pero éstos empezaron a gimotear y no quisieron perseguirlo; azuzó a su caballo, pero éste se estremeció y permaneció completamente inmóvil; el joven saltó del caballo, abandonó a los perros y comenzó a perseguir solo al venado blanco. Pronto se hizo de noche; el cielo estaba negro, sin que brillase en él ni una sola estrella, y el venado desapareció en la oscuridad. Y aunque el hombre llevaba consigo su escopeta, no disparó contra el venado, pues quería capturarlo con vida, y temió perderse en la noche. Pero jamás perdió su rastro, pese a lo negro que estaba el cielo y lo oscuro de la noche, y el venado siguió su camino hasta que el joven ya no supo dónde estaba.

Atravesaron bosques inmensos donde el aire estaba repleto de susurros y un pálido y mortecino resplandor brotaba de los troncos podridos que yacían en el

suelo, y justamente cuando el hombre creyó haber perdido al venado, lo vio frente a él todo blanco y resplandeciente; corrió velozmente tras él, pero el venado fue más rápido, de modo que no pudo atraparlo. Atravesaron bosques inmensos, cruzaron ríos a nado, vadearon negros pantanos en los que el suelo burbujeaba y el aire estaba lleno de fuegos fatuos; el venado, en su huida, bajó a angostos valles rocosos donde el aire olía a panteón, y el hombre siguió tras él. Escalaron grandes montañas y el hombre escuchó al viento bajar del cielo, y el venado siguió huyendo y el hombre siguió tras él.

Finalmente salió el sol y el joven descubrió que se encontraba en un país que jamás había visto antes; era un hermoso valle atravesado por una corriente transparente, con una gran colina redonda en el centro.

El venado descendió al valle, en dirección a la colina, y parecía hallarse cansado, pues iba cada vez más despacio, y el hombre, aunque también estaba muy cansado, empezó a correr más deprisa, seguro de que, finalmente, capturaría al venado. Pero justamente al llegar al pie de la colina, cuando el hombre alargaba la mano para atrapar al venado, éste desapareció bajo tierra; y el hombre empezó a llorar porque sentía haberlo perdido después de una cacería tan larga. Pero mientras lloraba descubrió una entrada en la colina, justo frente a él, la franqueó y se encontró completamente a oscuras, pero siguió adelante, pues pensaba dar con el venado blanco.

De pronto se hizo la luz y pudo verse el cielo, el sol resplandeciente, pájaros cantando en los árboles y una hermosa fuente. Junto a ella estaba sentada una adorable dama, la reina de las hadas, que le dijo al hombre que se había transformado en venado para llevarle hasta allí, debido a lo mucho que le amaba. Luego sacó una gran copa de oro cubierta de joyas, procedente de su palacio mágico, y le ofreció en ella vino para que bebiese. Bebió él, y cuanto más bebía más ansias tenía de beber, pues el vino estaba encantado. De modo que besó a la encantadora dama y la hizo su esposa, y permaneció todo el día y toda la noche en la colina donde ella vivía.

Cuando despertó se encontró tumbado en el suelo, cerca del lugar en donde había visto por vez primera al venado; allí estaba su caballo y sus perros, esperándole, y al levantar la vista vio que el sol estaba poniéndose detrás de la montaña.

Regresó a su casa y vivió muchos años, pero jamás volvió a besar a ninguna otra dama porque había besado a la reina de las hadas, y nunca más volvió a beber vino corriente, ya que había probado el vino encantado.

A veces la niñera me contaba cuentos que había oído a su bisabuela, que era muy anciana y vivía sola en una casa de campo en la montaña; la mayoría de ellos trataban de una colina, donde, hace mucho tiempo, la gente solía reunirse de noche para jugar a toda clase de juegos y hacer cosas raras que la niñera me contó, pero que yo no pude entender.

Según ella, ahora, a excepción de su bisabuela, todos habían olvidado aquello, y nadie sabía dónde estaba la colina, ni siquiera su bisabuela. Sin embargo, me contó una extraña historia relacionada con esa colina, y me estremecí al recordarla.

Me dijo que la gente iba siempre allí en verano, cuando hacía mucho calor, y tenían que bailar mucho. Al principio todo estaba a oscuras y había allí árboles que ensombrecían mucho más el lugar; la gente venía, uno tras otro, de todas direcciones, por un sendero secreto que nadie más conocía; dos de ellos se quedaban a vigilar la puerta, y todos los que subían hasta allí tenían que hacerles una señal muy extraña, que la niñera me enseñó lo mejor que pudo, aunque dijo que no podía enseñármela como es debido. Acudía toda clase de gente: personas bien nacidas y aldeanos, algunos ancianos, chicos y chicas, y bastantes niños pequeños, que se sentaban y observaban. Todo estaba a oscuras cuando llegaban, excepto un rincón donde alguien quemaba algo que olía fuerte y fragante y les hacía reír, mientras se veía el resplandor de los carbones y el humo rojo elevándose. Entraban todos, y cuando lo había hecho el último la puerta desaparecía, de modo que nadie más podía entrar, aunque supiese que al otro lado había algo.

En cierta ocasión, un caballero extranjero, que llevaba cabalgando un buen trecho, se extravió de noche y su caballo le condujo al mismo centro de esta región salvaje, donde todo estaba patas arriba, y por todas partes había espantosos pantanos y grandes piedras, agujeros en el suelo, y los árboles parecían horcas, pues tenían largos brazos negros que se extendían a través del camino. Este extraño caballero estaba muy asustado y su caballo comenzó a temblar, hasta que, finalmente, se detuvo y no hubo forma de hacerle seguir, por lo que el caballero descabalgó e intentó llevarlo de las riendas, mas no consiguió moverlo, estando todo él cubierto de un sudor cadavérico. Así que el caballero continuó solo, internándose cada vez más en la región salvaje, hasta que al fin llegó a un lugar oscuro, donde oyó gritos, cánticos y llantos, como jamás había oído anteriormente.

Todo sonaba muy cerca de él, pero no podía ver nada, así que se puso a dar voces y, mientras lo hacía, algo apareció a sus espaldas y, en un momento, quedó inmovilizado de pies, manos y boca y se desvaneció. Cuando volvió en sí estaba tumbado al borde del camino, exactamente donde se había perdido el caballo la primera vez, bajo un roble seco de tronco ennegrecido, y su montura estaba atada a su lado. De modo que cabalgó hasta la ciudad y allí contó a la gente lo que le había sucedido; algunos se asombraron, pero otros sabían de lo que se trataba. Una vez que todos habían entrado, la puerta desaparecía para que nadie más pudiera pasar por ella. Y cuando estaban todos dentro, reunidos en círculo, tocándose unos a otros, alguien comenzaba a cantar en la oscuridad, y otro hacía un ruido parecido al trueno con un objeto que tenían a propósito.

En las noches de calma, la gente oía aquel estruendoso ruido mucho más lejos de la región salvaje, y algunos, que creían saber lo que pasaba, solían hacerse una señal en el pecho cuando despertaban en sus lechos en plena noche y oían aquel terrible ruido grave, parecido al trueno en las montañas. El ruido y los cánticos continuaban un buen rato, y la gente, agrupada en círculo, se balanceaba de un lado para otro; la canción estaba en una antigua lengua que nadie conoce ahora, y la tonada era extraña.

La niñera decía que su bisabuela había conocido, siendo todavía muy niña, a un hombre que se acordaba un poco de la canción; luego trató de contarme algo de ella, y la tonada era tan rara que me quedé completamente helada y se me puso la carne de gallina, como si hubiese tocado algo muerto. Unas veces era un hombre quien la cantaba, y otras una mujer; y, de vez en cuando, el que la cantaba lo hacía tan bien que dos o tres personas allí presentes caían al suelo gritando y mesándose los cabellos con las manos. El cántico proseguía y la gente del corro seguía balanceándose de un lado para otro durante un buen rato, y, por fin, la luna se elevaba por encima de un lugar que llamaban Tole Deol, ascendía y los iluminaba dando vueltas y balanceándose de un lado a otro, rodeados de un espeso humo dulzón procedente de los carbones encendidos, que flotaba en círculos alrededor de ellos.

Entonces cenaban. Un chico y una chica les servían la cena; el chico portaba una gran copa de vino, y la chica una barra de pan, e iban pasándose de uno a otro el pan y el vino, que sabían muy distintos del pan y el vino corrientes y transformaban a cuantos los probaban. Luego se levantaban todos y bailaban, y sacaban objetos secretos de sus escondites, y jugaban a juegos extraordinarios, y bailaban en círculo a la luz de la luna, y, a veces, había gente que desaparecía de repente y nunca más se tenían noticias de ellos ni nadie sabía lo que les había sucedido. Y bebían más de aquel curioso vino, y fabricaban imágenes y las adoraban; y un día que salimos a pasear, al pasar por un lugar donde había un montón de arcilla húmeda, me enseñó cómo se fabricaban estas imágenes.

De modo que me preguntó si me gustaría saber qué eran aquellas cosas que hacían en la colina, y le dije que sí. Entonces me pidió que le prometiera no decir ni una sola palabra a ningún ser viviente, pues si lo hacía sería arrojada al pozo negro con los muertos. Le contesté que no se lo contaría a nadie, pero ella siguió diciéndome lo mismo una y otra vez, hasta que se lo prometí. Así es que cogió mi pala de madera, extrajo una buena pella de arcilla, la puso en mi cubo de hojalata, y me advirtió que, si nos encontrábamos con alguien, dijera que pensaba hacer pasteles al regresar a casa. Luego proseguimos el camino hasta llegar a un matorral que crecía junto a la carretera. La niñera se detuvo, miró la carretera de arriba a abajo, atisbó luego, a través del soto, el campo que se extendía al lado opuesto, y exclamó: «¡rápido!» entonces corrimos hacia el matorral, nos arrastramos a su interior, y salimos igualmente a rastras entre unos

arbustos, hasta distanciarnos un buen trecho de la carretera.

Después nos sentamos bajo un arbusto; ardía en deseos de saber lo que la niñera iba a hacer con la arcilla, pero, antes de empezar, me hizo prometer otra vez que no diría ni una palabra, y volvió a atisbar entre los arbustos, aunque el camino era tan estrecho y profundo que difícilmente podría haber llegado alguien hasta allí.

De modo que nos sentamos y la niñera sacó la arcilla del cubo y comenzó a amasarla con las manos y a hacer cosas raras con ella, y a darle vueltas. Luego la ocultó un momento bajo una hoja de romaza, a continuación la volvió a sacar, y después se levantó, se sentó, dio vueltas en torno de una manera especial, y todo el tiempo estuvo cantando en voz baja una especie de rima, mientras su rostro enrojecía considerablemente. Luego se sentó de nuevo, tomó la arcilla en sus manos y comenzó a darle la forma de un muñeco, pero no como los que tengo en casa; así que hizo con la arcilla húmeda el muñeco más raro que he visto en mi vida, y lo escondió debajo de un arbusto para que se secara y endureciese, y mientras estuvo haciendo esto no dejaba de cantar para sus adentros aquellas rimas, y su rostro enrojecía cada vez más. De modo que dejamos allí el muñeco, oculto entre los arbustos, donde nadie lo pudiera encontrar.

Unos días después volvimos al mismo lugar y, al llegar a esa parte angosta y oscura de la senda donde la maleza descendía hasta la loma, la niñera me hizo prometer todo de nuevo, miró en torno como hizo la otra vez, y nos arrastramos por entre los arbustos hasta llegar al matorral donde estaba escondido el hombrecillo de arcilla.

Lo recuerdo todo muy bien, aunque no tenía más de ocho años, y desde hace otros ocho estoy poniéndolo todo por escrito; el cielo era de color azul violáceo oscuro, y, en medio del matorral en donde estábamos sentadas, había un enorme y viejo árbol cubierto de flores, y, al otro lado, un macizo de ulmarias; cuando pienso en aquel día, el perfume de las ulmarias y de las flores del árbol parece llenar mi habitación, y si cierro los ojos puedo ver el resplandeciente cielo surcado de nubecitas muy blancas, y a la niñera, que hace mucho tiempo se marchó de casa, sentada frente a mí, con su gran parecido a la hermosa dama blanca del bosque.

De modo que nos sentamos, y la niñera sacó el muñeco de arcilla del lugar secreto donde lo había escondido, y dijo que teníamos que « presentarle nuestros respetos» y que ella me mostraría lo que tenía que hacer, para lo cual debía observarla constantemente. Así que hizo toda clase de cosas raras con el hombrecillo de arcilla, y advertí que estaba bañada en sudor pese a haber caminado muy despacio; entonces me dijo que « presentase mis respetos» , y yo hice todo lo que le vi hacer a ella, porque la quería y se trataba de un juego poco corriente. Me dijo que si alguien amaba bastante, el hombre de arcilla servía de

mucho, con tal de hacer ciertas cosas con él; y si alguien odiaba mucho, aquél era igualmente útil, sólo que había que hacer cosas distintas. Jugamos con él mucho rato e imaginamos toda suerte de cosas.

La niñera me dijo que su bisabuela le había contado todo lo referente a esas figuras, y que no existía mal alguno en lo que habíamos hecho, solamente era un juego. Sin embargo, me contó una historia acerca de estas figuras, que me asustó mucho, la cual recordé aquella noche en que estuve tumbada despierta en mi dormitorio, en medio de la oscuridad, pensando en lo que había visto en el bosque secreto.

Según la niñera, hubo una vez una joven dama de elevada alcurnia que vivía en un gran castillo. Era tan bella que todos los caballeros querían casarse con ella, ya que se trataba de la más adorable criatura jamás vista, y era muy amable con todo el mundo, por lo que todos pensaban que era muy buena. Pero, aunque fue muy cortés con los caballeros que deseaban casarse con ella, los rechazó a todos y dijo que no podía decidirse, y que ni siquiera estaba segura de querer casarse.

Su padre, que era un importante lord, se enfadó, a pesar de estar tan encariñado con ella, y le preguntó por qué no elegía a alguno de los guapos solteros jóvenes que frecuentaban el castillo. Pero ella únicamente respondió que no amaba a ninguno de ellos y que debía esperar; y añadió que si insistían se iría y se metería monja en algún convento. De modo que todos los caballeros dijeron que se marcharían y esperarían un año y un día, y pasado este tiempo regresarían de nuevo y le preguntarían con cual de ellos se casaría. Así que se fijó la fecha de partida y todos los caballeros se fueron, luego que la dama les prometiera que, al cabo de un año y un día, celebraría sus bodas con uno de ellos.

Pero la verdad es que ella era la reina del pueblo que bailaba en la colina las noches de verano y, en las noches apropiadas, cerraba la puerta de su habitación, salía furtivamente del castillo en compañía de su doncella por un pasadizo secreto que sólo ellas conocían, y se iban a la colina de la región salvaje. Sabía más de estas cosas secretas que cualquiera, y más de lo que nadie ha sabido antes o después, ya que no contó a nadie sus más reservados secretos. Sabía hacer las cosas más atroces: destrozar a los jóvenes, maldecir a la gente, y otras cosas que nunca pude entender.

Su verdadero nombre era lady Avelin, pero la gente danzarina la llamaba Cassap, que en la antigua lengua significa alguien muy sabio. Era más blanca que cualquiera de ellos, y más alta, y sus ojos brillaban en la oscuridad cual ardientes rubíes; sabía cantar canciones que el resto desconocía, y cuando lo hacía, caían todos de bruces y la adoraban. También sabía hacer lo que ellos llamaban *shib-show*, que era un hechizo estupendo.

Le decía a su padre, el gran señor, que quería ir a los bosques a coger flores, él la dejaba ir, y se iba con su doncella a los bosques donde nadie acudía, y la

doncella se quedaba a vigilar. Entonces, la dama se tumbaba bajo los árboles, empezaba a cantar una determinada canción, extendía los brazos, y, de todas partes del bosque, llegaban enormes serpientes, silbando y deslizándose por entre los árboles, y sacando sus lenguas bífidas mientras reptaban en dirección a la dama.

Llegaban hasta ella y se enroscaban alrededor de su cuerpo, de sus brazos y de su cuello, hasta cubrirla de serpientes enroscadas de manera que sólo se le viera la cabeza. Ella les susurraba y les cantaba, y las serpientes se enroscaban a su alrededor cada vez más deprisa, hasta que les decía que se fueran. Inmediatamente se iban todas de vuelta a sus agujeros, y sobre el pecho de la dama quedaba una piedra de lo más curioso y bello, en forma de huevo, de color azul oscuro y amarillo, rojo y verde, con marcas como escamas de serpiente.

Se la consideraba una piedra mágica, y con ella podía hacerse toda clase de prodigios; la niñera decía que su bisabuela había visto con sus propios ojos una piedra mágica y, en efecto, era brillante y escamosa como una serpiente. La dama sabía hacer también otras muchas cosas, pero estaba firmemente determinada a no casarse.

Había varios caballeros que querían casarse con ella, pero, sobre todo, cinco cuyos nombres eran sir Simon, sir John, sir Oliver, sir Richard y sir Rowland. Los demás creían que la dama decía la verdad y que elegiría a uno de ellos por marido al cabo de un año y un día; solamente sir Simon, que era muy astuto, pensaba que les estaba engañando y juró estar alerta y tratar de descubrir algo.

Pese a ser muy sensato, era todavía muy joven y tenía un rostro lampiño y suave como una chica; fingió, como los demás, que no volvería al castillo en un año y un día, y anunció que se marchaba a países extranjeros allende los mares. Pero, en realidad, sólo se alejó un poco y regresó disfrazado de criada, consiguiendo un empleo en el castillo como fregaplatos. Esperó, observó, escuchó y calló; se ocultaba en lugares oscuros, y por la noche se mantenía en vela y espiaba, y oyó y vio cosas que le parecieron muy extrañas.

Era tan astuto que le contó a la chica que servía a la dama que, en realidad, era un hombre y que se había vestido de mujer porque la amaba tanto que quería estar en la misma casa que ella; la chica se alegró tanto que le contó muchas cosas, y cada vez estaba más seguro de que lady Avelin les estaba engañando a él y a los demás.

Y era tan listo, y contó tantas mentiras a la criada, que una noche se las arregló para esconderse en la habitación de lady Avelin, detrás de las cortinas. Permaneció completamente callado e inmóvil, y, finalmente, llegó la dama. Se inclinó bajo la cama y levantó una piedra; debajo había un hoyo, del que sacó una figura de cera igual a la de arcilla que la niñera y yo habíamos hecho en la maleza. Sus ojos ardieron todo el tiempo como rubíes. Cogió en brazos al muñeco de cera y lo oprimió contra su pecho, y le murmuró y le susurró cosas, y lo

levantó y lo puso de nuevo en el suelo, y lo sostuvo en alto y lo bajó, y lo puso otra vez en el suelo. Y dijo: « bienaventurado sea el que engendró al obispo, que ordenó al clérigo, que casó al hombre, que poseyó a la mujer, que moldeó la colmena, que albergó a la abeja, que recogió la cera de la que está hecho mi único amor verdadero» . Luego sacó un gran cuenco dorado de una alacena, y una gran jarra de vino de un armario, y vertió un poco de vino en el cuenco; después metió poco a poco el maniquí en el vino y lo lavó todo él. Luego se dirigió a un aparador, cogió un pequeño pastel redondo, se lo puso en la boca a la figura, y después cargó con ella suavemente y la tapó.

Sir Simon, que había estado espiando todo el tiempo, pese a hallarse terriblemente asustado, vio inclinarse a la dama y extender los brazos, susurrar y cantar; entonces, el caballero descubrió junto a ella a un apuesto joven que la besaba en los labios. Y juntos bebieron vino del cuenco dorado, y juntos se comieron el pastel.

Pero cuando salió el sol, únicamente quedaba el diminuto muñeco de cera, que la dama escondió otra vez en el hueco de debajo de la cama.

De modo que sir Simon se enteró perfectamente de quién era la dama, y esperó y vigiló hasta que el plazo que ella fijó casi hubiera finalizado, y sólo faltara una semana para cumplirse el año y un día.

Una noche que estaba espiando, oculto tras las cortinas de la habitación de la dama, la vio haciendo más muñecos de cera. Hizo cinco y los escondió. La noche siguiente cogió uno, lo levantó, llenó de agua el cuenco dorado, tomó al muñeco por el cuello, y lo metió bajo el agua. Entonces dijo:

Sir Dickon, Sir Dickon, tu día ha llegado,
en oscuras aguas morirás ahogado.

Al día siguiente llegaron noticias al castillo de que Sir Richard se había ahogado en un vado. Y esa noche la dama cogió otro muñeco, le ató un cordón violeta alrededor del cuello, y lo colgó de un clavo. Entonces dijo:

Sir Rowland, de tu vida el plazo ha terminado,
de lo alto de un árbol te veo colgado.

Y al día siguiente llegaron noticias al castillo de que a Sir Rowland le habían ahorcado en el bosque unos salteadores. Y esa noche la dama cogió otro muñeco y le clavó un alfiler en el corazón. Entonces dijo:

Sir Noll, Sir Noll, cesa así tu vida,
traspasado el corazón por honda herida.

Y al día siguiente llegaron noticias al castillo de que Sir Oliver se había peleado en una taberna y un desconocido le había apuñalado en el corazón. Y esa noche la dama cogió otro muñeco y lo puso al fuego de carbón hasta que se derritió. Entonces dijo:

Sir John, al polvo regresarás,
en febril fuego te consumirás.

Y al día siguiente llegaron noticias al castillo de que Sir John había muerto abrasado por la fiebre. Entonces Sir Simon abandonó el castillo, montó en su caballo, se fue a ver al obispo, y le contó todo. El obispo envió a sus hombres, los cuales prendieron a lady Avelin, descubriendo todo cuanto había hecho.

De modo que un día después de cumplirse el año y un día, fecha en que debía casarse, la llevaron por toda la ciudad en su bata, la ataron a una gran estaca en la plaza del mercado, y la quemaron viva delante del obispo, con la figura de cera colgándole del cuello. La gente dijo que el hombrecillo de cera chilló al ser consumido por las llamas.

Una y otra vez pensé en esta historia mientras yacía despierta en la cama, y me pareció estar viendo a lady Avelin en la plaza del mercado, su hermoso cuerpo blanco devorado por las amarillentas llamas. Y tantas vueltas le di que me pareció estar metida yo misma en la historia, y me imaginé ser la dama, y que vendrían a prenderme para ser quemada en la hoguera a la vista de toda la ciudad. Y me pregunté si a ella le hubiera preocupado eso, después de tantas cosas extrañas como había hecho, o si le habría dolido mucho que la quemaran en la hoguera.

Una y otra vez intenté olvidar las historias de la niñera, y recordar el secreto que presencié aquella tarde, y lo que había en el bosque secreto; pero no lograba ver más que la oscuridad y un breve destello, que pronto desaparecía, y a continuación únicamente me veía a mí misma corriendo, hasta que una luna muy blanca surgía por encima de la sombría colina.

Entonces de nuevo me volvieron a la memoria los viejos cuentos y las extrañas rimas que la niñera solía cantarme. Había una que empezaba « Hasly es torpe, Helen anticuada» , que ella solía cantarme dulcemente cuando quería que me durmiese. Y me puse a cantarla para mis adentros hasta quedarme dormida.

A la mañana siguiente estaba muy cansada y somnolienta, apenas pude estudiar mis lecciones, y me alegré mucho cuando terminé y me puse a almorzar, pues quería salir y estar sola. Era un día caluroso y fui a una linda colina cubierta de césped, junto al río, y me senté encima del viejo chal de mi madre, que me había llevado a propósito. El cielo estaba gris, como el día anterior, pero había una especie de resplandor blanco, y desde donde yo estaba sentada, podía contemplar allá abajo todo el pueblo, tan inmóvil, silencioso y

blanco como un cuadro.

Recordé que fue en esa colina donde la niñera me enseñó a jugar un antiguo juego llamado « ciudad de Troya» , en el que una tenía que bailar, enroscarse y retorcerse sobre un dibujo trazado en la hierba, y luego, cuando ya había bailado y dado suficientes vueltas, la otra persona te hacía preguntas que no podías evitar el contestar, quisieras o no, y tenías la impresión de que debías hacer cualquier cosa que ella te ordenara.

La niñera decía que solía haber muchos juegos como ése, y que algunas personas los conocían. Había uno mediante el cual podías convertir a la gente en lo que quisieras, y un anciano que su bisabuela había conocido sabía de una chica que se había convertido en una voluminosa serpiente.

Existía otro juego muy antiguo consistente en bailar, retorcerse y dar vueltas, mediante el cual podías sacar a una persona de su propio ser y retenerla en tu poder todo el tiempo que quisieras, mientras su cuerpo seguía paseándose completamente vacío y sin sentido alguno.

Pero yo fui a aquella colina porque quería meditar sobre lo que había ocurrido el día anterior y sobre el secreto del bosque. Desde el lugar donde estaba sentada podía ver, al otro lado del pueblo, el claro que encontré, por donde un pequeño arroyo me condujo hasta un país desconocido. Imaginé que, de nuevo, seguía el curso del arroyo, y repasé todo el camino mentalmente; por último llegué al bosque, me arrastré entre los arbustos, y entonces vi algo en la oscuridad que me hizo sentirme como si estuviera llena de fuego, como si deseara bailar, cantar y volar, pues me notaba cambiada y estupenda. Pero lo que vi no había cambiado nada, ni había envejecido, y me pregunté una y otra vez cómo podían suceder semejantes cosas, y si serían realmente ciertas las historias de la niñera, porque a la luz del día y al aire libre todo parecía completamente diferente que por la noche, cuando me asusté y creí que iban a quemarme viva.

Una vez le conté a mi padre uno de esos cuentos, que trataba de un fantasma, y le pregunté si era cierto; él lo negó rotundamente diciendo que solamente la gente vulgar e ignorante creía en semejantes disparates. Se enfadó mucho con la niñera por haberme contado el cuento, y la regañó; después de eso, ella me hizo prometer que nunca más susurraría ni una sola palabra de lo que me contara, pues si lo hacía sería mordida por la gran serpiente negra que vivía en la charca del bosque.

Completamente a solas en la colina, me pregunté qué habría de verdad en todo aquello. Había visto algo muy asombroso y muy hermoso, sabía un cuento, y si realmente había visto eso y no lo había inventado a partir de las tinieblas, las ramas negras y el brillante resplandor que iba subiendo hasta el cielo por detrás de la gran colina redonda, si de verdad lo había visto, entonces había todo tipo de cosas maravillosas, encantadoras y terribles en que pensar, de modo que suspiré

y temblé, y ardía pese a estar helada. Bajé la mirada hacia el pueblo, tan inmóvil y silencioso como un inofensivo cuadro, y pensé una y otra vez si no sería todo cierto.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera decidir algo; el corazón me palpitaba de una forma tan extraña que parecía susurrarme todo el tiempo que todavía no me había sacado aquello de la cabeza; y, no obstante, parecía completamente imposible, y sabía que mi padre y todos los demás dirían que era un terrible disparate. Jamás pensé decirle a él o a cualquier otro ni una palabra del asunto, porque sabía que de nada serviría y únicamente me acarrearía burlas y reprimendas; así que durante un tiempo fui muy discreta, sin dejar por ello de pensar y de maravillarme; y de noche solía soñar cosas asombrosas, y a veces me despertaba de madrugada gritando con los brazos extendidos. También me asustaba porque, de ser cierta la historia, existían evidentes peligros, y podía sucederme algo espantoso, a menos que tuviera mucho cuidado.

Aquellos viejos cuentos no se me iban de la cabeza ni de noche ni de día, constantemente volvía sobre ellos y me los contaba a mí misma una y otra vez, mientras paseaba por los mismos lugares en donde la niñera me los había contado; y cuando me sentaba en la habitación de los niños junto al fuego, solía imaginarme que la niñera estaba sentada en la otra silla, contándome en voz baja alguna maravillosa historia por miedo a que alguien la oyera. Pero ella prefería contarme esas cosas cuando estábamos en el campo, lejos de casa, porque, según ella, eran grandes secretos y las paredes oyen.

Y si se trataba de algo mucho más secreto, teníamos que ocultarnos en matorrales o bosques; solía pensar que era muy divertido arrastrarse a lo largo de un seto en silencio, y, de pronto, meterse entre los arbustos o correr hacia el bosque, estando seguras de que nadie nos veía. De modo que sabíamos que nuestros secretos eran solamente nuestros, y que nadie más sabía nada de ellos.

De vez en cuando, después de habernos escondido según acabo de describir, acostumbraba a enseñarme toda clase de cosas raras.

Un día, recuerdo que estábamos escondidas en un matorral de avellano que domina el arroyo, y hacía tanto calor como si fuese abril; el sol abrasaba y las hojas empezaban a brotar. La niñera dijo que me enseñaría algo divertido que me haría reír, y entonces me mostró —ésas fueron sus palabras— cómo poner patas arriba toda una casa sin que nadie se dé cuenta, haciendo saltar ollas y cacerolas, rompiendo la porcelana, y provocando que las sillas caigan unas encima de las otras.

Lo intenté un día en la cocina, y comprobé que podía hacerlo bastante bien: una fila entera de platos cayó del aparador, y la pequeña mesa auxiliar de la cocinera se volvió «delante de sus ojos», según dijo, asustándose tanto y poniéndose tan blanca que no lo volví a hacer, pues la estimaba.

Más tarde, en el bosquecillo de avellanos, donde me había enseñado a hacer

que las cosas se caigan, me explicó la manera de provocar ruido como de golpes, y aprendí también a hacerlo. Después me enseñó rimas que recitar en determinadas ocasiones, extraños signos para ejecutar en otras circunstancias, y otras cosas que su bisabuela le había enseñado a ella cuando era todavía una niña.

Y ésas fueron las cosas en las que pensé aquellos días, después del extraño paseo en el que creí descubrir un gran secreto, y deseé que la niñera estuviera aquí para preguntarle al respecto, pero se había marchado hacía más de dos años y nadie parecía saber qué había sido de ella, o adónde se había ido.

Pero siempre recordaré aquellos días aunque viva muchos años más, pues constantemente me sentía muy extraña, perpleja e incrédula, y unas veces me notaba completamente segura y decidida, y otras estaba convencida de que tales cosas realmente no podían suceder, y vuelta a empezar. Pero tuve mucho cuidado de no hacer ciertas cosas que pudieran ser peligrosas. Así que esperé y medité durante mucho tiempo, y aunque no estaba completamente segura de nada, nunca me atreví a indagar más.

Un día tuve la certeza de que todo lo que dijo la niñera era verdad, y me encontré muy sola al descubrirlo. Temblé de pies a cabeza, de alegría y espanto al mismo tiempo, y corrí tan rápida como pude hacia uno de aquellos matorrales que solíamos frecuentar —el único que hay junto al sendero, donde la niñera hizo el muñequito de cera—, y me deslicé en su interior, y cuando llegué al más antiguo de todos ellos me tapé la cara con las manos y me tumbé boca abajo sobre la hierba, y permanecí inmóvil durante un par de horas, susurrándome a mí misma deliciosas y terribles cosas, y repitiendo una y otra vez ciertas palabras.

Todo era cierto, maravilloso y espléndido, cuando recordaba la historia que conocía, y pensaba en lo que realmente había visto, me daban escalofríos y el aire parecía llenarse de perfumes y flores y canciones.

Primero de todo quise moldear un hombrecillo de arcilla, como el que había hecho la niñera hacía tanto tiempo, y tuve que inventarme varios planes y estrategias, y vigilar, y pensar las cosas de antemano, a fin de que nadie pudiera imaginarse lo que estaba haciendo o iba a hacer, pues era demasiado mayor para llevar arcilla en un cubo de hojalata. Al fin ideé un plan, llevé la arcilla húmeda al susodicho matorral e hice lo mismo que había hecho la niñera, sólo que la figura que yo hice era mucho más perfecta que la de ella; y cuando la terminé, hice cuanto pude imaginar y mucho más de lo que ella hizo, por lo que su aspecto era mucho mejor.

Pocos días después, habiendo terminado de estudiar más temprano que de costumbre, recorrí por segunda vez el camino del arroyo que me había conducido a un país extraño. Lo seguí, pasé por entre los arbustos y bajo las ramas de los árboles, y atravesé los matorrales espinosos de la colina y los sombríos bosques cubiertos de plantas trepadoras. Luego me arrastré por el

oscuro túnel por donde pasaba antes el arroyo, cuyo suelo era pedregoso, hasta que finalmente llegué al matorral que trepaba por la colina, y, aunque las hojas estaban brotando de los árboles, todo estaba tan tenebroso como la primera vez que fui allá. El matorral era el mismo, y lo atravesé despacio hasta salir a la gran colina pelada, donde empecé a caminar entre maravillosas rocas. Vi que el terrible voor lo envolvía todo de nuevo, pues, aunque el cielo estaba más claro, el anillo que formaban las yermas colinas circundantes estaba todavía en sombras, los bosques que las cubrían parecían sombríos y espantosos, y las extrañas rocas eran tan grises como de costumbre.

Cuando las recorrí con la mirada desde lo alto del gran montículo, sentada encima de la piedra, pude contemplar sus asombrosos círculos y cercos, unos dentro de otros, y tuve que permanecer completamente inmóvil, sin perderlos de vista, cuando empezaron a volverse hacia mí; cada piedra bailaba en su sitio, y todas parecían girar en un gran torbellino, como si estuviesen en medio de las estrellas y las oyeran precipitarse a través de la atmósfera.

De modo que bajé entre las rocas para bailar con ellas y cantar extraordinarias canciones, y atravesé el otro matorral, y bebí del claro riachuelo del poco accesible y secreto valle, posando los labios en la burbujeante agua; luego proseguí hasta llegar al hondo y rebosante pozo, rodeado de reluciente musgo, y me senté al lado.

Miré al frente hacia la oscuridad secreta del valle; detrás de mí se alzaba el elevado muro de hierba, y a mi alrededor los espesos bosques que hacían del valle un lugar secreto. Sabía que no había ninguna otra persona aparte de mí, y que nadie podía verme. Así que me quité las botas y los calcetines y metí los pies en el agua, pronunciando las palabras que sabía.

El agua no estaba tan fría como yo pensaba, sino que era cálida y muy agradable, y cuando mis pies se introdujeron en ella, tuve la impresión de que eran de seda o que la ninfa me los besaba. Hecho esto, pronuncié las restantes palabras e hice las señales convenidas; luego, me sequé los pies con una toalla que me había llevado a propósito, y me puse los calcetines y las botas.

Después trepé por la empinada pared y llegué al lugar donde estaban las hoyas, y los dos bellos montículos, y las redondas lomas de tierra, y las figuras extrañas.

Esta vez no bajé a la hoya, sino que, al final, retrocedí y vislumbré las figuras con bastante claridad, pues había más luz, y recordé una historia que había olvidado completamente; en esa historia las dos figuras se llamaban Adán y Eva, y sólo los que conocen la historia comprenden lo que esto quiere decir.

Luego proseguí mi camino hasta llegar al bosque secreto que no debe ser descrito, y me arrastré en su interior por el pasadizo que había descubierto. Y cuando había cubierto aproximadamente la mitad del recorrido me detuve, me volví, me preparé, me tapé los ojos con un pañuelo y me aseguré de que no

podía ver nada en absoluto, ni una ramita, ni la punta de una hoja, ni la luz del cielo, pues era un viejo pañuelo de seda roja con grandes lunares amarillos, que me daba dos vueltas a la cabeza y cubría mis ojos de forma que no pudiera ver nada.

Entonces comencé a andar, paso a paso, muy despacio. Mi corazón latía cada vez más deprisa, y algo me subía por la garganta que me ahogaba y me provocaba ganas de gritar, pero no despegué los labios y continué andando. Las ramas se prendían en mis cabellos al andar, y los gigantescos espinos me desgarraban la carne; no obstante, seguí adelante hasta el final del sendero. Entonces me detuve, extendí los brazos y me incliné, y al principio di un rodeo, tanteando con las manos, y no encontré nada.

La segunda vez di otro rodeo, tanteando con las manos, y tampoco hallé nada. Entonces lo intenté por tercera vez, tanteando con las manos, y la historia resultó ser cierta, y deseé que hubieran pasado los años para no tener que esperar tanto tiempo a ser feliz para siempre.

La niñera debió de haber sido uno de esos profetas que menciona la biblia. Todo lo que dijo empezó a cumplirse, y desde entonces han ocurrido otras cosas que ella me contó.

Así fue como llegué a saber que sus historias eran verídicas y que yo no me había inventado nada.

Pero aquel día sucedió también otra cosa. Acudí por segunda vez al lugar secreto en el hondo y rebosante pozo; mientras permanecía de pie sobre el musgo, me incliné y miré al pozo, y entonces supe quién era la dama blanca que había visto salir del agua en aquel bosque hace mucho tiempo, siendo muy pequeña. Me estremecí toda, pues esto me reveló otras cosas.

Entonces recordé que poco después de haber visto a la gente blanca en el bosque, la niñera me preguntó más cosas acerca de ellos; se lo volví a contar todo otra vez, lo escuchó sin pronunciar palabra durante mucho tiempo, y por fin dijo: « la verás de nuevo» .

Así comprendí lo que había pasado y lo que iba a pasar. Y entendí todo lo referente a las ninfas: cómo encontrarlas en cualquier lugar; que ellas me ayudarían siempre; y que debía buscarlas siempre bajo todo tipo de apariencias y formas extrañas.

Sin las ninfas nunca hubiera podido descubrir el secreto; sin ellas, ninguna de las demás cosas podrían haber sucedido.

La niñera me había contado todo lo relacionado con ellas hacía mucho tiempo, pero las llamaba por otro nombre, y no supe lo que quería decir, ni qué significaban sus cuentos, solamente que eran muy raros.

Había dos clases de ninfas, las claras y las oscuras, y ambas eran encantadoras y maravillosas; algunos únicamente veían a las de una clase; otros solamente a las de la otra; pero había quien veía a las de ambas. Normalmente

aparecían primero las oscuras, y luego llegaban las claras, y acerca de ambas se contaban extraordinarios cuentos.

Un día o dos después de haber regresado a casa procedente del lugar secreto, fue cuando conocí realmente a las ninfas por vez primera. La niñera me había enseñado a llamarlas y yo había intentado hacerlo; pero no entendí lo que ella quiso decirme, de modo que pensé que eran tonterías. Pero me decidí a intentarlo otra vez; me dirigí al bosque en donde estaba la charca en la que había visto a la gente blanca y lo intenté de nuevo. Vino Alanna, la ninfa oscura, y convirtió la charca de agua en charca de fuego…

EPÍLOGO

—¡Qué historia más extraña! —dijo Cotgrave, devolviendo el libro verde al solitario Ambrose—. En líneas generales la he entendido, pero hay muchas cosas que se me escapan. Por ejemplo, en la última página, ¿qué quiere decir eso de « ninfas» ?

—Bien, creo que en todo el manuscrito hay referencias a ciertos 'procesos' que se han trasmitido por tradición popular a través de los siglos. Recientemente, algunos de estos procesos están empezando a entrar dentro de la competencia de la ciencia, que ha llegado a ellos —o más bien, a los pasos que conducen a ellos — mediante procedimientos totalmente diferentes. Yo he interpretado la referencia a las « ninfas» como una referencia a uno de estos procesos.

—¿Cree usted que existen semejantes cosas?

—¡Oh!, sí que lo creo, sí; y me parece que puedo proporcionarle pruebas convincentes sobre ese punto. Me temo que no se haya preocupado usted del estudio de la alquimia. Es una pena, porque, en todo caso, su simbolismo es muy hermoso, y además, si estuviera usted al corriente de ciertos libros sobre el tema, podría recordarle frases susceptibles de explicar buena parte del manuscrito que acaba de leer.

—De acuerdo. Pero me gustaría saber si usted cree seriamente que existe algún fundamento real bajo esas fantasías. ¿No pertenecen todas ellas a la esfera de la poesía? ¿no son un curioso sueño que el hombre se ha consentido a sí mismo?

—Sólo puedo decirle que, sin duda, lo más conveniente para la gran masa de gente es rechazarlas como un sueño. Pero si me pregunta usted lo que de verdad creo, eso es harina de otro costal. No, no diría yo que creo, sino más bien que conozco. Le aseguro que he conocido casos de hombres que han tropezado de forma completamente accidental con algunos de esos 'procesos', y se han asombrado de sus consecuencias totalmente inesperadas. En los casos de que hablo no podía haber ninguna posibilidad de 'sugestión' o de acto subconsciente de

ningún tipo. Igual podría suponerse entonces que un estudiante se « sugestiona» con la existencia de Esquilo cuando empolla mecánicamente las declinaciones griegas.

» Pero ya se habrá usted dado cuenta de la oscuridad del relato —prosiguió Ambrose—. En este caso particular debe haber sido dictada por el instinto, ya que la escritora nunca pensó que su manuscrito caería en otras manos. Pero la experiencia ha sido general, por muchas y excelentes razones. Las medicinas realmente eficaces, que también son, forzosamente, virulentos venenos, se guardan en un armario cerrado; un niño puede encontrar la llave por casualidad y bebérselas hasta morir. Pero en la mayoría de los casos la búsqueda es intencionada, y los frascos contienen preciosos elixires para todo aquel que pacientemente se haya fabricado su propia llave.

—¿No le importaría entrar en detalles?

—No, francamente no. Prefiero que siga usted sin convencerse. Pero ya vio usted cómo ilustra el manuscrito la charla que sostuvimos la semana pasada.

—¿Vive todavía la chica?

—No. Yo fui uno de los que la encontraron. Conocí bien a su padre; era abogado y jamás se preocupó de ella. No pensaba más que en escrituras y arrendamientos, de manera que las noticias que le llegaron le causaron una espantosa sorpresa. Había desaparecido una mañana, supongo que alrededor de un año después de haber escrito lo que usted ha leído. Llamaron a las criadas, y éstas contaron algunas cosas y dieron la única explicación lógica, aunque completamente errónea.

» Descubrieron el libro verde en algún rincón de su cuarto, y yo la encontré a ella en el lugar que describió con tanto pavor, tumbada en el suelo frente a la imagen.

—¿Había una imagen?

—Sí; estaba oculta por los espinos y la espesa maleza que la rodeaban. Era una comarca salvaje y desierta; pero usted ya la conoce por la descripción de ella, aunque, por supuesto, debe comprender que han sido recargadas las tintas. La imaginación de un niño siempre ve más altas las cumbres y más profundos los abismos de lo que realmente son; y esta chica tenía, desgraciadamente para ella, algo más que imaginación. Podría decirse, tal vez, que su representación mental, que hasta cierto punto consiguió expresar en palabras, era la misma escena que habría podido interpretar un artista imaginativo. No obstante, en cualquier caso se trata de una tierra extraña y desolada.

—¿Estaba muerta la chica?

—Sí. se había envenenado… a tiempo. No; no se dijo ni una sola palabra en contra suya, como era habitual. ¿Recuerda usted la historia que le conté la otra noche acerca de una dama que vio cómo una ventana aplastaba los dedos de su hija?

—Y ¿qué era esa estatua?

—Bueno, era una escultura romana, de una clase de piedra que no se había ennegrecido con el paso del tiempo, sino que se había puesto blanca y luminosa. Los matorrales habían crecido a su alrededor, ocultándola, y en la edad media los partidarios de cierta tradición muy antigua supieron utilizarla en su propio beneficio. De hecho, fue incorporada a la monstruosa mitología del Sabbat. Habrá observado usted que a aquellos a quienes por casualidad les ha sido otorgada la visión de esa blancura resplandeciente, o, mejor dicho, por aparente azar, se les exige taparse los ojos la segunda vez que se aproximen a ella. Es muy significativo.

—¿Todavía esta allí?

—Mandé buscar herramientas y la redujimos a polvo y fragmentos.

» La persistencia de la tradición jamás me sorprende —continuó Ambrose tras una pausa—. Podría citar más de una parroquia inglesa donde todavía perviven, con vigor oculto, aunque constante, tradiciones como las que esta chica oyó en su infancia. No, para mí lo extraño y lo espantoso no son las « secuelas» sino la « historia» en sí misma, pues siempre he creído que los prodigios son privilegio del alma.

UN CHICO LISTO

I

Habiendo abandonado definitivamente la universidad de Oxford, el joven Joseph Last se preguntaba insistentemente por lo que haría próximamente y en los años venideros. Era huérfano desde su temprana infancia, pues sus padres habían muerto de fiebres tifoideas con muy pocos días de diferencia cuando Joseph tenía diez años, y recordaba muy poco de Dunham, donde su padre fue el último de un vasto linaje de procuradores que ejercieron en el lugar desde 1707. Hace tiempo los Last habían vivido con holgura. De cuando en cuando se habían casado con la alta burguesía de los alrededores y dirigieron la mayoría de los negocios del condado, desempeñando las funciones de mayordomo en varias casas solariegas, viviendo generalmente en un mundo de discreta pero confortable prosperidad y alcanzando sus cotas más altas, tal vez, durante las guerras napoleónicas y después. Luego empezaron a declinar, nada violentamente, sino muy despacio, de manera que pasaron muchos años antes de que se dieran cuenta del lento pero firme proceso en marcha. Los economistas entienden muy bien, sin duda, por qué el campo y sus poblaciones perdieron gradualmente importancia poco después de la batalla de Waterloo; y las causas de la decadencia y el cambio que, según él imaginaba, o creía imaginar, maltrataron tan lamentablemente a Cobbett, absorbiendo la vida y la resistencia de la tierra para nutrir la monstruosa excrescencia de Londres. De cualquier modo, incluso antes de la llegada del ferrocarril, las salas de reunión de las poblaciones rurales se volvieron polvorientas y desiertas, las familias del condado dejaron de ir a sus « casas de la ciudad» en la estación veraniega, los pequeños teatros, donde la señora Siddons y Grimaldi[1] habían actuado en sus diversos papeles, raramente abrían sus puertas, y los diestros artesanos, relojeros, ebanistas y otros por el estilo, empezaron a encaminarse a las grandes ciudades y a la capital. Eso ocurría en Dunham. Desde luego, las fortunas de los Last se hundieron a la par que las de la ciudad; hubo especulaciones que no salieron bien, y la gente habló de una gran pérdida en bonos extranjeros. Cuando murió el padre de Joseph, se comprobó que había suficiente para educar al chico y

suministrarle un bienestar estrictamente modesto, y poco más.

Se estableció con un tío suyo que vivía en Blackheath y, tras unos pocos años en la muy conocida escuela preparatoria del señor Jones, fue a Merchant Taylors y de allí a Oxford. Consiguió una decorosa licenciatura (segundo en *Mayores*[2]) y, comenzó entonces aquella perplejidad sobre qué haría consigo mismo. Su renta no le permitía más que chuletas y filetes, con algún ocasional asado de aves, y tres o cuatro semanas en el Continente una vez al año. De haberlo querido, podría haber hecho algo, pero la perspectiva la encontraba sosa y aburrida. Él era un humanista bastante aceptable, con algo más que el conocimiento puramente técnico del latín y el griego y el interés profesional por ambos, propio de un profesor de tipo medio; con todo, la enseñanza parecía ser su única opción de empleo evidente y obvia. Pero no parecía probable que pudiera obtener un puesto en ninguno de los grandes colegios privados. En primer lugar, había desperdiciado sus oportunidades en Oxford. Había ido a una de las facultades más desconocidas, una de esas que aparecen en memorias que tratan de los primeros años del siglo XIX como centro y origen de la vida intelectual, y que por alguna razón o sin razón habían caído en el olvido. Nada existe contra ellas; pero nadie habla ya más de ellas. En uno de estos lugares Joseph Last hizo amistad con excelentes compañeros, tranquilos y alegres como él; pero no fueron, en el estricto sentido del término, los buenos amigos que un joven prudente suele hacer en la universidad. Uno o dos tenían en mente la abogacía, y dos o tres la administración pública; pero la mayoría de ellos estaban vinculados a coadjutorías y otros cargos rurales. Generalmente, y por razones prácticas, no estaban en el ajo: no eran hombres cuyos cuchicheos en las altas esferas pudieran conducir a algo provechoso. Además, aun en aquellos días, los deportes adquirían otra vez importancia en los colegios mejor acreditados, y en eso el joven Last quedaba categóricamente excluido. Llevaba gafas con dos lentes partidas de un modo raro: su incapacidad atlética era terminante y total.

Después de mucho reflexionar, al principio pensó fundar una pequeña escuela preparatoria en uno de los suburbios prósperos de Londres; una escuela diurna donde los padres pudieran proporcionar a sus chicos una buena base desde el principio por unos honorarios comparativamente modestos, teniendo, no obstante, en sus propias manos su educación. A menudo le había parecido a Last que era cosa de bárbaros sacar a un muchacho de siete u ocho años de su confortable y afectuoso hogar para enviarle por las mañanas, con el estómago vacío, a un extraño lugar entre poco amistosos desconocidos, tableros desnudos, olor a tinta y gramática. Pero tras consultar con su antiguo compañero de facultad Jim Newman, este sabio le aconsejó renunciar a su proyecto y abandonarlo sobre la marcha. Newman señaló en primer lugar que la enseñanza no era rentable a menos que estuviese combinada con el alojamiento. Dijo que todo saldría bien, y más que bien; y supuso que mucha gente que corrientemente

regentaba hoteles con sumo gusto se dedicaría a practicar su misterioso arte bajo normas docentes.

—Sabes, no necesitas gastarte mucho en mobiliario. No hace falta que los chicos se hagan sibaritas. Además, no hay nada que un muchacho en su sano juicio odie más que la falta de ventilación: lo que quiere es aire puro, y en abundancia. Y como sabes, viejo amigo, el aire puro es bastante barato. Y en cuanto a la comida, en un hotel ordinario es conveniente preocuparse de si es comestible; pero en un hotel de los que estamos hablando, un pequeño accidente en el buey o el cordero proporciona una excelente oportunidad para ejercitar la virtud de la abnegación.

Last oyó todo esto con una mueca lúgubre.

—Pareces saberlo todo —dijo—. ¿Por qué no te dedicas a eso tú mismo?

—No pude evitar la ironía. Además, no creo que sea muy deportivo. Me voy a la India en otoño a la caza del jabalí con lanza y a caballo.

» Y hay otra cosa —continuó tras una pausa reflexiva—. Tu idea de un externado es pésima. Los padres no te agradecerían que les permitieras tener a sus chicos en casa mientras son pequeños. Algunos llegan a decir que el principal propósito de los colegios es permitir a los padres una buena excusa para deshacerse de sus hijos. No es ninguna tontería. La mayoría de los padres y madres quieren a sus hijos y les gusta tenerlos en casa: en todo caso cuando son jóvenes. Pero, de un modo u otro, se les ha metido en la cabeza que los profesores desconocidos saben más acerca de cómo educar a un muchacho que su propia gente; y así es. En suma, desecha esa idea tuya.

Last lo pensó con detenimiento y consideró los pormenores del ámbito docente, llegando a la conclusión de que Newman tenía razón. Por espacio de dos o tres años se encargó de recitales poéticos durante el verano. En el invierno encontró ocupación dando clases particulares a niños atrasados y preparando muchachos no tan atrasados para su examen de beca; y su pequeño manual, *Griego para principiantes*, se había revelado bastante útil en los primeros cursos. En general lo hizo bastante bien y, aunque el trabajo empezaba a aburrirle mortalmente, el dinero que ganaba, añadido a su renta, le permitía vivir como quería: bastante confortablemente. Ocupaba un par de habitaciones en una de las calles que bajaban del Strand al río, por las que pagaba una libra a la semana; almorzaba pan y queso y otras fruslerías, con cerveza de su propio barril, y cenaba sencilla y suficientemente ora en una, ora en otra de esas confortables tabernas que por entonces abundaban en el barrio. Y, de cuando en cuando, una vez al mes o algo así, en lugar de sus cenas en tabernas, iba tal vez al teatro, el Vaudeville o el Olympic, el Globe o el Strand, para terminar con algo caliente. La tarde podía depararle una pequeña reunión: entre las seis y las siete iban a visitarle a sus habitaciones antiguos amigos de Oxford; Zouch procedente de Temple y Medwin de la calle Buckingham; y Garraway posiblemente tomaría el

autobús Yellow Albion, descendería de su remota cuesta al norte de Londres, llamaría al número 14 de Mowbray Street, y exigiría fumar en pipa, cerveza negra y una buena función teatral. Y en raras ocasiones se presentaba Noel, otro miembro de nuestra pequeña asociación. Noel vivía en Turnham Green en una casa de ladrillo rojo que entonces era considerada simplemente anticuada, pero que ahora —pues fue derribada hace tiempo— sería célebre por haber sido objeto de la predilección de la reina Ana o de los primeros georgianos. Vivía allí con su padre, funcionario retirado del Museo Británico, y, a través de un hombre que había conocido en Oxford, se había abierto camino en el periodismo literario, colaborando normalmente en un importante semanario. De ahí la importancia de sus ocasionales descensos a Buckingham Street, Mowbray Street, y el Temple. Noel, como hombre de letras en cierta manera, o, al menos, periodista profesional, era miembro del Blacks. Club, que en aquellos días tenía exiguos locales en Maiden Lañe. Noel solía visitar las guaridas de sus amigos y tomaba con ellos cerveza de malta y ostras, y los arrastraba al patio de butacas de cualquier teatro del vecindario, donde contemplaban una excelente interpretación y una animada y disparatada función, disfrutaban de ambas, y luego cenaban en el Tavistock. Después de esto, Noel les llevaba al Blacks', donde, muy probablemente, verían a alguno de los actores que les habían divertido por la tarde, y a sus amigos los periodistas y hombres de letras, así como algún ocasional pintor o fotógrafo. Last disfrutaba mucho en este lugar, especialmente entre los actores, que le parecían más geniales que los literatos. Sobre todo se hizo amigo de uno de los actores, el viejo Meredith Mandeville, que había conocido al anciano Kean, era un fiable intérprete de los más modestos personajes de Shakespeare, y se empeñaba en contar chismes acerca de los primeros tiempos del condado.

—Para empezar disponías de nueve chelines a la semana. Cuando llegabas a quince chelines le dabas a tu casera ocho o nueve y el resto lo tenías para gastar. Te sentías como un príncipe. Y las familias del condado solían venir a vernos a menudo a la Habitación Verde: de lo más agradable.

A Last le encantaba conversar con este amable y anciano caballero, cuya plácida y cordial serenidad no se había echado del todo a perder a causa de las incalculables cantidades de ginebra que ingería, vislumbrando una vida extrañamente alejada de la suya propia: vagabundeo, inseguridad, malas rachas, y jolgorio; y, como fondo de todo, el encendido murmullo del escenario, voces profiriendo cosas tremendas, y la sensación de moverse en dos mundos. El anciano, por su parte, no había sido especialmente próspero o afortunado, y, no obstante, había disfrutado de su vida, se burlaba de sus inconvenientes, y hacía de los malos tiempos una aventura. Last solía expresar su envidia por la carrera del actor, haciendo hincapié en la insignificancia de su propio trabajo, el cual, decía él, consistía en manipular los cerebros de los pequeños, enseñar a los mayores los

trucos de los exámenes, y, en general, hacer cosas sin importancia.

—Tiene tanto que ver con la educación como la albañilería con la arquitectura —dijo él una noche—. Y no es nada divertido.

El viejo Mandeville, por su parte, escuchaba con interés estas revelaciones acerca de un mundo tan extraño y desconocido para él como el de las candilejas lo era para el preceptor. Hablando en términos generales, nada sabía de libros a excepción de los textos teatrales. Había oído hablar, sin duda, de cosas llamadas exámenes, como la mayoría de la gente ha oído hablar de los ritos de iniciación de los pieles rojas, pero era tan ajeno a unos como a los otros. Encontraba interesante y extraño estar sentado en Blacks', hablando en realidad con un buen compañero que estaba dedicado seriamente a esta curiosa profesión. Y existían cuestiones —advirtió Last con asombro— en las que los dos círculos coincidían, o así lo parecía. El preceptor, deseando mostrarse agradable, empezó una noche a hablar acerca de los orígenes del *Rey Lear*. El actor se sorprendió escuchando leyendas celtas que le sonaban a incomprensible disparate. Y cuando llegaron al episodio del Caballero que lucha con el rey del País de las Hadas por la mano de Cordelia, hasta el día deljuicio Final, estalló:

—Lear es una bicoca; de eso no hay duda. Eres demasiado joven para haber visto el Lear de Barry O'Brien: magnífico. Desde entonces se ha ensayado mucho el papel. Pero nunca ha sido representado. Yo mismo he interpretado al Loco, y debo decirlo, no sin alguna recompensa aprobatoria. Recuerdo una vez en Stafford…

Y a Last le alegró dejarle contar su historia, que acababa, bastante extrañamente, con un corazón de buey para cenar.

Pero una noche, cuando Last se quejaba, como solía hacer frecuentemente, de la fragmentaria, inconexa y nada satisfactoria índole de su ocupación, el anciano le interrumpió de una forma completamente inesperada.

—Es posible —empezó—, es posible, fíjese, que yo disponga de medios para aliviar el tedio de su destino. Hace unos días hablaba con una prima mía, la señorita Lucy Pilliner, una mujer muy agradable. Ella conoce el mundo a fondo, y en el curso de nuestra conversación le mencioné, espero que me permita la libertad, que últimamente había conocido a un joven caballero de considerable eminencia docente, que estaba algo molesto con las demasiado bruscas y frecuentes admisiones y despidos en su actual empleo de preceptor. Me sorprendió que mi prima recibiera estas observaciones con cierto interés, pero no contaba con recibir esta carta.

Mandeville entregó la carta a Last. Ésta comenzaba así: Mi querido Ezequiel, y Last advirtió de reojo una mirada del actor que abogaba por el silencio y la discreción en esta cuestión. La carta venía a decir en un estilo casi tan digno como el de Mandeville que la remitente había considerado detenidamente las circunstancias que rodeaban al joven preceptor, según se las refirió su primo en

el transcurso de su muy agradable conversación del último viernes, y se inclinaba a pensar que sabía de un puesto docente, de lo más estable y satisfactorio, disponible dentro de poco en una familia que ella conocía. Si le interesa a su amigo, terminaba la señorita Pilliner, me encantaría que se pusiera en contacto conmigo con vistas a prepararle una entrevista en la que pudiera discutir el asunto con mayor precisión y detalle.

—¿Qué le parece? —dijo Mandeville, mientras Last le devolvía la carta de la señorita Pilliner.

Last vaciló por un momento. Existe una atracción y también una repulsión en lo poco corriente e improbable, y Last dudaba que el trabajo docente obtenido en el Blacks' a través de un actor y una dama de Islington —había visto el nombre al comienzo de la carta— fuera sólido o conveniente. Pero prevalecieron los pensamientos más luminosos, y le aseguró a Mandeville que estaría encantado de llegar al fondo del asunto, agradeciéndole muy afectuosamente su interés. El anciano asintió favorablemente, le devolvió la carta para que tomara nota de la dirección de la señorita Pilliner, y le sugirió una nota inmediata solicitando una cita.

—Y ahora —dijo—, a pesar de las censurables objeciones del Príncipe Taciturno, propongo beber esta noche a su jocunda salud.

Y le deseó a Last la mejor suerte del mundo con sincera amabilidad.

Dos días más tarde, la señorita Pilliner presentó sus respetos al señor Joseph Last y le rogó que hiciese el favor de visitarla tres días después, al mediodía, si el día y la hora no son incompatibles con su conveniencia. Entonces podrían aprovechar la ocasión, prosiguió ella, para discutir cierta propuesta, cuya índole, creía ella, había sido significada al señor Last por su buen primo, el señor Meredith Mandeville.

Corunna Square, donde vivía la señorita Pilliner, era una pequeña, casi diminuta, plazoleta en los más remotos parajes de Islington. Sus edificios de dos plantas, de ladrillos amarillentos, estaban completamente cubiertos de parras, clemátides y toda clase de enredaderas. Frente a las casas había pequeños arriates ajardinados, vistosamente florecidos, y el recinto de la plaza contenía poco más aparte de un venerable y enorme moral, mucho más antiguo que los edificios circundantes. La señorita Pilliner vivía en la esquina más tranquila de la plaza. Recibió a Last con una especie de mezcla de saludo y reverencia, y le rogó que se sentara en un sillón de respaldo alto, tapizado con crines de caballo. La señorita Pilliner, según advirtió él, aparentaba unos sesenta años, pero era, tal vez, un poco mayor. Era sobria, íntegra y sosegada; y, sin embargo, podía uno imaginar en ella una oculta extravagancia. En seguida, mientras discutían sobre el tiempo, la señorita Pilliner le ofreció un oporto o un jerez de primera calidad, galletas dulces o bizcocho de pasas. Y después fue derecha al asunto del día.

—Mi primo, el señor Mandeville, me habló —comenzó ella— de un joven

amigo suyo de gran experiencia docente, quien, no obstante, estaba descontento con la, en cierto modo, informal y ocasional índole de su empleo. Por una singular coincidencia, uno o dos días antes había recibido una carta de una amiga mía, la señora Marsh. En realidad es parienta lejana, una especie de prima creo, pero al no ser montañesa ni galesa, realmente no puedo decir en qué grado. Era una criatura encantadora, y todavía una mujer hermosa. Se llamaba Manning, Arabella Manning, y realmente no sabría decirle por qué razón se casó con el señor Marsh. Solamente le vi una vez, y le encontré inferior a ella desde todos los puntos de vista posibles, y considerablemente mayor. Sin embargo, ella proclama que es un marido fiel y una excelente persona, en todos los aspectos. Se conocieron, por extraño que pueda parecer, en Pekín, donde Arabella era institutriz de una de las familias de la legación extranjera. El señor Marsh, tenía yo entendido, representaba intereses comerciales muy importantes en la capital del País Florido, y al ser presentado a mi parienta, se produjo inmediatamente una atracción mutua. Arabella Manning renunció a su puesto en la familia del agregado, y, a su debido tiempo, se celebró el matrimonio. Recibí esta información hace nueve años en una carta de Arabella, fechada en Pekín, y mi parienta acabó por decir que temía le fuera imposible facilitarme una dirección para mi inmediata respuesta, ya que el señor Marsh estaba a punto de ponerse en camino para una misión sumamente urgente en nombre de su empresa, que implicaba viajar mucho y frecuentes cambios de domicilio. Sentí mucho desasosiego a causa de Arabella, por lo inestable que me parecía su forma de vida, y tan poco hogareña. No obstante, un amigo mío que trabaja en la City me aseguró que no había nada raro en tales circunstancias, y que no debía alarmarme por ello. Sin embargo, cuando pasaron los años y no recibí más correspondencia de mi prima, decidí que probablemente habría contraído alguna enfermedad tropical que se la habría llevado, y que el señor Marsh se habría olvidado cruelmente de comunicarme la noticia del triste suceso. Pero hace un mes más o menos —la señorita Pilliner consultó un almanaque en la mesa a su lado— quedé asombrada y encantada al recibir una carta de Arabella. Escribía desde uno de los más lujosos y selectos hoteles del West End londinense, anunciándome la vuelta a su tierra natal de ella y de su marido tras muchos años de vagabundeo. El vivo interés del señor Marsh por los negocios, al parecer, había concluido finalmente de una forma sumamente próspera y afortunada, y estaba ahora en negociaciones para adquirir una pequeña propiedad en el campo, donde esperaba pasar el resto de sus días en pacífico retiro.

La señorita Pilliner hizo una pausa y rellenó la copa de Last.

—Siento molestarle —prosiguió— con esta larga historia, que estoy segura debe ser un deplorable tormento para su paciencia. Pero, como verá usted dentro de poco, las circunstancias se salen un poco de lo normal, y, como usted debe tener, confío, un particular interés en ellas, pienso que es conveniente que esté

informado de todo… a carta cabal, y en toda regla, como solía decir mi pobre padre con sus bruscos modales.

» Bien, señor Last, como le he dicho, recibí esta carta de Arabella con su extremadamente gratificante información. Como usted puede suponer, me alegró mucho enterarme de que todo se había resuelto tan felizmente. Y al final de la carta, Arabella me rogaba que fuera a visitarles al hotel Billing, añadiendo que su marido estaba muy deseoso de tener el gusto de conocerme.

La señorita Pilliner se acercó al cajón del escritorio que había junto a la ventana y sacó una carta.

—Arabella fue siempre muy considerada. Dice: Sé que siempre has vivido muy discretamente y no estás acostumbrada a la agitación del elegante Londres. Pero no tienes por qué alarmarte. El hotel Billing no es ningún bullicioso caravasar moderno. Todo es muy tranquilo, y además tenemos nuestra propia «suite». Herbert —su marido, señor Last— insiste rotundamente en que nos hagas una visita, y no debes defraudarnos. Si te conviene, el próximo jueves, día 22, te enviaré un carruaje a las cuatro en punto que te traiga al hotel, y estarás de vuelta en Corunna Square después de compartir con nosotros un pequeño refrigerio.

» Muy amable, de lo más considerado, ¿no está de acuerdo conmigo, señor Last? Pero mire la posdata.

Last cogió la carta, de escritura apretada y pulcra, y leyó: P.S. Tenemos que darte una maravillosa noticia. Es demasiado buena para ponerla por escrito, así es que la reservaré para nuestra entrevista.

Last devolvió la carta de la señora Marsh. El prolongado y ceremonioso recibimiento de la señorita Pilliner le estaba sumiendo en un dulce sopor; se preguntaba vagamente cuando iría ella al grano y cual sería éste, y, sobre todo, qué diablos tenía que ver con él esta historia familiar algo insulsa.

La señorita Pilliner prosiguió.

—Naturalmente, acepté tan amable y urgente invitación. Estaba ansiosa por ver a Arabella una vez más tras su larga ausencia, y me alegraba gozar de la oportunidad de formarme mi propia opinión con respecto a su marido, del cual lo ignoraba absolutamente todo. Y además, debo confesar señor Last, que no carezco de ese espíritu curioso que los caballeros raramente han contado entre las virtudes femeninas. Deseaba ardientemente que me hicieran partícipe de la maravillosa noticia que Arabella había prometido comunicarme en nuestra reunión, y pasé muchas horas especulando acerca de su naturaleza.

» Llegó el día. A la hora convenida apareció una elegante berlina con su correspondiente lacayo, y fui conducida entre refinados lujos al hotel Billing en Manners Street, en Mayfair. Allí un mayordomo me guió a la suite del primer piso, ocupada por el señor y la señora Marsh. No malgastaré su valioso tiempo, señor Last, reparando en el suntuoso y sobrio lujo de aquellos aposentos;

simplemente mencionaré que mi parienta me aseguró que las piezas de Sévres de su saloncito habían sido valoradas en novecientas guineas. Encontré todavía hermosa a Arabella, pero no pude menos de comprobar que los países tropicales en los que había vivido por tantos años habían causado estragos en su resplandeciente belleza; había en su aspecto y en su comportamiento un cansancio, una lasitud, que me angustiaba observar. En cuanto a su marido, el señor Marsh, soy consciente de que formarse una opinión desfavorable tras sólo unas pocas horas de relación es poco caritativo y a la vez insensato; y no olvidaré con facilidad el discurso que el querido señor Venn pronunció en la iglesia de Emmanuel el domingo siguiente a la visita a mi parienta: realmente parecía, lo confieso avergonzada, como si el señor Venn tuviera en mente mi propio caso, y se sintiera obligado a advertirme mientras todavía había tiempo. Sin embargo, debo decir que no le tomé del todo simpatía al señor Marsh. Realmente no podría decir por qué. Lo encontraba extremadamente educado; no podía serlo más. Más de una vez comentó el excepcional placer que le producía conocer al fin a una de las personas de las que tanto le había hablado su querida Bella; confiaba en que ahora que habían finalizado sus vagabundeos, el placer podría repetirse con frecuencia; no omitió nada de lo que la más cordial cortesía pudiera sugerir. Y, sin embargo, no podía decir que la impresión recibida fuera favorable. A pesar de eso, me atrevo a decir que estaba equivocada.

Hubo una pausa. Last estaba resignado. El sentido de la larga historia parecía perderse en la lejanía, esfumarse en el horizonte.

—¿Algo en concreto? —insinuó él.

—No; nada. Podía haber imaginado que percibí una falta de sinceridad, una oculta reserva, detrás de toda la generosidad de las expresiones del señor Marsh. No obstante, espero estar equivocada.

» Pero voy a olvidarme de esas trivialidades y a fiarme de observaciones erróneas, único asunto de importancia; al menos para usted, señor Last. Poco después de mi llegada, y antes de que apareciera el señor Marsh, Arabella me confió su importante información. Su matrimonio había sido bendecido con un retoño. Dos años después de su unión con el señor Marsh había nacido un niño varón. El nacimiento tuvo lugar en una ciudad de Sudamérica, Santiago de Chile —he comprobado el lugar en mi atlas—, donde la estancia del señor Marsh había sido más prolongada de lo usual. Afortunadamente, había un médico inglés disponible, y el pequeño tuvo buena salud desde el principio, y, como Arabella, su orgullosa madre, se jactaba, era ahora un precioso muchacho, apuesto e inteligente en grado sumo. Naturalmente; pregunté por el niño, pero Arabella dijo que no estaba en el hotel con ellos. Después de unos pocos días se pensó que el denso y húmedo aire de Londres no era muy adecuado al pequeño Henry, y le enviaron con una niñera a un balneario en la isla de Thanet, donde se dice que goza de excelente salud y ánimos.

» Y ahora, señor Last, después de este tedioso aunque necesario preámbulo, llegamos al punto que, espero, pueda interesarle. En cualquier caso, como usted puede suponer, la vida que las exigencias comerciales obligaron a llevar a los Marsh, que implicaba viajes casi continuos, habría sido poco favorable para el desarrollo sistemático de la educación del niño. Pero, aparte de este obstáculo, deduje que el señor Marsh sostenía opiniones muy drásticas en lo referente al desatino de la instrucción prematura. Me declaró su convicción de que muchas mentes agudas habían sido lamentablemente dañadas al verse obligadas a soportar el sistema de estímulos prematuros; y señaló que, por la naturaleza del caso, los encargados de los niños más pequeños no eran los más sabios e inteligentes.

—Como reconocerá en seguida, señorita Pilliner, me comentó, los grandes eruditos no enseñan el alfabeto a los niños, y no es probable que los misterios de la tabla de multiplicar los imparta un licenciado en matemáticas. En consecuencia, alegó él, la inteligencia en ciernes suele despertar en contacto con mentes obtusas e inferiores, y el daño bien puede ser irreparable.

Hubo mucho más, pero gradualmente comenzó a imponerse en el aturdido hombre la luz de la razón. El señor Marsh había mantenido la virginal inteligencia de su hijo Henry fuera del contacto y la corrupción de la cultura inferior e incompetente. Juzgando que el muchacho estaba ya maduro para la auténtica educación, el señor y la señora Marsh habían suplicado a la señorita Pilliner que hiciera averiguaciones y encontrara, si era posible, un erudito que se hiciera cargo de la completa educación mental del pequeño Henry. Si ambas partes llegaban a un acuerdo, el compromiso sería por siete años al menos, y las asignaciones, como la señorita Pilliner llamaba al salario, comenzarían con quinientas libras al año, con un incremento anual de cincuenta libras. Se requerían referencias y pormenores de las distinciones académicas: el señor Marsh, ausente de Inglaterra por tanto tiempo, estaba dispuesto a dar instrucciones a sus banqueros. La señorita Pilliner, sin embargo, estaba completamente segura de que el señor Last podía considerarse contratado, si le interesaba el puesto.

Last dio las gracias de todo corazón a la señorita Pilliner, y le dijo que le gustaría disponer de un par de días para pensárselo. Después la escribiría, y ella le pondría en contacto con el señor Marsh. Y de esta manera abandonó Corunna Square en un estado de ánimo de gran desconcierto y duda. Incuestionablemente, el puesto ofrecía muchas ventajas. La paga era muy buena. Y estaría bien alojado y bien alimentado. Los Marsh eran ricos, y la señorita Pilliner le había asegurado que no tendría motivo de queja en cuanto a la hospitalidad. Y desde el punto de vista pedagógico habría, sin duda, una mejoría con respecto al trabajo que había estado desempeñando desde que abandonó la universidad. Hasta entonces había sido un remendón, un chapucero del trabajo de los demás; ahora

tenía la oportunidad de demostrar que era un consumado artista. Muy poca gente de la profesión docente, si es que hay alguna, había disfrutado alguna vez de una oportunidad como ésta. Incluso los profesores de sexto curso de los grandes colegios privados deben padecer a veces el tener que apuntalar y reemplazar los malos cimientos del quinto y cuarto cursos. Él iba a empezar por el principio, sin ningún falso trabajo que le estorbara: desde el abecedario a Platón, Esquilo y Aristóteles, se susurraba a sí mismo. Indudablemente era una gran oportunidad.

Y en cuanto a su contrapartida, tendría que abandonar Londres, pese a haber crecido encariñado con la familiar y animada ciudad que tan bien conocía; y sus confortables habitaciones en Mowbray Street, junto al poco frecuentado Victoria Embankment, bastante tranquilas y, no obstante, a sólo un minuto o dos del estruendoso Strand. Las reuniones con los viejos amigos de Oxford, las veladas en el teatro, las agradables tabernas con sus compartimentos secretos, y sus excelentes chuletas y filetes y cerveza negra, las campanadas a media noche y después, oídas en cordial compañía en el Blacks': todo eso desaparecería. La señorita Pilliner había hablado de que el señor Marsh buscaba algún lugar a considerable distancia de la ciudad, en el verdadero campo. Tenía puesto el ojo, dijo ella, en una casa en la frontera con Gales, que pensaba alquilar amueblada, con una opción de compra si definitivamente la encontraba apropiada. Viviendo en alguna parte de la frontera galesa no podría ir a Londres a visitar a sus viejos amigos y regresar en la misma noche. Sin embargo, tendría vacaciones, y en vacaciones puede hacerse mucho.

No obstante, todavía existían muchas dudas en su mente cuando se sentó a comer su pan con queso y carne en conserva, y a beber su cerveza en su salita de estar de la tranquila Mowbray Street. Estaba influenciado, pensó, por la evidente antipatía de la señorita Pilliner hacia el señor Marsh, y aunque aquélla hablaba al estilo del Dr. Johnson, tenía la impresión de que, como una dama de la propia época del doctor, tenía un fondo de sensatez. Evidentemente no confiaba demasiado en el señor Marsh. Sin embargo, ¿qué puede hacerle el más astuto estafador a su preceptor permanente? ¿Darle cordero frío para comer u olvidarse de pagarle el salario? En ambos casos el remedio era simple: el preceptor abandonaría rápidamente la residencia y regresaría a Londres, y no sería mucho peor. Después de todo, reflexionaba Last, nadie puede imponer al preceptor de su hijo que invierta en plata uruguaya o en especias de Java o cualquier otra falaz empresa comercial; por tanto, ¿qué le importaban a él las presuntas astucias de Marsh?

Pero una vez más, resumidos y considerados todos los pros y los contras, quedaba pendiente una vaga objeción. Last no podía aportar argumentos para oponerse a ella, ya que no estaba formulada en palabras y era variable como una nube.

Sin embargo, a la mañana siguiente, llegaron un par de cartas invitándole a

atiborrar a dos jóvenes estúpidos de datos, cifras y verbos en “mi”. La perspectiva era tan terriblemente desagradable que escribió a la señorita Pilliner en cuanto desayunó, adjuntando informes de su colegio y otras cartas elogiosas que tenía en su escritorio. A su debido tiempo se entrevistó con el señor Marsh en el hotel Billing. En general se agradaron mutuamente. Last encontró a Marsh enjuto, mordaz, sombrío y de mediana edad. Su pelo negro encanecía en las sienes, y su rostro estaba surcado de arrugas alrededor de los ojos. Sus cejas eran espesas y en su mandíbula había indicios de amenaza; pero la sonrisa con que recibió a Last iluminó sus severas facciones con reconfortante cordialidad. Había algo raro en su acento y en el tono de su voz; algo, tal vez, extranjero. Last recordó que durante muchos años había estado viajando por todo el mundo, y supuso que en su habla resonaban ecos de muchas lenguas. Su comportamiento y modales eran desde luego amables, pero Last no tenía prejuicios contra la amabilidad, más bien sentía inclinación por las delicadezas en el trato común. No obstante, Marsh no era, sin duda alguna, el tipo de hombre que la señorita Pilliner estaba acostumbrada a tratar en Corunna Square o en la congregación del señor Venn. Probablemente sospechaba que había sido pirata.

El señor Marsh, por su parte, estaba encantado con Last. Como aparece en una carta suya a la señorita Pilliner —o ¿puedo permitirme llamarla prima Lucy?—, el señor Last era exactamente el tipo de hombre que él y Arabella habían esperado conseguir por consejo de aquélla. Ellos no querían dejar a su hijo en manos de cualquier ostentoso hombre de mundo con un sustrato de conocimientos. El señor Last era, evidentemente, un erudito reservado y poco mundano, más acostumbrado a tratar con libros que con personas; el verdadero preceptor que Arabella y él mismo habían deseado para su hijo. El señor Marsh se sentía profundamente agradecido a la señorita Pilliner por el gran servicio que ella le había prestado a Arabella, a él mismo y a Henry.

Y, en efecto, como había dicho el señor Meredith Mandeville, Last encajaba muy bien en el papel. Sin duda, las gafas ayudaban a crear la impresión del distante y recatado Dominie Sampson[3].

Resolvieron que pasada una semana comenzarían sus deberes. El señor Marsh extendió un generoso cheque, para costear pequeñas cuestiones de equipamiento, gastos de viaje, y cosas así; nada tiene que ver con su sueldo. Last tomaría el tren para determinada gran ciudad del oeste, y allí le irían a buscar y le conducirían a la casa, donde ya estaban instalados la señora Marsh y su alumno. « Hermoso país, señor Last; estoy seguro que lo apreciará» .

Hubo una magnífica reunión de despedida con los viejos amigos. Zouch y Medwin, Garraway y Noel, llegaron de todas partes. Hubo lenguado a la plancha antes del enorme filete, y después pollo asado. Habían decidido que, como posiblemente sería la última vez, no irían al teatro, sino que se sentarían a hablar alrededor de la mesa de caoba. Zouch, que se sobreentendía que llevaba la voz

cantante, había consultado con el jefe de los camareros y, cuando quitaron el mantel, les sirvieron solemnemente un raro y curioso oporto. Hablaron de los viejos tiempos cuando iban juntos al colegio Wells, fingieron —aunque sabían que no debían hacerlo— que el estudiante que había acuchillado a su propio padre en Piccadilly era amigo suyo, volvieron a contar chistes que debían ser más viejos que el vino, relataron cuentos de Molí y Meg[4], y la famosa historia de Melcombe, que atornilló al decano en sus propias habitaciones. Y luego el asunto de las Poses Plásticas. Algunos compañeros lascivos, en expresión de uno de los catedráticos del colegio Wells, se habían procurado ciertas escandalosas figuras de cera del barracón correspondiente de la feria, y durante la noche las habían colocado en el jardín del colegio de manera más vergonzosamente escandalosa todavía. Los autores de esta infamia nunca fueron descubiertos: los cinco amigos se miraron astutamente uno al otro, apretaron los labios, y se pasaron el oporto.

La mezcla de vino añejo y las viejas historias produjeron un estado de ánimo ligeramente reflexivo; y, entonces, Noel los llevó al Blacks', donde Last buscó entre la nueva compañía al anciano Mandeville y le contó con cordial gratitud el feliz resultado de su intervención.

Cuando repicaron las campanas cada uno se fue por su camino.

II

Aunque Joseph Last no era, de ninguna manera, un prodigio de observación y deducción, tampoco era del todo el simplón encerrado en sus libros que creía el señor Marsh. Todavía no había pasado mucho tiempo cuando una cierta inquietud le asaltó en su nuevo empleo.

Al principio todo parecía muy bien. El señor Marsh tenía razón en creer que estaría encantado con el lugar en el que estaba instalada la Casa Blanca. Ésta se levantaba, sobre terrazas en la ladera, por encima de un río gris y plateado, que serpentea por un precioso y solitario valle. Por encima de ella, hacia el este, existía un vasto, sombrío y viejo bosque, que trepaba hasta el más elevado risco de la colina y descendía hasta el nivel de las praderas y el mar. Situado en el extremo más alto del bosque, Last miró hacia el oeste entre las ramas y contempló las tierras del otro lado del río, la elevación y declive de la región en sucesivas ondulaciones, la inmensa y borrosa muralla montañosa, azul en la distancia, y las blancas granjas brillando al sol en la vasta ladera. Era un hombre en un mundo nuevo. No existía otra región como ésta alrededor de Dunham, en las Midlands, o en las cercanías de Blackheath u Oxford; jamás había visitado nada parecido en sus recitales. Estaba asombrado y encantado por la cortina de verdor, por ese gran prodigio que podía contemplar. Cerca de él, el manantial

descendía a borbotones de las grises rocas, abriéndose camino desde las entrañas de la colina.

Y en la Casa Blanca las condiciones de vida eran del todo agradables. Le había impresionado la belleza morena de la señora Marsh, que, evidentemente, era, como la señorita Pilliner le había contado, bastante más joven que su marido. También notó los efectos que su prima atribuía a los años que aquélla vivió en los trópicos, aunque difícilmente podía llamarlos cansancio o desfallecimiento como hacía ella. Había algo todavía más extraño: el rostro de la señora Marsh estaba marcado por la rubicundez, pero Last no sabía si era debido al sol o a las desconocidas emociones de los lugares en donde se había metido, hace mucho tiempo tal vez.

Pero el alumno, el pequeño Henry, era toda una sorpresa y un encanto. Parecía algo mayor para sus siete años; pero Last estimó que esta impresión no estaba basada tanto en su estatura o en su físico como en la brillante viveza e inteligencia de su mirada. El preceptor había tratado a muchos niños, aunque ninguno tan joven como Henry; y en general los había encontrado gordinflones y pesados, con rostros en los que se leía un decidido odio al saber y la resolución de aprender lo menos posible. A Last nunca le había sorprendido esta expresión habitual. Le parecía eminentemente natural. Sabía que los rudimentos de cualquier disciplina eran siempre condenadamente aburridos y difíciles. Se preguntaba por qué estaba inexorablemente fijado que la desafortunada criatura humana pasara gran parte de su vida desde el principio mismo haciendo cosas que detesta; pero así era, y ahora por la sintaxis del modo optativo.

Pero no existían tan obstinados atrincheramientos en el rostro o en los modales de Henry Marsh. Era un muchacho apuesto, de aspecto brillante y que hablaba brillantemente, y, con toda evidencia, no consideraba a su preceptor como una fuerza hostil dirigida en contra suya. Era lo que algunos, por extraño que parezca, llamarían anticuado; ingenuo, pero no infantil, con una caprichosa expresión de vez en cuando más evocadora de un hombre gracioso que de un muchacho. Este antiguo hábito tenía, sin duda, que ser atribuido en parte a las enseñanzas de los viajes, el espectáculo del paisaje cambiante y las cambiantes apariencias de personas y cosas, pero sobre todo al hecho de que siempre había estado con su padre y su madre y nada sabía de la compañía de niños de su edad.

—Henry no ha tenido compañeros de juegos —explicó su padre—. Debió contentarse con su madre y conmigo. No hubo más remedio. Todo el tiempo estuvimos viajando; a bordo de un barco o alojados durante unas pocas semanas en hoteles cosmopolitas, y después otra vez en ruta. El muchacho no tuvo oportunidad de hacer ningún amigo.

Y la consecuencia fue, sin duda, la carencia de puerilidad que Last había advertido. Probablemente fue una lástima que fuera así. Después de todo, puerilidad es una maravillosa palabra, y Henry la desconocía: había perdido lo

que, tal vez, fuera tan valioso como cualquier otro aspecto, de la experiencia humana, y podía comprobar su carencia según iba creciendo. Con todo, ésa era la situación, y Last dejó de pensar en estas carencias, posiblemente imaginarias, cuando empezó a instruir al muchacho desde el principio mismo, tal y como había prometido. Realmente, no desde el principio, pues el muchacho confesó con una sonrisa apaciguadora que había aprendido a leer un poco por su cuenta.

—Pero, por favor, señor, no se lo diga a mi padre, pues sé que no le gustaría. Entienda, señor, mi padre y mi madre tuvieron que dejarme a veces solo, y eso era tan aburrido que pensé lo divertido que sería que aprendiera por mi cuenta a leer libros.

He aquí, pensó Last, una buena lección para un profesor. ¿Puede convertirse el saber en un atractivo secreto, una excelente diversión, en vez de una horrorosa penitencia? Tomó nota mentalmente y se puso manos a la obra que tenía ante sí. Descubrió en el muchacho una extraordinaria aptitud, una prontitud en captar sus indicaciones y explicaciones como nunca había visto antes: ni en chicos que le doblaban o triplicaban la edad, meditó él. El afortunado preceptor estaba inclinado a creer que este niño, sacado a duras penas de su estricta infancia, poseía algo muy semejante al genio. De vez en cuando, con su Sí, señor, comprendo. Y después, por supuesto…, verdaderamente le quitaba a Last las palabras de la boca, y anticipaba lo que, sin duda, era lógicamente el siguiente paso en la demostración. Pero Last no estaba acostumbrado a alumnos que se anticipasen a nada, excepto al momento de volver a poner los libros en las estanterías. Y sobre todo, el profesor se sentía atraído por la apasionada e intensa curiosidad del alumno. Parecía un lector de *La piedra lunar*, o cualquier otra novela sensacional, incapaz de dejar el libro hasta haber leído la última página y descubrir el secreto. Sencillamente, el muchacho aportaba este espíritu de insaciable curiosidad a cualquier tema que se le propusiera. Desearía haberle enseñado a leer, pensó Last para sí mismo. « Sin duda habría considerado el alfabeto con el mismo miramiento que nosotros empleamos con aquellas fascinantes y misteriosas claves de los cuentos de Edgar Allan Poe. Y, después de todo, ¿acaso no es ésa la forma apropiada y lógica de enfocar el alfabeto?»

Y después continuó preguntándose si la curiosidad, considerada a menudo como un defecto, casi un vicio, no sería, en realidad, una de las mayores virtudes del alma humana, la clave de todos los conocimientos y todos los misterios, el verdadero significado del secreto que hay que desvelar.

Entre unas cosas y otras: este modelo de alumno, el encanto del extraño y hermoso país en que residía, y la excepcional amabilidad y consideración hacia él mostradas por el señor y la señora Marsh, Last gozaba de una vida de abundancia plena. Escribió a sus amigos de la capital, contándoles sus felices experiencias, y Zouch y Noel, casualmente reunidos en El Sol, El Perro o El Triple Tonel, comentaron la felicidad de su amigo.

—Está orgulloso de su cachorro —dijo Zouch.

—Y contento con las perspectivas —respondió Noel, pensando en los versos de Last acerca de los bosques y las aguas, y en las vistas de la Casa Blanca—. Con todo, *timeo Hesperides et dona ferentes*[5]. Desconfío de occidente. Como dijo uno de sus propios habitantes, es una tierra de hechizo e ilusión. Nunca se sabe qué puede ocurrir después. Es una suerte que Shakespeare naciera dentro de la zona de seguridad. Si Stratford estuviese veinte o treinta millas más hacia el oeste…, no quiero ni pensarlo. Estoy completamente seguro de que en las minas galesas, únicamente se extrae oro mágico. Y ya sabe usted lo que pasa.

Entretanto, ajeno a las luces y rumores del Strand, Last seguía feliz en su apartado lugar, bajo el gran bosque. Pero muy pronto recibió un sobresalto. Una tarde, entre la hora del té y la cena, estaba paseando por el jardín una vez finalizado su trabajo diario y, sintiendo ganas de fumar en paz, se encaminó al cenador de piedra —o, tal vez, belvedere— que había al borde del césped a la sombra de los acebos. Allí podía uno sentarse y dominar el plateado serpenteo del río, atravesado por un viejo puente de piedra gris. Cuando iba a instalarse, reparó en un libro sobre la mesa frente a él. Lo cogió, le echó un vistazo, suspiró, y, pasando unas cuantas páginas más, se derrumbó sobre el banco horrorizado. El señor Marsh siempre había deplorado su ignorancia acerca de los libros.

—Sabía leer y escribir, y poco más —decía— cuando fui arrojado al mundo de los negocios… en el escalón más bajo. Y he estado tan ocupado desde entonces que temo que ahora sea demasiado tarde para recuperar el tiempo perdido.

En efecto, Last había advertido que aunque Marsh solía hablar con bastante esmero, tal vez con excesivo esmero, podía equivocarse en el calor de la conversación: por ejemplo diría « expontáneo» en lugar de « espontáneo» . Y sin embargo parecía que, no solamente había tenido tiempo para leer, sino que había adquirido suficientes conocimientos como para descifrar el latín de un terrible tratado renacentista, por lo general desconocido incluso para los coleccionistas de semejantes cosas. Last había oído hablar del libro, y las pocas páginas que había hojeado le indicaron que bien se merecía su pésima reputación.

Fue una desagradable sorpresa. Last admitía abiertamente que la moral de su patrón no era asunto suyo. Pero ¿por qué se molestaría el hombre en contar mentiras? Last recordó que la extravagante señorita Pilliner le había contado sus impresiones sobre Marsh: había detectado una falta de sinceridad, una especie de reserva bajo una cortés fachada de cordialidad. La señorita Pilliner era, desde luego, una mujer perspicaz: existía en Marsh una indudable falta de sinceridad.

Last dejó sobre la mesa el espantoso volumen y anduvo por el jardín de un lado a otro, sintiéndose muy preocupado. Sabía que había estado violento durante la cena, y dijo que se sentía un poco pachucho, con tendencia al dolor de cabeza. Marsh estuvo afable y alegre, como siempre, y su esposa simpatizó con Last.

Apenas había dormido en toda la noche, se lamentaba, y se sentía abatida y cansada. Pensaba que había amenazas en el ambiente. Last, admirando su belleza, confesó una vez más que la señorita Pilliner llevaba razón. Dejando aparte su fatiga momentánea, había en ella una cierta languidez tropical, algo de las noches apacibles y ardientes y de la fragancia de las flores exóticas.

Marsh sacó un brandy muy especial que administró con el café, diciendo que curaría a ambos enfermos y les haría compañía. Efectivamente, Last tuvo que confesar que se sentía considerablemente más a gusto después de la excelente cena, el buen vino y el raro brandy. Aunque humillante, era imposible, seguramente, negar la influencia del estómago. Last se retiró pronto a su habitación, tratando de convencerse de que la doblez de Marsh no era asunto suyo. Encontró una inocente, o casi inocente, explicación antes de que se le acabara la última pipa, sentado junto a la ventana abierta, escuchando vagamente el murmullo del río y contemplando las sombrías tierras de más allá.

—He aquí —reflexionó— una forma modificada del Mal de Bounderby[6]. Decía Bounderby que él empezó siendo un miserable paria, hambriento y desaliñado. Marsh dice que se convirtió en recadero o algo por el estilo antes de poder aprender algo. Bounderby mentía, y Marsh, sin duda, miente. Es una manía de los ricos: exageran sus éxitos recientes exagerando sus primitivas desventajas.

Cuando se fue a dormir casi había decidido que el joven Marsh había estado en un buen instituto de segunda enseñanza, y había hecho bien.

A la mañana siguiente, Last se despertó casi relajado. Fue, sin duda, una lástima que Marsh adoptara una sutil y falsa jactancia; sus gustos literarios eran ciertamente deplorables, pero eso era únicamente asunto suyo. Y el muchacho compensaba de todo. Mostraba un dominio tan claro de la gramática inglesa que Last pensó que muy pronto podría empezar con el latín. Una noche, durante la cena, lo mencionó mirando a Marsh con jocosa atención. Pero Marsh no dio muestras de que el dardo le hubiera alcanzado.

—Eso demuestra que tenía razón —observó—. Siempre he dicho que no hay equivocación mayor que obligar a los niños a estudiar antes de estar capacitados para ello. La gente suele cometerla, y en nueve de cada diez casos las cabezas de esos niños quedan confundidas para el resto de sus vidas. Ya ve usted lo que ocurre con Henry; le he mantenido apartado de los libros hasta ahora, y puede usted comprobar por sí mismo que no he perdido el tiempo con él. Está maduro para aprender, y no me extrañaría que en seis meses adelantara a chicos corrientes prematuramente atiborrados de conocimientos durante seis años.

Puede ser, pensó Last, pero, en general, estaba dispuesto a atribuir el rápido progreso del chico antes a su propia inteligencia excepcional que al sistema, o falta de sistema, de su padre. Y, en cualquier caso, era un gran placer enseñar a un muchacho así. A buen seguro su aplicación a los libros no había sido

perjudicial para su espíritu. En las cercanías de la Casa Blanca había escaso vecindario, y además la gente ignoraba si los Marsh iban a instalarse definitivamente o eran visitantes pasajeros: vacilaban en visitarlos mientras persistiera esta incertidumbre. Sin embargo, el párroco les había visitado; el párroco y su esposa fueron los primeros; ella, animada, jovial y parlanchína, y él, algo sombrío e indeciso. Se suponía que el párroco, en sus tiempos un gran pendenciero, repartía su ocio entre su jardín y la invención de un ingenio volador. Tenía la reputación de ser ligeramente excéntrico. Él nunca volvió, pero la señora Winslow solía pasar por el camino forestal en su carruaje de dos ruedas con sus dos hijos: Nancy, una preciosa chica rubia de diecisiete años, y Ted, un muchacho de once o doce años, de esa clase que Last catalogó como gordinflones y pesados, de corpulenta y tosca complexión, con abultados ojos y mejillas y un poco de la resuelta expresión de un cachorro de bulldog. Después del té, Nancy solía organizar juegos para los dos niños en el jardín, a los que se unía personalmente con aparente fruición. Henry, que conocía a pocos compañeros aparte de sus padres, y probablemente nunca había jugado a ningún tipo de juego, protestaba con deleite, corría de un lado para otro, se escondía detrás del cenador, y, con el mayor placer, abandonaba súbitamente la protección de las judías verdes, y Ted Winslow se le unía con un aire de protesta. Estaba de vacaciones y su expresión indicaba que ese tipo de cosas sólo eran apropiadas para chicas y crios. A Last le agradaba ver a Henry tan dispuesto y tan deseoso de divertirse; después de todo, él mismo tenía algo de niño. Parecía un poco incómodo cuando Nancy Winslow lo ponía sobre sus rodillas al acabarse los juegos; evidentemente temía la desdeñosa mirada de Ted Winslow. En efecto, parecía como si el joven bulldog temiera ver comprometida su reputación al asociársele con un tan evidente y declarado niño. La siguiente vez que la señora Winslow tomó el té en la Casa Blanca, Ted tenía un diplomático dolor de cabeza y se quedó en su casa. Pero Nancy propuso juegos para dos personas, y a ella y a Henry se les oyó gritar alegremente por el parque. Henry quería mostrar a Nancy un maravilloso pozo que había descubierto en el bosque, y que, según dijo, procedía de la base de un enorme tejo. Pero la señora Marsh parecía creer que podían perderse.

Last había pasado por alto el incómodo incidente de ese infame libro del cenador. En carta a Noel le había comentado que temía que su patrón fuera en algunos aspectos un poco granuja, pero de confianza por lo que a él se refería; y así era. Hacía progresos en su trabajo y no se metía en lo que no le importaba. Sin embargo, de vez en cuando, se renovaba su vaga inquietud por el hombre. Ocurrió un mal asunto en una aldea a un par de millas, donde una chica de doce o trece años, que después de oscurecer volvía a casa de visitar a un vecino, fue atacada en el bosque y vilmente maltratada. La desgraciada niña, según parecía, había sido abandonada por el canalla en lo más recóndito del bosque, a poca

distancia del sendero que ella debía haber tomado a su regreso a casa. Un hombre que había estado bebiendo hasta tarde en el Fox and Hounds oyó que alguien lloraba y gritaba como presa de un arrebato, en expresión suya, y encontró a la chica en un estado lastimoso, en el que permanece desde entonces. Era incapaz de describir a la persona que tan vergonzosamente la había maltratado; la conmoción la había dejado fuera de sí; gritaba cada vez que alguien aparecía por detrás de ella en la oscuridad, pero no podía añadir nada más, y era imposible tratar de conseguir que describiera a una persona a la que, probablemente, ni siquiera había visto. Naturalmente, esta horrible historia se convirtió en la atracción principal del periódico local, y una noche, estando Last y Marsh fumando sentados después de la cena, el preceptor habló del caso; dijo algo acerca del contraste entre la paz, belleza y tranquilidad del lugar y el infame crimen que tan cerca se había cometido. Le sorprendió comprobar que inmediatamente aumentó la inquietud de Marsh. Se levantó de la silla y recorrió la habitación de acá para allá murmurando terrible asunto, vergonzoso asunto, y, cuando volvió a sentarse dándole la luz de lleno, Last vio el rostro de un hombre asustado. La mano que Marsh había puesto sobre la mesa estaba crispada por la ansiedad; golpeaba el suelo con el pie como si tratara de calmar el temblor de sus labios, y había un miedo mortal en sus ojos.

A Last le chocaba y le asombraba el efecto que había producido con unas cuantas frases convencionales. Tímidamente, dispuesto a superar una situación difícil, comenzó a decir algo todavía más convencional como que la belleza de la naturaleza jamás había conferido inmunidad para el crimen, o cualquier otra necedad parecida. Pero estaba claro que Marsh no iba a calmarse con nada por el estilo. Se levantó otra vez de la silla y golpeó su mano contra la mesa, en un fiero gesto de rechazo y negativa.

—Por favor, déjelo, señor Last. No diga nada más. Verdaderamente nos ha afectado mucho a la señora Marsh y a mí. Nos horroriza pensar que hemos traído a nuestro hijo aquí, a este pacífico lugar según teníamos entendido, sólo para exponerle al contagio de este espantoso incidente. Por supuesto, hemos dado a los sirvientes órdenes estrictas de que no digan ni una palabra en presencia de Henry; pero usted sabe cómo son los sirvientes y el finísimo oído que tienen los niños. Una o dos palabras casuales pueden arraigar en una mente infantil y contaminar todo su temperamento. Realmente es un pensamiento terrible. Debe usted haber advertido lo angustiada que ha estado la señora Marsh estos últimos días. Lo único que podemos hacer es tratar de olvidarlo todo, y confiar en que no se haya producido ningún daño irreparable en el muchacho.

Last murmuró un par de palabras de disculpa y asentimiento, y la conversación tomó otros derroteros menos conflictivos. Pero cuando el preceptor se quedó solo, examinó con curiosidad lo que había visto y oído. Pensó que el aspecto de Marsh no se correspondía con sus palabras. Hablaba como un padre

devoto, temeroso de que su pequeño pudiera sorprender algún nauseabundo y repugnante chismorreo o hiciera conjeturas acerca de un crimen horrible y obsceno. Parecía como si hubiera divisado el patíbulo, y su miedo, Last lo presentía, fuera de un género completamente diferente. Y además estaba la referencia a su esposa. Last había advertido que desde el crimen en el bosque algo le pasaba; pero de nuevo desconfió de la observación de Marsh. Su esposa era una mujer habitualmente de un buen humor algo lánguido; pero recientemente mostraba un aspecto y un semblante de furia contenida, la ardiente mirada de una mujer celosa, la rabia de la belleza desdeñada. Hablaba poco, y cuando lo hacía era lo más concisa posible; pero podía uno imaginarse en su interior el fuego de la pasión. Last había comprendido esto y se asombraba, aunque no demasiado, decidiendo no meterse en lo que no le importaba. Suponía que había alguna diferencia de opinión entre ella y su marido; muy posiblemente acerca de la nueva disposición del mobiliario del salón y del alquiler de un gran piano. Desde luego no se le había ocurrido achacar el semblante alterado de la señora Marsh al infame crimen que se había cometido. Y ahora Marsh le contaba que esos destellos de rabia oculta eran los signos externos de su compasiva ansiedad materna. Pero no le creyó ni una sola palabra. Comparó el mal disimulado terror de Marsh con la mal disimulada furia de su esposa; se acordó del libro del cenador y de las cosas que se rumoreaban acerca del horror en el bosque: la repugnancia y el pavor se apoderaron de él. Era cierto que no tenía pruebas sino simples conjeturas; pero no dudaba. No podía haber otra explicación. Y ¿qué podía hacer él sino abandonar este terrible lugar?

Last no pudo conciliar el sueño. Se desvistió y se metió en la cama, y estuvo dando vueltas en la penumbra de la noche veraniega. Luego encendió su lámpara y se volvió a vestir, preguntándose si no sería mejor escabullirse sin decir palabra, caminar las ocho millas hasta la estación, y escaparse en el primer tren que fuera a Londres. No era solamente su aversión por el hombre y sus obras; el miedo también le incitaba a huir de la Casa Blanca. Estaba seguro de que si Marsh adivinaba sus sospechas, su vida podía correr peligro. Aquel hombre maligno no conocía la clemencia ni los escrúpulos. Incluso podía estar en su puerta, escuchando, acechando. Sólo de pensarlo se le helaba el corazón y el sudor frío le caía a borbotones. Iba y venía por la habitación, descalzo, deteniéndose de vez en cuando a escuchar hasta el más leve paso en el exterior. Cerró la puerta lo más silenciosamente que pudo y se sintió más seguro. Esperaría hasta el amanecer en que la gente alborota toda la casa, y entonces podría aventurarse a salir y escaparse.

Y, sin embargo, cuando oyó la agitación de los criados en sus ocupaciones, vaciló. El sol brillaba en el valle, y la niebla que cubría el plateado río se elevó y desapareció; la dulce fragancia del bosque penetraba por la ventana de su habitación. El miedo y el terror ciego habían desaparecido de su ánimo.

Comenzó a vacilar, a recelar de su juicio, a preguntarse si no se habría precipitado en sus negras conclusiones por el pavor de la noche. Sus lógicas conclusiones a medianoche parecían sugerir una pesadilla en la transparencia de aquel valle; pero el canto de una alondra en lo alto se lo refutaba. Recordó el argumento de Garraway después de una excelente cena en La Cabeza del Turco: siempre era peligroso que la improbabilidad fuera consejera de la vida. Se demoraría un poco, permanecería alerta, y se aseguraría antes de pasar a la acción repentina y violentamente. Y quizás fuera cierto que Last estaba fuertemente influido por su aversión a dejar al joven Henry, cuya extraordinaria brillantez e inteligencia le asombraban y deleitaban cada vez más.

Todavía era temprano cuando, finalmente, abandonó su habitación y salió al aire puro de la mañana. Era poco más de una hora después del desayuno, y Last se puso en camino por el sendero que conducía, pasada la tapia del huerto, a lo alto de la colina y al corazón del bosque. Se detuvo un instante en la curva superior y, dándose la vuelta, contempló, al otro lado del río, el alegre país con toda su magia y encanto matutinos. Mientras andaba despacio, mirando en torno suyo, oyó unos débiles pasos que se aproximaban por el otro lado de la tapia y unos murmullos en voz baja. Después, cuando los pasos se acercaron, una de las voces se elevó un poco, y Last oyó a la señora Marsh diciendo:

—¿Demasiado vieja yo? Y trece años son demasiado pocos. ¿Habrá que esperar a los próximos diecisiete para que puedas introducirla en el bosque? Después de todo lo que he hecho por ti, y lo que tú me has hecho a mí.

La señora Marsh enumeró todas esas cosas sin remisión y sin ningún vergonzoso temblor en la voz. Se detuvo momentáneamente. Tal vez le sofocaba la rabia; y pudo escucharse una estridente risa burlona, como si la voz de Marsh se hubiera cascado de desprecio.

Silenciosa, pero rápidamente, Last, con la cara triste y los ojos desorbitados, se largó desesperadamente de la Casa Blanca. Una vez en el camino, libre de sembrados y de maleza, aminoró su carrera sin detenerse nunca, hasta llegar con un suspiro de alivio a las feas calles de una gran ciudad industrial. En seguida se dirigió a la estación, y comprobó que todavía faltaba una hora para el expreso de Londres. Por tanto, disponía de mucho tiempo para su desayuno, que consistió en aguardiente.

III

El preceptor volvió a su antigua vida y a sus antiguas costumbres, haciendo todo lo posible por olvidar este extraño y horrible interludio de la Casa Blanca. Se rodeó una vez más de sus gordinflones cachorros; dio clases intensivas y durante sus largas vacaciones preparó para los exámenes a los alumnos suspendidos,

estando moderadamente satisfecho, en general, con el curso de los acontecimientos. De vez en cuando, procurando convencer a los gordinflones de que el latín y el griego eran lenguas habladas anteriormente por seres humanos y no enigmas sin sentido inventados por demonios, pensaba, suspirando de pena, en el muchacho que tan bien las entendía y tanto las deseaba comprender. Y se preguntaba si no habría sido un cobarde por dejar a este encantador niño en las nefastas manos de sus espantosos padres. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Era horrible pensar en Henry, corrompido más o menos rápidamente por sus detestables padre y madre y creciendo con el fango de sus abominaciones gravitando sobre él.

No entró en detalles con sus viejos amigos. Les dio a entender que había surgido una grave desavenencia que le hizo imposible continuar. Sus amigos asintieron con la cabeza, y, comprendiendo que el asunto era delicado, no le hicieron preguntas, hablándole en su lugar de libros antiguos y de filetes recientes. De hecho, todos coincidieron en que el filete era demasiado reciente, y emplazaron a William a que explicara este horror. ¿No sabía que el filete, que sirve para el consumo de los cristianos, lo que los distingue de los hotentotes, necesita airearse tanto como la caza? El benigno y laborioso William probó, analizó y asintió con gran pesar suyo. Se disculpó y a continuación les dijo que como a los caballeros no les gustaría esperar a que cocinaran unas aves, les sugeriría una enorme, tierna y jugosa rodaja de ternera asada, recién cortada. La sugerencia fue aceptada y la encontraron excelente. La conversación volvió a la métrica coral y a Florence St. John y el Strand. Más tarde hubo oporto.

Muchos años después, cuando su vida, destruida desde mucho tiempo atrás, se había derrumbado en un estallido final, Last se enteró de la verdadera historia de su empleo como preceptor en la Casa Blanca. Tres terribles personas fueron sentadas en el banquillo del Oíd Bailey[7]. Un anciano, con aspecto de mortífera serpiente; una deplorable mujer, gorda y desaliñada, de colgantes carrillos y ojos con un vago indicio de belleza marchita; y, para total asombro de aquellos que no conocían la historia, un maravilloso niño. La gente que le vio en el estrado dijo que aparentaba nueve o diez años, no más. Pero la evidencia mostraba que debía tener entre cincuenta y sesenta por lo menos, quizás incluso más.

La acusación imputó a estas tres personas un crimen incalificable y horroroso. Fueron acusados bajo el nombre de Mailey, que llevaban cuando fueron detenidos; pero al final del proceso resultó que habían sido conocidos por muchos nombres en el transcurso de su carrera: Mailey, Despasse, Lartigan, Delarue, Falcon, Lecossic, Hammond, Marsh, Haringworth. Se estableció que el presunto muchacho, a quien Last había conocido como Henry Marsh, no tenía ningún tipo de parentesco con los prisioneros de más edad. Sus orígenes eran completamente desconocidos. Se creía que era hijo ilegítimo de un importante

diplomático inglés, cuya influencia había contado mucho en el Extremo Oriente. Nadie sabía nada acerca de su madre. El muchacho prometía mucho desde su más tierna infancia, y el padre, que era soltero y a quien desagradaba lo poco que sabía de su parentela, le legó su enorme fortuna. El diplomático murió cuando el muchacho tenía doce años; y era ya bastante mayor cuando el niño nació. La gente comentaba que Arthur Wesley, como le llamaban entonces, era de muy baja estatura para su edad, y así permaneció, conservando el rostro de un niño de siete u ocho años. Como no se le podía mandar a la escuela, fue educado en privado. Cuando fue mayor de edad, los albaceas tuvieron la extraordinaria experiencia de poner una propiedad bastante considerable en manos de un joven que parecía un niño. Muy poco después, Arthur Wesley desapareció. Dudosos rumores hablaron de reapariciones suyas, ora aquí, ora allá, por todas partes del mundo. Se comentó que Wesley había adoptado las costumbres de lo que entonces se llamaba la desconocida África, cuando las Montañas de la Luna todavía persistían en los mapas más antiguos. También se dijo que había ido a explorar las crecidas aguas del Amazonas, y jamás había regresado; aunque pocos años más tarde un personaje que debió haber sido Arthur Wesley desplegaba actividades desagradables en Macao. De acuerdo con el proceso, fue poco después de este período cuando —en palabras del fiscal— comprendió la necesidad de ponerse a cubierto. Su extraordinaria personalidad, con suficientes dotes de naturalidad, atrajo la atención sobre él y sus actividades, y dado que esas actividades eran por lo general, o siempre, odiosas, semejante atención era a la vez molesta y peligrosa. En alguna parte de Oriente, estando muy mal acompañado, encontró a las dos personas que luego fueron procesadas con él. Arabella Manning, de quien se decía que tenía respetables parientes en Wiltshire, se había ido a Oriente como institutriz, pero pronto había hallado otras ocupaciones. Meers había trabajado como empleado de una firma comercial de Shanghai. Su ingeniosísimo sistema de fraude le valió el despido, pero, por una razón u otra, la empresa rehusó demandarle, y Meers se fue al lugar donde Arthur Wesley le encontró. A Wesley se le ocurrió un gran plan. Manning y Meers pretendían ser el señor y la señora Marsh —ése parece haber sido su primer tratamiento—, y él iba a ser su hijo pequeño. Les pagó bien sus variados servicios: durante algunos años Arabella fue su gobernanta, la compañera en sus momentos más discretos. Ocasionalmente contrataron a un preceptor para hacer la situación más plausible. De esta guisa, el horroroso trío recorría el mundo.

El tribunal escuchó todo esto, y mucho más, después que el jurado encontrara culpables a los tres del concreto delito del que les acusaban. Este último crimen —que la prensa tuvo que envolver en paráfrasis y perífrasis— había sido descubierto, por extraño que parezca, como consecuencia en gran parte de los celos de la mujer. Los afectos de Wesley, llamémoslos así, todavía estaban dispuestos a extraviarse, y la celosa furia de Arabella la llevó más allá de toda

cautela y de todo control. Ella era el punto vulnerable de la armadura de Wesley, la grieta en su protección. La gente de la sala les miró a los dos; a la pervertida y deplorable mujer de carrillos flojos y colgantes, en cuyos fatigados ojos todavía brillaba un débil fuego, y a Wesley, que, al parecer, todavía era un guapo y listo muchachito. Se quedaron boquiabiertos de asombro ante el grotesco e insoportable horror de la escena. El juez levantó la vista de sus anotaciones y miró fijamente a los convictos durante algunos segundos, con los labios fuertemente apretados.

El acusador llegó al final de su portentosa historia. La trayectoria de estas personas, dijo, había estado marcada por terribles escándalos, pero hasta hacía bastante poco nadie había sospechado de su culpabilidad. Dos de estos casos concernían a la acusación principal, pero faltaba una evidencia formal.

El juicio llegaba a su fin.

« A pesar de su diminuta estatura y su aspecto juvenil, el preso Charles Mailey, *alias* Arthur Wesley, se resistió desesperadamente a su arresto. Poseía una inmensa fuerza para su talla, y casi estranguló a uno de los agentes que lo arrestó» .

Se dictaron las conclusiones del proceso. El juez, sin un solo comentario, sentenció a Mailey, o Wesley, a cadena perpetua; a John Meers, a quince años de cárcel, y diez años, para Arabella Manning.

El viejo mundo, ya ha sido señalado, había caído con gran estrépito. Habían pasado muchísimos años desde que echaran a Last de Mowbray Street, desde que descendiera sórdida y tranquilamente del Strand. Mowbray Street estaba ahora repleta de resplandecientes edificios de oficinas. Después fue de un cómodo escondrijo a otro, según Londres crecía en majestad y esplendor. Pero durante un año más o menos, estuvo oculto en una callejuela que tenía la ventaja de conducir a un cementerio abandonado, cerca de Gray's Inn Road. Medwin y Garraway habían muerto; pero una noche Last convocó en su domicilio a los supervivientes Zouch y Noel, e inmediatamente preparó para ellos un excelente ponche.

—Es tan estupendo que debe ser pecaminoso —dijo, mientras pelaba los limones—, pero hasta el presente creo que no es ilegal. Y todavía tengo unas cuantas botellas de aquel oporto que compré en el noventa y dos.

Y entonces les contó por primera vez toda la historia de su empleo en la Casa Blanca.

LOS ARQUEROS

Ocurrió durante la retirada de los ochenta mil, y la autoridad de la censura es suficiente excusa para no ser más explícitos. Pero fue el día más horrible de aquella horrible época, el día en que la perdición y el desastre se acercaron tanto que su sombra llegó a abatirse sobre el mismo Londres. Y, faltos de noticias seguras, a los hombres les falló el corazón y creyeron desfallecer; como si la angustia del propio ejército en el campo de batalla se hubiera apoderado de sus almas.

Aquel día espantoso, pues, cuando trescientos mil hombres armados se lanzaron en oleada con toda su artillería contra la pequeña compañía inglesa, hubo una posición en nuestro frente, por encima de todas las demás, que estuvo por un tiempo en gran peligro de ser, no sólo derrotada, sino aniquilada por completo. Con el permiso de la censura y de los expertos militares, quizá podríamos describir esa posición como una avanzadilla, de modo que si era aplastada y dispersada, entonces la fuerza inglesa en su totalidad sería destruida, el flanco izquierdo aliado sería doblegado, y vendría inevitablemente otro Sedán[1].

Toda la mañana los cañones alemanes habían tronado y rugido contra aquella posición, y contra el millar de hombres, poco más o menos, que la defendía. Los hombres bromeaban con los proyectiles, les ponían nombres graciosos, hacían apuestas con ellos y les daban la bienvenida con retazos de canciones de revistas musicales. Pero los proyectiles llegaron y estallaron, y despedazaron a los buenos de los ingleses, y arrancaron a unos camaradas de otros, y cuando el calor del día aumentó, también arreció el terrorífico cañoneo. No había remedio, al parecer. La artillería inglesa era competente, pero no era ni con mucho suficiente; fue vapuleada continuamente hasta convertirse en chatarra.

Cuando hay un temporal en alta mar llega un momento en que los tripulantes se dicen unos a otros: « Está en su peor momento; no puede soplar más fuerte» , y entonces llega una ráfaga diez veces más virulenta que cualquiera anterior. Eso mismo ocurrió en las trincheras británicas.

No había en todo el mundo corazones más valerosos que los de esos hombres; pero incluso ellos se horrorizaron cuando aquel fulminante infierno producido por el cañoneo alemán cayó sobre ellos, arrollándolos y destruyéndolos. Y en aquel

preciso momento vieron desde sus trincheras que una enorme hueste avanzaba contra sus líneas. De los mil quedaban quinientos y, hasta donde les alcanzaba la vista, la infantería alemana avanzaba contra ellos, Columna tras columna, un ejército gris de unos diez mil hombres, como luego se supo.

No había ninguna esperanza. Algunos batieron palmas. Uno de ellos improvisó una nueva versión de la canción de guerra *Good-bye, Good-bye to Tipperary*, que terminaba con la frase « Y nunca estaremos allí» [2]. Y siguieron disparando sin parar. Los oficiales advirtieron que otra oportunidad semejante para efectuar un exorbitante tiroteo, de primera magnitud, podría no presentarse nunca más. Los alemanes derribaron línea tras línea. El que bromeaba con Tipperary dijo: « Y Sidney Street, ¿qué?» [3] Y las escasas ametralladoras hicieron todo lo posible. Pero todos sabían que de nada servía. Los cadáveres vestidos de gris yacían en compañías y batallones, mientras los demás seguían avanzando sin parar, y se congregaban y mudaban de posición y se adelantaban cada vez más.

—No es para tanto. Amén —dijo uno de los soldados británicos algo impertinentemente mientras apuntaba y disparaba. Y entonces se acordó (según dice, sin saber por qué) de un curioso restaurante vegetariano de Londres donde una o dos veces había comido extravagantes platos de croquetas hechas con lentejas y nueces en lugar de carne. Toda la vajilla de ese restaurante llevaba estampada en azul la figura de San Jorge, con el lema *Adsit Anglis Sanctus Georgius* [Que San Jorge ayude al inglés]. Daba la casualidad que este soldado sabía latín y otras cosas inútiles, y ahora, mientras disparaba a su hombre en aquella masa gris que avanzaba hacia ellos, a trescientas millas de distancia, expresó el piadoso lema vegetariano. Siguió disparando hasta el final, y por fin Bill, que estaba a su derecha, tuvo que abofetearlo jovialmente para hacerle parar, advirtiéndole de que la munición costaba dinero y no podía desperdiciarse alegremente para entrenarse matando alemanes por pura diversión.

En cuanto el latinista pronunció su invocación sintió que una especie de escalofrío o sacudida eléctrica le atravesaba el cuerpo. El fragor de la batalla fue extinguiéndose en sus oídos hasta convertirse en un murmullo; en su lugar, dice, oyó una voz más estrepitosa que un trueno que gritaba: « ¡A formar, a formar, a formar!»

Su corazón se inflamó como una brasa ardiente, luego se enfrió como el hielo, pareciéndole que un tumulto de voces respondía a su llamamiento. Oyó, o le pareció oír, miles de voces gritando: « ¡San Jorge! ¡San Jorge!»

—¡Venga, Señor! ¡Venga querido santo, concédenos la liberación!

—¡San Jorge por la alegre Inglaterra!

—¡Deprisa, deprisa! Monseñor San Jorge, socórrenos.

—¡Venga, San Jorge, venga! Un arco grande y vigoroso.

—¡Celestial caballero, ayúdanos!

Y mientras los soldados oían estas voces, Bill vio ante él, más allá de la trinchera, una larga fila de figuras, rodeadas por un halo. Parecían hombres que tensaban sus arcos y, tras otro grito, una nube de flechas silbó y zumbó por el aire en dirección a las huestes alemanas.

Los demás hombres de la trinchera estuvieron disparando todo el tiempo. No tenían ninguna esperanza; pero apuntaban como si hubieran estado disparando en Bisley[4].

De pronto uno de ellos alzó la voz en el inglés más llano.

—¡Que Dios nos asista! —gritó al hombre más próximo a él—. ¡Estamos contemplando auténticas maravillas! ¡Mira a esos caballeros… de gris, míralos! ¿Los ves? No caen por docenas, ni por centenas; sino por millares. ¡Mira! ¡Mira! Ha muerto todo un regimiento mientras te hablaba.

—¡Cállate! —exclamó el otro soldado, sin dejar de apuntar—. ¿Qué estás farfullando?

Pero se contuvo asombrado en cuanto habló, pues, en efecto, los hombres de gris estaban cayendo a millares. Los ingleses pudieron escuchar los chillidos guturales de los oficiales alemanes, el traqueteo de sus revólveres al disparar a los reacios; y no obstante línea tras línea iban cayendo al suelo.

El soldado que sabía latín oyó todo el tiempo el grito:

—¡Deprisa, deprisa! ¡Monseñor, querido santo, acude rápido en nuestra ayuda! ¡San Jorge, socórrenos!

—¡Supremo caballero, defiéndenos!

Las sibilantes flechas volaron tan veloces y en tan gran cantidad que oscurecieron el cielo; la horda pagana desapareció tras ellas.

—¡Más ametralladoras! —gritó Bill a Tom.

—No los oigo —volvió a gritar Tom—. Pero, de cualquier manera, gracias a Dios; se han llevado una buena.

En realidad, quedaron diez mil soldados alemanes muertos frente a esa avanzadilla del ejército inglés, y por consiguiente no hubo Sedán. En Alemania, un país regido por principios científicos, el Estado Mayor decidió que los despreciables ingleses debían de haber utilizado proyectiles que contenían algún gas desconocido de índole venenosa, pues en los cadáveres de los soldados alemanes no se apreciaba herida alguna. Pero el hombre que distinguía el sabor de las nueces aunque las llamasen filete, también sabía que San Jorge había traído a sus arqueros de Agincourt[5] en ayuda de los ingleses.

EL GRAN RETORNO

1. EL RUMOR DE LO MARAVILLOSO

De vez en cuando aparecen noticias extrañas, perdidas u olvidadas, en los más recónditos rincones de los periódicos. A menudo pienso que el artículo más inteligente que he leído en la prensa apareció en Londres hace unos cuantos años. Procedía de una conocida y muy respetable agencia de noticias, y me imagino que salió en todos los periódicos. Era increíble.

Los detalles necesarios, no digo para la comprensión de ese suelto, pues eso es imposible, sino, digamos, para comprender los sucesos que lo posibilitaron, son los siguientes: Habíamos invadido el Tíbet, con los consiguientes conflictos en la jerarquía de aquel país, y un personaje conocido como el Tashi Lama[1] se había refugiado con nosotros en la India. Fue en peregrinación de un templo budista a otro, y llegó finalmente a una montaña sagrada del budismo, cuyo nombre he olvidado. Esto es lo que decía el diario de la mañana:

Su Santidad el Tashi Lama ascendió entonces a la Montaña y se transfiguró.—REUTER

Nada más. Y desde entonces no he oído ninguna explicación ni comentario alguno acerca de tan asombrosa afirmación.

Según parece, no había nada más que decir. Por lo visto, Reuter creyó haber cumplido con su deber con su escueto comunicado sobre aquel suceso, de modo que todo había terminado. Nadie, que yo sepa, escribió a ningún periódico preguntando qué había querido decir Reuter con eso, o qué es lo que en realidad pretendía el Tashi Lama. Supongo que a nadie le importaba un rábano aquel asunto. Y así, este extraño suceso —si es que existen tales sucesos— fue mostrado al público por de pronto y el espectáculo de linterna mágica sucedió a otros.

Se trata de un ejemplo excepcional de cómo lo maravilloso brilla ante nuestros ojos para eclipsarse después, aunque he conocido otros casos. De vez en cuando, con pocos años de diferencia, aparecen noticias en los periódicos de hechos extraños llamados técnicamente *poltergeists*. Alguna casa, a menudo una

granja aislada, de pronto se ve expuesta a un bombardeo infernal. Grandes piedras se estrellan contra las ventanas, un trueno baja por la chimenea, impulsado por una mano invisible. Platos y tazas saltan del aparador al suelo de la cocina, sin que nadie sepa cómo ni por qué. En el piso de arriba se oye brincar la enorme cama y una o dos viejas cómodas como en un ballet enloquecido. De vez en cuando cosas como esas alborotan a todo un vecindario, y ocasionalmente algún periódico londinense envía a un reportero para que investigue, el cual escribe media columna el lunes, un par de párrafos el martes, y luego regresa a la capital. Nada queda explicado, y el asunto, como a nadie importa, se desvanece. Durante uno o dos días la prensa airea el cotilleo, que en seguida desaparece, como un arroyo australiano, en las entrañas de las tinieblas. Es posible, supongo, que esta singular indiferencia por los sucesos maravillosos no sea del codo inexplicable. Pudiera ser que los sucesos en cuestión fueran, por así decirlo, casuales percances psíquicos, que no tenían por qué ocurrir o manifestarse. Pertenecen a un mundo misterioso, oculto tras un velo, que sólo por alguna extraña fatalidad se descorre momentáneamente. Entonces los vemos, momentáneamente. Pero los personajes a los que Kipling llama Señores de la Vida y de la Muerte procuran que no veamos demasiado. De todos modos, solemos ocuparnos de asuntos de cualquier índole, elevados o superfluos; y en general no soportamos distraernos con lo que realmente no nos concierne. La transfiguración del Lama y las travesuras de los *poltergeists* no son asunto nuestro evidentemente; la indiferencia nos hace arquear una ceja y pasar de largo… en provecho de la poesía o la estadística.

Como puede advertirse, los reportajes periodísticos a los que he aludido no me merecen demasiado crédito. Que yo sepa, el Lama, a pesar de lo dicho por Reuter, no llegó a transfigurarse, y el *poltergeist*, pese al difunto Andrew Lang[2], en realidad pudo ser solamente la traviesa Polly, sirvienta de la granja. Y voy más lejos todavía; sé que no tengo motivos para asociar estos casos maravillosos con un suelto fortuito que me llamó la atención el verano pasado y que, a primera vista, no tenía nada decididamente fuera de lo corriente. En realidad, tal vez no lo habría leído, ni lo habría visto, si no hubiese contenido el nombre de un lugar que visité en cierta ocasión y que me conmovió de manera extraña, sin que pudiera comprender por qué. Realmente estoy seguro de que ese suelto en particular merece un sitio aparte, pues aunque el *poltergeist* fuese auténtico, sólo revelaría las fantasías psíquicas de alguna región que no es la nuestra. Hay cosas mejores y más relevantes detrás de las pocas líneas dedicadas a Llantrisant, pequeña población marítima del condado de Arfon. Aunque no a primera vista, debo decir, pues el recorte —aún lo conservo— decía así:

LLANTRISANT.— Se prevé una estación muy propicia: ayer al mediodía la

temperatura del mar era de 18 grados centígrados. Se supone que han tenido lugar unos sucesos extraordinarios durante la reciente Restauración. Últimamente no se han observado luces. La Corona. El Hogar del Pescador.

Desde luego, el estilo era raro. Conociendo un poco los periódicos, comprendí que se había empleado con generosidad la figura retórica llamada, creo, tmesis o cortamiento. Las exuberancias del corresponsal en aquella localidad las había recortado un experto de Fleet Street[3], y esos mediocres a menudo tienen prisa. Pero, ¿qué significaban esas « luces» ? ¿Qué extraños asuntos había suprimido y malogrado el vehemente lápiz del censor?

Es fue mi primer pensamiento, y luego, al acordarme de Llantrisant, de cómo lo descubrí y lo extraño que lo encontré, volví a leer el suelto y casi me entristecí cuando creí dar con la explicación obvia. Por un momento había olvidado que estábamos en tiempo de guerra, que las alarmas, los rumores y los miedos acerca de señales alevosas y luces intermitentes eran corrientes en todas partes, tanto en tierra como en alta mar. Alguien, sin duda, había estado observando las inocuas ventanas de alguna granja y los insensatos tragaluces de las casas de huéspedes, y esas eran las « luces» que no se habían observado últimamente.

Después averigüé que el corresponsal en Llantrisant no había pensado en luces traicioneras, sino en algo muy diferente. Sin embargo, ¿qué sabemos nosotros? Pudo haberse equivocado, y « el rosetón de fuego» que surgía del fondo del mar podía haber sido la luz de babor de algún barco de cabotaje. ¿No brillaría la luz en la vieja capilla que hay sobre el promontorio? Tal vez. O quizás fuese la lámpara del médico de Sarnau, a unas millas de distancia. Últimamente he tenido estupendas oportunidades de analizar las maravillas de los estados de consciencia e inconsciencia; y en ese terreno verdaderamente pueden realizarse proezas casi increíbles. Si me inclino por la explicación menos plausible de las « luces» de Llantrisant, es sólo porque esta explicación me parece totalmente congruente con los « sucesos extraordinarios» que se mencionan en el suelto de periódico.

Después de todo, si bien es cierto que el rumor, el chismorreo, la habladuría, son cosas detestables que hay que abandonar por completo y dejar de lado, por otra parte una prueba es una prueba, y cuando una pareja de reputados cirujanos afirma, como en el caso de Olwen Phillips, de Croeswen, en Llantrísant, que allí ha habido una « especie de resurrección de un cadáver» , es una tontería decir que esas cosas no suceden. La chica tenía tuberculosis en fiase avanzada, estaba a las puertas de la muerte; ahora está llena de vida. Así que no creo que el rosetón de fuego fuese simplemente la luz de algún barco, magnificada y transformada por los soñadores marineros de Gales.

Ahora corro demasiado. Como no puse fecha al suelto, no puedo decir en qué

día exacto apareció, pero creo que fue entre la segunda y la tercera semana de junio. Lo recorté, en parte porque era sobre Llantrisant, y en parte por los « sucesos extraordinarios» . Siento predilección por esos asuntos, aunque también tengo la desdicha de exigir pruebas antes de concederles crédito. Tengo la firme esperanza de poder elaborar algún día una teoría sobre tales cosas.

Pero mientras tanto, como medida transitoria, mantengo lo que llamo doctrina del rompecabezas. Es decir, puede haber, y es lo normal, sucesos extraordinarios, carentes de significado. La coincidencia, la casualidad y otras causas inescrutables, de vez en cuando forman nubes que indudablemente semejan fieros dragones, o patatas que se parecen exacta y minuciosamente a eminentes estadistas, o rocas que son como águilas o leones. Eso no indica nada. Pero cuando uno descubre que varías formas extrañas encajan entre sí y forman parte de un mismo dibujo, el interés y el asombro van en aumento. Entonces cada forma rara confirma a la otra, justifica en su conjunto todo el plan expuesto, corrobora y explica cada pieza por separado.

De modo que, una semana o unos diez días después de haber leído y recortado el suelto sobre Llantrisant, recibí una carta de un amigo que estaba pasando sus vacaciones en aquella región.

« Te interesará saber —decía en su carta— que a los habitantes de Llantrisant les ha dado por las prácticas rituales. El otro día entré en la iglesia, y en lugar del habitual olor a humedad de cripta, había un verdadero tufo a incienso» .

Pero yo sabía algo más. El viejo párroco era un firme evangelista; antes habría quemado azufre en su iglesia que incienso. De modo que no acababa de entender la noticia. Y unas semanas más tarde me fui a Arfon, decidido a investigar este y los demás sucesos extraordinarios de Llantrisant.

AROMAS DEL PARAÍSO

Llegué a Arfon en pleno florecimiento del cálido y maravilloso verano que allí disfrutaban. En Londres no hacía ese tiempo; más bien parecía como si el horror y la furia de la guerra hubiesen ascendido al cielo, donde reinaban. Por la mañana, el ardiente sol descargaba sobre la ciudad un calor que quemaba y consumía; luego, de todas partes llegaban pesadas y horribles nubes, y a primeras horas de la tarde el cielo se oscurecía y una tormenta, con truenos y relámpagos y una violenta y sibilante lluvia, caía sobre las calles. Realmente todas las tensiones del mundo parecían estar en el clima de Londres. Un terrible velo oscuro cubría la ciudad; por dentro, el miedo anidaba en nuestros corazones; por fuera, sólo había nubes negras y fuego borrascoso.

Es cierto que no puedo describir con palabras la paz absoluta de aquella costa galesa a la que llegué. Ante ese cambio se comprende, creo, el tránsito de las

inquietudes y los miedos de la tierra a la paz del paraíso. Una tierra que parecía sumida en un sueño bendito, feliz; un mar que cambiaba todo el tiempo del olivino al esmeralda, del esmeralda al zafiro, del zafiro al amatista, que bañaba con su espuma blanca la sólida base de los grises acantilados y los contornos de los enormes baluartes carmesí que ocultan las bahías y calas a poniente. Llegué a esta tierra, con sus hondonadas purpúreas que huelen a serpol, con sus apretados ramilletes de exquisitas y diminutas flores. Por todas partes refulgía la bendición de la centaura, la indulgencia de la eufrasia, el deleite de la orquídea zapatilla. Así que los ojos fatigados se refrescaban mirando las florecillas y las felices abejas a su alrededor, o el espejo mágico del piélago, que iba cambiando de maravilla en maravilla con el paso de las grandes nubes blancas y el brillo cada vez mayor del sol. Y los oídos, desgarrados por el cascabeleo, el alboroto y el perezoso y vano zumbido, eran apaciguados y aliviados por el inefable, indecible, incesante murmullo, mientras iban y venían las mareas, gritando con voz potente, cavernosa, en las grutas de los acantilados.

Durante tres o cuatro días me tumbé al sol y aspiré el aroma de las flores y del agua salada, y una vez refrescado, recordé que había algo raro en Llantrisant que podía investigar. No esperaba encontrar nada especial, pues, como se recordará, había descartado la manifiesta rareza de la referencia del periodista —¿o fue el comisionado?— a las « luces» , dando por supuesto que debía aludir a una especie de pánico local en relación a presuntas señales al enemigo. Desde luego habían torpedeado uno o dos barcos en el canal de Bristol, cerca de Lundy. Sólo disponía de la referencia a los « sucesos extraordinarios» , y esa carta de Jackson hablándome del « tufo» a incienso de la iglesia de Llantrisant, un estado de cosas completamente increíble y ridículo. El anciano señor Evans, su párroco, consideraba que las estolas de colores eran la verdadera vestidura de Satanás y sus ángeles, por lo mucho que las apreciaba el Papa de Roma. ¡Pero en cuanto al incienso! Como ya he advertido informalmente, lo conocía mejor.

Pero, tratándose de un hecho probado, merece la pena señalar que cuando llegué a Llantrisant el lunes nueve de agosto visité la iglesia y todavía quedaba un fragante y exquisito olor a raras resinas que habían quemado allí.

Dio la casualidad que conocía un poco al párroco. Era un anciano de lo más atento y cordial, y en mi última visita se había tropezado conmigo en el cementerio, donde yo estaba admirando la magnífica cruz celta que allí se levanta. Además del bello adorno entrelazado, en uno de sus bordes hay una inscripción en caracteres ogámicos[4], concerniente a la conocida disputa; en conjunto es una de las cruces más famosas de la civilización celta. Como digo, el señor Evans, al verme mirar la cruz, se acercó y comenzó a darme un resumen —poco fiable y dudoso, según descubrí después— de los diversos debates

originados en torno al significado exacto de la inscripción. Me divirtió percibir que tenía al respecto una manifiesta aunque oculta creencia: que los supuestos caracteres ogámicos se debían, en realidad, a unos chicos traviesos, la erosión y el paso del tiempo. Pero entonces se me ocurrió preguntarle por el tipo de piedra con que estaba hecha la cruz y el párroco se animó increíblemente. Empezó a hablar de geología y manifestó, creo, que la cruz o el material para hacerla debió de haber llegado a Llantrisant procedente de la costa sudoeste de Irlanda. Eso me pareció interesante, porque era una curiosa evidencia de las migraciones de los santos celtas, a los que el párroco consideraba, lo cual me encantó comprobar, buenos protestantes, aunque escasamente informados en cuanto a cruces. El caso es que, con algunas concesiones por mi parte, nos arreglamos bastante bien. Así que este buen precedente me animó a visitarle.

Lo encontré muy alterado. No es que hubiera envejecido, en realidad parecía rejuvenecido. Su rostro tenía una singular expresión resplandeciente, casi de júbilo, que yo no le había visto antes, que únicamente había visto en muy pocos rostros humanos. Por supuesto hablamos de la guerra, pues era algo inevitable, de las perspectivas agrícolas del país, de cuestiones generales, hasta que me aventuré a comentar que había estado en la iglesia y me había sorprendido su olor a incienso.

—¿Ha introducido algunos cambios en el oficio desde que estuve aquí por última vez? ¿Utiliza ahora incienso?

El anciano me miró de manera extraña y titubeó.

—No —dijo—, no ha habido ningún cambio. No utilizo incienso en la iglesia. No osaría hacer tal cosa.

—Sin embargo —empecé— por toda la iglesia parece como si hubiesen cantado una Misa Solemne y…

Me cortó en seco, con un ademán bastante serio que casi me atemorizó.

—Sé que es usted un maldiciente —dijo, y la frase me asombró indescriptiblemente viniendo de aquel bondadoso anciano—. Y además muy enconado. He leído artículos suyos y conozco su desdén y su odio hacia los que usted, con sorna, llama protestantes, aunque su abuelo, el vicario de Caerleon-on-Usk, se decía protestante y estaba orgulloso de serlo, y su tío-tatarabuelo Hezekiah, *ffeiriad coch yr Castletown* —El Cura Rojo de Casdetown—, fue un prominente metodista de su época, al que la gente acudía por millares cuando administraba el Sacramento. Yo nací y me crié en el condado de Glamorgan, y los ancianos lloraban cuando me contaban los llantos y la contrición que allí había cuando el Cura Rojo partía el Pan y alzaba el Cáliz. Pero usted es un maldiciente, que sólo ve el exterior y la apariencia de las cosas. No es digno del misterio que aquí ha ocurrido.

Me fui de su lado verdaderamente abrumado, y con razón, creo. Aunque parezca mentira los galeses forman todavía un solo pueblo, casi una familia, de

un modo que los ingleses no pueden comprender, pero jamás habría pensado que aquel viejo clérigo supiera nada de mis antepasados ni de sus actividades. Y en cuanto a mis artículos y similares, ya sabía yo que los clérigos del país los leían de vez en cuando, pero había imaginado que mis declaraciones eran lo suficientemente vagas incluso para Londres, y mucho más para Arfon.

En cualquier caso no obtuve ninguna explicación del párroco de Llantrisant acerca de la extraña circunstancia de que su iglesia oliese a incienso y otros perfumes del paraíso.

Recorrí pensativo las calles de Llantrisant de arriba abajo y llegué a su pequeño puerto, de muelles pequeños donde todavía persiste el pequeño cabotaje. Estaba anclado un bergantín, en el que cargaban antracita con toda la pereza propia de las horas de sol. Pues una de las rarezas de Llantrisant es una pequeña mina de carbón en el corazón del bosque que hay sobre una ladera. Crucé el terraplén que separa el puerto exterior del interior, y me detuve en una playa rocosa oculta al pie de una frondosa colina. La marea estaba bajando y unos niños jugaban en la arena húmeda, mientras dos damas —sus madres, supongo— charlaban sentadas cómodamente sobre unas mantas a poca distancia de mí.

Al principio hablaron de la guerra, y yo me hice el sordo, pues estaba más que harto de oír siempre lo mismo, sobre todo en Londres. Después de una breve pausa, la conversación pasó a un tema completamente distinto. Yo estaba sentado al otro lado de una gran roca y no creo que las damas se hubieran dado cuenta de mi llegada. Sin embargo, aunque hablaban de cosas desconocidas para mí, no decían nada que me obligara a anunciar mi presencia.

—Después de todo —decía una de ellas—, ¿de qué se trata? No comprendo qué le pasa a la gente.

La que hablaba era galesa; reconocí sus exageradas y nítidas consonantes y su pizca de acento. Su amiga era de las Midlands [centro de Inglaterra], y resultó que se habían conocido sólo unos días antes. La suya era una de esas amistades de playa y baños, tan común en las pequeñas localidades costeras.

—No cabe duda de que hay algo extraño en esta gente. Como sabe, no he estado nunca en Llantrisant; en realidad, es la primera vez que pasamos las vacaciones en Gales, y como no sé nada de las costumbres locales ni estoy acostumbrada a oír hablar en galés, creí que quizás todo se debía a mi imaginación. ¿Cree usted de verdad que hay algo un poco raro?

—Le diré una cosa: he llegado a pensar en escribir a mi marido y pedirle que nos saque de aquí a mis hijos y a mí. Ya sabe usted que estoy en casa de la señora Morgan; su salita está justo al otro lado del pasillo y a veces dejan la puerta abierta, de modo que puedo oír perfectamente lo que hablan. Aunque ellos lo ignoran, entiendo el galés. ¡Y les he oído decir cosas muy alarmantes!

—¿Qué cosas?

—Verá usted, en realidad, parece una especie de servicio religioso, aunque no de la Iglesia anglicana, de eso estoy segura. Empieza el viejo Morgan, y le contestan su esposa y sus hijos. Es algo así: « Bendito sea Dios, por los mensajeros del Paraíso» . « Bendito sea Su Nombre, por el Paraíso de la carne y la bebida» . « Gracias os damos, por la antigua ofrenda» . « Gracias os damos, por comparecer ante el antiguo altar» . « Alabado sea, por el júbilo del antiguo jardín» . « Alabanzas os damos, por el regreso de los que han estado tanto tiempo ausentes» . Y cosas por el estilo. Nada más que tonterías.

—Puede estar segura —dijo la dama de las Midlands— de que no hay ningún mal en ello. Son disidentes[5], una nueva secta, según creo. Ya sabe usted que algunos disidentes tienen unos modales muy raros.

—Todo esto en nada se parece a lo que yo conozco de los disidentes —replicó la dama galesa con algo de vehemencia y el marcado acento de su tierra—. ¿Les ha oído hablar de la resplandeciente luz que brilló a medianoche en la iglesia?

3. UN SECRETO EN UN LUGAR RECÓNDITO

No sabía qué hacer, estaba completamente desconcertado. Los niños interrumpieron de golpe la conversación de las dos damas, justo en el momento en que las luces de la iglesia alcanzaban el prado, y cuando volvieron a la arena gritando, la conversación había vuelto a cambiar, y la señora Harland y la señora Williams estaban completamente a salvo, hablando del sarampión de Janey y de un maravilloso tratamiento para el dolor de oídos en los niños, como el caso de Trevor ilustraba. Obviamente no pude obtener más de ellas, de modo que abandoné la playa, crucé el terraplén del puerto y me tomé una cerveza en El Hogar del Pescador, para hacer tiempo antes de ascender las dos millas largas de camino y tomar el tren de Penvro, donde residía. Como iba diciendo, subí el camino un poco atónito, no tanto, creo, a causa de los testimonios e indicios de cosas extrañas que había oído, sino más bien por la frase de acción de gracias « por el Paraíso de la carne y la bebida» .

El sol se ponía ya y caía la tarde cuando ascendí la elevada colina, atravesando frondosos bosques y altos prados. El perfume de tanto verdor subía de la tierra y de la espesura del bosque; en un recodo del sendero divisé el empañado espejeo del mar en calma, y escuché a lo lejos el grave murmullo de las olas al estrellarse contra la pequeña, escondida y cerrada bahía de Llantrisant. Entonces pensé que si había un paraíso en la carne y la bebida, tanto más lo había en el perfume de las hojas verdes al atardecer, en la vista del mar y en el color rojo del cielo. Y en esto tuve una visión imprecisa de un mundo real que nos rodeaba todo el tiempo, de una lengua que era secreta sólo porque no nos habíamos tomado la molestia de escucharla y discernirla.

Casi había anochecido cuando llegué a la estación, donde estaban encendidas unas pocas lámparas de petróleo, cuya luz trémula apenas alumbraba aquella solitaria tierra, en la que las distancias entre granjas eran enormes. Llegó el tren y lo cogí. Nada más arrancar reparé en un grupo de gente bajo una de aquellas lámparas. Una mujer y su hijo habían bajado del tren, y un hombre que los esperaba les dio la bienvenida. No me había fijado en su cara mientras estuve en el andén, pero ahora vi que señalaba la colina de Llantrisant, y creo que me asusté un poco.

Era joven, hijo de algún granjero, me figuro, vestía ropa basta de color marrón y era tan diferente al párroco señor Evans, como lo pueda ser un hombre de otro. Sin embargo, en su rostro, cuando lo vi a la luz de la lámpara, había el mismo brillo que había observado en el rostro del párroco. Era un rostro luminoso, en el que resplandecía un júbilo inefable, y pensé que más bien parecía alumbrar a la lámpara del andén, en lugar de que ella le iluminase a él. Deduje que tanto la mujer como el niño eran forasteros y habían venido a visitar a la familia del joven. Ambos habían mirado en torno, algo alarmados, antes de divisarlo, pero cuando vieron su radiante rostro todas sus inquietudes parecieron desvanecerse de pronto. Aquel apeadero en pleno campo era tan solitario y sombrío, que parecía como si la más radiante e imperecedera alegría les diera la bienvenida… al paraíso.

Pero aunque en cierta manera parecía tranquilo, me encontraba completamente desconcertado. Intuía, en efecto, que algo extraño había sucedido o iba a suceder en la pequeña población oculta al pie de la colina, pero hasta entonces no había ninguna pista de aquel misterio, o más bien me la habían dado pero yo no la había tomado en consideración, no me había dado cuenta de su presencia, ya que ni siquiera vemos lo que decidimos, sin más consideraciones, que es increíble, aunque lo tengamos delante de los ojos. El diálogo que la gal esa señora Williams había mantenido con su amiga inglesa debía haberme puesto en el buen camino; pero la pista excedía todos los límites de lo posible, se apartaba de mi línea de pensamiento. Un paleontólogo puede ver monstruosas y significativas huellas en el limo de la ribera de un río, pero no sacaría más conclusiones que las que le aconsejase su propia ciencia; elegiría cualquier explicación antes que la obvia, ya que lo obvio resultaría ultrajante, según nuestros establecidos hábitos de pensamiento, que consideramos definitivos.

Al día siguiente me fui a cierto lugar que conocía, no muy lejos de Penvro, a reflexionar sobre estas extrañas cosas. Me encontraba en las primeras fiases de desentrañamiento del rompecabezas, o más bien tenía ante mí sólo unas pocas piezas y —siguiendo con la figura— mi dificultad era la siguiente: aunque los trazos de cada pieza parecían tener un propósito y un significado, sin embargo no podía adivinar ni por asomo la índole del dibujo en conjunto, del que aquellos

formaban parte. Evidentemente me figuraba que ocultaba un gran secreto; lo había visto en el rostro del joven granjero en el andén de la estación de Llantrisant, y no se apañaba de mi mente la imagen de él bajando el sombrío, escarpado, tortuoso sendero que conducía al pueblo y al mar, a través de la espesura del bosque, llevando consigo una luz.

Pero me embargaba cierta perplejidad al pensar en ello, en un intento de encajarlo con el olor de la iglesia, los trozos de conversación que había escuchado y el rumor de la claridad a medianoche. Y aunque Penvro no está muy poblado, ni mucho menos, se me ocurrió ir a un lugar solitario llamado Punta del Viejo Campamento, que mira hacia Cornualles y el gran piélago que se extiende hasta los confines del mundo, un sitio donde la clara visión tal vez podría venir acompañada de fragmentos de sueños, o al menos eso lo parecían entonces.

Hacía algunos años que no había vuelto por la Punta. La última vez, en una anterior visita a los acantilados, seguí una senda escabrosa y difícil. Esta vez elegí un camino más hacia el interior, que el plano del condado parecía recomendar, aunque sin convicción, por lo que se refiere a la última parte del viaje. De modo que me interné tierra adentro y ascendí los caminos vecinales bajo los ardorosos rayos de un sol estival, hasta llegar por fin a un sendero, cada vez más cubierto de césped y hierbas crecidas, que en su parte más elevada dejaba de serlo. Llegué ante una verja frente a un seto de viejos espinos, y más allá parecían adivinarse vagos indicios de una vereda. Se diría que alguien pasó alguna vez por aquel camino, aunque no era frecuente.

Había ascendido bastante, pero no tanto como para divisar el mar. La brisa marina soplaba entre los espinos trayendo a mi olfato un aroma acre. El terreno descendía suavemente desde la verja y luego volvía a elevarse hacia una loma, donde había una granja solitaria. Dejé atrás la granja y tomé con recelo un sendero incierto, que seguía un seto. De pronto vi ante mí el Viejo Campamento, y más allá la vasta extensión del mar color zafiro y la bruma que lo confundía con el cielo. A mis pies descendía abruptamente la colina, poblada de flores de aulaga, de un tenue color dorado rojizo, y de brezo de un púrpura espléndido. Llegué a una hondonada que, entre relucientes helechos verdes, bajaba hasta el espejeante mar. Más allá de la hondonada se elevaba un cerro boscoso, abastionado en la cumbre con los enormes muros antiguos del Viejo Campamento, con sus imponentes circunvalaciones verdes intramuros, que han soportado innumerables años.

En aquel suave montículo verde, desde el que se vislumbraba la radiante y cambiante superficie del mar iluminado por el sol, saqué pan, queso y cerveza de la bolsa que llevaba, y comí y bebí, y luego, encendiendo mi pipa, me puse a pensar en los enigmas de Llantrisant. Nada más ponerme a ello, y con gran fastidio por mi parte, apareció un hombre trepando por los riscos y se acercó a

mí, sin dejar de mirar fijamente al mar. Me saludó con la cabeza y empezó diciendo apropiadamente:

—Buen tiempo para la cosecha.

Luego se sentó y se puso a hablar conmigo. Era de Gales, al parecer, pero de otra parte del país, y pasaba unos días con sus parientes en la granja que yo acababa de dejar atrás. Su insípida charla, que a él parecía complacerle, a mí me fastidiaba, hasta que de pronto empezó a hablar de Llantrisant y sus actividades. Le escuché con asombro y a continuación resumo lo que me contó. Que quede bien claro, sin embargo, que sus datos eran de segunda mano, se había enterado de ellos a través de un primo suyo granjero.

En pocas palabras: había habido al parecer una larga enemistad en Llantrisant entre un abogado local, Lewis Prothero, y un granjero apellidado James. Se habían peleado por una nimiedad, y la disputa se había agravado con el paso del tiempo hasta que ambas partes habían olvidado su origen y, de alguna manera, que no alcanzo a comprender, el abogado había logrado « meterse en un puño» al pequeño propietario. Según creo, James había otorgado una escritura de venta de su granja en un momento inoportuno y Prothero la había comprado. Al final el granjero tuvo que abandonar su viejo hogar y alojarse en una choza. La gente decía que había tenido que emplearse como jornalero en su propia granja; el caso es que acabó en la más horrible de las miserias, y daba pena verlo. Algunos llegaron a pensar que si se tropezara alguna vez con el abogado, tendría derecho a matarlo.

Un sábado de junio se encontraron en medio de la plaza del mercado de Llantrisant. El granjero, un tipo pequeño vestido de negro, profirió un grito de rabia, y la gente se abalanzó sobre él para mantenerlo apartado de Prothero.

—Acto seguido —dijo mi informante— le contaré lo que sucedió. Este abogado, me dicen, es un tipo musculoso y de gran estatura, con una mandíbula enorme y la boca muy abierta, rostro rubicundo y patillas rojas. Llevaba un abrigo negro y sombrero de copa, y todo su dinero a las espaldas, como suele decirse. Y aunque parezca mentira, se arrodilló en el polvo de la calle delante de Philip James, y todos pudieron ver la expresión de terror de su rostro. Pidió perdón al tal James, le suplicó clemencia y le imploró por Dios y todos los santos del paraíso. Mi primo, John Jenkins, de Penmawr, me contó que de los ojos de Lewis Prothero caía un mar de lágrimas. Luego se llevó una mano al bolsillo, sacó la escritura de Pantyreos, que era como se llamaba la granja de Philip James, y le devolvió la propiedad y cien libras por las existencias que en ella había, todo en billetes de banco, en señal de enmienda y consuelo.

» Según me dicen, toda la gente pareció enloquecer, lamentándose y gritando a voz en cuello toda clase de cosas. Y por fin se dirigieron todos a la iglesia, y allí Philip James y Lewis Prothero se juraron amistad eterna el uno al otro ante la vieja cruz, y todo el mundo entonó cánticos de alabanza. Y me cuenta mi primo

que entre toda aquella multitud había gente que nunca había estado antes en Llantrisant, y su corazón se estremeció como en un torbellino.

Tras escuchar todo en silencio, le dije:

—¿Qué quiso decir su primo con eso de « gente que nunca había estado antes en Llantrisant» ? ¿Qué gente?

—Los llaman « pescadores» .

Y de repente me vino a la mente el Rico Pescador, que, según la antigua leyenda, custodia el sagrado misterio del Grial.

4. EL TAÑIDO DE LA CAMPANA

Hasta ahora no he contado lo que sucedió en Llantrisant, sino más bien la historia de cómo topé con esos sucesos, perplejo y completamente desorientado, sin saber lo que buscaba, desconcertado de vez en cuando por unas circunstancias que me parecían totalmente inexplicables, careciendo no sólo de la clave del enigma, sino ignorando la naturaleza misma de ese enigma. No es posible resolver un rompecabezas hasta saber de qué se trata. « Las yardas divididas por minutos —me dijo mi profesor de matemáticas hace tiempo— nunca darán cerdos, ovejas ni bueyes» . Llevaba razón, aunque sus modales, en esa como en las demás ocasiones, fuesen sumamente ofensivos. Esto se aplica también a mi proceso personal, si puedo llamarlo así. A continuación sigue el relato de lo que sucedió en Llantrisant, cuando por fin pude reconstruirlo.

Todo comenzó, al parecer, un día caluroso de principios del pasado junio, el primer sábado del mes, según tengo entendido. Una anciana sorda, una tal señora Parry, vivía sola en una casita de campo poco más o menos a una milla del pueblo. Aquel sábado bajó al mercado muy temprano en un estado de gran excitación, y tan pronto como hubo ocupado el sitio de costumbre en la acera de la iglesia, con sus patos y huevos y unas cuantas patatas tempranas, empezó a contar a sus vecinas que había oído repicar una gran campana. Las buenas mujeres sonrieron a sus espaldas, ya que había que gritarle al oído para que pudiera comprender lo que se le decía. La señora Williams, de Penycoed, se inclinó y le gritó:

—¿Qué campana era esa, señora Parry? No hay ninguna iglesia cerca de Penrhiw, donde usted vive. ¿Ha oído usted la tontería que acaba de decir? —dijo en voz baja a la señora Morgan—. Como si pudiera oír alguna campana.

—¿A qué vienen esas tonterías? —dijo la señora Parry, con el consiguiente asombro de ambas mujeres—. Puedo oír una campana tan bien como usted, señora Williams, tan bien como oí sus cuchicheos.

Este hecho, que no ofrece ninguna duda, dio pie a interminables controversias. Aquella anciana que estaba sorda como una tapia desde hacía mas

de veinte años —el defecto era hereditario— de repente esa mañana de junio podía oír tan bien como cualquier otra persona. Sus dos amigas la miraron fijamente y pasó un buen rato hasta que lograron apaciguar su indignación y la persuadieron a hablar de la campana.

Eso había sucedido a primeras horas de la mañana de un día de niebla. Estaba ella recogiendo salvia en su jardín, en lo alto de una colina desde la que se divisa el mar, cuando llegó a sus oídos una especie de vibración, de cántico, de temblor, «como si la música saliera del interior de la tierra», y luego algo pareció estallar en su cabeza, y todos los pájaros empezaron a cantar a la vez, y las hojas de los álamos que había en el jardín revolotearon impulsadas por la brisa que se elevaba del mar, y un gallo cacareó a lo lejos en Twyn, y un perro ladró en Kemeys Valley. Mas por encima de todos esos sonidos, no oídos durante tantos años, se escuchaba el profundo tañido de la campana, «y al mismo tiempo cantaba una voz humana».

Volvieron a mirar a la mujer y se miraron entre ellas.

—¿De dónde venía el sonido? —preguntó una.

—Venía del mar —contestó tranquilamente la señora Parry—, y cada vez sonaba más próximo a tierra.

—Bueno —dijo la señora Morgan—, entonces era la campana de algún barco, aunque no acabo de comprender por qué la tocarían de esa forma.

—No fue ninguna campana de barco, señora Morgan —dijo la señora Perry.

—Entonces ¿dónde cree usted que sonaba?

—*Ym mharadwys* —replicó la señora Parry en galés.

Quería decir «en el paraíso», y nada más oírlo las otras dos mujeres cambiaron de conversación. Creyeron que la señora Parry había recobrado el oído de repente —cosas así suceden de vez en cuando— y que el sobresalto la había «indispuesto un poco». Y esta explicación sin duda se habría mantenido firme, de no haber sido por otras experiencias. En efecto, el médico de la localidad (que desde hacía una docena de años llevaba tratando a la señora Parry, no de sordera, que él consideraba incurable, sino de una pesada bronquitis crónica) contó el caso a un colega suyo de Bristol, suprimiendo, por supuesto, la referencia al paraíso. El físico de Bristol opinó con rotundidad que los síntomas eran los que cabía esperar.

—Con toda probabilidad —escribió— nos hallamos ante el derrumbe súbito de una antigua obstrucción en el conducto auditivo, y es de esperar que este proceso venga acompañado de acusados e incluso violentos zumbidos.

¿Y qué hay de las otras experiencias? A medida que avanzaba la mañana de aquel claro día veraniego y el mercado alcanzaba su apogeo, todos los puestos y las calles fueron llenándose de rumores y de rostros atemorizados. Hombres y mujeres procedentes de diversas granjas solitarias de los alrededores contaban

que a primeras horas de aquella mañana habían oído emocionados el tañido de una campana que no sonaba como las demás. Y parece que mucha gente del pueblo había sido despenada sin saber cómo; alguien dijo que le despertó el sonido de una campana y un órgano, y las dulces voces de un coro que cantaba.

—Hubo tales melodías y canciones que mi corazón rebosaba de alegría.

Y poco después del mediodía unos pescadores que habían pasado toda la noche en alta mar regresaron a puerto contando que habían oído algo asombroso en medio de la niebla; y uno de ellos dijo haber visto pasar algo a poca distancia de su barca.

—Era completamente dorado y brillante —añadió—, y un resplandor lo circundaba.

—Sobre las aguas se oía una canción que parecía venir del cielo —declaró otro pescador.

Y aquí añadiré, entre paréntesis, que al regresar al pueblo busqué a un viejo amigo mío, que ha dedicado toda su vida al estudio de lo extraño y lo esotérico. Pensé que mi historia le interesaría profundamente, pero comprobé que me escuchó con bastante indiferencia. Y al llegar a lo de los pescadores recuerdo haberle preguntado:

—¿Qué te parece? ¿No crees que es sumamente raro?

—¡Qué va! Puede que los marineros mintieran; o puede haber ocurrido lo que dicen. Bueno, esas cosas están siempre sucediendo.

Hasta aquí la opinión de mi amigo, que no voy a comentar.

Hay que advertir que en las distintas versiones de los que habían oído la campana, o creyeron haberla oído, el sonido era diferente. También en los sonidos hay misterio, sin duda, como en todo lo demás. En efecto, estoy informado de que durante uno de los horribles ataques aéreos perpetrados sobre Londres en este otoño se dio el caso de un gran bloque de viviendas para obreros, en el que la única persona que oyó el estallido de una determinada bomba fue una anciana sorda, que había estado profundamente dormida hasta el momento mismo de la explosión. Esto es bastante extraño tratándose de un sonido completamente natural (y horrible). Algo así debió de ocurrir en Llantrisant, donde el sonido oído podía ser una alucinación auditiva colectiva o una manifestación de lo que, de manera conveniente aunque incorrecta, llamamos mundo sobrenatural.

Pues el sonido de la campana no llegó a todos los oídos, ni a todos los corazones. La señora Parry, que era sorda, lo oyó en el jardín de su solitaria casa de campo, por encima de la bruma marina; pero en otra granja al oeste de Llantrisant, un niño de apenas tres años fue la única persona, entre una familia de diez, que oyó algo. Gritó en un balbuceante galés infantil algo parecido a «Clychau fawr, clychau fawr» (las grandes campanas, las grandes campanas) y su madre no supo de qué estaba hablando. Sólo cuatro hombres, de entre las

tripulaciones de la media docena de barcas de pesca que faenaban cerca de la costa en medio de la niebla, tenían algo que contar. Por eso, al principio, los que no habían oído nada sospecharon que sus vecinos, que habían oído maravillas, mentían; hasta que la acumulación de pruebas procedentes de las más diversas y remotas partes convenció a la gente de que la historia era auténtica. A podía sospechar que su vecino B se había inventado la historia; pero cuando C, desde algún lugar en las colinas a unas cinco millas de distancia, y D, el pescador en el mar, escucharon cada uno un rumor parecido, era evidente que algo había sucedido.

E incluso entonces, según me contaron, las señas que se veía hacer a la gente eran más extrañas que las historias que se contaban entre ellos. Me impresionó que mucha gente, al leer algunas de las frases que yo había recogido, las descartase entre risas calificándolas de invenciones muy burdas y fantásticas; no es habitual, decían, que los pescadores hablen de « una canción que parecía venir del cielo» o de que « un resplandor lo circundaba» . Y en mi opinión esa crítica estaría bastante justificada si se tratara de pescadores ingleses; pero, por extraño que parezca, Gales no ha perdido todavía los últimos vestigios de su buena crianza. Y hay que recordar también que en la mayoría de los casos tales frases están traducidas de otra lengua, es decir, el galés.

Así que en su habla común fueron apareciendo, digamos, fragmentos de la nube de esplendor. Y ese sábado demostraron, con bastante inquietud en muchos casos, estar enterados de que las cosas que se contaban formaban parte de sus antiguas costumbres y fueros. La comparación no es del todo acertada, pero imaginen que el viejo Durbeyfield de Hardy[6] despertara súbitamente de un largo sueño para encontrarse en una sala noble del siglo XIII, atendido por pajes arrodillados y objeto de las sonrisas de amables damas con finos jubones de seda.

Así que al anochecer los más viejos del lugar recordaron las historias que sus padres les habían contado, sentados alrededor del fuego en las noches de invierno, cincuenta, sesenta o setenta años atrás. Como la de la campana maravillosa de Teilo Sane, que había surcado los cristalinos mares desde Sión, recibiendo el apelativo de « porción del paraíso» , y « cuyo tañido se parecía al incesante coro de los ángeles» .

Tales cosas recordaron los viejos aquella noche y se las contaron a los jóvenes en las calles del pueblo y en los empinados caminos que llevan a las lejanas colinas. El sol se puso tras la montaña, una inmensa bola roja de fuego como un holocausto, el cielo se tiñó de violeta y el mar de púrpura, mientras se contaban unos a otros los prodigios que habían vuelto a suceder en esta tierra después de muchísimo tiempo.

5. EL ROSETÓN DE FUEGO

Durante los nueve días siguientes, a partir de aquel sábado de junio, el primero del mes según creo, Llantrisant y todas las zonas limítrofes padecieron un cúmulo extraordinario de alucinaciones o creyeron ver grandes maravillas.

No soy quién para delimitar el justo equilibrio entre ambas posibilidades. Los testimonios, sin duda, son fáciles de conseguir; el asunto está pendiente de una investigación sistemática.

Pero debo decir lo siguiente: el hombre corriente, en el transcurso de su vida corriente, acepta por lo general la evidencia de sus sentidos. Dice que ve una vaca, o una tapia de piedra, y que tanto la vaca como la tapia de piedra están «ahí». Eso cuadra muy bien con los objetivos prácticos de la vida, pero creo que los metafísicos no son de ningún modo tan fáciles de convencer en cuanto a la presencia real de la tapia de piedra y la vaca. Tal vez puedan conceder que ambos objetos están «ahí» porque se reflejan en un espejo; la realidad existe, pero ¿existe también la realidad externa a cada uno? En todo caso, se acepta unánimemente que, suponiendo que haya una existencia real, no cabe duda de que no es, ni mucho menos, como nosotros la concebimos. La hormiga y el microscopio nos convencerán rápidamente de que no vemos las cosas como son en realidad, aun suponiendo que las veamos. Si pudiésemos «ver» la vaca tal como es, nos parecería completamente increíble, tan increíble como las cosas que voy a relatar.

Veamos, no conozco nada menos convincente que las historias de la luz roja en el mar. Varios marineros, que faenaban por el Canal [de la Mancha] en pequeños barcos de cabotaje aquel sábado por la noche, afirmaron haber «visto» una luz roja, y hay que reconocer que en sus relatos existe una coincidencia bastante aceptable. En todos ellos el hecho ocurrió entre la medianoche del sábado y la una de la mañana del domingo. Dos de los marineros llegaron a precisar la hora exacta de la aparición: ocurrió a las doce y veinte, según establecieron ellos mismos medíante elaborados cálculos. ¿Y cuál es la historia?

Una luz roja, un destello ardiente visto a lo lejos en la oscuridad, que al principio tomaron por una señal, probablemente enemiga. Luego fue acercándose a una velocidad tremenda, y un hombre creyó que era la luz de babor de algún nuevo tipo de lancha a motor que desarrollaba una velocidad, sin precedentes hasta la fecha, de cien o ciento cincuenta nudos por hora. En seguida quedó claro que esa velocidad no era posible. Al principio había sido un destello rojo en lontananza; luego una impetuosa lámpara; y finalmente, en un lapso increíble de tiempo, aumentó de tamaño hasta convertirse en un inmenso rosetón de fuego que ocupaba todo el mar y todo el cielo, ocultando las estrellas, y dominaba la tierra.

—Creí que había llegado el fin del mundo —dijo uno de los marineros.

Y unos instantes después la luz desapareció, y cuatro de ellos afirman haber visto un destello rojo en Chapel Head, donde se alza, por encima del mar, la vieja capilla gris de Teilo Sant, en una hendidura de los riscos calizos.

Eso fue lo que contaron los marineros; y aunque sus relatos eran increíbles, había que dar*les* crédito. Hombres de lo más eminente en el campo de la física han atestiguado la existencia de fenómenos igual de maravillosos, de cosas completamente contrarias al orden natural, tal como nosotros lo concebimos; y puede decirse que a nadie le importa.

—Esas cosas han sucedido siempre —me comentó un día mi amigo.

Pero, con independencia de que aquellos hombres hubiesen visto realmente el fuego, era indudable que a partir de entonces lo llevaban dentro, les abrasaba los ojos. Estaban purificados como si hubiesen pasado por el Horno de los Sabios, gobernado por la Sabiduría, que los alquimistas conocen. Hablaban sin dificultad de lo que habían visto, o les parecía haber visto, con sus propios ojos, pero nada decían acerca de lo que sus corazones habían experimentado cuando por unos instantes les inundó el resplandor del rosetón llameante.

Durante algunas semanas permanecieron callados, como si estuvieran asombrados; apenas daban crédito a lo visto, diría yo. Si no hubiese habido más que esa espléndida y ardiente aparición, que tras mostrarse se desvaneció, creo que hubieran dudado de sus sentidos, negando la veracidad de sus propios relatos. Y no me atrevo a decir que no tuviesen razón. Hombres como sir William Crookes y sir Oliver Lodge[7] son, desde luego, personajes a los que hay que escuchar con respeto, y ellos atestiguan toda clase de eversiones aparentes de las leyes que la mayoría de nosotros considera más profundamente cimentadas que las antiguas colinas. Es posible que lleven razón, pero en el fondo de nuestros corazones lo ponemos en duda. Nos resistimos a creer sinceramente que una sólida mesa se eleve en el aire, sin ningún motivo o causa mecánica, desafiando de esta manera a lo que llamamos « ley de gravitación universal» . Sé muy bien lo que puede alegarse en contra; sé que en el ejemplo citado no se trata de una verdadera « ley» , que lo único que indica esta pretendida ley es que yo nunca he visto levantarse una mesa sin ayuda mecánica, ni una manzana separarse del árbol, elevándose a los cielos en lugar de caer al suelo. La supuesta ley no es más que una suma de observaciones ordinarias y nada más. Sin embargo, supongo que si no creemos en el fondo de nuestros corazones que una mesa pueda levantarse por sí sola, mucho menos creeremos en el rosetón de fuego que por unos instantes se tragó el cielo, el mar y las costas de Gales el pasado mes de junio.

Podría ser que los hombres que lo vieron se hubiesen inventado esos cuentos de hadas para explicarlo, si no fuera porque lo llevaban dentro.

Todos ellos afirmaban, y era evidente que decían la verdad, que en el

momento de la visión desaparecieron los dolores, achaques y enfermedades que padecían. Uno de ellos estaba muy borracho del venenoso licor que había ingerido en el Cuchitril de Jobson, junto a los muelles de Cardiff. Encontrándose muy enfermo, se había arrastrado fuera de su litera en busca de un poco de aire fresco, y en un instante desaparecieron sus pavores y su enorme náusea. Otro, que estaba al borde de la desesperación por el mortificante dolor producido por un absceso en una muela, dice que cuando se acercó la llama roja sintió como un golpe fuerte y amortiguado en la mandíbula, y a continuación el dolor desapareció por completo, apenas podía creer que lo hubiese tenido alguna vez.

Y todos ellos testimonian una extraordinaria exaltación de los sentidos. Aquello fue indescriptible, ya que no podían describirlo. Están asombrados de nuevo; no pretenden ni mucho menos saber lo que sucedió; pero resulta tan imposible hacerles negar lo que vieron como lo sería lograr que dijesen que el agua no moja ni el fuego calienta.

—Después me sentí un poco raro —dijo uno de ellos—, y me sujeté al mástil; no encuentro palabras para decir lo que sentí al tocarlo. No sabía que tocar un mástil pudiera ser mejor que cualquier bebida fuerte cuando está uno sediento, o que una blanda almohada cuando tiene uno sueño.

Escuché otros ejemplos de ese estado de cosas, si puedo llamarlo así, ya que no sé qué otra cosa podría ser. Pero supongo que todos podemos aceptar que para un hombre de salud regular, el impacto normal del mundo exterior sobre sus sentidos resulta prácticamente indiferente. Cualquier impacto normal, un violento chillido, el reventón de un neumático, cualquier ataque violento a los nervios auditivos, le enojará y es posible que hasta suelte un taco. Por el contrario, el hombre que no está «en forma» se enojará e irritará fácilmente si alguien le empuja para abrirse paso entre una muchedumbre, o ante el tañido de una campana, o incluso si se cierra de golpe un libro.

A mi entender, de lo dicho por esos marineros se desprende que el impacto normal del mundo exterior se había convertido para ellos en una fuente de placer. Tenían los nervios de punta, pero estaban dispuestos a recibir exquisitas impresiones sensuales. El contacto con el mástil, por ejemplo, file de un goce mayor que el que la delicada seda puede producir en algunas pieles voluptuosas. Bebían agua y abrían los ojos de par en par como si fuesen *fins gourmets* saboreando algún vino maravilloso. El crujido y el zumbido de sus barcas a marcha lenta les deleitaba tanto como una fuga de Bach a un aficionado a la música.

Aquellos rudos marineros tenían entre ellos sus peleas, disensiones, desavenencias y envidias, como el resto de nosotros; pero todas ellas se acabaron desde el momento en que vieron la luz rosada. Antiguos enemigos se estrechaban la mano efusivamente y se reían a carcajadas mientras se confesaban mutuamente lo tontos que habían sido.

—No puedo decir exactamente cómo ha sucedido, o qué es lo que ha sucedido —dijo uno—, pero cuando se tiene el mundo entero con todo su esplendor, ¿cómo es posible pelearse por cinco peniques?

La iglesia de Llantrisant es un típico ejemplo de templo parroquial galés, antes del nefasto y horrible periodo de la « restauración» .

Este mundo inferior en que vivimos es un palacio de mentiras, y entre las más disparatadas de todas ellas ninguna más insensata que cierta fábula acerca de los francmasones medievales, una fábula que hasta cierto punto engañó al frío intelecto de Hallam el historiador[8]. La historia refiere, en resumen, que durante el periodo gótico el arte de construir iglesias lo desempeñaron gremios ambulantes de « francmasones» , poseedores de varios secretos sobre construcción y embellecimiento, que empleaban adondequiera que fuesen. Si este disparate fuese cierto, el gótico de Colonia sería como el de Colne, y el de Arlès como el de Abingdon. Esto es tan grotescamente inexacto que casi todos los condados, por no decir países, tienen su estilo característico de arquitectura gótica. Arfon se encuentra al oeste de Gales, y sus iglesias tienen normas y características que las distinguen de las iglesias al este de ese mismo país.

La iglesia de Llantrisant tiene esa primitiva división entre nave y presbiterio, que sólo la gente más necia se niega a reconocer como equivalente al iconostasis[9] oriental, que dio origen en Occidente al cancel. Un sólido muro dividía la iglesia en dos partes; en el centro había una estrecha abertura con un arco de medio punto, a través de la cual los que estaban sentados hacia la mitad de la nave podían ver el pequeño altar, alfombrado en rojo, y por encima de él los tres ventanales ojivales toscamente alancetados.

El « banco de lectura» estaba al otro lado del muro de partición, y allí ejercía su ministerio el párroco, con el coro agrupado a su alrededor en sillas. En el interior estaban los bancos de ciertas familias privilegiadas de la población y toda su comarca.

El domingo por la mañana la gente ocupó sus sitios de costumbre, no sin cierto regocijo en los ojos, y cierta expectación ante lo desconocido. Las campanas dejaron de sonar y el párroco, con su amplia y anticuada sobrepelliz, entonó ante el atril el himno « Dios mío, ¿está dispuesta Tu mesa?»

Y al comenzar los cánticos, los que estaban en los bancos al otro lado del muro salieron en tropel a través de la arcada y se desparramaron por la nave. Ocuparon los lugares que encontraron vacíos, y el resto de la congregación los miró con asombro.

Nadie sabía lo que había ocurrido. Aquellos cuyos asientos estaban cerca del pasillo trataron de mirar hacia el presbiterio, para ver qué había sucedido, o iba a suceder, allí. Pero por alguna razón la luz procedente de los ventanales que había encima del altar (los únicos del presbiterio, si exceptuamos una pequeña lanceta

en la pared que da al sur) brillaba tanto que nadie podía distinguir nada.

—Fue como si allí colgara un velo de oro adornado con rubíes —dijo un hombre.

Y en efecto, en los cristales de las lancetas de la parte este aún quedaban retazos y residuos de la antigua pintura.

Pero hubo pocos en la iglesia que de vez en cuando no oyesen voces que hablaban al otro lado del velo.

6. EL SUEÑO DE OLWEN

Los personajes acaudalados y dignos que abandonaron sus bancos en el presbiterio de la iglesia de Llantrisant y entraron precipitadamente en la nave no pudieron dar ninguna explicación de lo que habían hecho. Dijeron que lo hicieron porque tuvieron el presentimiento de que «tenían que ir», y acudieron rápidamente; se vieron impulsados a ello por una orden secreta e irresistible, por así decirlo. Pero todos los que estaban presentes en la iglesia aquella mañana se quedaron atónitos, aunque exultantes en sus corazones; pues, al igual que los marineros que vieron el rosetón de fuego en alta mar, se sentían rebosantes de un júbilo que era literalmente inefable, ya que no podían expresarlo ni interpretarlo.

Y también ellos, como los marineros, se transmutaron o, por decirlo de otra forma, el mundo se transmutó para ellos. Experimentaron lo que los médicos llaman una sensación de *bien être*, sólo que elevada a la máxima potencia. Los viejos volvían a sentirse jóvenes, los ojos que habían perdido vista de pronto veían con claridad, aunque ahora contemplaran un mundo rectificado y resplandeciente, como si una llama interior brillase en todo, y detrás de todo.

Es extremadamente difícil dejar constancia de este estado, ya que se trata de una experiencia tan rara que no existe lenguaje capaz de expresarla. Una sombra de sus éxtasis la encontramos en la poesía más sublime; hay frases en los libros antiguos que hablan de los santos celtas que vagamente lo dan a entender; algunos maestros italianos de la pintura también los conocieron, pues una luz parecida brilla en sus cielos y alrededor de las almenas de sus ciudades, construidas sobre montañas mágicas. Pero no son más que indicios inciertos.

No es poético acudir al gremio de boticarios en busca de símiles. Pero durante muchos años guardé un artículo de la revista *Lancet* —o quizás fuese la *British Medical Journal*, no recuerdo bien cuál de ellas— en el que un médico daba cuenta de ciertos experimentos que llevó a cabo con una droga llamada Botón de Mezcal, o Anhelonium Lewinii. Bajos los efectos de esa droga, tenía que cerrar los ojos, e inmediatamente surgían ante él increíbles catedrales góticas de tal majestuosidad y esplendor que ninguna mente podría imaginar. Parecían surgir de lo más profundo del cielo, sus agujas destacaban entre las

nubes y las estrellas, estaban construidas con admirable imaginería. Cuando las contemplaba, en seguida se daba cuenta de que todas las piedras tenían vida, que se movían y palpitaban, como si fuesen piedras preciosas, digamos esmeraldas, zafiros, rubíes, ópalos… pero de unos tonos que el ojo humano jamás había visto.

Esta descripción da una ligera idea, creo, de la naturaleza del mundo transmutado en el que había irrumpido esa gente del mar, un mundo resucitado y glorificado, lleno de placeres. En sus semblantes había júbilo y asombro. Pero era en el rostro del párroco donde el júbilo era más profundo y el asombro mayor. Pues había oído tres veces a través del velo la palabra griega que significa «sagrado». Y él, que una vez había asistido horrorizado a una Misa Mayor en una iglesia extranjera, reconoció el perfume del incienso que llenaba aquel lugar de un extremo a otro.

Fue aquél sábado por la noche cuando Olwen Phillips, de Croeswen, tuvo un sueño maravilloso. Era una chica de dieciséis años, hija de unos modestos granjeros, y durante muchos meses había estado condenada a una muerte cierta. La tisis, que prospera en climas húmedos y cálidos, había hecho presa en ella; la tuberculosis no sólo había afectado a sus pulmones sino que se había extendido a todo su organismo. Como suele suceder con frecuencia, había disfrutado de breves periodos de recuperación durante las primeras fases de la enfermedad, pero hacía tiempo que estaba desahuciada y en las últimas semanas parecía precipitarse con vehemencia hacia la muerte. El médico fue a verla aquel sábado por la mañana en compañía de un colega, y ambos estuvieron de acuerdo en que la enfermedad de la chica había entrado en su fase final.

—Posiblemente no durará más de uno o dos días —le dijo a su madre el médico del pueblo.

La visita se repitió el domingo por la mañana y la encontró sensiblemente peor. Poco después la paciente se sumió en un profundo sueño, del que su madre pensó que ya no despertaría.

La chica dormía en una habitación interior que se comunicaba con el dormitorio de sus padres. La puerta intermedia quedaba abierta, para que la señora Phillips pudiera oír a su hija si la llamaba por la noche. Y aquella noche Olwen llamó a su madre, justo al rayar el alba. No fue la llamada apenas perceptible de una moribunda lo que llegó a oídos de la madre, sino un grito estruendoso que resonó por toda la casa, un grito de júbilo inmenso. La señora Phillips se despertó sobresaltada, preguntándose qué había sucedido. Y entonces vio a Olwen, que no había podido levantarse de la cama durante las últimas semanas, de pie ante la puerta, a la débil luz del naciente día.

—¡Mami! ¡Mami! —gritó la chica a su madre—. Se acabó. Estoy perfectamente bien otra vez.

La señora Phillips despertó a su marido, y ambos se incorporaron en la cama

sobresaltados, sin saber, como después dijeron, qué demonios hacer. Allí estaba su pobre hija, reducida a una sombra de sí misma, tendida en su lecho de muerte, y cada vez que respiraba la vida se le escapaba como un soplo, y la última vez que habló, su voz era tan débil que había que acercar el oído a su boca para oírla. Allí estaba de pie ante ellos sólo unas horas después; e incluso con aquella débil luz pudieron apreciar que estaba incomprensiblemente cambiada. Y la señora Phillips dijo que durante unos instantes creyó que habían llegado los alemanes y les habían matado a todos mientras dormían. Pero Olwen volvió a gritar, de modo que la madre encendió una vela, se levantó y atravesó la habitación tambaleándose. Allí estaba Olwen, de nuevo alegre y rolliza, sonriendo con sus ojos brillantes. Su madre la llevó a su propia habitación y depositó allí la vela; y al palpar la carne de su hija, prorrumpió en lágrimas, mezcladas con súplicas de regocijo y admiración, y de acción de gracias; y abrazó a la chica para cerciorarse de que no se engañaba. Entonces Olwen contó su sueño, aunque ella creía que no era tal.

Dijo que se despertó en medio de la oscuridad más absoluta, sabiendo que la vida se le escapaba rápidamente. No podía mover ni un dedo; intentó gritar, pero no salió de sus labios sonido alguno. Tenía el presentimiento de que en seguida se iría de este mundo, y su corazón sufría atrozmente. Y cuando sus labios exhalaron el último aliento de vida, oyó un sonido muy débil y dulce, como el tintineo de una campana de plata. Venía de muy lejos, de más allá de Ty-newydd. Olvidó su congoja y se puso a escuchar, y asegura que incluso entonces sintió como si el torbellino del mundo volviese a ella. Y el sonido de la campana aumentó y se intensificó, estremeciendo todo su cuerpo, que de esta forma recuperó la vida. Y mientras la campana sonaba y vibraba en sus oídos, una tenue luz roja se reflejó en la pared de su habitación, hasta inundarla por completo de un fuego rosado. Entonces vio que delante de su cama había tres hombres de rostros radiantes, ataviados con túnicas de color sangre. Uno de ellos llevaba en la mano una campana dorada. El segundo sostenía algo que tenía la forma de un tablero de mesa. Era como una alhaja enorme, de color azul, atravesada de vetas plateadas y doradas que fluían cual torrentes, y tenía reflejos como si hubiesen echado violetas al agua; unas veces era verde, como el mar cerca de la costa, otras azul como el cielo nocturno con todas las estrellas brillando, y el sol y la luna la bañaban al ponerse. Y el tercer hombre sostenía por encima de ella una copa que era como un rosetón encendido.

—Algo ardía en su interior, que contenía unas gotas de sangre, y encima había como una nube roja. Entonces pude contemplar un gran misterio. Y escuché una voz que cantó nueve veces: « Gloria y alabanzas al Conquistador de la Muerte, a la inmortal Fuente de la Vida» . Luego la luz roja se alejó de la pared y todo quedó a oscuras. La campana sonó otra vez débilmente en Capel Teilo y entonces me levanté y te llamé, mami.

El lunes por la mañana vino el médico con el certificado de defunción en la cartera, y Olwen salió corriendo a su encuentro. Ya he citado su frase en el primer capítulo de esta relación: « una especie de resurrección del cadáver» . Reconoció cuidadosamente a la chica y declaró haber comprobado que había desaparecido cualquier rastro de la enfermedad. El domingo por la mañana había dejado a su paciente en ese estado de coma que precede a la muerte, un cuerpo condenado irremisiblemente y listo para tumba. Y el lunes por la mañana había encontrado a una joven llena de vida, cuyo cuerpo reía y se regocijaba como un río fluyendo de un pozo sin fondo.

Ahora es el momento de formular una de esas preguntas (hay muchas), aunque no pueda contestarse. La pregunta se refiere a la permanencia de la tradición, sobre todo entre los actuales galeses de origen celta. Por un lado, han sufrido multitud de oleadas y tormentas. Padecieron la oleada de los sajones paganos; luego, la oleada del Medievo latino, después las mareas del anglicanismo; y por último la avalancha de su propio metodismo calvinista, mitad puritano, mitad pagano. Y cabe preguntarse si es posible que haya sobrevivido algún recuerdo de esa serie de aluviones. Ya dije que los viejos de Llantrisant conocían la historia de la campana de Teilo Sant, pero se trataba de recuerdos vagos y fragmentados. Luego, tenemos el nombre con que eran conocidos los « forasteros» en la plaza del mercado, y esto es más preciso. Los estudiosos de la leyenda del Grial saben que, en los romances, el custodio de este Cáliz es el Rey Pescador, o el Rico Pescador. Los expertos en hagiografía céltica saben que fue profetizado que, antes del nacimiento de Dewi (David), dicho guardián sería un « hombre de vida acuática» . Otra leyenda cuenta cómo un niño, destinado a ser santo, fue hallado en el río sobre una piedra, y cómo durante su infancia encontraba todos los días un pez para alimentarse, precisamente encima de esa piedra; en tanto que otro santo, llar, si mal no recuerdo, fue llamado expresamente el Pescador. Pero ¿han persistido hasta nuestros días estos recuerdos entre la gente practicante y piadosa? Es difícil decirlo. Está el asunto del Cáliz Curativo de Nant Eos, o el Cáliz Curativo de Tregaron, como también se conoce. Hace sólo unos años se lo mostraron a un arpista ambulante, que lo trató con ligereza y pasó una noche espantosa, según dijo; luego volvió arrepentido y lo dejaron a solas con el vaso sagrado para rezar, hasta que « su mente estuviese en paz» . Eso ocurrió en 1887.

En cuanto a mí, que sólo conozco superficialmente el Gales moderno, recuerdo que hace tres o cuatro años hablé con mi ocasional casero de ciertas reliquias de San Teilo, que se supone custodia una familia de este país. El casero era un tipo alegre y jovial, y observé con cierto asombro que su habitual talante afable cambió por completo cuando me dijo muy seriamente, señalando vagamente hacia el norte:

—Esto acabará allí, en aquellas montañas.

Y cambió de tema, como lo hace un francmasón.

Ahí radica el asunto. Pero, a diferencia de la historia de Llantrisant, el sueño de Olwen Phillips fue, en realidad la visión del Santo Grial.

7. LA MISA DEL SANTO GRIAL

—*Ffeiriadwyr Melcisidec! Ffeiriadwyr Melcisidec!* —gritó el viejo diácono metodista y calvinista de barba cana— ¡Sacerdocio de Melquisedec! ¡Sacerdocio de Melquisedec!

Y prosiguió:

—La Campana que es como *y glwys yr angel ym mharadwys* (el júbilo de los ángeles en el paraíso) ha retornado. El Altar cuyo color nadie puede discernir ha retornado. El Cáliz que vino de Sión ha retornado. La vieja Ofrenda se ha restablecido. Los Tres Santos han vuelto a la iglesia de los *tri sant*. Los tres Pescadores Sagrados están entre nosotros y su red está colmada. *Gogoniant, gogoniant* (¡Gloria! ¡Gloria!)

Entonces otro metodista empezó a recitar en galés un verso del himno de Wesley[10].

> Dios aún respeta Tu sacrificio,
> Su dulce sabor siempre agrada;
> La Ofrenda humea a través de la tierra y los cielos,
> Difundiendo vida, júbilo y paz;
> Llega a Tus patios inferiores
> Y los llena de perfume Divino.

Toda la iglesia, según cuentan los libros antiguos, estaba llena de la fragancia de las especies más raras. Unas luces brillaban dentro del santuario, a través de la angosta arcada.

Era el principio del fin de todo lo que había acontecido en Llantrisant. Fue el domingo siguiente a la noche en que Olwen Phillips había recobrado misteriosamente la vida. Aquel día los disidentes no habían abierto ni una sola de sus capillas en todo el pueblo. Los metodistas con su pastor y sus diáconos, y todos los no-conformistas[11], habían vuelto aquel domingo por la mañana a la «antigua colmena». Parecía una iglesia de la Edad Media, una iglesia de la actual Irlanda. Todos los asientos, excepto los del presbiterio, estaban ocupados, todos los pasillos repletos, el patio de la iglesia atestado; todo el mundo estaba arrodillado y el viejo párroco, también de rodillas, se hallaba frente a la puerta

del santo lugar.

Pero ninguno de ellos podía decir apenas nada de lo que había pasado al otro lado del velo. No se había intentado celebrar el servicio normal. Cuando las campanas dejaron de sonar, el viejo diácono dio un grito, y el sacerdote y los fieles cayeron de rodillas, pues creían haber escuchado dentro de sí un coro que cantaba: « Aleluya, aleluya, aleluya» . Y cuando dejaron de sonar las campanas de la torre, se oyó el sonido estremecedor de la campana de Sión, y el velo dorado de la luz solar atravesó la puerta y cayó sobre el altar, y las voces celestiales comenzaron a entonar sus melodías.

Una voz como una trompeta gritó desde el interior de aquel resplandor:

—*Agyos, agyos, agyos*.

Y la gente, como movida por antiguos recuerdos, replicó:

—*Agyos yr Tâd, agyos yr Man, agyos yr Yspryd Glan, Sant, sant, sant, Drindod sant vendigeid. Sanctus Arglwydd Dduw Sabaoth, Dominus Deus.*

Hubo una voz que gritó y cantó desde dentro mismo del altar. La mayor parte de la gente recordaba vagamente haberla oído en las capillas; era una voz ascendente y descendente que se elevaba en modulaciones atroces que sonaban como la trompeta del Juicio Final. La gente se daba golpes de pecho, y por sus mejillas caían lágrimas cual lluvia en las montañas; los que pudieron, se postraron ante aquel velo esplendoroso. Después dijeron que los habitantes de las montañas, a más de veinte millas de distancia, oyeron ese grito y ese cántico, transportados por el viento, y se postraron, exclamando: « La ofrenda se ha cumplido» , sin que nadie supiera lo que decía.

Hubo algunos que vieron salir por la puerta del santuario a tres personas, que permanecieron de pie unos instantes en el estrado de delante de la puerta. Los tres llevaban vestiduras de color rojo como la sangre. Uno de ellos se adelantó a los otros dos, miró hacia poniente y tocó la campana. Y dicen que todas las aves del bosque, todas las aguas del mar, todas las hojas de los árboles, y todos los vientos de las montañas, elevaron sus voces, acompañando al tañido de la campana. Y los otros dos se miraron el uno al otro. Y mientras el segundo sujetaba el altar desaparecido que antaño llamaban « Zafiro» , que era como del color cambiante del mar y el cielo, como una mezcla de oro y plata, el tercero elevó sobre ese altar un cáliz rojo con la sangre de la ofrenda.

Y el viejo párroco gritó entonces ante la entrada:

—*Bendigeid yr Offeren yn oes oesoedd* (Bendita sea la Ofrenda por los siglos de los siglos).

La Misa del Santo Grial había terminado y entonces empezaron a abandonar esta tierra las personas y objetos sagrados que habían regresado a ella al cabo de tantos años. Al parecer muchos de ellos siguieron oyendo el estremecedor sonido de la campana durante varios días, incluso semanas, a partir de aquel domingo por la mañana. Pero, desde entonces nadie ha vuelto a ver el altar ni el cáliz, ni

ha vuelto a oír la campana, al menos manifiestamente, sólo en sueños, dormidos o despiertos. Ni volvieron a verse forasteros en el mercado de Llantrisant, ni en los lugares solitarios donde ciertas personas, agobiadas por grandes pesares, los habían encontrado alguna que otra vez.

Sin embargo la gente del pueblo nunca olvidó aquella visita. Muchas cosas sucedieron en los nueve días que no se han anotado en esta relación… o leyenda. Algunas fueron insignificantes, aunque bastante extrañas en otros tiempos. Así por ejemplo, un hombre del pueblo que tenía un perro feroz, que siempre estaba encadenado, descubrió un día que la bestia se había vuelto dócil y mansa.

Y algo todavía más extraño: a Edward Davies, un granjero de Lanafon, lo despertó una noche un extraño aullido en su patio. Miró por la ventana y vio a su perro pastor jugando con un enorme zorro; se perseguían por turnos, derribándose el uno al otro y « haciendo cabriolas como nunca había visto nada igual» , según afirmó el asombrado granjero. Y alguien dijo que durante esa temporada de maravillas el maíz creció mucho, la hierba se espesó, y la fruta se multiplicó en los árboles de manera asombrosa.

Más importante, al parecer, fue el caso de Williams, el tendero, aunque bien pudo tratarse de una entrega completamente normal. El señor Williams iba a casar a su hija Mary con un tipo espabilado de Carmarthen, y le angustiaba la idea, no ya por el matrimonio en sí, sino porque las cosas no le habían ido muy bien últimamente y pensaba que no podría celebrar los desposorios como a él le habría gustado. La boda iba a celebrarse el sábado —día en que se reconciliaron el abogado Lewis Prothero y el granjero Philip James—, y el tal John Williams, que no tenía dinero ni crédito, sólo pensaba en la vergüenza que pasaría por la escasez y pobreza del festejo nupcial. En estas, el martes le llegó una carta procedente de Australia de su hermano David, del que no sabía nada desde hacía quince años. Al parecer, David Williams había hecho mucho dinero y seguía soltero, y con la carta envió un pagaré por valor de mil libras. « Así podrás disfrutarlo ahora sin tener que esperar a que me muera» . La cantidad era más que suficiente, en efecto, pero apenas una hora después de la llegada de la carta, se presentó en la tienda la señora de la casa grande (Pías Mawr) y dijo:

—Señor Williams, su hija Mary ha sido siempre una chica excelente, y tanto mi marido como yo creemos que debemos regalarle algo por su boda, esperando que sea muy feliz.

Era un reloj de oro que valía quince libras. Y después de lady Watcyn, se presentó el viejo médico con una docena de botellas de oporto, con cuarenta años a sus espaldas, y un largo sermón acerca de cómo decantarlas. Y la anciana esposa del viejo párroco llevó a la guapa chica morena dos yardas de encaje color crema, a modo de hechizo, para el velo nupcial, y cuenta Mary que lo llevó en su boda hace cincuenta años. Y el terrateniente sir Watcyn, como si su esposa no hubiera hecho ya un excelente regalo, llamó a Williams desde su caballo y le

dijo, ladrando como un perro:

—¿Te vas a casar, eh, Williams? No puede haber boda sin champán, ¿sabes?; no sería legal, ¿no es cierto? De modo que elige un par de cajas.

Así cuenta Williams la historia de los regalos de boda; y desde luego jamás hubo en Llantrisant una boda tan famosa.

Todo esto, por supuesto, encaja perfectamente dentro del orden natural; el «destello», como lo llaman, parece más difícil de explicar. Pues dicen que durante aquellos nueve días, y en especial después de que todo acabara, nunca más hubo un hombre cansado o desesperado en Llantrisant, ni en toda la región circundante. Pues si un hombre creía que un trabajo, físico o mental, iba a ser demasiado para sus fuerzas, de repente le invadía un cálido resplandor y un escalofrío, y se sentía tan fuerte como un gigante, y más feliz de lo que había sido en toda su vida, de modo que tanto el abogado como el cercador disfrutaron de la misión encomendada a cada uno, como si fuera un juego.

Y mucho más asombroso que este o cualquier otro prodigio fue la indulgencia, ejercitada con amor. Hubo reuniones de antiguos enemigos en la plaza del mercado y en la calle que hicieron levantar las manos a la gente y declarar que era como si uno se paseara por las milagrosas calles de Sión.

¿Y qué pasa con los «fenómenos», cuya presencia calificamos, en el lenguaje corriente, de «milagrosa»? ¿Qué sabemos de ellos? La pregunta que siempre me he planteado surge de nuevo: ¿es posible que las viejas tradiciones sobrevivan en una especie de latente, o letárgico, estado de semiinconsciencia? En otras palabras, ¿acaso la gente «vio» y «oyó» lo que esperaba ver y oír? Esta cuestión, u otra similar, surgió en un debate entre Andrew Lang y Anatole France con respecto a las visiones de Juana de Arco. France afirmaba que cuando Juana vio a San Miguel, vio al arcángel tradicional del arte religioso de su época, pero a mi entender Andrew Lang demostró que la imagen visionaria descrita por Juana no se parecía en lo más mínimo al concepto que se tenía de San Miguel en el siglo XV. Por eso, en el caso de Llantrisant, he afirmado que existe una especie de tradición acerca de la campana sagrada de Teilo Sant; y, desde luego, no es del todo imposible que llegase a oídos de los campesinos galeses alguna vaga noción del cáliz del Grial a través de los *Idilios* de Tennyson. Pero no veo ninguna razón para suponer que esa gente haya oído hablar del altar portátil (llamado «Zafiro» por William de Malmesbury[12]) ni de sus colores cambiantes «que nadie puede discernir».

Existen además otras cuestiones, como la diferencia entre alucinación y visión, la duración media de una y otra, y la posibilidad de que se trate de una alucinación colectiva. Si un grupo de gente ve (o cree ver) las mismas apariciones es posible que sólo sea una alucinación. Creo que existe un caso ilustrativo de este asunto, que concierne a un grupo de gente que vio la misma

aparición en la pared de una iglesia de Irlanda. Pero también hay, por supuesto, otra dificultad: una persona puede sufrir una alucinación y comunicar su impresión a los demás por vía telepática.

Pero, a fin de cuentas, ¿qué sabemos nosotros?

LA PIRÁMIDE RESPLANDECIENTE

1. LA ESCRITURA EN PUNTA DE FLECHA

—¿Que le persigue, dice usted?

—Sí, me persigue. ¿No se acuerda que cuando le vi hace tres años me habló de su casa en el oeste rodeada de viejos bosques, colinas abovedadas y agrestes, y terreno escabroso? Siempre he conservado en mi mente una especie de imagen encantada, sobre todo cuando me sentaba frente al escritorio a escuchar el ruidoso tráfico de la calle en medio del ajetreo londinense. Pero, ¿cuándo llegó usted?

—La verdad, Dyson, es que acabo de salir del tren. Esta mañana temprano he ido a la estación y he cogido el tren de las 10:45.

—Bien, me complace que venga a visitarme. ¿Cómo le ha ido desde nuestro último encuentro? Supongo que no habrá una señora Vaughan.

—No —dijo Vaughan—, todavía soy un eremita, como usted. No he hecho otra cosa que haraganear.

Vaughan había encendido su pipa y se había sentado en el sillón, inquieto, mirando en torno suyo de una forma algo trastornada e intranquila. Dyson había girado su silla cuando entró su visitante y se sentó con un brazo amistosamente reclinado sobre el escritorio de su estudio, en medio de un desorden de papeles manuscritos.

—¿Sigue todavía ocupado en su antigua tarea? —dijo Vaughan, señalando el montón de papeles y las abundantes casillas.

—Sí, la vana búsqueda de la literatura, tan ociosa como la alquimia, e igual de arrebatadora. Supongo que habrá venido a la ciudad para algún tiempo. ¿Qué haremos esta noche?

—Bueno, más bien desearía que se viniera usted conmigo unos días al oeste. Estoy seguro de que le haría mucho bien.

—Es usted muy amable, Vaughan, pero Londres en septiembre es difícil de dejar. Doré no podría dibujar nada tan maravilloso y místico como Oxford Street tal cual la vi la otra tarde: la llameante puesta de sol y la azulada bruma convertían la simple calle en una “lejana vía de la ciudad espiritual”.

—Sin embargo, me gustaría que viniera conmigo. Disfrutará vagando por

nuestras colinas. ¿Vale acaso la pena seguir trabajando todo el día y toda la noche? Me deja usted absolutamente perplejo; me pregunto cómo puede trabajar así. Estoy seguro de que le deleitará la gran paz de mi viejo hogar entre bosques.

Vaughan encendió de nuevo su pipa y miró ansiosamente a Dyson para comprobar si sus estímulos habían surtido algún efecto, pero el hombre de mundo agitó su cabeza, risueño, y juró para sus adentros su firme lealtad hacia las calles.

—No me tiente —dijo.

—Bien, puede que usted tenga razón. Después de todo, tal vez me equivoqué al hablar de la paz del campo. Allí, cuando ocurre una tragedia, es como cuando se arroja una piedra a un estanque: los círculos concéntricos de la perturbación siguen agrandándose y parece como si el agua no fuera ya a quedarse quieta nunca más.

—¿Por casualidad ha habido alguna tragedia donde usted vive?

—Apenas puedo decir eso. Pero hace como un mes me inquietó en grado sumo algo que sucedió; puede o no haber sido una tragedia en el usual sentido de la palabra.

—¿Qué aconteció?

—Bien, la verdad es que desapareció una muchacha de una forma que parece sumamente misteriosa. Sus padres, del linaje de Trevor, eran granjeros acaudalados, y Annie, que era su hija mayor, pasaba por una belleza local; en verdad era extraordinariamente hermosa. Una tarde decidió ir a visitar a una tía suya viuda que cultivaba su propia tierra, y como ambas granjas distaban solamente cinco o seis millas se puso en marcha, advirtiendo a sus padres que tomaría el atajo de las colinas. Nunca llegó a casa de su tía, y nunca más fue vista. Eso fue, en pocas palabras, lo que ocurrió.

—¡Qué cosa más extraordinaria! Supongo que no habrá en esas colinas minas abandonadas. Aunque no creo de verdad que nadie corra hacia algo tan formidable como un precipicio.

—No; el camino que la chica debió tomar no tenía trampas de ninguna clase; es solamente una senda sobre la agreste y desnuda ladera de la colina, lejos incluso de cualquier apartado camino. Se pueden recorrer en ella muchas millas sin encontrar un alma, pero es del todo segura.

—Y, ¿qué dice la gente?

—¡Oh! Cuentan disparates entre ellos. No se imagina usted la cantidad de aldeanos supersticiosos que hay en parajes tan remotos como el mío. Son tan exagerados como los irlandeses, ni una pizca menos, y aún más reservados.

—Pero, ¿qué dicen?

—¡Oh! Suponen que la chica se ha “ido con las hadas” o ha sido “arrebatada por las hadas”. ¡Vaya asunto! —prosiguió—. Uno se reiría si no fuera por la auténtica tragedia del caso.

Dyson parecía un poco interesado.

—Sí —dijo—, en estos días las "hadas" a buen seguro impresionan favorablemente al oído. Pero, ¿qué dice la policía? Presumo que no aceptan esa hipótesis del cuento de hadas.

—No; pero parecen del todo perplejos. Lo que yo me temo es que Annie Trevor puede haber tropezado en su camino con algún bribón. Castletown es un importante puerto de mar, como usted sabe, y algunos de los peores marineros extranjeros desertan de sus barcos de vez en cuando y vagabundean por la ciudad de un lado para otro. No hace muchos años, un marinero español llamado García asesinó a una familia entera para robar menos de seis peniques. Algunos de esos tipos casi no son humanos, y mucho me temo que la pobre chica haya tenido un espantoso fin.

—Pero nadie vio a ningún marinero extranjero por la región, ¿verdad?

—No, eso es cierto; y, por supuesto, la gente de campo repara con facilidad en cualquiera cuyo aspecto y vestimenta se salgan un poco de lo común. Con todo, parece como si mi teoría fuera la única explicación posible.

—No hay datos a los que recurrir —dijo Dyson, pensativamente—. Supongo que no se tratará de un asunto amoroso o algo por el estilo.

—¡Oh, no! Ni por asomo. Estoy seguro de que si Annie estuviera viva habría procurado que su madre se enterara.

—Sin duda alguna. Sin embargo, es apenas posible que esté viva y que no pueda comunicarse con sus amigos. Pero todo esto debe haberle inquietado mucho.

—Sí, en efecto. Aborrezco los misterios, y especialmente los misterios que probablemente ocultan algún horror. Pero con franqueza, Dyson, le confieso que no vine aquí para contarle esto.

—Por supuesto que no —dijo Dyson, un poco sorprendido por la intranquilidad de Vaughan—. Ha venido usted a charlar de asuntos más alegres.

—No, en absoluto. Lo que le he contado sucedió hace un mes, pero algo que al parecer me ha afectado más personalmente ha tenido lugar en los últimos días, y, para ser sincero, he venido a la ciudad con la idea de que usted pueda prestarme ayuda. ¿Se acuerda de aquel curioso caso de que me habló en nuestro último encuentro? Algo sobre un fabricante de lentes.

—¡Oh, sí! Lo recuerdo. Sé que entonces estaba absolutamente orgulloso de mi perspicacia; incluso hoy, la policía no tiene ni idea de para qué servían aquellas peculiares lentes amarillas. Pero, Vaughan, realmente parece usted bastante desconcertado. Espero que no sea nada serio.

—No, creo que he estado exagerando, y pretendo que usted me tranquilice. Pero lo que ha sucedido es muy extraño.

—Y, ¿qué ha sucedido?

—Estoy seguro de que se reirá de mí, pero ésta es la historia. Debe usted saber que existe un sendero, una servidumbre de paso que atraviesa mis tierras,

y, para ser preciso, cercano a la tapia del huerto. No es utilizado por muchas personas; de vez en cuando lo encuentra útil algún leñador, y cinco o seis niños que van a la escuela del pueblo pasan por él dos veces al día. Pues bien, hace dos días estaba paseando después de desayunar y acababa de llenar mi pipa junto a las inmensas puertas del huerto. El bosque, debo decirlo, llega hasta muy pocos pies de la tapia, y la senda de la que hablo sigue derecha a la sombra de los árboles. Pensé que era más agradable resguardarse del fuerte viento que soplaba y permanecí allí fumando, con los ojos fijos en el terreno. Entonces algo atrajo mi atención. Al pie mismo de la tapia, sobre la hierba, yacía una cantidad de pequeños pedernales ordenados según un modelo; algo como esto —y el señor Vaughan cogió un lápiz y una cuartilla de papel y dibujó unos cuantos trazos.

—¿Comprende usted? —continuó diciendo—. Había, según creo, doce piedras pequeñas cuidadosamente alineadas y espaciadas a distancias iguales, como le he mostrado en el papel. Eran piedras puntiagudas y las puntas estaban cuidadosamente orientadas en la misma dirección.

—Sí —dijo Dyson, sin demasiado interés—. No hay duda de que los niños que usted ha mencionado estuvieron jugando allí a su paso para la escuela. Los niños, como usted sabe, son muy aficionados a hacer semejantes composiciones con conchas de ostra, pedernales, flores o cualquier otra cosa que se cruce en su camino.

—Así pensaba yo. Únicamente reparé en que estos pedernales estaban ordenados según una especie de patrón. Pero a la mañana siguiente tomé el mismo camino, que, a decir verdad, es habitual en mí, y de nuevo vi en el mismo sitio un dibujo hecho con pedernales. Esta vez era un modelo realmente curioso; algo así como los radios de una rueda, confluyendo todos en un centro común formado por un dibujo que parecía una copa; todo ello, usted me entiende, realizado con pedernales.

—Tiene usted razón —dijo Dyson— en que parece bastante raro. Sin embargo, es razonable pensar que su media docena de escolares son los responsables de esas fantasías en piedra.

—Pensé dejar el asunto en paz. Los niños pasan por la puerta todas las tardes a las cinco y media, y yo solía pasear a las seis, encontrándome el dibujo tal y como lo había dejado por la mañana. Al día siguiente me levanté un cuarto de hora antes de dar las siete, y descubrí que todo el diseño había sido cambiado. Ahora era una pirámide silueteada con pedernales. A los niños los vi pasar una hora y media más tarde, y corrieron sin detenerse en el lugar ni mirar a ninguna parte. Por la tarde los vigilé cuando volvían a casa, y esta mañana, cuando fui hacia la puerta a las seis en punto, había esperándome algo parecido a una media luna.

—Entonces las series se presentan así: primero, ordenadas en filas, a continuación el dibujo de los radios y la copa, después la pirámide, y, por último,

esta mañana, la media luna. Ése es el orden, ¿no?

—Sí, en efecto. Pero, ¿sabe usted?, todo esto me inquieta bastante. Supongo que le parecerá absurdo, pero no puedo dejar de pensar que está pasando algún tipo de señalización por delante de mis narices, y esa clase de cosas es inquietante.

—Pero, ¿qué tiene usted que temer? No tiene enemigos, ¿verdad?

—No. Pero tengo una antigua vajilla de plata muy valiosa.

—¿Está usted pensando en ladrones? —dijo Dyson, considerablemente interesado—. Pero usted debe conocer a sus vecinos. ¿Hay entre ellos algún personaje sospechoso?

—No, que yo me haya percatado. Pero, ¿recuerda lo que le conté acerca de los marineros?

—¿Puede confiar en sus sirvientes?

—¡Oh!, completamente. La vajilla está oculta en una caja fuerte; únicamente el mayordomo, un viejo criado de la familia, sabe dónde se guarda la llave. Hasta ahí todo va bien. Sin embargo, todo el mundo está enterado de que tengo mucha plata vieja, y la gente de campo es dada al chisme. Según eso, la información puede propalarse a ambientes muy indeseables.

—Sí, pero confieso que me parece algo insatisfactoria la teoría del robo. ¿Quién está haciendo señales, y a quiénes? No veo el modo de aceptar semejante explicación. ¿Qué fue lo que le hizo relacionar la vajilla con esos signos de pedernal o lo que sean?

—Fue la figura de la Copa —dijo Vaughan—. Da la casualidad que poseo una copa de ponche tipo Carlos II muy grande y muy valiosa. El engaste es realmente exquisito, y el objeto en sí vale mucho dinero. El signo que le describí tenía exactamente la misma forma que mi ponchera.

—Una curiosa coincidencia a buen seguro. ¿Y el resto de figuras o dibujos? ¿Tiene usted algo en forma de pirámide?

—¡Ah! Pensará usted que estoy chiflado. Da la casualidad que mi ponchera, junto con un juego de cucharones antiguos y raros, se guarda en un cofre de caoba en forma piramidal con el vértice hacia arriba.

—Confieso que todo esto me interesa mucho —dijo Dyson—. Prosigamos, pues, ¿qué hay de las otras figuras? ¿Qué hay del Ejército, como propongo llamar al primer signo? ¿Y del Creciente o Medialuna?

—Por desgracia no tengo nada que pueda relacionar con esos dos signos. Sin embargo, comprenderá que, en todo caso, tengo motivos suficientes para sentir curiosidad. Me incomodaría perder alguna pieza de la vajilla; casi todas ellas han permanecido en la familia durante generaciones. Y no puedo sacarme de la cabeza que algunos bribones tienen la intención de robarme y cada noche se comunican entre sí.

—Francamente —dijo Dyson— no puedo hacer nada; estoy tan a oscuras

como usted mismo. Su teoría parece, ciertamente, la única explicación posible; y, sin embargo, las dificultades son inmensas.

Dyson se recostó en su sillón y ambos hombres se encararon mutuamente, frunciendo el ceño perplejos ante un problema tan raro.

—A propósito —dijo Dyson, después de una larga pausa—, ¿cuál es la formación geológica de aquellas tierras?

El señor Vaughan elevó la vista, sorprendido en buena medida por la pregunta.

—Arenisca y caliza rojas, creo —dijo—. Precisamente estamos un poco más allá de los yacimientos de carbón.

—Pero, ¿está usted seguro de que no hay pedernales ni en la arenisca ni en la caliza?

—No, nunca vi pedernales en el campo. Confieso que me pareció un poco raro.

—Lo mismo diría. Esto es muy importante. A propósito, ¿de qué tamaño eran los pedernales que se utilizaron para confeccionar esos dibujos?

—Casualmente traigo uno conmigo. Lo cogí esta mañana.

—¿De la Medialuna?

—En efecto. Aquí está.

Y le entregó un pequeño pedernal de forma puntiaguda y de unas tres pulgadas de largo.

El rostro de Dyson ardió de excitación al coger la piedra de Vaughan.

—A buen seguro —dijo, después de una breve pausa— tiene usted algunos vecinos raros. Pero difícilmente creo que puedan albergar malas intenciones con respecto a su ponchera. ¿Sabe usted que esta punta de flecha de pedernal es antiquísima, y no sólo eso, sino que es una punta de flecha de un tipo único? He visto ejemplares de todas las partes del mundo, pero éste tiene unos rasgos verdaderamente peculiares.

A continuación guardó su pipa y tomó un libro del cajón.

—Tenemos justo el tiempo de coger el tren de las 5:45 para Castletown —dijo.

2. LOS OJOS SOBRE LA TAPIA

El señor Dyson aspiró una gran bocanada de aire procedente de las colinas y sintió todo el encanto del escenario en torno suyo. Era muy temprano y se encontraba en la terraza delantera de la casa. El antepasado de Vaughan había edificado en la parte baja de la ladera de una gran colina, al amparo de un espeso y antiguo bosque que rodeaba la mansión por tres lados, y en el cuarto, al sudoeste, la tierra descendía suavemente y se sumergía en el valle, donde un

arroyo serpenteaba en místicas eses, y los sombríos y fulgurantes alisos señalaban el curso de la corriente. En la terraza de este lugar resguardado no soplaba el viento, y a lo lejos los árboles estaban inmóviles. Solamente un sonido rompía el silencio: el ruido del arroyo silbando allá abajo, el canto de las límpidas y resplandecientes aguas murmurando al sumergirse en las profundas y oscuras hoyas. Justo debajo de la casa se elevaba, transversalmente a la corriente, un puente de piedra gris, con bóvedas y contrafuertes, una reliquia de la Edad Media; y más allá, las colinas se elevaban de nuevo, inmensas y circulares como bastiones, cubiertas acá y allá de espesos bosques y matorrales de maleza, pero con las cumbres despobladas de árboles, mostrando únicamente césped gris y manchas de helecho, salpicadas con el oro de las frondas marchitas. Dyson miró en torno suyo y contempló la muralla de colinas y los viejos bosques, y el vapor que flotaba entre ellos; todo lo veía confuso y mortecino por la niebla matutina, bajo un cielo encapotado y una atmósfera silenciosa y fantasmal.

La voz del señor Vaughan rompió el silencio.

—Pensé que estaría usted demasiado cansado para madrugar tanto —dijo—. Veo que está admirando la vista. Es preciosa, ¿verdad? Aunque supongo que el viejo Meyrick Vaughan no pensaba demasiado en el paisaje cuando construyó la casa. Una rara y sombría mansión antigua, ¿no es cierto?

—Sí, y ¡qué apropiada a los alrededores! Parece una prolongación de las colinas grises y el puente de abajo.

—Me temo que le he preocupado con falsas apariencias, Dyson —dijo Vaughan, cuando ambos comenzaron a pasear de un lado a otro de la terraza—. He estado en el lugar de siempre esta mañana, y no había ninguna señal.

—¿De veras? Bien, supongo que iremos juntos hasta allí.

Ambos hombres atravesaron el césped y tomaron un sendero por entre los matorrales de acebo que conducía a la parte trasera de la casa. Allí, Vaughan señaló el camino que descendía hasta el valle y luego ascendía a las cumbres por encima de los bosques; después, se detuvieron bajo la tapia del huerto, al lado de la puerta.

—Aquí es, ¿lo ve? —dijo Vaughan, indicando un lugar en la hierba—. La mañana que vi por vez primera los pedernales me encontraba precisamente donde está usted ahora.

—Sí, así es. Esa mañana fue el Ejército, como lo llamé; luego, la Copa, después la Pirámide, y ayer la Medialuna. ¡Qué piedra más curiosa! —prosiguió, señalando un bloque de caliza que asomaba entre la hierba junto a la tapia—. Parece una especie de pilar enano, pero supongo que es natural.

—¡Oh, sí! Eso creo. Aunque imagino que lo trajeron hasta aquí, de la misma forma que nosotros estamos ahora. Sin duda, fue utilizado en los cimientos de algún edificio más antiguo.

—Es muy probable —asintió Dyson, escrutando con atención en torno suyo,

del suelo a la tapia, y de la tapia a los espesos bosques que casi pendían sobre el huerto, oscureciendo el lugar incluso por la mañana.

—Mire allí —dijo Dyson, por fin—. Esta vez ha sido con certeza cosa de niños. Mire eso.

Se inclinó y clavó la vista en el rojo apagado de la superficie de los reblandecidos ladrillos de la tapia. Vaughan se acercó y miró con dificultad donde señalaba el dedo de Dyson, pudiendo apenas distinguir una tenue marca de un rojo más intenso.

—¿Qué es esto? —dijo—. No entiendo nada.

—Mire un poco más de cerca. ¿No ve usted un conato de dibujo de un ojo humano?

—¡Ah!, ahora veo lo que quiere usted decir. Mi vista no es muy penetrante. Sí, eso es, sin duda quiere representar un ojo, como usted dice. Tenía entendido que los niños aprendían a dibujar en la escuela.

—¡Vaya!, es un ojo bastante extraño. ¿Ha reparado usted en su peculiar forma almendrada, parecida al ojo de un chino?

Dyson contempló detenidamente la obra del rudimentario artista, y escudriñó de nuevo la tapia, arrodillándose por la minuciosidad de su pesquisa.

—Me gustaría mucho saber —dijo finalmente— cómo un niño de un lugar perdido como éste puede tener alguna idea de la forma de un ojo mongol. Usted sabe que, como término medio, el niño tiene una impresión muy diferente del asunto: dibuja un círculo, o algo parecido, y coloca un punto en el centro. No creo que ningún niño imagine que un ojo se haga así realmente; es una convención del arte infantil. Pero esta forma almendrada me intriga en grado sumo. Tal vez se derive del chino dorado de alguna lata de té procedente de la tienda de ultramarinos. Sin embargo, es muy poco probable.

—Pero, ¿por qué está usted tan seguro de que lo ha hecho un niño?

—¿Por qué? Mire a lo alto. Estos anticuados ladrillos tienen un espesor de más de dos pulgadas; desde el suelo hasta el boceto, si le llamamos así, hay veinte hiladas, lo que da una altura de unos tres pies y medio. Ahora imagínese que va a dibujar algo sobre la tapia. Exactamente; su lápiz, si tuviera uno, alcanzaría la tapia en algún punto al nivel de sus ojos, esto es, más de cinco pies desde el suelo. Parece, por consiguiente, una simple deducción el concluir que este ojo fue dibujado por un niño de unos diez años.

—Sí, no pensé en ello. Por supuesto debe haberlo hecho un niño.

—Eso supongo; y, sin embargo, como dije, hay algo singularmente poco infantil en aquellas dos filas de piedras, y el mismo globo del ojo, lo ve, es casi un óvalo. A mi juicio, tiene un aire extraño y antiguo, y presenta un aspecto más bien desagradable. No puedo por menos que imaginar que, si me fuera posible ver el rostro entero ejecutado por la misma mano, no sería del todo agradable. Con todo, esto son bobadas, al fin y al cabo, y no estamos avanzando nada en

nuestras averiguaciones. Es raro que las series de pedernales hayan tenido un final tan repentino.

Los dos amigos se alejaron caminando hacia la casa, y cuando llegaban al porche vieron abrirse un claro en el plomizo cielo y un rayo de sol destelló en la colina gris que tenían delante.

Dyson merodeó todo el día, meditabundo, por los campos y bosques que rodean la casa. Estaba completa y cabalmente perplejo por las triviales circunstancias que se proponía elucidar, y de nuevo sacó de su bolsillo la punta de flecha de pedernal, le dió la vuelta, y la examinó con profunda atención. Había algo en ella que la hacía totalmente distinta de los especímenes que él había visto en los museos y colecciones privadas. La forma era diferente, y alrededor del filo presentaba una hilera de perforaciones puntuales, sugiriendo en apariencia motivos ornamentales. ¿Quién puede, pensaba Dyson, poseer semejantes cosas en tan remoto lugar? Y poseyéndolas, ¿quién podría utilizarlas tan fantásticamente para dibujar figuras sin sentido junto a la tapia del huerto de Vaughan?

La extremada absurdidad de todo el asunto le irritaba indeciblemente; y como su mente rechazaba nada más brotar una teoría tras otra, se sintió fuertemente tentado a tomar el siguiente tren de vuelta a la ciudad. Había visto la vajilla de plata que tanto apreciaba Vaughan, y había inspeccionado la ponchera, joya de la colección, con minuciosa atención; y lo que vio, y su entrevista con el mayordomo, le convencieron de que había un plan para robar la caja fuerte, que se les escapaba pese a su indagación. El cofre en donde se guardaba la copa, un pesado ejemplar de caoba, que visiblemente databa de principios de siglo, a buen seguro sugería intensamente una pirámide, y Dyson se inclinó al principio por las necias maniobras detectivescas; pero la sensatez le convenció de la imposibilidad de la hipótesis de robo, y la desechó impetuosamente por otras más satisfactorias. Preguntó a Vaughan si había gitanos en la vecindad, y oyó que no se habían visto romaníes en muchos años. Este hecho le desanimó bastante, pues conocía la costumbre gitana de dejar extraños jeroglíficos a lo largo de su recorrido, y se había exaltado al ocurrírsele esta idea. Cuando hizo la pregunta, se encontraba frente a Vaughan, junto al anticuado hogar, y se recostó en su sillón disgustado por la destrucción de su teoría.

—Es extraño —dijo Vaughan—, pero los gitanos nunca nos han molestado aquí. De vez en cuando, los granjeros encuentran vestigios de hogueras en la parte más agreste de las colinas, pero nadie parece saber quiénes son los que las encienden.

—¿Seguro que parecen de gitanos?

—No, en semejantes lugares no. Los caldereros, gitanos y vagabundos de todas las especies, se aferran a los caminos y no van más allá de las granjas.

—Bueno, nada más puedo añadir. Vi a los niños pasar esta tarde, y, como

usted dice, corrían decididos. Así que, en todo caso, no encontraremos más ojos en la tapia.

—No, debo detenerlos uno de estos días y averiguar quién es el artista.

A la mañana siguiente, cuando Vaughan efectuaba su habitual paseo desde el césped a la parte trasera de la casa, se encontró a Dyson esperándole junto a la puerta del huerto, y, a todas luces, en un estado de gran excitación, pues le hacía furiosas señas con las manos y gesticulaba violentamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vaughan—. ¿Otra vez los pedernales?

—No, mire allí, en la tapia. Allí, ¿no lo ve?

—¡Otro ojo de esos!

—En efecto. Dibujado, vea usted, a muy poca distancia del primero, casi al mismo nivel, aunque ligeramente más bajo.

—¿Quién demonios será el responsable? Los niños no pueden haberlo hecho; no estaba aquí anoche y ellos no han pasado a ninguna otra hora. ¿Qué puede significar?

—Creo que el mismo diablo es el causante de todo esto —dijo Dyson—. Por supuesto, uno no puede resistirse a la conclusión de que estos infernales ojos almendrados deben ser atribuidos a la misma mano que realizó los dibujos con las puntas de flecha; pero no podría decirle adónde nos conduce esta conclusión. Por mi parte, tengo que contener mi imaginación, o de lo contrario se disparataría.

—Vaughan —dijo, mientras daban su espalda a la tapia— ¿no se le ha ocurrido pensar que hay una circunstancia, una muy curiosa circunstancia en común entre las figuras hechas con pedernales y los ojos dibujados en la tapia?

—¿Cuál? —preguntó Vaughan, en cuyo rostro se adivinaba la sombra de un vago temor.

—Sabemos que los signos del Ejército, la Copa, la Pirámide y la Medialuna deben haberlos hecho por la noche. Probablemente están pensados para ser vistos de noche. Bien, precisamente el mismo razonamiento se puede aplicar a esos ojos de la tapia.

—No veo del todo la circunstancia en común.

—¡Oh, no faltaría más! Las noches son ahora oscuras y han sido muy nubosas desde que llegué, lo sé. Por otra parte, aquellos árboles que sobresalen de la tapia arrojan su sombra sobre ella, incluso en una noche clara.

—¿Y bien?

—Lo que se me ocurre es lo siguiente: lo que más llama la atención es que *ellos*, quienquiera que sean, deben haber sido capaces de ordenar las puntas de flecha en medio de la tétrica oscuridad del bosque, y luego de dibujar los ojos en la tapia sin ningún vestigio de tosquedad o imprecisión.

—He leído sobre personas confinadas en calabozos durante muchos años, que han sido capaces de ver completamente bien en la oscuridad —dijo Vaughan.

—Sí —dijo Dyson—, entre ellos el abate de *Monte Cristo*. Pero esta circunstancia es más singular.

3. LA BÚSQUEDA DE LA COPA

—¿Quién es el anciano que le acaba de saludar? —dijo Dyson, cuando llegaron al recodo del camino próximo a la casa.

—El viejo Trevor. El pobre parece muy agotado.

—¿Quién es Trevor?

—¿No se acuerda? Le conté la historia la tarde que me presenté en su casa; era sobre una chica llamada Annie Trevor, que desapareció de la manera más inexplicable hace unas cinco semanas. Era su padre.

—Sí, sí, ahora lo recuerdo. Para serle sincero, lo había olvidado por completo. ¿No se ha vuelto a saber nada más de la chica?

—Nada en absoluto. La policía está perpleja.

—Me temo que no presté demasiada atención a los detalles que usted me dio. ¿Qué camino tomó la chica?

—Su sendero la hubiera conducido directamente al otro lado de las agrestes colinas que circundan la casa; el punto más cercano de esa senda se encuentra a unas dos millas de aquí.

—¿Está eso cerca del caserío que vi ayer?

—¿Se refiere usted a Croesyceiliog, de donde proceden los niños? No; queda más al norte.

—¡Ah! Nunca tomé ese camino.

Entraron en la casa y Dyson se encerró en sus aposentos, inmerso en profundas dudas; dentro de él se cernía todavía la sombra de una sospecha, vaga y fantástica, que durante un rato le persiguió negándose a tomar forma definida. Estaba sentado junto a la ventana abierta, mirando al valle, y veía, como en un cuadro, el intrincado serpenteo del arroyo, el puente gris, y las vastas colinas elevándose al fondo.

Todo estaba tranquilo, sin una brizna de viento que sacudiera los místicos bosques colgantes; los arreboles de la puesta de sol resplandecían sobre los helechos, mientras abajo, una tenue niebla blanca comenzaba a levantarse de la corriente. Dyson se acercó a la ventana cuando el día oscurecía y las inmensas colinas en forma de bastión se vislumbraban vastas y confusas, y los bosques aparecían tenues y más indefinidos. La fantasía que se había apoderado de él ya no le parecía del todo imposible. Pasó el resto de la velada en un ensueño, oyendo a duras penas lo que Vaughan decía. Y cuando tomó su vela en el vestíbulo, se detuvo un momento antes de desearle buenas noches a su amigo.

—Necesito un buen descanso —dijo—. Mañana tengo cosas que hacer.

—¿Se refiere a escribir?

—No. Voy a buscar la Copa.

—¡La Copa! Si se refiere a mi ponchera está a salvo en su cofre.

—No me refiero a su ponchera. Debe creerme, su vajilla nunca ha estado amenazada. No, no le molestaré con más suposiciones. Dentro de poco tendremos, con toda probabilidad, algo más firme que meras suposiciones. Buenas noches, Vaughan.

A la mañana siguiente Dyson partió después del desayuno. Tomó el sendero que bordeaba la tapia del huerto y advirtió que ahora eran ocho los misteriosos ojos almendrados débilmente delineados sobre el ladrillo.

—Seis días más —se dijo a sí mismo; pero cuando reflexionó acerca de la teoría que había elaborado, desechó, a pesar de su fuerte convicción, semejante fantasía tan increíble. Se puso en marcha por entre las densas tinieblas del bosque, y, finalmente, llegó a la desnuda ladera, y trepó cada vez más alto sobre el resbaladizo césped, sin perder de vista el norte y siguiendo las indicaciones que le diera Vaughan.

Mientras proseguía su ascensión le parecía como si se elevara por encima de este mundo cotidiano. A su derecha contempló una franja de árboles frutales y vio un tenue humo azulado elevándose como un pilar, era el caserío de donde procedían los niños de la escuela, único signo de vida en toda la zona, ya que los bosques ocultaban con sus enramadas el viejo caserón gris de Vaughan. Cuando coronaba lo que parecía la cima de la colina, se hizo cargo por vez primera de la lúgubre soledad y rareza del lugar. Sólo se veía el cielo gris y la colina gris, una elevada y vasta planicie que parecía extenderse interminablemente, y el imperceptible vislumbre de la difuminada cima de una montaña a lo lejos hacia el norte. Por fin llegó a una senda, una insignificante trocha apenas perceptible, y por su posición y lo que Vaughan le había contado, comprendió que se trataba del sendero que la chica perdida, Annie Trevor, debió haber tomado. Siguió la senda por la pelada cumbre, advirtiendo las enormes y espantosas rocas de caliza que afloraban entre la hierba, de aspecto tan repugnante como un ídolo de los mares del Sur, y, de repente, se detuvo, asombrado, puesto que había encontrado lo que buscaba. Sin advertencia previa, el suelo se hundía súbitamente por todas partes, y Dyson contempló una depresión circular, que bien podía haber sido un anfiteatro romano, rodeada de peligrosos riscos de caliza como si fueran restos de una muralla. Dyson recorrió el contorno de la cavidad y anotó la posición de los peñascos; luego volvió a casa.

—Esto es bien curioso —pensó para sus adentros—. Ya he descubierto la Copa, pero ¿dónde estará la Pirámide?

—Mi querido Vaughan —dijo a su regreso—, debo contarle que he encontrado la Copa, y eso es todo cuanto diré de momento. Nos esperan seis días de inactividad absoluta: no hay nada, realmente, que hacer.

4. EL SECRETO DE LA PIRÁMIDE

—Acabo de volver del huerto —dijo Vaughan una mañana—. He estado contando esos infernales ojos y he descubierto que ahora son catorce. ¡Válgame Dios, Dyson!, explíqueme el significado de todo esto.

—Sentiría mucho el tener que hacerlo. Es posible que haya supuesto esto o lo otro, pero siempre he tenido por norma reservarme las conjeturas. Además, no vale realmente la pena anticipar acontecimientos; ¿se acuerda que le dije que tendríamos seis días de inactividad? Bien, este es el sexto día, y el último de ociosidad. Propongo que demos un paseo esta noche.

—¡Un paseo! ¿Es ésa toda la actividad que piensa ejercer?

—Bueno, puedo mostrarle algunas cosas muy curiosas. Para ser franco, me gustaría que se pusiera en camino conmigo en dirección a las colinas. Quizá tengamos que estar fuera toda la noche, así es que debería arroparse bien y llevar consigo un poco de brandy.

—¿Es una broma? —preguntó Vaughan, desconcertado por los extraños acontecimientos y las extrañas suposiciones.

—No, no creo que haya mucha broma en todo esto. A menos que yo esté equivocado, encontraremos una explicación muy curiosa del enigma. Vendrá conmigo, sin duda, ¿no?

—Muy bien. ¿Qué camino quiere que tomemos?

—El sendero del que usted me habló, el sendero en el que se supone que desapareció Annie Trevor.

Vaughan palideció a la sola mención del nombre de la chica.

—No sabía que estaba siguiendo esa pista —dijo—. Pensé que el asunto que le ocupaba eran esos bocetos con pedernales y los ojos de la tapia. De nada serviría que añadiese algo más; iré con usted.

Esa noche, a las nueve menos cuarto, los dos hombres se pusieron en camino, tomaron el sendero que atraviesa el bosque y subieron a la colina. Era una noche oscura y sombría, el cielo estaba cubierto de nubes y el valle invadido por la niebla. Todo el camino que atravesaron les pareció un mundo tenebroso y lóbrego, por lo que apenas hablaron por temor a romper el fantasmal silencio. Al fin llegaron a la escarpada ladera, y en lugar de la opresión del bosque se toparon con la vasta y confusa extensión del césped; más arriba, las fantásticas rocas de caliza inspiraban horror en la oscuridad y el viento silbaba a su paso por las montañas hacia el mar, produciendo un escalofrío en sus corazones. Les parecía que habían caminado sin parar durante horas, y, sin embargo, la tenue silueta de la colina se extendía aún ante ellos, y las hoscas rocas se mostraban todavía amenazantes en la oscuridad. De repente, Dyson susurró algo, tomó aliento rápidamente y se acercó a su compañero.

—Aquí —dijo— nos tumbaremos. No creo que ocurra nada todavía.

—Conozco el sitio —dijo Vaughan, al cabo de un rato—. He estado aquí a menudo durante el día. Según creo, los campesinos temen venir aquí. Se supone que es un castillo de hadas o algo por el estilo. Pero, ¿por qué demonios hemos venido aquí?

—Hable un poco más bajo —dijo Dyson—. No nos beneficiaría nada que nos entreoyeran.

—¿Entreoírnos aquí? No hay un alma en tres millas a la redonda.

—Posiblemente, no; incluso diría que, con certeza, no. Pero puede que haya alguien un poco más cerca.

—No le entiendo en modo alguno —dijo Vaughan en susurros para obedecer a Dyson—. Pero, ¿por qué hemos venido aquí?

—Bien, esa cavidad que ve frente a nosotros es la Copa. Creo que haríamos mejor no hablando, ni siquiera en susurros.

Permanecieron tendidos sobre la hierba. Las rocas se interponían entre sus rostros y la Copa, y, de vez en cuando, Dyson, calándose un poco más su flexible sombrero oscuro, asomaba un ojo y al momento lo hacía retroceder, no atreviéndose a prolongar su ojeada. Luego volvía a pegar su oreja al suelo y escuchaba. Las horas pasaron, la oscuridad se hizo total y el único sonido que se percibía era el débil susurro del viento.

Vaughan se impacientaba cada vez más por este opresivo silencio, esta espera a un terror indefinido; pues no distinguía ninguna forma y empezaba a creer que toda la vigilia era una pesada broma.

—¿Cuánto más va a durar esto? —susurró a Dyson—. Y éste, que había estado conteniendo la respiración en su esfuerzo por escucharle, dijo a Vaughan al oído, deteniéndose en cada sílaba y con voz grave de predicador.

—¿Quiere usted que nos oigan?

Vaughan tocó el suelo con las manos y se tendió hacia adelante, preguntándose por lo que iría a oír. Al principio no escuchó nada, pero más tarde le llegó muy débilmente desde la Copa un ligero ruido, un sonido tenue, casi imperceptible, como cuando uno aprieta la lengua contra el paladar y expulsa el aire. Escuchaba anhelante cuando, al instante, el ruido se acentuó, convirtiéndose en un estridente y horrible silbido, como si en el hoyo de abajo ardiera un férvido fuego. Vaughan, incapaz de permanecer más tiempo en la incertidumbre, se caló la gorra hasta media cara imitando a Dyson y miró al interior de la cavidad.

En verdad, bullía y hervía como una caldera infernal. Por todos los lados y en el fondo se agitaban y se retorcían confusas e inquietantes formas, que se movían alternativamente sin hacer ruido de pasos, y acá y allá se amontonaban y parecían hablarse entre ellos en esos horribles tonos sibilantes, como el silbido de la serpiente, que él ya conocía. Fue como si la fresca hierba y la limpia tierra hubieran sido súbitamente avivadas y padecieran un nefasto y angustioso crecimiento. Aunque sintió el dedo de Dyson tocándole el hombro, Vaughan no

podía hacer retroceder su cara, por lo que escudriñó la temblorosa masa y vio confusamente algo parecido a rostros y miembros humanos. Con todo, sentía en lo más hondo un escalofrío, debido a su firme creencia en que ningún espíritu ni forma humana se movía entre toda aquella agitada y siseante hueste. Continuaba mirando espantado, reprimiendo sollozos de horror, cuando finalmente las repugnantes formas se apretaron todavía más alrededor de algún vago objeto en el centro del hoyo, y su lenguaje siseante se hizo más maligno, y entonces vio, a la escasa luz que había, los abominables miembros, vagos pero demasiado evidentes, retorciéndose y entrelazándose entre sí, y creyó oír, muy débil, un impresionante gemido humano entre los sonidos de un habla que no era de hombres. En su corazón algo parecía susurrarle casualmente "el gusano de la corrupción, el gusano que no muere", y, grotescamente, la imagen cobró en su mente la forma de un pedazo de carniza pútrida, con horribles cosas hinchándose y arrastrándose a todo lo largo. El retorcimiento de los lúgubres miembros proseguía, parecían apiñarse alrededor de la oscura forma del centro del hoyo y el sudor perlaba la frente de Vaughan y caía frío sobre la mano en que apoyaba su cara.

Luego, aparentemente en un instante, la repugnante masa se derritió y se esparció por los bordes de la Copa, y por un momento Vaughan vio en el centro de la cavidad una agitación de brazos humanos. Pero una chispa brilló allá abajo, un fuego prendido, y mientras la voz de una mujer emitía en voz alta un agudo y penetrante alarido de angustia y terror, una gran pirámide de fuego brotó hacia arriba, como el estallido de una fuente cegada, y arrojó una llamarada de luz sobre toda la montaña. En ese momento, Vaughan contempló las miríadas de cosas en forma de hombre pero atrofiadas, como niños espantosamente deformes, con rostros de ojos almendrados inflamados de malignidad y de incalificables pasiones: una masa de carne desnuda de espectral palidez. Y, de pronto, como por arte de magia, el lugar se vació mientras el fuego rugía y chisporroteaba, y las llamas lo iluminaban todo.

—Acaba de ver la Pirámide —dijo Dyson a su oído—, la Pirámide de Fuego.

5. LA GENTE PEQUEÑA

—Entonces, ¿reconoce usted el objeto?

—A buen seguro. Es un broche que Annie Trevor solía ponerse los domingos, recuerdo el modelo. Pero, ¿dónde lo encontró? ¿Quiere decir esto que ha descubierto a la chica?

—Mi querido Vaughan, me admira que no haya supuesto dónde encontré el broche. ¿Ha olvidado ya la noche pasada?

—Dyson —dijo el otro muy seriamente—, he estado dándole vueltas en mi

cabeza al asunto esta mañana, mientras usted estaba fuera. He pensado en lo que vi, o quizá debería decir lo que creí ver, y la única conclusión a la que puedo llegar es ésta: es mejor olvidarse del asunto. He vivido sobria y honradamente, como viven los hombres, siempre con temor de Dios, y lo único que puedo hacer es creer que sufrí un monstruoso engaño, una fantasmagoría de los sentidos aturdidos. Usted sabe que volvimos a casa en silencio, ni una sola palabra se cruzó entre nosotros referente a lo que imaginé ver. ¿No sería mejor que acordáramos guardar silencio sobre el asunto? Cuando fui a pasear esta apacible y resplandeciente mañana, me pareció que el mundo entero estaba en paz, y al pasar por la tapia advertí que no había nuevos signos grabados y borré los que quedaban. El misterio está resuelto, y de nuevo podemos vivir en paz. Creo que en las últimas semanas ha estado actuando alguna ponzoña. He estado al borde de la locura, pero ahora estoy cuerdo.

El señor Vaughan había hablado seriamente; luego, se reclinó hacia atrás en su silla y miró a Dyson en un tono de súplica.

—Mi querido Vaughan —dijo el otro, después de una pausa—. ¿A qué viene eso? Es demasiado tarde para ponerse así; hemos ido demasiado lejos. Además, usted sabe tan bien como yo que no hay engaño en lo que vimos; con todo mi corazón desearía que lo hubiese. No, por mi propio bien debo contarle toda la historia, hasta donde la conozco.

—Muy bien —dijo Vaughan con un suspiro—, si es su obligación, debe hacerlo.

—Entonces —dijo Dyson— si le parece empezaremos por el final. Encontré este broche que usted ha identificado en el sitio que hemos llamado la Copa. Había un montón de cenizas, restos, sin duda, de una hoguera, cuyos rescoldos todavía estaban calientes, y el broche yacía en el suelo, justo fuera del alcance de las llamas. Debe haberse caído accidentalmente del vestido de la persona que lo llevaba. No, no me interrumpa. Ahora podemos volver al principio, ya que hemos visto el final. Retrocedamos al día en que usted vino a verme a Londres. Hasta donde puedo recordar, al poco de entrar usted mencionó, de manera casual, que había ocurrido en su localidad un desgraciado y misterioso incidente: una chica llamada Annie Trevor había ido a visitar a un pariente y había desaparecido. Le confieso francamente que lo que usted dijo apenas me interesó; existen muchas razones que pueden hacer que a un hombre, o más especialmente a una mujer, le convenga desvanecerse del círculo de sus parientes y amigos. Supongo que si consultásemos con la policía, descubriríamos que en Londres cada semana desaparece alguien misteriosamente, y los funcionarios sin duda se encogerían de hombros y dirían que no podía ser de otra manera por la ley de los promedios. En efecto, fui culpablemente inconsiderado con su historia; además, hay otra razón para mi falta de interés: su relato era inexplicable. Lo único que usted podía sugerir era un marinero canalla, pero yo

descarté la explicación al instante. Por muchas razones, pero principalmente porque el criminal ocasional, el aficionado al crimen brutal, siempre es descubierto, especialmente si elige el campo como escenario de sus operaciones. Recordará el caso de ese García que mencionó usted mismo: se paseó por la estación de ferrocarril el día siguiente al asesinato con los pantalones manchados de sangre y el mecanismo del reloj holandés, su botín, envuelto en un pulcro paquete. Si rechazamos por tanto su única sugerencia, toda la historia llega a ser, como yo digo, inexplicable y, por consiguiente, completamente falta de interés. Sí, *por consiguiente*, es una conclusión perfectamente válida. ¿Se ha interesado usted alguna vez por problemas que sabe positivamente que son insolubles? ¿Ha meditado mucho sobre el viejo enigma de Aquiles y la tortuga? Por supuesto que no, porque usted sabe que sería una búsqueda sin esperanzas; de la misma manera, cuando usted me contó la historia de una aldeana que había desaparecido, simplemente la catalogué como insoluble y no pensé más en ella. Así que resultó que estaba equivocado; pero, si se acuerda, pasó usted inmediatamente a otro asunto que le interesaba bastante más porque era personal. No necesito repasar la muy singular narración de los signos con pedernales; al principio, la encontré trivial, probablemente algún juego infantil, y si no algún tipo de mistificación; pero cuando me mostró usted la punta de flecha, logró despertar mi interés. Comprendí que allí había algo que se salía bastante de lo común, que era motivo de verdadera curiosidad; y, tan pronto como llegué a esta casa, me puse manos a la obra para encontrar la solución, repitiéndome a mí mismo una y otra vez los signos que usted me describió. Primero le tocó el turno al signo que convinimos en designar como el Ejército: varias filas apretadas de pedernales, apuntando todas en la misma dirección; luego, las hileras convergentes, como los radios de una rueda, formando la figura de una Copa; después, el triángulo o Pirámide; y, por último, la Medialuna. Confieso que agoté todas las conjeturas en mi esfuerzo por desvelar el misterio y, como usted comprenderá, era un problema doble o más bien triple. Pues, simplemente, no me había hecho la pregunta «¿qué significan estas figuras?». Ni tampoco «¿quién podría ser el responsable de su diseño?». O esta otra: «¿quién podría poseer semejantes objetos valiosos y, conociendo su valor, sería capaz de echarlos por tierra junto al camino?». Este razonamiento me hizo pensar que la persona o personas en cuestión no conocían el valor de las excepcionales puntas de flecha de pedernal, lo cual no me llevaba demasiado lejos, pues un hombre bien educado podría ignorarlo fácilmente. Después vino la complicación de los ojos en la tapia, y usted recordará que no pudimos menos que concluir que la misma mano era responsable en ambos casos. La peculiar posición de esos ojos en la tapia me inclinó a pensar si no habría un enano en alguna parte de la vecindad, pero averigüé que no existía ninguno, y descubrí que los niños que pasan todos los días no tenían nada que ver con el asunto. Con todo, estaba

convencido de que quienquiera que dibujase los ojos tendría una estatura entre tres y medio y cuatro pies, ya que, como le señalé en su tiempo, cualquiera que dibuje sobre una superficie vertical elige por instinto una altura al nivel de su rostro. Además, está la cuestión de la peculiar forma de los ojos: ese marcado rasgo mongol del cual los campesinos ingleses no podrían tener ni idea. Y, como causa final de confusión, el hecho obvio de que el dibujante o dibujantes deben poder ver prácticamente en la oscuridad. Como usted observó, un hombre que haya estado confinado durante muchos años en una celda o calabozo extremadamente oscuro puede adquirir ese poder. Pero desde la época de Edmond Dantès, ¿en qué parte de Europa encontraríamos semejante prisión? Un marinero que hubiese sido emparedado durante un período considerable en alguna horrible mazmorra china podría ser el individuo que busco; y, aunque parezca improbable, no es absolutamente imposible que un marinero, o digamos un empleado a bordo, sea un enano.

Pero, ¿cómo explicar que mi imaginario marino posea puntas de flecha prehistóricas? Y, dando por supuesta la posesión, ¿cuál es el significado y el propósito de esos misteriosos signos de pedernal y de esos ojos almendrados? Su teoría sobre un proyecto de robo la encontré del todo insostenible casi desde un principio, y le confieso que no sabía qué hacer para dar con alguna hipótesis útil. Un simple accidente me puso sobre la pista. Cuando pasamos junto al pobre anciano Trevor, lo que usted me refirió acerca de su nombre y de la desaparición de su hija, me recordó la historia que había olvidado, o que no había tomado en consideración. Entonces, me dije a mí mismo, aquí hay otro problema, falto de interés en sí mismo, es cierto, pero, ¿y si resultara que está relacionado con todos estos enigmas que me torturan? Me encerré en mis aposentos, esforzándome por excluir de mi mente cualquier prejuicio, y repasé todo *de novo*, asumiendo teóricamente que la desaparición de Annie Trevor tenía alguna relación con los signos de pedernal y los ojos sobre la tapia. Esta presunción no me llevó demasiado lejos, y estaba a punto de abandonar todo el asunto, desesperado, cuando di con un posible significado de la Copa. Como usted sabe, existe una « Ponchera del Diablo» en Surrey, y comprendí que el símbolo podría referirse a algún rasgo distintivo de la región. Juntando los dos extremos, determiné buscar la Copa cerca del sendero en el que secuestraron a la chica perdida, y ya sabe cómo la encontré. Interpreté el signo por lo que sabía, y leí primero, el Ejército, así: « va a haber una reunión o asamblea en la Copa dentro de dos semanas (eso significa la Medialuna) para ver la Pirámide, o construir la Pirámide» . Los ojos, dibujados uno a uno, día a día, marcaban evidentemente los días, y así me enteré que serían catorce y no más. Hasta ese punto, el camino parecía bastante sencillo; no me había molestado en preguntarme ni por la naturaleza de la asamblea ni por quiénes iban a reunirse en el más solitario y más pavoroso paraje de estas desiertas colinas. En Irlanda, China, o en el oeste de

América, la pregunta podría haber sido fácilmente contestada: una asamblea de descontentos, la sesión de alguna sociedad secreta, vigilantes convocados para informar; sería una simpleza. Pero en este tranquilo rincón de Inglaterra, habitado por gente tranquila, semejantes suposiciones no eran posibles de momento. Sabía que tendría una oportunidad de ver y acechar la asamblea, y traté de no aturdirme con indagaciones imposibles; en lugar de razonar me dejé llevar por una disparatada fantasía: recordé lo que la gente había dicho sobre la desaparición de Annie Trevor, que había sido "arrebatada por las hadas". Le diré, Vaughan, estoy tan cuerdo como usted, mi cerebro no es, confío, un mero espacio vacío abierto a cualquier descabellada improbabilidad, y he hecho todo lo posible por erradicar la fantasía.

La idea me vino del antiguo nombre dado a las hadas, "la gente pequeña", y de mi convencimiento de que descienden de los prehistóricos turanios que habitaron este país y fueron cavernícolas. Fue, entonces, cuando me hice cargo con gran sobresalto de que estaba buscando un ser de menos de cuatro pies de estatura, acostumbrado a vivir en la oscuridad, poseedor de utensilios de piedra, y familiarizado con los rasgos mongoles. Le juro, Vaughan, que me avergonzaría de insinuarle semejante asunto visionario si no fuera por lo que usted vio con sus propios ojos la noche pasada, y dudaría de la evidencia de mis sentidos si no estuvieran confirmados por los suyos. Pero usted y yo no podemos miramos mutuamente a la cara fingiendo que todo ha sido un engaño. Mientras yacía usted en el césped junto a mí, le sentí contraerse y temblar y vi sus ojos a la luz de las llamas. Así pues, le cuento sin ninguna vergüenza lo que tenía en mente la noche pasada mientras atravesábamos el bosque y ascendíamos la colina, y permanecíamos ocultos bajo las rocas.

—Había una cosa —prosiguió— que debiera haber sido más evidente que me confundiera hasta el final. Le conté cómo descifré el signo de la Pirámide: la asamblea iba a ver una Pirámide. Pero el verdadero significado se me escapó hasta el último momento. La antigua derivación de *πνρ*, fuego, aunque falsa, debería haberme puesto sobre la pista, pero no se me ocurrió.

—Creo que poco más puedo añadir. Usted sabe que estábamos desesperados, aun cuando habíamos previsto lo que iba a suceder. ¿El sitio en particular donde se exhibían esos signos? Sí, es una curiosa pregunta. Pero esta casa, por lo que sé, tiene una excelente situación central entre las colinas; y tal vez, ¿quién podría decirlo?, ese raro y viejo pilar de caliza junto a la tapia de su huerto fuera un lugar de encuentro antes de que los celtas pusieran los pies en Britania. Algo debo añadir: no lamento nuestra incapacidad para rescatar a la desgraciada muchacha. Usted vio el aspecto de esas cosas que se apretaban y se retorcían en la Copa; puede estar usted seguro de que lo que les mantenía unidos entre ellos ya no era adecuado para este mundo.

—¿Y bien? —dijo Vaughan.

—La chica entró en la Pirámide de Fuego —dijo Dyson— y ellos volvieron de nuevo al mundo subterráneo, a sus puestos bajo las colinas.

LOS NIÑOS FELICES

El segundo día de Navidad de 1915, mis deberes profesionales me llevaron al norte del país; o, para ser tan preciso como lo permitan nuestras convenciones actuales, a la «región nordeste». Había extrañas habladurías; un chismorreo insensato acerca de que los alemanes tenían un «refugio subterráneo» en algún lugar próximo a Malton Head. Nadie parecía tener muy claro lo que hacían allí o lo que esperaban hacer allí. Pero el rumor se propagó de boca en boca como un reguero de pólvora, por lo que se creyó conveniente seguir la pista a aquel absurdo bulo hasta llegar a su origen, y ponerlo al descubierto o desmentirlo de una vez por todas.

Me fui, pues, a la región nordeste el domingo 26 de diciembre de 1915, y proseguí mis investigaciones en Helmsdale Bay, que es un pequeño balneario a menos de dos millas de Malton Head. La gente de los valles y los páramos acababa de enterarse de la fábula, según pude comprobar, pero yo contemplé todo aquello con agrio desdén. Por lo que veo, todo empezó con los juegos de unos niños que pasaban el verano en Helmsdale Bay. Representaban un penoso drama sobre la captura de espías alemanes, y utilizaron Helby Cavern, entre Helmsdale y Malton Head, como escenario de su juego. Eso fue todo; los necios, por lo visto, hicieron el resto; los necios que creían de todo corazón en «los rusos» y se enfadaban con cualquiera que expresara la menor duda acerca de «los Ángeles de Mons» [1].

—La tomaron con los pastores y les contaron un cuento, pero ellos no se lo tragaron —me dijo uno de los habitantes de los valles. Y tengo la sospecha de que pensaba que yo, que había recorrido tantos centenares de millas para investigar la historia, no era más sensato que los que se la creyeron. No era de esperar que entendiera que un periodista tiene dos funciones: proclamar la verdad y denunciar la mentira.

Acabé con el asunto de «los alemanes» y su refugio subterráneo a primeras horas de la tarde del lunes, y decidí interrumpir mi viaje de regreso a casa en Banwick, del que a menudo había oído hablar como un curioso lugar de singular belleza. De modo que tomé el tren de la una y media, y me aventuré tierra adentro, deteniéndome en muchas estaciones desconocidas en medio de grandes llanuras. Hice trasbordo en Marishes Ambo y seguí atravesando de nuevo una

tierra desconocida en la penumbra de aquella tarde invernal. Por alguna razón el tren abandonó el llano y se deslizó hacia un profundo y angosto vallejo, oculto entre bosques invernales, dorado por los heléchos marchitos, solemne en su soledad. Lo único que se movía era un veloz e impetuoso riachuelo que hacía espuma al chocar con las rocas y luego se estancaba en profundas pozas marrones.

Los sombríos bosques estaban desparramados en grupos de viejos espinos raquíticos; grandes rocas grises, de formas extrañas, surgían del suelo; rocas almenadas se elevaban en las alturas a ambos lados. El arroyuelo crecía y se convertía en un río, y siguiendo su curso llegamos a Banwick poco después de la puesta del sol.

Contemplé el pueblo con admiración a la luz del crepúsculo, que enrojecía por el oeste. Las nubes se convertían en rosaledas; había multitud de encantadores prados que rodeaban islotes de luz carmesí; y nubes como lanzas flamígeras, o dragones de fuego. Y bajo aquella mezcla de luces y colores en el cielo, Banwick descendía hasta las pozas de su puerto rodeado de tierra y volvía a subir, atravesando el puente, hacia la abadía en ruinas y la enorme iglesia de la colina.

Llegué desde la estación por una calle antigua, tortuosa y estrecha, flanqueada a ambos lados por cavernosos callejones y patios, que ascendía mediante una irregular escalinata hasta las casas colgantes de las alturas, o descendía hasta el puerto y su marea ascendente. Vi numerosas casas con tejados a dos aguas, que el paso del tiempo había hundido por debajo del nivel de la acera, con cumbreras inclinadas y portales arqueados, con huellas de grotescos tallados en sus paredes. Y al llegar al muelle, al otro lado del puerto había la más asombrosa mezcla de tejados de tejas rojas que he visto en toda mi vida, y por encima de ellos la enorme iglesia normanda de color gris en lo alto de la pelada colina. Por debajo, las barcas se balanceaban al subir la marea y el mar se abrasaba en los fuegos del ocaso. Era como el pueblo mágico de un sueño. Permanecí en el muelle hasta que dejó de haber luz en el cielo y en las pozas, y la oscura noche invernal cayó sobre Banwick.

Encontré una vieja y confortable posada junto al puerto, donde ya había estado antes. Las paredes de las habitaciones confluían unas con otras formando ángulos poco corrientes e inesperados; había extraños salientes y resaltos en la fábrica, como si cada habitación tratara de abrirse camino en la otra; en las esquinas de los techos había huellas de escaleras inimaginables. Pero había también un bar donde a Tom Smart[2] le habría gustado sentarse, con un buen fuego y cómodos sillones antiguos, y gratos indicios de que si queríamos «algo caliente» después de cenar se nos facilitaría con generosidad.

Me senté en ese agradable lugar durante una o dos horas y hablé con la agradable gente del pueblo que entraba y salía de él. Ellos me contaron los viejos

lances e industrias del pueblo. Hubo una vez, dijeron, un gran puerto ballenero, con abundante construcción naval, y más tarde Banwick se hizo famoso por el pulido y tallado del ámbar.

—Y ahora no hay nada —me dijo uno de los hombres del bar—, aunque no nos llevamos mal con nadie.

Después de cenar salí a dar un paseo. Banwick estaba a oscuras, envuelto en espesas tinieblas. Por alguna buena razón no había ningún farol encendido en las calles, apenas un brillo fugaz tras las cortinas echadas de las ventanas. Era como si uno caminara por un pueblo de la Edad Media y a la vista de las formas salientes de sus casas antiguas me acordé de esos extraños y tenebrosos dibujos de Doré sobre París y Tours en el medievo.

Apenas había nadie por las calles. Sin embargo todos los patios y callejones parecían rebosar de chiquillos. Sólo pude ver unas pequeñas figuras blancas revoloteando de un lado para otro al entrar o salir corriendo de ellos. Nunca oí voces como las de esos niños felices. Unos cantaban y otros reían; y mirando dentro de una cueva oscura, descubrí un corro de chiquillos bailando en derredor y cantando con voces claras una maravillosa melodía; alguna tonada de la tradición local, supuse, pues nunca había escuchado con anterioridad semejantes modulaciones.

Regresé a la taberna y le pregunté al patrón por esos chiquillos que estaban jugando en las calles oscuras y patios, comentando lo gratamente contentos que parecían estar.

Durante unos instantes me miró fijamente y luego dijo:

—Bueno, verá usted, señor, los niños han estado un poco descontrolados últimamente; sus padres están en el frente y sus madres no saben mantener el orden. Así que resultan un poco salvajes.

Noté algo extraño en su actitud. No acababa de entender con exactitud dónde estaba la rareza, o lo que implicaba. Era evidente que mi observación le había incomodado en cierta medida; pero yo estaba desorientado respecto a lo que había hecho. Cené y luego durante un par de horas me dediqué a resolver el misterio de « los alemanes» de Malton Head.

Terminé de dar cuenta del mito alemán, y en vez de irme a la cama, decidí darme otra vuelta por Banwick, con su maravillosa oscuridad. De modo que salí, crucé el puente y empecé a subir la calle hacia el otro lado, donde había ese extraño conjunto de tejados rojos, montados unos sobre otros, que había visto bajo el resplandor del crepúsculo. Y descubrí con asombro que esos sorprendentes chiquillos de Banwick estaban todavía fuera de sus casas, y seguían divirtiéndose, cantando alegremente y bailando; como me suponía, estaban en lo alto de la escalinata que ascendía desde los patios hasta la colina, y parecían flotar en pleno aire. Y sus alegres risas sonaban como las campanas por la noche.

Era ya la una y cuarto cuando abandoné la posada, pensando que las madres

de Banwick habían dejado que su indulgencia fuera demasiado lejos, y entonces los niños se pusieron de nuevo a cantar esa vieja melodía que había oído por la tarde. Ahora sus voces suaves y claras se elevaban en medio de la noche y debían de ser, pensé, varios centenares. Me encontraba en un oscuro callejón, cuando vi con asombro que la chiquillería pasaba delante de mí en una larga procesión que concluyó en lo alto de la colina, donde estaba la abadía. No sé si salió entonces una luna apenas visible, o si se despejaron las nubes que tapaban las estrellas; pero lo cierto es que se aclaró un poco la atmósfera y pude ver perfectamente a los niños, que seguían cantando con el embeleso y júbilo con que, en primavera, cantan los pájaros en los bosques.

Iban todos vestidos de blanco, pero algunos llevaban extrañas marcas que, supuse, debían de tener importancia en ese fragmento de algún auto sacramental tradicional que yo estaba contemplando. La mayoría llevaba guirnaldas de algas goteantes alrededor de la frente; uno de ellos mostraba en su garganta una cicatriz pintada; un diminuto chiquillo llevaba abierta su túnica blanca y señalaba una espantosa herida encima del corazón, de la que parecía manar sangre; otro niño extendió sus manos separándolas bastante del cuerpo y sus palmas parecían laceradas y sangrantes, como si las hubiesen agujereado. Uno de los chiquillos sostenía en sus brazos a un recién nacido, e incluso el pequeño daba la impresión de tener una herida en la cara.

La procesión pasó a mi lado, y seguí oyendo sus cánticos como si procedieran del cielo mientras subía la empinada colina hacia la antigua iglesia. Regresé a la posada, y cuando cruzaba el puente me dio la impresión de pronto de que era la víspera del día de los Santos Inocentes. Sin duda había visto un desconcertante vestigio de alguna práctica religiosa medieval, y cuando regresé a la posada pregunté por ella al patrón.

DE LAS PROFUNDIDADES DE LA TIERRA

Durante el pasado agosto hubo una especie de confusa queja acerca de la mala conducta de los niños en ciertos balnearios de Gales. Semejantes informes y vagos rumores son sumamente difíciles de rastrear hasta sus orígenes; nadie tiene mejor razón que yo para saberlo. No necesito recorrer el ancestral suelo galés; pero me temo que por estas fechas mucha gente desearía no haber oído nunca mi nombre. Por otra parte, un considerable número de personas estimables están preocupadas muy seriamente, desde mi punto de vista, con mi eterno bienestar. Me escriben cartas, algunas con amables censuras, rogándome que no prive a las pobres almas enfermas del pequeño consuelo que encuentran en medio de sus penas. Otros me envían octavillas y folletos izquierdistas con alusiones a la hija de un canónigo muy conocido; los demás son de nuevo violenta y anónimamente injuriosos. Y además, con escritura espaciada, en hermosa forma de libro, el señor Begbie se ha enfrentado a mí justificadamente aunque en mi opinión con extrema severidad.

Sin embargo, por mi parte, todo era completamente inocente, más bien casual. Yo, que en prosa soy un pardillo, no hice sino expresar mi insignificante lamento en el « Evening News» , porque así lo quise, pues sentía que la historia de *Los arqueros* debía ser contada. Cuando todo el mundo está en guerra, un inventor de fantasmas es, el cielo lo sabe, una despreciable criatura; pero pensé que, de todos modos, a nadie perjudicaría que yo atestiguara, a la manera del arte fantástico, mi creencia en la heroica gesta de las huestes inglesas que regresaron de Mons tras combatir y vencer.

Y entonces, de un modo u otro, fue como si hubiera pulsado un botón y hubiese puesto en funcionamiento un terrible y complicado mecanismo propulsor de rumores que se pretendían auténticos, de cotilleos que se las daban de evidentes, de extravagantes disparates, en los que la buena gente creía muy firmemente. El supuesto testimonio de esa hija de un canónigo muy conocido tomó al asalto las revistas parroquiales, e igualmente disfrutó de la confianza de los eclesiásticos disidentes. La hija negó saber algo del asunto, pero la gente todavía citaba sus supuestas palabras textuales; y las publicaciones se hacían un lío con los relatos, probablemente verídicos, de las angustiosas alucinaciones y delirios de nuestros soldados en retirada, hombres fatigados y destruidos hasta el

borde mismo de la muerte. Todo resultó peor que los mitos rusos, y como en las fábulas rusas, parecía imposible seguir el curso del engaño hasta su fuente o fuentes. ¿Quién fue el que dijo que la señorita M. conoció a dos oficiales que, etc? Supongo que nunca sabremos su falso y engañoso nombre.

Y eso ocurrirá, en mi opinión, con este extraño asunto de los impertinentes niños de una ciudad galesa de la costa, o mejor de un grupo de ciudades pequeñas y pueblos situados en determinada región o comarca que no voy a precisar tan exactamente como quisiera, pues amo a este país y mis recientes experiencias con *Los arqueros* me han enseñado que ningún cuento es demasiado fútil para ser creído. Y, por supuesto, para empezar nadie sabía cómo se originó este extraño y malicioso chisme. Que yo sepa, se parece más a los mitos rusos que el cuento de Los ángeles de Mons. Es decir, el rumor precedió a la impresión; se habló del asunto por todas partes y pasó de una carta a otra mucho antes de que los periódicos advirtieran su existencia. Y —aquí se asemeja bastante al incidente de Mons— Londres y Manchester, Leeds y Birmingham murmuraron cosas desagradables mientras los pequeños pueblos implicados disfrutaban inocentemente de una prosperidad desacostumbrada.

En esta última circunstancia, como creen algunos, hay que buscar el fundamento de todo el asunto. Es bien sabido que ciertas ciudades de la costa este padecieron el terror de los ataques aéreos, y que una buena parte de sus visitantes usuales se dirigieron por vez primera al oeste. Así pues, existe la teoría de que la costa este fue lo bastante ruin como para divulgar rumores contra la costa oeste por pura malicia y envidia. Puede que así sea; no pretendo saberlo. Pero ahí va una experiencia personal, tal cual, que ilustra la forma en que se divulgó el rumor. Estaba yo un día almorzando en mi taberna de Fleet Street —a comienzos de julio— cuando entró un amigo mío, abogado de la firma Serjeant's Inn, y se sentó a mi mesa. Empezamos a hablar de las vacaciones y mi amigo Eddis me preguntó adonde pensaba ir.

—Al mismo lugar de siempre —dije—. Manavon. Ya sabe usted que siempre vamos allá.

—¿De veras? —dijo el jurista—. Pensé que la costa había dejado de gustar. Mi esposa tiene un amigo que ha oído decir que no es ni mucho menos lo que era.

Me asombró oír eso, pues no entendía que una ciudad como Manavon pudiera dejar de gustar. La había conocido durante diez años, habiéndome alojado en ella en mis alrededor de veinte visitas, y no podía creer que hubieran surgido alborotos en las casas de huéspedes desde agosto de 1914. No obstante, hice una pregunta a Eddis:

—¿Turistas?

—Lo pregunté sabiendo, en primer lugar, que los turistas odian los lugares solitarios, tanto en el campo como en la playa; en segundo lugar, que no había ciudades industriales a una distancia asequible y cómoda, y, en tercer lugar, que

los ferrocarriles no expedían billetes de ida y vuelta durante la guerra.

—No, no exactamente turistas —replicó el abogado—. Pero el amigo de mi esposa conoce a un clérigo que afirma que la playa de Tremaen no es ahora en modo alguno agradable, y Tremaen está sólo a unas cuantas millas de Manavon, ¿no es así?

—¿De qué forma no es agradable? —proseguí con mi interrogatorio—. ¿Payasos, ferias y esa clase de cosas? Pienso que no puede ser así, ya que las solemnes rocas de Tremaen convertirían en piedra al más animado Pierrot. Se quedaría inmóvil en un risco sobre la playa, y las gaviotas se llevarían su canción y la convertirían en un lamento a través de las solitarias y resonantes cavernas que miran a Avalon. Eddis dijo que no había oído nada acerca de los feriantes, pero tenía entendido que desde la guerra los niños del distrito estaban completamente fuera de control.

—Palabrotas, ya sabe usted —dijo—, y todo ese género de cosas, peores que los niños de los suburbios de Londres. Nadie desea que su esposa e hijos escuchen conversaciones groseras a cada momento, mucho menos durante sus vacaciones. Y se dice que Castell Coch está verdaderamente imposible; ninguna mujer decente se dejaría ver por allí.

—Realmente es una pena —dije yo, y cambié de tema. Pero no podía entenderlo del todo. Conocía bien Castell Coch: una pequeña bahía, rodeada de dunas y acantilados de arenisca roja repletos de verdor. Una corriente de agua fría desciende hasta el mar; allí se encuentran el castillo Norman en ruinas, la antigua iglesia y la dispersa aldea; en conjunto es un lugar pacífico, tranquilo y de gran belleza. Allí la gente, tanto los niños como los adultos, no es simplemente amable, sino atenta; si alguien agradece a un niño que le abra la puerta, recibirá la inevitable respuesta: Y sea cariñosamente bienvenido, señor. No podía entenderlo del todo. No me había creído los chismes del jurista; por mucho que lo intentase no podía comprender lo que él me insinuaba. Y, para evitar cualquier misterio innecesario, puedo añadir que tanto mi esposa como mi hijo y yo mismo fuimos el pasado agosto a Manavon y pasamos unas deliciosas vacaciones. Entonces no fuimos conscientes, por supuesto, de ningún tipo de molestia o desavenencia. Después, lo confieso, me contaron una historia que me desconcertó y todavía me desconcierta, y esta historia, si la aceptamos, puede proporcionar su propia interpretación a una o dos circunstancias que en sí mismas parecían completamente insignificantes. Pero durante todo julio encontré indicios de perversos rumores que afectaban a este sumamente grato rincón de la tierra. Algunos de estos rumores coincidían con los chismes de Eddis; otros ampliaban su vaga historia y la precisaban todavía más. Por supuesto, no se disponía de ninguna prueba de primera mano. En estos casos nunca existen pruebas de primera mano. Pero A conocía a B, que había oído decir a C que la hija menor de su primo segundo había sido atacada y golpeada por una pandilla de jóvenes

salvajes galeses. Luego, la gente mencionó a «un doctor con una numerosa clientela en una ciudad muy conocida de las Midlands», en el sentido de que Tremaen era una cloaca de depravación juvenil. Opinaban que la prueba de un médico responsable era terminante y convincente; pero no se molestaron en averiguar quién era el doctor, ni siquiera si había algún doctor relacionado con la cuestión. Entonces el asunto comenzó a aparecer en los periódicos en una especie de forma indirecta, como entre paréntesis. La gente mencionó el caso de estos imaginarios niños traviesos en apoyo de sus opiniones en materia de educación.

Alguien dijo que estos desgraciados pequeños se habrían portado bien si no hubieran tenido ningún tipo de educación; la oposición declaró que la permanencia en la escuela los reformaría rápidamente, transformándolos en ciudadanos admirables. Luego, los pobres niños del condado de Arfon parecieron verse envueltos en disputas acerca de la separación de la Iglesia y el Estado en Gales y la cuestión minera; y todo el tiempo se preocuparon de comportarse cortés y admirablemente como siempre hacían. Supe todo el tiempo que todo era un disparate, pero no pude comprender en lo más mínimo lo que quería decir, ni quién movía los hilos del rumor, ni cuales eran sus propósitos al hacerlo. Empecé a pensar si la presión, la ansiedad y la tensión de una terrible guerra no habrían desquiciado a la opinión pública, de manera que estuviera dispuesta a creer cualquier fábula, a discutir los motivos de unos sucesos que nunca habían ocurrido. Finalmente empezaron las murmuraciones acerca de cosas del todo increíbles: los niños visitantes no solamente habían sido golpeados, sino también torturados; un chico fue encontrado empalado con una estaca en un campo solitario cercano a Manavon; otro niño había sido incitado con engaño a despeñarse por los acantilados de Castell Coch. Un periódico de Londres envió discretamente a Arfon a un competente investigador. Estuvo ausente una semana, y al final de ese período volvió a su oficina y, en sus propias palabras, «echó por tierra toda la historia». No existía una sola palabra de verdad, dijo, en ninguno de esos rumores; ni un solo rastro que diera pie a la más inofensiva forma de cotilleo. Nunca había visto un país tan hermoso; jamás encontró hombres, mujeres y niños más agradables; no había ni un solo caso de enfado o inquietud en ninguna de sus formas.

Sin embargo, la historia siguió creciendo, haciéndose cada vez más monstruosa e increíble. Yo estaba demasiado ocupado en observar el avance de mi propio monstruo mitológico para prestarle atención. El secretario del ayuntamiento de Tremaen, al que finalmente alcanzó la leyenda, escribió una breve carta a la prensa negando con indignación que existiera la más mínima base para los desagradables rumores, que, según él entendía, estaban haciendo circular; y casi por aquellas fechas fuimos nosotros a Manavon y, como dije antes, disfrutamos extremadamente. El tiempo fue perfecto: azules paradisíacos en el cielo, el mar todo un prodigio reluciente, con verdes oliva y esmeraldas,

violetas vivos y zafiros cristalinos alternando entre las rocas; y a lo lejos una confusión de mágicas luces y colores en la confluencia de mar y cielo. El trabajo y la preocupación me acosaban; no encontré nada mejor que detenerme junto a la costa repleta de tomillo, donde hallaba alivio y descanso infinitos en la gran extensión de mar frente a mí y en las minúsculas flores a mi lado. O nos quedábamos toda la tarde estival en un alto saliente sobre los acantilados grises, observando a la marea batirse y encresparse entre las rocas, y escuchando su bramido en los agujeros y cuevas del fondo. Más tarde, como digo, hubo una o dos cosas que me sobrecogieron. Pero entonces no les hice caso. Ves pasar a un hombre con un extraño sombrero blanco y piensas muy poco o nada en él. Después, cuando te enteras de que un hombre que llevaba un sombrero así ha cometido un asesinato en una calle próxima cinco minutos antes, descubres en ese sombrero un cierto interés e importancia. Extraños niños fue la frase utilizada por mi hijo pequeño; y empecé a pensar que verdaderamente eran « extraños» .

Si existe alguna explicación de todo este turbio asunto, creo que debe buscarse en una conversación que sostuve no hace mucho con un amigo mío llamado Morgan. Como buen galés es un soñador, y algunos dicen que parece un niño recién crecido que todavía no ha madurado como los demás. Aunque no lo supe mientras permanecí en Manavon, mi amigo pasó sus vacaciones en Castell Coch. Era un hombre solitario, amante de los lugares solitarios, y cuando nos vimos en otoño me contó que solía ir, día tras día, a un lejano promontorio en la costa conocido por el Campamento Viejo, llevando en una cesta su pan con queso y su cerveza. Allí, por encima de las aguas, hay impresionantes y enormes murallas cubiertas de césped, así como defensas redondeadas y pulidas por el transcurso de varios millares de años. En un extremo de este lugar tan antiguo existe un túmulo, una torre de observación quizás, y debajo el verde y engañoso foso parece finalizar en el centro del campo, cuando en realidad se precipita hacia las escarpadas rocas y el precipicio sobre las aguas.

A este lugar venía Morgan a diario, según dijo, a soñar con Avalon, a purificarse de la fuliginosa corrupción de las calles.

Y así, según me contó, una tarde, mientras dormitaba y soñaba, abriendo los ojos de vez en cuando para admirar el milagro y la magia del mar, mientras escuchaba los innumerables murmullos de las olas, su meditación fue interrumpida pavorosamente por un repentino estallido de horribles y estridentes gritos, acompañados de gritos infantiles, pero de niños de la peor especie. Morgan dice que se echó a temblar con sólo oírlos.

—Eran para el oído lo que el légamo para el tacto.

Luego identificó las palabras: todas las groserías y obscenidades posibles del vocabulario; blasfemias que ponían el grito en el cielo, para luego sumergirse en las puras y radiantes profundidades, desafiándolas. Morgan estaba asombrado. Miró con atención la verde muralla de la fortaleza y vio en el fondo un enjambre

de repulsivos niños, pequeñas y horribles criaturas canijas con caras de viejo, rostros abotagados de ojos hundidos y lascivos. Era peor que destapar una nidada de serpientes o una madriguera de gusanos.

No; no llegó a describir lo que eran en realidad.

—Lea usted lo de Bélgica —dijo Morgan— y piense que no podían tener más de cinco o seis años.

No hubo infamia, dijo, que no perpetraran, ni crueldad que escatimaran.

—Vi correr la sangre a raudales, mientras ellos se reían a carcajadas, pero después no pude hallar ni rastro de ella en la hierba.

Morgan dijo que les observó sin pronunciar palabra; fue como si una mano amordazara su boca. Al fin recuperó su voz y les chilló, y ellos estallaron en obscenas carcajadas, devolviéndole los gritos y desapareciendo de su vista. No pudo seguirlos; supone que se ocultaron entre los espesos heléchos por detrás del Campamento Viejo.

—A veces no puedo entender a mi casero de Castell Coch —prosiguió Morgan—. Es el administrador de correos del pueblo y tiene una granja propia: una especie de tipo corriente, honrado y agradable. Pero a veces habla extrañamente. Iba a contarle lo de esos niños bestiales y a preguntarle quiénes podían ser, cuando empezó a hablar en galés, algo así como «la lucha generacional de siempre; y la gente se deleita con ella».

Morgan no añadió nada más; era evidente que no había entendido nada. Pero este extraño relato suyo me recordó un par de circunstancias extrañas que había observado: el caso de nuestro pequeño que se extravió más de una vez y anduvo perdido entre las dunas, y que regresó horriblemente asustado, gritando y balbuceando algo acerca de extraños niños. Entonces no le prestamos atención; no nos preocupaba, creo yo, si era o no cierto que algunos niños vagaban por las dunas. Estábamos acostumbrados a sus pequeñas fantasías.

Pero después de oír la historia de Morgan me volvió a interesar el asunto y escribí a mi amigo el anciano doctor Duthoit, de Hereford.

Su respuesta fue la siguiente:

«Sólo los pueden ver y oír los niños y los inocentes. He aquí la explicación a lo que le desconcertó al principio: cómo surgieron los rumores. Surgieron de los chismes infantiles, de residuos y sobras del habla semiarticulada de los niños, de los horrores que no entendían, de palabras que avergonzaban a sus niñeras y a sus madres.

Esta gente pequeña sale del interior de la tierra y disfruta de nuestra época. Pues, como dijo el galés, se alegran cuando saben que los hombres siguen su propio camino».

LA HABITACIÓN ACOGEDORA

I

Y descubrió con asombro que acudía al lugar señalado con una profunda sensación de alivio. Es verdad que la ventana que había en la pared estaba un poco alta, y que, en caso de incendio, sería difícil, por varios motivos, salir por ella; tenía barrotes como las ventanas de los sótanos que de vez en cuando se ven en las casas de Londres. Pero por lo demás era una habitación sumamente confortable. Las paredes estaban revestidas de alegre papel floreado, había un estante para libros (por unos instantes se sintió asqueado), una mesita debajo de la ventana con un tablero de damas, dos o tres cuadros buenos, de tema religioso y profano, y el hombre que se ocupaba de él estaba colocando el servicio de té en la mesa que había en el centro de la habitación. Y junto al fuego había una linda silla de mimbre. Era una habitación verdaderamente agradable; acogedora, dirían ustedes. Y, de cualquier manera, gracias a Dios todo había terminado.

II

Durante los últimos tres meses, hasta hace una hora, el tiempo había sido horrible. En primer lugar, hubo un problema; todo fue cuestión de un minuto y no pudo evitarse, aunque fue una lástima, y la chica no se lo merecía. Fue entonces cuando él abandonó la ciudad. Al principio sólo pensó en ocuparse de sus cosas y olvidarse del asunto; no creía que nadie le hubiese visto siguiendo a Joe hasta el río. ¿Por qué no iba a haraganear como de costumbre, sin decir nada, ni a entrar al Ringland Arms para tomarse una pinta de cerveza? Podían pasar varios días antes de que encontrasen el cadáver bajo los alisos; y habría una investigación, y todo eso. Lo mejor sería aguantar hasta el final, y morderse la lengua si la policía venía a hacer preguntas. Pero entonces, ¿cómo podría justificarse y dar cuenta de lo que hizo aquella tarde? Podía decir que fue a dar un paseo a Bleadon Woods y regresó a casa sin encontrarse con nadie. Que él recordase, no había nadie que pudiera contradecirle.

Y ahora, sentado en la cómoda silla junto al fuego, en la acogedora

habitación con su alegre empapelado —tan diferente de las historias que se cuentan de tales lugares—, le complació haber aguantado hasta el final y haberse mantenido firme, permitiendo que lo encontraran y averiguasen lo que pudieran. Pero entonces se había asustado. Mucha gente le había oído jurar que se cargaría a Joe si no dejaba a la chica en paz. Y le había enseñado su revólver a Dick Haddon, « Bogavante» Carey, Finniman y otros, y ellos probarían la bala en el revólver y se acabaría todo. Le entró pánico y se estremeció, pues sabía que no podría quedarse en Ledham ni una hora más.

III

Su casera, la señora Evans, pasaba la tarde con su hija casada en el otro extremo de la ciudad y no regresaría hasta las once. Se afeitó la incipiente barba negra y el bigote, y salió furtivamente de la ciudad en plena oscuridad y caminó toda la noche por una solitaria carretera vecinal, hasta llegar por la mañana a Darnley, a unas veinte millas de distancia, justo a tiempo para coger la desviación a Londres. Había una gran muchedumbre de gente pero, que él recordase, nadie le conocía. Los vagones iban atestados de habitantes de Darnley y tejedores de Lockwood, todos muy animados, y nadie hizo caso de él. Todos bajaron en Kings Cross, y él se paseó con los demás, volviendo la cabeza de vez en cuando como hacían ellos, y se tomó un vaso de cerveza en un bar muy concurrido. No se imaginaba cómo iban a enterarse de adónde había ido.

IV

Tomó una habitación interior en una travesía tranquila de la Caledonian Road, y esperó. Esa tarde había algo en el periódico vespertino, algo que no se entendía muy bien. Al día siguiente encontraron el cadáver de Joe y llegaron a la conclusión de que se trataba de un homicidio… el médico dijo que no podía haberse suicidado. Entonces salió a colación su propio nombre y, al saberse que había desaparecido, le pedían que se presentara. Después leyó que creían que se había ido a Londres, y el miedo empezó a angustiarle. Se le puso la carne de gallina. Algo le subió a la garganta y le asfixiaba. Mientras sujetaba el periódico, las manos le temblaban y la cabeza le daba vueltas. Le asustaba volver a su casa, ya que sabía que no podría quedarse tranquilo; la patearía de arriba abajo, como una bestia salvaje, y la casera se extrañaría. También le asustaba estar en la calle, por miedo a que algún policía lo siguiera y le echase una mano al hombro. A la vuelta de la esquina había una especie de plazoleta en uno de cuyos bancos se sentó, ocultándose el rostro detrás del periódico, mientras los niños vociferaban, daban alaridos y jugaban a su alrededor en los senderos asfaltados.

No le hacían caso y sin embargo eran una especie de compañía; no era lo mismo que estar solo en aquella pequeña habitación tranquila. Pero pronto oscureció y el hombre vino a cerrar la verja.

V

Y tras aquella noche, siguieron angustiosos días y noches de terror, como nunca hubiese imaginado que nadie pudiera padecer. Se había llevado dinero suficiente para mantenerse durante algún tiempo, pero cada vez que cambiaba un billete temblaba de miedo, preguntándose si le localizarían. ¿Qué podía hacer? ¿Adónde podía ir? ¿Podría salir del país? Se necesitaban pasaporte y toda clase de papeles; nunca podría obtenerlos. Leyó que la policía tenía una pista para el Misterioso Asesinato de Ledham; y se fue temblando a su alojamiento y se encerró con llave, lamentándose de su congoja, y luego se encontró soltando palabras y frases al azar, sin sentido ni relevancia, una serie de palabras farfulladas: « de acuerdo, de acuerdo, de acuerdo… sí, sí, sí, sí… vaya, vaya, vaya… bien, bien, bien, bien…» , sólo porque debía decir algo, porque no podía soportar el permanecer callado, por esa congoja que le atormentaba, ese terror que gravitaba opresivamente sobre su pecho. Después, nada sucedió; y una débil, temblorosa esperanza palpitó en su pecho durante un rato, y por espado de uno o dos días sintió que, después de todo, aún disponía de una oportunidad.

Una noche estaba tan contento que se aventuró a entrar en la pequeña taberna que había en la esquina, y se bebió con fruición una botella de cerveza negra añeja, y empezó a pensar de nuevo en lo que podría ser la vida si desapareciese su pavor milagrosamente (reconocía, incluso entonces, que se trataría de un milagro), y una vez más fuera como los demás, sin nada que temer. Estaba saboreando la cerveza negra, bastante animado ya, cuando captó en la barra una frase casual: « le buscan no muy lejos de aquí, eso dicen» . Dejó el vaso de cerveza medio lleno y se fue, preguntándose si tendría el coraje de matarse esa misma noche. En realidad los hombres del bar hablaban de un reciente y sensacional ladrón; pero cada una de esas palabras era una condena para este desgraciado. Y de vez en cuando refrenaba sus miedos, sus refunfuños y farfullas, y se asombraba de que el corazón de un hombre pudiera sufrir semejante angustia enconada, semejante suplicio desgarrador. Era como si él solo entre todos los seres vivos hubiese descubierto un mundo nuevo con el que nunca había soñado nadie, en el que nadie podía creer, aunque le contaran su historia. A lo largo de su vida había padecido de vez en cuando tales pesadillas, como la mayoría de la gente. Eran terribles; tanto que recordaba dos o tres en concreto que le habían oprimido unos años antes, aunque eran una pura delicia comparadas con las que ahora soportaba. Más que soportarlas, le torturaban por

dentro como un gusano retorciéndose entre brasas ardientes.

Salió a la calle, algo ruidosa, aburrida y vacía, y en su confusión producto del pánico se dio cuenta de que tendría que decidirse. Lo estaban buscando en aquella parte de Londres; había un peligro mortal en cada paso que daba. En las calles, donde la gente iba de un lado a otro, riendo y charlando, estaría más seguro; podría pasear con los demás y parecer que era uno de ellos, y así era menos probable que le prestaran atención los que le seguían la pista. Mas, por otra parte, las grandes farolas eléctricas hacían que estas calles estuviesen tan iluminadas como durante el día, pudiendo verse claramente todos los rasgos de los transeúntes. Es cierto que ahora iba bien afeitado, mientras que las fotos de él que salieron en los periódicos mostraban un hombre barbudo, e incluso a él le resultaba extraño el reflejo de su propio rostro en el espejo. Sin embargo existían ojos perspicaces que podían descubrir tales disfraces. Y podrían traer a alguien de Ledham que le conociera bien, y supiese por dónde solía andar; de modo que podían cogerlo y llevárselo a rastras en cualquier momento. No se atrevía a pasear bajo el claro resplandor de las farolas. Estaría seguro en los oscuros y silenciosos callejones más apartados.

Cuando iba a desviarse, para coger una cercana calle muy tranquila, vaciló. Esa calle, desde luego, era bastante tranquila después de anochecer, y no estaba bien iluminada. Era una calle de casas bajas de dos plantas, de ladrillo gris lleno de mugre, en cada una de las cuales vivían tres o cuatro familias. Los hombres volvían fatigados después de un duro día de trabajo, y en seguida echaban las persianas; salían muy poco y se acostaban temprano. En esta calle, y en otras que salían de ella, era raro escuchar pisadas, y había pocas farolas, y peor iluminadas, que en el resto de vías públicas. Y sin embargo, el mismo hecho de que hubiera tan poca gente hacía que todo fuera más evidente y llamativo. Pues la policía recorría despacio tanto las calles oscuras como las iluminadas, y si había poca gente en que fijarse, mirarían con más atención a cualquiera que pasara por la acera. En ese mundo, ese espantoso mundo que acababa de descubrir y en el que vivía solo, la oscuridad era más luminosa que la luz del día, y la soledad más peligrosa que una muchedumbre. No se atrevía a encender la luz, tenía miedo de las sombras, y se fue temblando a su habitación y allí se estremeció mientras transcurría la noche hora tras hora. Se estremeció y farfulló para sus adentros ese galimatías infernal: «de acuerdo, de acuerdo, de acuerdo… estupendo, estupendo… eso es, eso es, eso es, eso es… sí, sí, sí… muy bien, muy bien… de acuerdo… alguien, alguien, alguien, alguien», murmurado en voz baja para no aullar como una bestia salvaje.

Había en él algo de la actitud de una bestia salvaje que se estrella contra la jaula de su destino. De vez en cuando le parecía increíble. No creía que fuese así. Era algo de lo que despertaría, como se había despertado de aquellas pesadillas que recordó, pues las cosas realmente no suceden de esta manera. No podía creerlo, no lo creía. O bien, si de veras era así, todos esos horrores debían de sucederle a algún otro, de cuyos tormentos él había participado misteriosamente. O es posible que se hubiese metido en un libro, en un cuento que uno lee y se estremece, pero al que ni por un momento da crédito. Debe de ser todo fingido, y probablemente todo saldrá bien de nuevo. Y entonces la verdad se le echaba encima como un pesado martillo, y le superaba, y le oprimía… atizando las brasas ardientes de su angustia.

De vez en cuando trataba de discurrir por sí mismo. Se obligaba a ser sensato, por así decirlo; no ceder, pensar en sus posibilidades. Después de todo, hacía tres semanas que se había ido de excursión en tren a Darnsley, y aún era un hombre libre; y cada día de libertad sus posibilidades aumentaban, cuando lo normal era que disminuyeran. Había muchos casos en los que la policía no cogía a los que perseguía. Encendió su pipa y se puso a examinar tranquilamente la situación. Un buen plan podía ser despedirse de su casera y marcharse a finales de semana, dirigirse al sur de Londres y tratar de conseguir algún tipo de empleo. Eso le ayudaría a despistar a sus perseguidores. Se levantó y miró por la ventana con aire pensativo. Se quedó sin respiración. En el exterior de la pequeña tienda de periódicos de enfrente se anunciaba el periódico de la tarde: Nueva pista en el Misterioso Asesinato de Ledham.

VII

Al fin llegó el momento. Nunca supo con exactitud cómo dieron con él. En realidad, dio la casualidad de que una mujer que le conocía bien se encontraba en la puerta de la estación de Damley la mañana de aquel día de excursión, y le había reconocido, a pesar de llevar la barbilla afeitada. Y además, al final, su casera, al subir las escaleras, le había oído quejarse y farfullar, aunque en voz baja. Se interesó y tuvo curiosidad, y se asustó un poco, preguntándose si su huésped sería peligroso, y naturalmente se lo contó a sus amigas. De modo que la historia llegó a oídos de la policía, que fue a preguntarle la fecha de llegada del huésped. Y ahí estabas tú. Ahí estaba nuestro amigo sin nombre, bebiendo una taza de té bien caliente y zampándose el beicon y los huevos con insólito apetito, en aquella habitación acogedora con su alegre empapelado, o sea la Celda de los Condenados.

N

Un grupo de tres hombres, congregados en las dependencias de Perrott en una reunión poco corriente, hablaban de los viejos tiempos, las viejas costumbres y los cambios que habían acontecido en Londres en los últimos y enojosos años.

Uno de ellos, el más joven de los tres, un individuo de unos cincuenta y cinco años, había comenzado a decir:

—Conozco cada rincón de ese vecindario, y le digo que semejante lugar no existe.

Su nombre era Harliss y se suponía que tenía algo que ver con sustancias químicas, garrafas y cristales.

Los tres habían estado recordando numerosas vicisitudes de Londres, y debe advertirse que el más joven de la reunión, Harliss, podía acordarse muy bien del Strand tal como era antes de que lo estropearan completamente. En efecto, si no hubiese podido retroceder a los años de aquellos acontecimientos, es dudoso que Perrott le hubiera dejado participar en la reunión de Mitre Place, un callejón que de día servía de entrada a la posada y no tenía salida después de las nueve de la noche, cuando se cerraban las puertas de hierro y el pavimento permanecía en silencio. Las habitaciones estaban situadas en el segundo piso y desde las ventanas de la fachada podían verse los olmos del jardín de la posada, donde los grajos solían construir sus nidos antes de la guerra. En el interior, la amplia y baja estancia estaba completamente alfombrada de pared a pared; espesas cortinas carmesí ocultaban la noche invernal, en la que un viento cortante y seco arreciaba y gemía incluso en el corazón mismo de Londres. Los tres hombres se sentaron alrededor de un buen fuego, en una vieja chimenea de gran altura de boca, en una de cuyas jambas laterales una olla empezaba a borbotear. Los sillones en donde estaban los tres sentados eran como aquel sobre el que el señor Pickwick descansa para siempre en su frontispicio. La mesa redonda de caoba oscura se apoyaba en una sola pata, intensa y profusamente tallada, y Perrott decía que era de la época de Jorge IV, aunque el tercer contertulio, Arnold, consideraba que era más probable que fuera del tiempo de Guillermo IV, o incluso de los primeros años de Victoria.

Sobre la pared, empapelada en rojo oscuro, había grabados dieciochescos de las catedrales de Durham y Peterborough, que venían a demostrar que, pese a

Horace Walpole y su amigo el señor Gray, el siglo XVIII no supo dibujar un edificio gótico teniendo a la vista sus torres y tracerías: porque no podían verlas, había insistido Arnold hacia el final de una noche, cuando los astros estaban muy adelantados en sus órbitas y el ponche de la jarra empezaba a espesar un poco sus sabores. Había en las paredes otros grabados de fecha posterior, cosas de los años treinta y cuarenta de artistas hoy olvidados aunque muy conocidos en su tiempo: paisajes del Valle del Usk, de la Montaña Sagrada[1], y de Llanthony. Todos ellos con cierto encanto y belleza, como si sus colinas de redondeadas cumbres y sus solemnes bosques debieran más a la inspiración del artista que a la propia Naturaleza. Encima del hogar estaba *Bolton Abbey in the Olden Time*.

Perrott solía disculparse por eso.

—Ya sé —solía decir—. Lo sé todo acerca de él. Es un cerdo, y una cabra, y un perro, y un condenado disparate —citaba un cuento galés—, pero solía colgar encima del fuego en el comedor de mi casa. Y a menudo desearía haberme traído también *Te Deum Laudamus*.

—¿Qué es eso? —preguntó Harliss.

—¡Ah!, es usted demasiado joven para haberlo vivido. Representa a tres niños de coro con sobrepelliz; uno cantando desesperadamente y los otros dos mirando a su alrededor, sencillamente como dos niños de coro. Y siempre nos contaban que el niño fue colgado finalmente. El cuadro de al lado muestra a tres hospicianas, cantando también. Se llama *Te Dominum Confitemur*. Jamás supe su historia.

—Yo la conozco —se animó Harliss—. Tropecé con ambos en unas pensiones cerca de la estación de Brighton, el año de Mafeking[2]. Y, uno o dos años más tarde, vi *Sherry, Sir* en un hotel de Tenby.

—La fruta de cera más hermosa que he conocido —intervino Arnold— la vi en un escaparate de King's Cross Road.

De esta manera solían divagar, más sobre lo anticuado que sobre lo antiguo. Y así, esta noche invernal de viento helado vagabundearon por las calles londinenses de hace cuarenta, cuarenta y cinco o cincuenta años.

Uno de ellos se extendió acerca de Bloomsbury, en la época en que se levantaron los tribunales de justicia y los porteros del Duque tenían garitas junto a las puertas, y todo era pacífico, por no decir profundamente monótono, dentro de aquellos solemnes límites. Aquí estaba la iglesia abovedada de una extraña secta, donde, según decían, mientras emanaba humo de incienso en un solemne ritual, se alzaba repentinamente una quejumbrosa voz que sonaba a conjuro mágico. Allí, otra iglesia, donde fue bautizada Cristina Rossetti; por todas partes, sombrías plazoletas por donde nadie paseaba y en las que las hojas de los árboles estaban ennegrecidas por el humo y el hollín.

—Recuerdo una primavera —dijo Arnold—, en que los árboles tenían el

verde más vivo que jamás he visto. Fue en Bloomsbury Square. Hace mucho tiempo.

—Aquel maravilloso leoncito reposaba sobre postes de hierro frente al Museo Británico —dijo Perrott—. Creo que han conservado unos pocos, ocultos en museos. Ésa es una de las razones por las que las calles se han vuelto más y más sombrías. Si hay algo curioso, algo hermoso en una calle, se lo llevan y lo ponen en un museo. Me pregunto qué habrá sido de aquella impar figurilla, creo que llevaba un sombrero de tres picos, que estaba junto a la puerta del reservado que había en el patio de la campana, en Holborn.

Bajaron por Fetter Lañe y se lamentaron de la casa de Dryden —creo que fue en 1887 cuando la derribaron— y se demoraron en el antiguo emplazamiento de la Posada de Clifford —en el siglo XVII se podía entrar y finalmente llegaron al Strand.

—Alguien ha dicho que era la calle más hermosa de Europa.

—Sí, sin duda, en cierto sentido. De ningún modo en el sentido obvio; no era *belle architecture de ville*. Era una mezcla de todas las épocas, todos los tamaños, alturas y estilos: un incomparable encanto de calle; un conjuro, lleno de palabras que nada quieren decir a los no iniciados.

Siguió una especie de letanía.

—La Tienda de las Morcillas Blancas, donde el pequeño David Copperfield podría haber comprado su almuerzo.

—Estaba cerca de Bookseller's Row: viviendas del siglo XVI.

—Y de « Chocolate como en España» , frente a Charing Cross.

—Las oficinas del *Globe*, donde uno solía enviar sus primeros artículos.

—Los angostos callejones con escalones que descienden hasta el río.

—El aroma de la fabricación de jabón en la perfumería.

—La librería de Nutt, cerca de la carnicería de corderos galeses, donde se estrechaba la calle.

—Las oficinas del *Family Herald*, con una fotografía en el escaparate de una primitiva máquina de componer, en la que se muestra a un operario manejando un artefacto de largos brazos, que se ciernen sobre la caja.

—Y Garden House en medio del césped, en Clement's Inn.

—Y el parpadeo de aquellas viejas lámparas amarillas de gas, cuando el viento soplaba por la calle y la gente atestaba el pasaje que conducía al paraíso del Lyceum.

Uno de los amigos, al captar su oído una frase que otro había utilizado, empezó a susurrar versos a partir de « Oh, rechoncho maître del Cock» [3].

—¡Cuántos cambios! —susurró Perrott. Y empezó a preparar el ponche, rallando lo primero de todo los terrones de azúcar contra los limones, extrayendo así las delicadas y aromáticas esencias de la cáscara de la fruta mediterránea. Sacaron varias sustancias de alacenas situadas en un rincón oscuro de la

habitación: ron de la Jamaica Coffe House de la City, especias en cajas de porcelana azul, una o dos viejas botellas conteniendo esencias secretas. El agua comenzó a hervir, los ingredientes fueron espolvoreados y vertidos en la vasija marrón oscuro, la cual fue entonces tapada y puesta a calentar en el hogar, en el centro del fuego.

—*Misce, fiat mistura* —dijo Harliss.

—Muy bien —contestó Arnold—. Pero recuerde que los verdaderos ingredientes del preparado son invisibles.

Nadie hizo caso de él ni de su alquimia. Y, tras la debida pausa, los vasos quedaron pendientes del fragante vapor de la vasija y luego los llenaron. Los tres se sentaron alrededor del fuego, bebiendo y sorbiendo con ánimos agradecidos.

II

Hay que hacer notar que los vasos en cuestión no contenían gran cantidad del licor caliente. Realmente eran lo que suele llamarse vasos altos; redondos y estrechados ligeramente en la parte central, pero comparativamente de poca capacidad. Por tanto, nada perjudicial para la claridad de aquellas venerables cabezas debe deducirse cuando decimos que, entre la tercera y la cuarta vez que se rellenaron los vasos, la conversación se apartó del centro de Londres y del perdido y amado Strand, y comenzó a internarse en territorios menos conocidos. Perrott empezó por rastrear un curioso pasaje que en cierta ocasión recorrió en dirección norte, esquivando los teatros Globe y Olympic en el sombrío laberinto de Clare Market, bajo arcadas y entre callejones, hasta llegar a Great Queen Street, cerca de la Taberna de Freemason y las pilastras rojas de Iñigo Jones. Alguien reanudó la narración encaminándose a Holborn a través de Whetstone's Park, y tras extraviarse un poco para visitar Kingsgate Street —« igual que en la plancha de Phiz[4]: sórdida, estrecha y deplorable; pero me gustaría que no la hubieran echado abajo» — finalmente llegó a Theobald's Road. Allí se demoraron un poco para examinar los aljibes de plomo curiosamente decorados que antes podían verse en los patios de algunas de las casas más antiguas, y también para especular acerca de la leyenda de una antigua posada porticada, utilizada ahora como almacén, que había sobrevivido hasta hace muy poco a espaldas de Tibbles Road, de donde le venía el apelativo. De allí fueron hacia el norte y hacia el este, más arriba de Gray's Inn Road, cruzando King's Cross Road y subiendo la colina.

—Y entonces —dijo Arnold— empezamos a hacer conjeturas. Habíamos dejado atrás el mundo conocido.

Realmente era él quien se encargaba ahora del grupo.

—¿Saben ustedes? —dijo PerrottParece una tremenda tontería pero es cierto;

al menos por lo que a mí se refiere. No creo haber ido nunca más allá de Holborn Town Hall como era usual, quiero decir paseando. Por supuesto he ido en cabriolé a la estación de ferrocarril de King's Cross, y una o dos veces al Military Tournement, cuando estaba en el Agricultural Hall, en Islington; pero no recuerdo cómo llegué hasta allí.

Harliss dijo que él había sido criado en el norte de Londres, pero mucho más al norte, cerca de Stoke Newington.

—Una vez conocí a un hombre —dijo Perrott— que sabía todo acerca de Stoke Newington; por lo menos debería haberlo sabido. Era un entusiasta de Poe y quiso averiguar si todavía permanecía en pie la escuela en donde Poe estuvo internado cuando niño.

Fue allí una y otra vez. Y lo raro es que, pese a su interés por el asunto, no pareció enterarse si la escuela estaba todavía allí, o si la había visto. Hablaba de ciertas supervivencias de Stoke Newington que Poe indica en una o dos frases de *William Wilson*: el pueblo de ensueño, los nebulosos árboles, las tortuosas casas antiguas de ladrillo rojo, con sus jardines rodeados de altas tapias. Pero aunque confesó haber llegado incluso a entrevistarse con el vicario, y podía describir la vieja iglesia con ventanas abuhardilladas, nunca precisó si realmente había visto la escuela de Poe.

—Nunca oí hablar de ella cuando viví allí —dijo Harliss—. Pero yo procedía del mundo mercantil. Apenas chismorreamos de los escritores. Tengo la vaga idea de que una vez oí a alguien hablar de Poe como un notorio borracho, y eso es más o menos lo único que supe de él hasta mucho después.

—Es raro, pero ciertamente —intervino Arnold— existe una tendencia general a echar mano de lo accidental, ignorando lo esencial. Podemos ser bastante imprecisos acerca de las murallas triples o los vastos diseños de las pesadas líneas de defensa; pero, por lo menos, sabemos que el duque de Wellington tenía una nariz enorme. La recuerdo en las latas de pulimento para cubertería.

—Pero a aquel tipo del que hablaba —dijo Perrott, volviendo a su asunto— no pude entenderle. « Se lo dije: Seguramente sabe usted lo uno o lo otro; si aquella antigua escuela todavía está —o estaba— en pie o no; una u otra cosa vería o no; no puede haber ninguna duda al respecto» . Pero no pudimos obtener una respuesta positiva o negativa. Confesó que era extraño. « Pero, palabra de honor que no lo sé. Fui una vez, hacia 1895, y luego otra vez en 1899, visitando en esta ocasión al vicario. Pero nunca he vuelto a ir desde entonces» . Hablaba como alguien que habiendo penetrado en la niebla no puede hablar con certeza de las formas que ha visto.

» —Y a propósito, mucho después de mi conversación con Haré —el hombre interesado en Poe—, un lejano primo mío vino a la ciudad a ocuparse de los asuntos de una anciana tía suya que había pasado toda su vida cerca de Stoke

Newington y acababa de morir. Una tarde vino a visitarme —hacía muchos años que no nos veíamos— y me comentaba, bastante sinceramente, estoy seguro, lo poco que los londinenses medios conocían de Londres cuando los sacas de su camino habitual. « Por ejemplo» , me dijo, « ¿ha estado usted alguna vez en Stoke Newington?» . Confesé que no había estado, que nunca tuve motivo alguno para ir allá. « Precisamente; y supongo que ni siquiera ha oído hablar de Canon's Park» . De nuevo confesé mi ignorancia. Él me dijo que era extraordinario que un lugar tan hermoso como ése, a sólo cuatro o cinco millas del centro de Londres, fuera absolutamente desconocido para nueve de cada diez londinenses.

—Conozco cada rincón de ese barrio —intervino Harliss—. Allí nací y viví hasta que cumplí los dieciséis años. No existe un lugar semejante en las cercanías de Stoke Newington.

—Pero escuche, Harliss —dijo Arnold—. No creo que sea usted realmente una autoridad en la materia.

—¿Ni aún habiendo conocido al dedillo el lugar durante dieciséis años? Además, posteriormente representé a Crosbies en aquel distrito, poco después de meterme en negocios.

—Sí, por supuesto. Pero supongo que también conocerá bastante bien el Haymarket, ¿no es así?

—Por supuesto que sí; por negocios y por placer. Todo el mundo conoce el Haymarket.

—Muy bien. Entonces dígame cómo se va al St. James Market.

—No existe tal mercado.

—Le creemos —dijo Arnold, con afable regocijo—. Literalmente está usted en lo cierto: creo que en la actualidad lo han derribado. Pero se mantenía en pie durante la guerra: un pequeño espacio abierto rodeado de edificios antiguos y bajos, a tiro de piedra de la parte trasera de la estación de metro. Bajando el Haymarket, había que torcer a la derecha.

—Estoy de acuerdo —confirmó Perrott—. Fui allí, una vez solamente, por razones profesionales relacionadas con una extraña revista que se editaba en uno de aquellos edificios bajos. Pero yo me refería a Canon's Park, en Stoke Newington.

—Discúlpeme —dijo Harliss—. Ahora lo recuerdo. Existe una zona en Stoke Newington, o cerca, llamada Canon's Park. Pero no se trata, en absoluto, de un parque; no parece un parque. Es solamente un nombre que le puso el constructor. Sólo es un conjunto de calles. Creo que hay un Canon Square, un Park Crescent, y una Explanade; hay algunas tiendas decorosas, pero todo es bastante corriente; nada es hermoso allí.

—Pues mi primo me dijo que era un lugar asombroso. Nada parecido a los parques usuales de Londres o a cualquiera otra cosa por el estilo que él hubiera visto en el extranjero. Se entraba a través de una verja, y mi primo dice que era

como encontrarse en otro país. Semejantes árboles debían de haberlos traído de los confines del mundo: en Inglaterra no había ninguno que se les pareciera, aunque uno o dos le recordaban a los árboles de Kew Gardens. Profundas depresiones surcadas por corrientes procedentes de las rocas: césped púrpura y oro con flores, y también lirios amarillos, que ascienden a los árboles y se mezclan con el carmesí de las flores que cuelgan de las ramas. Y aquí y allá, pequeños cenadores y templos, brillando al sol, como en una vista de China, según él.

Harliss no dejó de responder.

—Le digo que semejante lugar no existe.

Y añadió:

—Y, de cualquier manera, todo parece un poco demasiado florido. Quizás su primo fuera el tipo de persona dispuesto a entusiasmarse con una mata de diente de león en un huerto. Un amigo mío me envió una vez un telegrama: « Ven en seguida / Muy importante / Nos vemos en la estación St. John's Wood» . Desde luego fui, pensando que debía tratarse de algo verdaderamente importante; y lo que quería era mostrarme el jardín de una casa que se alquilaba en Grove End Road, que era una explosión de diente de león.

—Y una vista muy hermosa —dijo Arnold, con fervor.

—Era una vista estupenda; pero no justificaba que por ella se telegrafiara a nadie. Y supongo que ahí está el misterio de todas esas cosas que le contó su primo, Perrott. Había uno o dos jardines grandes y bien cuidados en Stoke Newington; imagino que él se paseó sin querer por uno de ellos, y quedó entusiasmado con lo que vio.

—Es posible, por supuesto —dijo Perrott—, pero por regla general no era ese tipo de hombre. Tenía una granja experimental, no lejos de Wells, donde cultivaba nuevas modalidades de trigo y mejoraba los pastos. He oído decir que le consideraban pesado, aunque yo siempre le encontré agradable cuando nos veíamos.

—Bien, le he dicho que no existe lugar semejante en Stoke Newington o en sus cercanías. En ese caso, tendría que conocerlo.

—¿Y qué me dice del St. James Market? —preguntó Arnold.

Entonces « dejaron las cosas así» . Realmente, durante algún tiempo habían tenido la sensación de haberse alejado demasiado de su mundo conocido, y de los acogedores fuegos de las tabernas del Strand, penetrando en la salvaje tierra de nadie del norte. A Harliss, por supuesto, aquellos parajes le habían sido alguna vez familiares, vulgares y faltos de interés: no podía volver a ellos en una conversación, rebosante de emoción. Para los otros dos eran hostiles y remotos, como una disertación sobre exploraciones árticas o tierras de tinieblas perpetuas.

Regresaron con alivio a sus terrenos de caza habituales, y asistieron a teatros que habían sido derribados hacía treinta y cinco años o más, y más tarde

tomaron bistecs y cerveza fuerte en el compartimento junto al fuego, ese fuego que finalmente había sido apagado poco después de que se abriera el nuevo palacio de justicia.

III

Así, por lo menos, pareció en su momento; pero había algo en la historia de ese parque suburbano que se le quedó grabado a Arnold y que le perseguía, remitiéndole finalmente al remoto norte del relato. Mientras reflexionaba sobre esta vaga atracción, se topó casualmente con un ajado libro marrón en su desordenada estantería; un libro adquirido en un puesto ambulante de Farrington Street, donde fue encontrado el manuscrito de *Centuries of Meditations* de Traherne. Hasta entonces, Arnold apenas lo había hojeado. Se llamaba *A London Walk: Meditations in the Streets of the Metrópolis*. Su autor era el reverendo Thomas Hampole y el libro estaba fechado en 1853. En su mayor parte trataba de reflexiones morales y obvias, como puede esperarse de un piadoso y afable clérigo de su tiempo. En pleno siglo XIX, el entusiasmo por moralizar que floreció en tiempos de Addison, Pope y Johnson —quien popularizó el *Rambler*[5] y enriqueció a los editores de sermones— tenía todavía bastante vigencia. A la gente le gustaba ser advertida acerca de las consecuencias de sus actos, tomar lecciones de puntualidad, aprender la importancia de las cosas pequeñas, oír sermones a las piedras, e instruirse en el hecho de que se pueden sacar reflexiones lóbregas de casi todo.

Así pues, el reverendo Thomas Hampole acechaba las calles de Londres desde un punto de vista moral y admonitorio: veía Regent Street en su primitivo esplendor y recordaba las ruinas de la poderosa Roma, sermoneaba acerca de la soledad en medio de la multitud mientras contemplaba lo que él llamaba las hormigueantes miríadas, y permitía que una desolada casa medio en ruinas « en Chancery» le evocara las felices fiestas navideñas de que hace tiempo disfrutaron irreflexivamente tras las desmoronadas paredes y rotas ventanas.

Pero, de vez en cuando, el señor Hampole se mostraba menos evidente, y posiblemente más provechoso en realidad. Por ejemplo, hay un pasaje —ya citado, según creo, por algunos autores modernos— que me parece bastante curioso.

> ¿Alguna vez has tenido la fortuna, atento lector [preguntaba el señor Hampole], de levantarte muy de madrugada un día de verano, aun antes de que los radiantes rayos del sol hubieran hecho algo más que acariciar con su luz las cúpulas y chapiteles de la gran ciudad?… Si has tenido esa suerte, ¿no has observado que aparentemente han estado actuando ciertos

poderes mágicos? La escena acostumbrada ha perdido su apariencia familiar. Las casas con las que te has cruzado a diario, posiblemente durante años, cuando salías por razones profesionales o por placer, ahora parece como si las percibieras por vez primera. Han experimentado un misterioso cambio, *hacia algo espléndido y extraño*. Aunque es posible que hayan sido diseñadas sin emplear apenas el arte de la arquitectura… sin embargo uno está dispuesto a admitir que ahora « se alzan gloriosas y brillan como astros, ornadas de una luminosa serenidad» . Se han convertido en mágicas habitaciones, excelsas moradas, más atractivas a la vista que la fabulosa cúpula del placer del potentado oriental, o el enjoyado palacio construido por el Genio para Aladino en el cuento árabe.

Continúa en este estilo, y luego, cuando era de esperar la obvia advertencia contra nuestra excesiva fe en las apariencias, al mismo tiempo transitorias e ilusorias, surge un pasaje muy poco corriente.

Algunos han declarado que es una opción completamente nuestra el contemplar continuamente un mundo igual de prodigioso y bello o incluso más. Dicen éstos que los experimentos de los alquimistas de la Edad de las Tinieblas… están, de hecho, relacionados no con la transmutación de los metales, sino con la transmutación del universo entero… Este método, o arte, o ciencia, o como queramos llamarlo (suponiendo que exista, o haya existido alguna vez), se preocupa simplemente de restablecer los encantos del Paraíso original; de permitir a los hombres, si ésa es su voluntad, que habiten un mundo de júbilo y esplendor. Es posible tal vez que exista semejante experimento, y que algunos lo hayan llevado a cabo.

El lector era remitido a una nota —de las varias— al final del volumen, y Arnold, muy interesado ya por esta inesperada vena del reverendo Thomas, la consultó. Y de esta manera rezaba:

Soy consciente de que esas especulaciones pueden parecer al lector a la vez singulares y (tal vez puedo añadir) quiméricas; y, por supuesto, puedo haber sido algo precipitado e imprudente al consignarlas a la página impresa. Si he obrado mal, espero ser perdonado; y, por supuesto, estoy lejos de aconsejar a cualquiera que pueda leer estas líneas que se embarque en el dudoso y difícil experimento que ellas bosquejan. Sin embargo, nos vemos obligados a buscar la verdad: *veritas contra mundum*.

Me afirmo en la creencia de que existe al menos algún fundamento

para las extrañas teorías que he insinuado, por una experiencia que aconteció en los primeros días de mi ministerio. Poco después de la terminación de mi primera coadjutoría, y tras ser admitido en la orden sacerdotal, pasé algunos meses en Londres, viviendo con unos parientes en Kensington. Estaba al corriente de que un amigo del colegio, al cual llamaré reverendo señor S., era coadjutor de un suburbio al norte de Londres, S.N. Le escribí, y después le visité en su alojamiento por invitación suya. Encontré a S. algo perturbado. Padecía, al parecer, una afección pulmonar, y su asesor médico insistía en que abandonara Londres por algún tiempo y pasara los cuatro meses del invierno en el clima más suave de Devonshire. A menos que hiciera esto, declaró el doctor, las consecuencias para la salud de mi amigo podían ser muy graves. S. estaba muy dispuesto a dejarse guiar por el consejo y, por supuesto, ansioso de seguirlo; pero, por otra parte, no quería renunciar a su coadjutoría, en la que, como él decía, era al mismo tiempo feliz y, eso confiaba, útil. Al oír esto, le ofrecí en seguida mis servicios, diciéndole que si su vicario lo aprobaba, me encantaría servirle de algo hasta finales del próximo marzo; o incluso después, si los médicos consideraban aconsejable una larga estancia en el sur. S. no cabía en sí de contento. En seguida me llevó a ver al vicario; hechos los oportunos trámites, comencé mis obligaciones temporales al cabo de dos semanas.

Fue durante este breve ministerio en las cercanías de Londres cuando conocí a una persona muy particular, a la que llamaré Glanville. Estaba habitualmente a nuestro servicio y, en el transcurso de mi quehacer, recurrí a él, y le expresé mi satisfacción por su manifiesto apego a la liturgia de la Iglesia de Inglaterra. Respondió con la debida cortesía, rogándome que me sentara y compartiera con él una taza de cordial, y pronto nos enzarzamos en una conversación. Al principio de nuestra relación descubrí que estaba versado en los ensueños del teosofista alemán Behmen, y en las más recientes obras de su discípulo inglés William Law; y tuve claro que miraba con simpatía esos laberintos de la teología mística. Era un hombre de mediana edad, reservado, y de complexión morena; y su rostro se iluminaba de manera impresionante cuando discutía las especulaciones que durante muchos años habían ocupado manifiestamente sus pensamientos. Basadas en las doctrinas (si podemos llamarlas así) de Law y Behmen, estas teorías me parecieron de una índole sumamente fantástica, incluso diría yo fabulosa, pero confieso que las escuché con un considerable grado de interés, aunque era evidente que como ministro de la Iglesia de Inglaterra estaba yo lejos de aceptar libremente las proposiciones que me presentaba. Es verdad que no se oponían manifiestamente a las creencias ortodoxas, pero eran

ciertamente extrañas, y como tales, las recibí con saludable cautela. Como ejemplo de las ideas que acosan a una mente ingeniosa y, si se me permite, devota, puedo mencionar que el señor Glanville insistía a menudo en la importancia, por lo general no reconocida, de la Caída del Hombre.

—Cuando un hombre cede —decía a las misteriosas tentaciones insinuadas en el lenguaje figurativo de las Sagradas Escrituras, el universo, originariamente fluido y al servicio de su espíritu, se torna sólido, y se derrumba con gran estrépito sobre él, aplastándolo bajo su peso y su masa inerte.

Le pedí que me proporcionara más luz acerca de esta extraordinaria creencia; y descubrí que su idea original, que ahora nosotros consideramos obstinada, era utilizar su singular fraseología, el Caos Celestial, una sustancia blanda y dúctil, que puede ser moldeada por la imaginación del hombre incorrupto hasta asumir cualquier forma que él elija.

—Por extraño que pueda parecer —añadió—, las delirantes invenciones (así las consideramos nosotros) de los cuentos de *Las mil y una noches* nos proporcionan algún indicio acerca de los poderes del *homo protoplastus*. La ciudad próspera se convierte en un lago, la alfombra nos transporta en una fracción de tiempo, o más bien atemporal, de un confín al otro del mundo, el palacio surge de la nada con sólo pronunciar una palabra. A todo esto lo llamamos magia, mientras ridiculizamos la posibilidad de semejantes proezas; pero esta magia oriental no es sino un confuso y fragmentario reflejo de otras actividades que formaron parte de la naturaleza primigenia del hombre, y del *fiat* que entonces le fue confiado.

Como he señalado, escuché con cierto interés estas y otras similares exposiciones de las extraordinarias creencias del señor Glanville. No podía dejar de pensar que semejantes opiniones estaban en muchos aspectos más de acuerdo con la doctrina que yo me había comprometido a comentar que muchas de las enseñanzas de los filósofos actuales, que parecen exaltar el racionalismo a expensas de la Razón, tal como nos muestra Coleridge a esta divina facultad. Sin embargo, cuando asentí, dejé claro a Glanville que mi asentimiento estaba restringido por mi firme adhesión a los principios que solemnemente había profesado al ordenarme.

Pasaron los meses en el tranquilo cumplimiento de los deberes pastorales propios de mi oficio. A comienzos de marzo recibí una carta de mi amigo el señor S., en la que me informaba que el aire de Torquay le había beneficiado enormemente, y que su consejero médico le había

asegurado que no debía titubear más en reasumir sus obligaciones en Londres. Por consiguiente, S. se proponía volver en seguida y, tras expresarme afectuosamente su agradecimiento por mi excepcional amabilidad, así la llamó, me anunció su deseo de cumplir con su deber en los servicios eclesiales del próximo domingo. En consecuencia, visité por última vez a aquellos feligreses con los que más particularmente me había tratado, reservando mi visita al señor Glanville para el último día de mi estancia en S.N. Sentía, creo yo, enterarse de mi inminente partida, y me dijo que siempre recordaría con sumo placer nuestros intercambios de impresiones.

—Yo también abandono S.N. —añadió—. A comienzos de la próxima semana embarco para Oriente, donde mi estancia puede prolongarse durante mucho tiempo.

Tras expresarnos cortésmente nuestro mutuo pesar, me levanté de la silla y ya iba a despedirme cuando noté que Glanville me observaba con una extraña mirada fija.

—Un momento —dijo, atrayéndome a la ventana en donde estaba—. Quiero mostrarle el panorama. No creo que lo haya visto nunca.

La sugerencia me pareció rara, por no decir otra cosa peor. Por supuesto conocía la calle en donde residía Glanville, como la mayoría de las calles de S.N.; y, por su parte, él debía ser bastante consciente de que ninguna perspectiva que me pudiera brindar su ventana podría mostrarme nada que no hubiera visto muchas veces a lo largo de mis cuatro meses de estancia en la parroquia. Además, las calles de nuestros suburbios londinenses no suelen ofrecer espectáculos que atraigan a los aficionados al paisajismo y al tipismo. Dudaba entre acceder al ruego de Glanville, o tomarlo en broma, cuando se me ocurrió que era posible que el piso de altura de su ventana pudiera proporcionar una vista lejana de la catedral de St. Paul. En consecuencia, me acerqué a él y esperé que me señalara la vista que, presumiblemente, deseaba que admirase.

Sus rasgos mostraban todavía la extraña expresión que ya he comentado.

—Ahora —dijo—, asómese y dígame lo que ve.

Todavía perplejo, miré a través de la ventana y vi exactamente lo que esperaba ver: una *terrace* o hilera de edificios diseñados con gusto, separados de la vía pública por un parterre o jardín en miniatura, adornado con árboles y arbustos. La calle que cruzaba a la derecha de la *terrace* ofrecía una perspectiva de calles y *crescents*[6] de construcción más reciente y de cierta elegancia. Sin embargo, en toda aquella escena conocida no vi nada que justificara ninguna atención especial; y se lo dije a Glanville de una manera más o menos jocosa.

A manera de respuesta, me tocó en el hombro con la yema de los dedos y dijo:

—Mire de nuevo.

Eso hice. Por un momento, mi corazón se paralizó y respiré con dificultad. Ante mí, en lugar de los edificios conocidos, aparecía un panorama de fantástica y asombrosa belleza. En profundas hondonadas, ocultas entre las ramas de grandes árboles, prosperaban ciertas flores que sólo pueden aparecer en sueños; de un color púrpura tan subido que todavía parecían brillar cual piedras preciosas con un resplandor oculto pero omnipresente. Rosas cuyos colores eclipsaban a cualquier otro que pueda verse en nuestros jardines, altos lirios rebosantes de luz, y capullos como el oro batido. Contemplé sombreados paseos que descendían hasta las verdes hondonadas bordeadas de tomillo; y aquí y allá la herbácea eminencia de arriba, y el burbujeante manantial de abajo, estaban coronados por una arquitectura de fantástica e insólita belleza, que parecía remitir al mismísimo país de las hadas. Casi podría decir que mi alma estaba embelesada con el espectáculo desplegado ante mí. Estaba poseído por un tipo de éxtasis y deleite como nunca había experimentado antes. Un sentimiento de beatitud impregnaba todo mi ser; mi dicha era tan grande que no podía expresarla con palabras. Lancé un inarticulado grito de júbilo y de admiración. Y entonces, bajo la influencia de una súbita reacción de miedo, que incluso ahora no puedo explicar, me alejé precipitadamente de la habitación y de la casa, sin hacer ningún comentario ni despedirme del extraordinario hombre que había hecho yo no sabía bien qué.

Salí a la calle en medio de una gran inquietud y confusión mental. Ni que decir tiene que no había ningún indicio de la fantasmagoría que me había sido mostrada. La familiar calle había recuperado su aspecto usual, la *terrace* permanecía como siempre la había visto, y más allá los nuevos edificios, donde había visto aquellas deliciosas hondonadas y aquellas gloriosas flores, conservaban como antes su pulcro aunque modesto orden. Donde yo había visto valles escondidos entre el verde follaje, ondeando suavemente al sol bajo la brisa estival, no había ahora más que ramas peladas y ennegrecidas, que a duras penas mostraban algún brote. Como he mencionado, estábamos a comienzos de marzo, y una negra escarcha que había caído en los últimos diez o quince días constreñía todavía la tierra y su vegetación.

Me fui apresuradamente a mis aposentos que estaban a cierta distancia de la residencia de Glanville. Me alegraba sinceramente el pensar que abandonaría la vecindad al día siguiente. Puedo decir que hasta el presente nunca he vuelto a visitar S.N.

Unos meses más tarde encontré a mi amigo el señor S. y, so pretexto de interesarme por los asuntos de la parroquia que todavía atendía, pregunté por Glanville al que, dije, había conocido. Al parecer había cumplido su intención de abandonar la vecindad a los pocos días de mi propia partida. No había confiado a nadie de la parroquia ni su destino ni sus planes para el futuro.

—Le conocí muy poco —dijo S.—, y no creo que hiciera ninguna amistad en la localidad, aunque residió en S.N. más de cinco años. Han pasado unos quince años desde que me acaeciera esta experiencia tan extraña, y durante ese tiempo no he oído nada de Glanville. Ignoro completamente si todavía vive en el lejano Oriente, o si ha muerto.

IV

En términos generales Arnold estaba considerado como un hombre perezoso y, como él mismo decía, apenas conocía por dentro una oficina. Pero era laborioso en su ociosidad, y siempre estaba dispuesto a esmerarse en todo aquello que le interesaba. Y estaba muy interesado en este asunto de Canon's Park. Estaba seguro de que existía alguna relación entre la extraña historia del señor Hampole —«más que extraña», pensaba él— y la experiencia del primo de Perrott, el plantador de trigo de la parte oeste del país. Se dirigió a Stoke Newington, y lo recorrió de una parte a otra, mirando a su alrededor con ojos inquisitivos. Encontró sin ningún problema Canon's Park, o lo que quedaba de él. Era tan bonito como Harliss lo había descrito: un barrio trazado en los años veinte o treinta del siglo pasado para ciudadanos de decentes hasta aceptables ingresos.

Algunas de estas casas seguían en pie y todavía sobrevivía una atractiva hilera de anticuadas tiendas. En un sitio había un modesto chalet de diseño georgiano tardío o Victoriano temprano, con su porche emparrado de un descolorido azul verdoso, su balcón de hierro modelado, nada desagradable, su jardincillo delantero y su huerto cercado por una tapia en la parte de atrás, un pequeño cobertizo y un pequeño establo. En otro lugar, algo más exuberante y de escala mucho mayor, ambiciosas pilastras y estuco, bastante césped y amplios caminos privados, colosales arbustos, y hierba en el solar trasero. Pero el modernismo había iniciado su ataque en todo el conjunto. Las grandes casas que quedaban se habían convertido en casitas, y las pequeñas estaban ajadas, ya no eran objeto de adoración; y por todas partes había bloques de pisos de inmundo ladrillo rojo, como si se tratara de un proyecto de cárcel moderna elaborado por el señor Pecksniff bajo indicaciones de la señora Todgers[7]. Frente a Canon's Parks, ocupando el solar en que debió ubicarse la casa del señor Glanville, había un instituto laboral y una facultad de económicas. Ambos edificios helaban la

sangre: por su utilidad y su arquitectura. Parecía como si los peores sueños del señor H.G. Wells se hubieran hecho realidad.

En ninguno de ellos, fuera moderadamente antiguo o totalmente moderno, pudo encontrar Arnold nada que le sirviera. En la época de la que escribió el señor Hampole, Canon's Park debió haber sido medianamente agradable; ahora era inadmisiblemente desagradable. Pero, en el mejor de los casos, no pudo haber nada en su aspecto que sugiriera la maravillosa visión que el clérigo creyó ver desde la ventana de Glanville. Y los jardines suburbanos, aunque bien conservados, no podían explicar los entusiasmos del granjero. Arnold repitió las palabras sagradas de la fórmula explicativa: telepatía, alucinación, hipnotismo; pero apenas se sintió más cómodo. El hipnotismo, por ejemplo, fue usado comúnmente para explicar el truco de la cuerda india. Pero no existía semejante truco, y, en cualquier caso, el hipnotismo no podía explicar aquella o cualquiera otra maravilla contemplada a la vez por un grupo de personas, ya que sólo puede aplicarse a individuos, y ello con su total conocimiento, consentimiento y atención consciente. Podía haber habido telepatía entre Glanville y Hampole; pero ¿dónde recibió el primo de Perrott la impresión no sólo de haber visto una especie de Kubla Khan, o Viejo de la Montaña[8], sino incluso de haberse paseado? Podía decirse que la S.P.R.[9] había descubierto la telepatía y había dedicado gran parte de sus energías durante los últimos cuarenta y cinco o más años a la realización de una minuciosa y completa investigación en torno a ella; pero, a su entender, en los casos recogidos no quedaba constancia de nada tan elaborado como este asunto de Canon's Park. Y, por otra parte, hasta donde él podía recordar, las apariencias atribuidas a la mediación telepática eran siempre individuales; visiones de gente, no de lugares: no existían paisajes telepáticos. Y en cuanto a la alucinación, eso no nos llevaría muy lejos. Exponía los hechos, pero no ofrecía explicación de ellos. Arnold había padecido trastornos hepáticos: una mañana había bajado a desayunar y le había molestado ver el aire lleno de motas negras. Aunque no olfateó el nauseabundo olor de una humeante chimenea, en principio podía estar seguro de que la chimenea había estado echando humo, o que las motas negras eran hollín flotante. Pasó algún tiempo antes de que se diera cuenta de que, objetivamente, no había motas negras, que se trataba de ilusiones ópticas, que había sufrido una alucinación. Sin duda, el vicario y el granjero habían sufrido una alucinación, pero había que buscar la causa, la fuerza motriz. Dickens nos contó que al despertar una mañana vio a su padre sentado a su cabecera, y se preguntó qué estaba haciendo allí. Se dirigió al anciano y al no obtener respuesta, alargó la mano para tocarle: no había nadie. Dickens había sufrido una alucinación; pero ya que en aquella época su padre se encontraba perfectamente bien y libre de dificultades, el misterio permanece insoluble, inexplicable. Debía admitirse, aunque no existiera razón alguna para ello. Era un enigma que había que dejar por imposible.

Pero a Arnold no le gustaba dejar los enigmas por imposibles. Recorrió todos los escondrijos de Stoke Newington y se metió en pubs de aspecto prometedor, esperando encontrar viejos charlatanes que pudieran recordar y repetir historias de sus padres. Encontró unos pocos, pues aunque Londres ha sido siempre un lugar de tribus inquietas y nómadas, y de poblaciones cambiantes, y ahora más que nunca, todavía conserva en muchos lugares, y sobre todo en los más remotos suburbios del norte, un elemento conocido y fijo cuya memoria puede remontarse a cien o incluso ciento cincuenta años. Así es que encontró en una venerable taberna —sería ofensivo y engañoso llamarla *pub*— en los márgenes de Canon's Park una tertulia de amigos que se reunían una o dos horas por las noches en un confortable, aunque sórdido, reservado. Bebían poco y despacio, y se iban pronto a casa. Eran pequeños tenderos de la vecindad, y hablaban de su negocio y de los cambios que habían contemplado: la maldición de las sucursales, el pésimo género que se vendía en ellas, y la reducción de los precios y las ganancias. Arnold se introdujo cautelosa y gradualmente en la conversación, después de una o dos visitas

—Bien, señor, le estoy muy agradecido y no quiero negarme —y dijo que pensaba establecerse en el vecindario, pues le parecía tranquilo.

—Mis mejores deseos, por supuesto. ¿Tranquilo Stoke Newington? Bueno, lo fue una vez; pero ahora no lo es mucho. Ahora todo es orgullo, vestimenta y bullicio; y la gente que tenía dinero y se lo gastaba, hace tiempo que se ha ido.

—¿Hubo aquí gente acaudalada? —preguntó Arnold cautelosamente, tanteando el terreno poco a poco.

—La hubo, se lo aseguro. Mi padre solía llamarles hombres solventes o ricos. Estaba el señor Tredegar, director del Banco Tredegar, que se había fusionado con el City and National hacía muchos años, más cerca de cincuenta que de cuarenta, supongo. Era un perfecto caballero y cultivaba piñas tropicales. Recuerdo que nos mandó una cuando mi esposa estuvo enferma un verano. Ahora no se pueden encontrar piñas como aquella.

—Tiene usted razón, señor Reynolds, toda la razón. Suelo vender lo que llaman piñas, pero yo mismo no las tomaría. Sin aroma, ni sabor, duras y estropajosas; no se puede comparar una manzana silvestre con una reineta de Cox.

Esta declaración obtuvo un asentimiento general y Arnold pensó que el suyo iba a ser un trabajo lento.

E incluso cuando llegó a lo que le interesaba, no consiguió gran cosa.

Dijo que tenía entendido que Canon's Park era un paraje tranquilo, alejado del tránsito principal.

—Bueno, algo de eso hay —dijo el anciano que había aceptado la media pinta—. No encontrará mucho tráfico allí, es cierto: ni tranvías ni autobuses ni autocares. Pero lo han destrozado todo, construyendo nuevos bloques de

viviendas cada dos por tres. Por supuesto, esto puede interesarle. Estos pisos son, sin duda, muy populares, y muy económicos, según me han dicho. Pero yo he preferido siempre una casa propia, mía.

—Le contaré a usted de qué forma es económico uno de estos pisos —dijo el verdulero con una risita preliminar—. Si a usted le gusta la radio, puede ahorrarse el precio del aparato y el permiso. Oirá la radio en el piso de arriba, en el piso de abajo, y en uno o dos más, cuando tengan abiertas las ventanas en las noches de verano.

—Muy cierto, señor Batts, muy cierto. Sin embargo, debo decir que yo también soy partidario de la radio. Me encanta oír una melodía alegre, ya sabe usted, a la hora del té.

—No me diga usted, señor Potter, que le gusta esa cosa horrible que llaman jazz.

—Bueno, señor Dickson, debo confesarlo… —y así sucesivamente.

Era evidente que incluso allí había modernistas. Arnold creyó oír el término hot blues claramente pronunciado. Obligó a aceptar otra media pinta a su vecino, que resultó ser el señor Reynolds, el químico farmacéutico, y probó de nuevo.

—Así es que usted recomendaría Canon's Park como una residencia conveniente.

—Bueno, no señor; no a un caballero que quiera tranquilidad, no lo haría. No se puede estar tranquilo en un sitio que derriban ante sus propios ojos, como podría decirse. Desde luego, era bastante tranquilo en tiempos pasados. ¿Está de acuerdo, señor Batts? —dijo, interrumpiendo la discusión musical—. Canon's Park era bastante tranquilo en nuestros años mozos, ¿no es cierto? Entonces le habría agradado a este caballero, estoy seguro.

—Tal vez —dijo el señor Batts—. Tal vez sí, tal vez no. Hay tranquilidad y tranquilidad.

Una cierta calma se abatió sobre el reducido grupo de ancianos. Parecían rumiar, beber su cerveza a sorbos muy cortos.

—Siempre hubo algo en ese lugar que no me gustó del todo —dijo al fin uno de ellos—. Pero, por supuesto, no sé por qué.

—¿No existió en ese lugar, hace mucho tiempo, cierta historia acerca de un asesino? ¿O fue un hombre que se suicidó y fue enterrado en un cruce de caminos con una estaca atravesándole el corazón?

—Nunca oí hablar de eso, pero he oído decir a mi padre que antiguamente hubo en ese lugar bastante agitación.

—Creo, caballero, que anda usted bastante desencaminado, si me permite el atrevimiento —dijo el más anciano que, sentado en un rincón, había hablado muy poco hasta entonces—. Yo no diría que Canon's Park tenía mala reputación, ni mucho menos. Pero, naturalmente, sucedió algo allí que a mucha gente no le gustó; lo evitó, podría decirse. Y estoy convencido de que todo fue a causa del

manicomio que allí existió hace algún tiempo.

—¿Había allí un manicomio? —preguntó el peculiar amigo de Arnold—. Bien, creo recordar haber oído algo por el estilo en mi infancia, ahora que usted recuerda las circunstancias. Sé que de niños no nos atrevíamos a atravesar Canon's Park después de anochecer. Mi padre solía mandarme de vez en cuando a hacer recados en aquella dirección, y siempre que pude hice que otro niño viniera conmigo. Pero no recuerdo que a ninguno de los dos nos asustaran especialmente los locos. En realidad, ahora que me pongo a pensar en ello, difícilmente sabría decir de qué teníamos miedo.

—Bien, señor Reynolds, eso fue hace mucho tiempo; pero creo de veras que fue aquel manicomio lo que, en primer lugar, alejó a la gente de Canon's Park. ¿Sabe usted dónde estuvo situado?

—No podría decirlo.

—Bien, fue en aquel caserón a la derecha, en medio del parque, que ha estado vacío durante años y años, cuarenta años me atrevería a decir, hasta convertirse en ruinas.

—¿Quieres decir el sitio que ahora ocupa la Empress Mansión? ¡Oh!, sí, desde luego. Lo derribaron hace más de veinte años, y el solar permaneció vacío durante toda la guerra y mucho tiempo después. Era un lugar deprimente; lo recuerdo bien: la hierba creciendo entre los guardavientos de las chimeneas, y las ventanas rotas, y las tablillas con la inscripción Se alquila cubiertas de enredaderas. ¿Fue aquella casa un manicomio en sus tiempos?

—Fue la misma casa, señor. La llamaban Himalaya House. En un principio la construyó sobre una antigua granja un rico caballero de la India, y cuando éste murió sin descendencia sus parientes vendieron la propiedad a un médico. Él la convirtió en manicomio. Y, como iba diciendo, creo que a la gente no le gustó demasiado la idea. Ya sabe usted, aquellos lugares no tenían entonces tan buen aspecto como, según dicen, ahora lo tienen, y se propagaron algunas historias muy desagradables. Me parece que el doctor se vio envuelto en un pleito con un caballero, de buena familia creo, cuyos parientes le habían encerrado en Himalaya House durante años, estando todo el tiempo tan cuerdo como usted o yo. Después vino lo de aquel joven que consiguió escapar: fe un caso lleno de misterio. Pues no cabía la menor duda de que estaba loco de remate.

—¿Dice usted que uno de ellos se escapó? —preguntó Arnold, deseando romper el silencio que había caído de nuevo sobre el grupo.

—Así fue. Ignoro cómo lo conseguiría, pues, según decían, el manicomio estaba severamente vigilado; pero consiguió salir trepando o reptando de una forma u otra, una tarde a la hora del té, y se fue caminando calle arriba tan silenciosamente como puede usted imaginarse, y se alojó cerca de aquí, en aquella hilera de casas de ladrillo rojo que había donde ahora se alza el instituto laboral. Recuerdo muy bien haber oído a la señora Wilson, encargada del

alojamiento —donde vivió hasta muy anciana—, contarle a mi madre que nunca vio un joven tan guapo y tan bien hablado como este señor Vallance, como creo que se hacía llamar, aunque, por supuesto, no era su verdadero nombre. Este señor le contó a ella una historia bastante convincente acerca de su llegada procedente de Norwich y su obligación de ser muy reservado a causa de sus estudios y cosas por el estilo. Traía en una mano su bolsa de viaje y le dijo que el equipaje de peso llegaría después, pagándole una quincena por adelantado, como era habitual. Desde luego, los empleados del doctor le buscaron inmediatamente e hicieron indagaciones en todas direcciones, pero a la señora Wilson de momento no se le ocurrió pensar que este silencioso y joven huésped fuese el loco desaparecido. Es decir, no durante algún tiempo.

Arnold se aprovechó de una pausa retórica en la narración. Hizo una seña al patrón, que estaba reclinado sobre la barra, escuchando como los demás. Hicieron nuevos pedidos, y cada integrante del grupo solicitó un poquito de ginebra, considerando que una bebida floja o incluso amarga sería inadecuada al desenlace de semejante historia. Entonces, con expresiones corteses, bebieron a la salud de nuestro amigo sentado junto al señor Reynolds. Y uno de ellos dijo:

—Así es que le descubrió, ¿no?

—Creo —prosiguió el narrador— que pasó una semana, más o menos, antes de que la señora Wilson se diera cuenta de que pasaba algo raro. Cuando le estaba retirando su servicio de té, él le dijo:

» —Lo que me gusta de estas habitaciones suyas, señora Wilson, es la asombrosa vista que ofrecen desde las ventanas.

» Aquello fue suficiente para sobresaltarla. Todos nosotros sabemos lo que se veía desde las ventanas de Rodman's Row: Fothergill Terrace, Chatham Street y Canon's Park; sin duda propiedades todas ellas muy bonitas aunque nada del otro mundo, como suelen decir los jóvenes. Así es que la señora Wilson no sabía cómo tomarse aquello y pensó que debía ser una broma. Dejó en la mesa la bandeja del té y miró a su huésped a los ojos.

» —¿Qué es, señor, lo que usted admira en particular?, si puedo preguntárselo.

» —¿Que qué admiro? —dijo—. Todo.

» Y entonces, al parecer, empezó a decir los más extravagantes disparates acerca de flores doradas, plateadas y purpúreas, de un manantial burbujeante, de un paseo que se internaba en el bosque, de la casa de hadas en la colina, y no sé qué más. Luego le pidió a la señora Wilson que se acercara a la ventana y mirara todo eso. Ella se asustó, cogió la bandeja, y salió de la habitación tan rápidamente como pudo; lo cual no me extraña. Aquella noche, cuando iba a acostarse, pasó por delante de la puerta de su huésped y, al oírle hablar en voz alta, se detuvo a escuchar. En realidad, no creo que se pueda culpar a la mujer por escuchar. En mi opinión, quería saber a quién había metido en su casa. Al principio no podía entender lo que estaba diciendo. Hablaba atropelladamente en

lo que parecía una lengua extranjera; pero luego siguió en inglés corriente, como si se dirigiera a una joven dama, haciendo uso de expresiones de gran afectación.

» Aquello fue demasiado para la señora Wilson, que se marchó a la cama con el alma en vilo, y casi no consiguió dormirse en toda la noche. A la mañana siguiente, el caballero parecía bastante calmado, pero la señora Wilson sabía que no era de fiar, e inmediatamente después del desayuno se fue a ver a sus vecinos y empezó a hacerles preguntas. Entonces descubrió quién debía ser su huésped, y avisó a la Himalaya House. Los empleados del doctor se llevaron de nuevo al joven. ¡Dios mío!, caballeros, son casi las diez en punto.

La reunión se disolvió en medio de un cordial bullicio. El anciano que había contado la historia del loco fugado se había dado cuenta, al parecer, de que Arnold prestaba mucha atención al relato. Evidentemente se alegraba. Estrechó afectuosamente la mano de Arnold, comentando:

—Como verá, señor, tengo razones para pensar que fue aquel manicomio el causante de la mala reputación de Canon's Park en nuestro vecindario.

Y Arnold se puso en camino, de vuelta a Londres, dándole vueltas en la cabeza muchas cosas. La mayoría de ellas parecían muy confusas, pero él se preguntaba si el huésped de la señora Wilson estaría completamente loco; más loco que el señor Hampole, o el granjero de Somerset, o Charles Dickens, cuando vio aparecerse a su padre junto a su lecho.

V

Arnold contó el resultado de sus indagaciones y perplejidades en la siguiente reunión de los tres amigos en el tranquilo patio delantero de la posada. El escenario se había transformado: era una noche de junio, en la que los árboles del jardín se agitaban a expensas de la fresca brisa, que transportaba al mismo corazón de Londres un vago aroma de los lejanos campos de heno. El licor de la jarra marrón olía a viñas y a huertas gasconas, y le pusieron hielo, pero no por mucho tiempo.

Lo único que dijo Harliss durante todo el relato de Arnold fue:

—Conozco cada rincón de ese vecindario, y le digo que no existe semejante lugar.

Perrott fue sensato. Admitió que la historia era extraordinaria.

—Disponemos de tres testigos —señaló Arnold.

—Sí —dijo Perrott—, pero, ¿ha tenido usted en cuenta, la maravillosa aplicación de la ley de las coincidencias? Un caso, bastante trivial pensará usted posiblemente, me produjo una profunda impresión cuando lo leí, hace unos cuantos años. Cuarenta años atrás un hombre compró un reloj en Singapur, o Hong Kong quizás. El reloj se estropeó y lo llevó a una tienda de Holborn para

que lo revisaran. El hombre que le cogió el reloj sobre el mostrador era el mismo que se lo había vendido en Oriente años antes. Nunca se debe despreciar la coincidencia, ni descartarla como solución imposible. Sus posibilidades son infinitas.

Entonces Arnold contó el último, interrumpido e incompleto capítulo de la historia.

—Después de aquella noche en el King of Jamaica —comenzó—, me fui a casa y me puse a meditar. Parecía no poder hacerse nada más. Sin embargo, sentí que me gustaría echarle otra mirada a ese singular parque, y fui allá una noche oscura. Inmediatamente encontré a un joven que se había extraviado y había perdido, según dijo, a la mujer que vivía en la casa blanca de la colina. No voy a hablarles de ella, ni de su casa o sus jardines encantados. Pero estoy seguro de que el joven se perdió también para siempre.

Y, tras una pausa, añadió:

—Creo que existe una perikhoresis[10], una compenetración mutua.

Es posible, efectivamente, que nosotros tres estemos ahora sentados entre rocas desiertas, junto a corrientes glaciales.

—… Y, ¿con quién?

LOS NIÑOS DE LA CHARCA

Hace un par de veranos, en compañía de viejos amigos, me detuve en mi condado natal, en la frontera galesa. Era un año seco y caluroso, y penetré en aquellos valles verdes y bien regados con una sensación muy reconfortante. Fue un alivio del ardor de las calles londinenses, de las noches sofocantes y cargadas, en las que los innumerables muros de ladrillo, piedra y hormigón y los interminables pavimentos arrojan a la cerrada oscuridad el fuego que a lo largo de todo el día han extraído del sol. Después de aquellas calzadas, que se han convertido en vías de ferrocarril con sus luces cambiantes, sus globos amarillos y sus barras y pernos de acero, y que amenazan de muerte instantánea si los pies no están al tanto, ¡qué descanso poder caminar en silencio bajo el verde follaje y escuchar el discurrir del arroyo desde el corazón de la colina!

Mis amigos eran viejos conocidos y me urgieron a que obrara a mi antojo. El desayuno se servía a las nueve, pero era igual de excelente y copioso a las diez; y si quería podía tomar algo frío en el almuerzo o, en caso contrario, podía ausentarme hasta la cena a las siete y media. Entonces teníamos toda la noche para hablar de los viejos tiempos y de los cambios, confortados por la bebida, y luego acostarnos tranquilizados por los recuerdos y el tabaco, así como por el arroyo que serpenteaba abajo en el prado entre los sombríos alisos. ¡Y no se veía un solo *bungalow* en muchas millas a la redonda! A veces, cuando el calor era abrasador, incluso en esta lozana tierra, y el viento procedente de las montañas al oeste dejaba de soplar, pasaba todo el día a la sombra sobre el césped, pero, más a menudo, iba al campo y recorría los caminos que me eran familiares, tratando de descubrir otros nuevos en este feliz y desconcertante país. Vagaba por valles desconocidos y, a través de profundos y angostos senderos bordeados de setos, todavía más estrechos, supongo, que los viejos caminos de herradura, trepaba disimuladamente sin dirigirme obviamente a ningún lugar en particular.

El día en que me aventuré a emprender semejante expedición el viento era muy frío. Era un « día encapotado» . No había nubes en el cielo, pero una espesa y luminosa niebla grisácea lo cubría todo. Por un momento parecía que el sol iba a brillar, dejando ver el azul del cielo; entonces, los árboles del bosque parecían florecer y los prados iluminarse; pero de nuevo la cargazón lo cubría todo. Me impresionó el pedregoso camino que subía desde la parte posterior de la casa

hasta lo alto de la colina. Hacía muchos años que lo había recorrido por última vez, una tarde invernal en que las roderas estaban endurecidas por la helada, en los lugares altos los sombríos pinos sobresalían por encima de la nieve, y el sol estaba inflamado y todavía lucía por encima de la montaña. Recordé que el camino me había resultado bastante laborioso, con recodos a diestro y siniestro, y declives inesperados, seguidos de subidas a helechales y otros lugares espinosos que perturbaban la quietud de la noche invernal, y que volví a casa de mala gana. Entonces aproveché la oportunidad que me brindaba el día veraniego y resolví de alguna forma terminar con el asunto.

Pensé que habría sobrepasado el lugar en donde me detuve la otra vez, y retrocedí mientras la fría oscuridad y las resplandecientes estrellas se abalanzaban sobre mí. Recordé la inclinación del seto desde el que contemplé el redondo túmulo en lo alto de la barrera montañosa; en la ladera había una granja blanca, cuya granjera todavía llamaba a su perro con voz aguda y débil a lo lejos, como antes lo había hecho él o su padre. A partir de ahí, creí encontrarme en un país desconocido; los fresnos se apiñaban a ambos lados del camino y confluían por encima de él: proseguí mi camino hacia lo desconocido a la manera de las únicas buenas guías turísticas, o sea los cuentos de los caballeros de antaño.

El camino bajaba, subía y volvía a descender a través de la espesura del bosque. Luego desaparecieron los árboles a ambos lados, aunque los setos eran tan altos que no me dejaban ver el resto del camino. Y precisamente al final del bosque había una de esas sendas o pequeños senderos de los que he hablado, que partía a mi derecha y serpenteaba rápidamente fuera del alcance de la vista, bajo el follaje de avellanos, rosas silvestres, arces y carpes, con algún acebo salteado y la dorada madreselva y la oscura brionia brillando y trepando por todas partes. No pude resistir la invitación de un sendero tan recóndito e incierto, que comenzaba con un rastro de verde y profusa hierba sobre tierra todavía blanda pese a la sequía de este caluroso verano. Hasta donde pude divisar, el camino serpenteaba por la falda de una colina, sin ascender ni descender, y bruscamente cesaba, después de poco más de una milla, y me encontré en una ladera rasa con una senda pedregosa que descendía hasta una casa gris. Por su aspecto y sus alrededores, en la actualidad era una granja, pero había indicios de su antiguo esplendor: ventanas con maineles del siglo XVI y un pórtico jacobino en el centro, con un confuso blasón moldeado encima del dintel.

Se me ocurrió que sería agradable un poco de pan con queso y sidra, y golpeé la puerta con mi bastón; me abrió una simpática mujer.

—¿Sería usted tan amable…? —empecé yo.

Entonces, en alguna parte al fondo del corredor de piedra, se oyó un grito y una soberbia voz.

—Adelante, pase, bribón, si se llama Meyrick, de lo cual estoy seguro.

Estaba asombrado. La simpática mujer sonrió abiertamente y dijo:

—Parece que es usted muy conocido aquí, señor. Pero tal vez haya oído que el señor Roberts reside aquí.

Mi viejo conocido James Roberts salió tambaleante de su guarida en la parte trasera. Le había conocido hacía mucho tiempo, pero no muy bien. Nuestros negocios en Londres seguían caminos diferentes y, por lo tanto, no nos vimos a menudo. Pero me alegraba verle en este inesperado lugar: era un hombre rechoncho, con el rostro cada vez más rubicundo con el paso de los años. Era paisano mío, pero apenas le había conocido antes de que ambos nos viniéramos a la ciudad, ya que vivía en el extremo septentrional del condado.

Me estrechó la mano cordialmente, pareciéndome como si quisiera darme una palmada en la espalda —era un poco ese tipo de personas—, y repitió su ¡adelante!, ¡adelante!, añadiendo a la simpática mujer:

—Traiga otro plato, señora Morgan, y todo lo demás. Espero que no se habrá olvidado del queso de Caerphilly, Meyrick. Le aseguro que nadie lo prepara mejor que la señora Morgan. Otra jarra de sidra, señora Morgan, y *seidr dda*, ¿le importa?

Nunca supe si de niño le habían enseñado a hablar en galés. En Londres había perdido hasta el más ligero rastro de acento, pero aquí en Gwent había recuperado en buena medida los dejos locales; su habla olía a tierra galesa tan intensamente como la de la alegre esposa del granjero. Estimé que su acento formaba parte de sus vacaciones.

Me condujo a un pequeño salón de vetusto mobiliario, agradable decoración pasada de moda y empapelado de flores casi imperceptibles; hizo que me sentara en un sillón junto a la mesa redonda, y me dio, como luego le dije, exactamente lo que tenía intención de pedirle: pan con queso y sidra. Todo muy bueno; estaba claro que la señora Morgan tenía la habilidad de hacer un suculento queso de Caerphilly —una especie de *bel paese* blanco—, muy diferente de los secos y pétreos quesos que a menudo deshonran el nombre de Caerphilly. Después hubo mermelada de grosellas con nata. Y el tabaco que se utiliza en el país: Shag-on-the-Back, de Welsh Back, en Bristol. Y luego ginebra.

Esta última la compartimos al aire libre, en un viejo cenador de piedra, junto al jardín. Un rosal blanco había crecido por todo el cenador, dándole sombra y glorificándolo. Precisamente el agua de la gran jarra la habían sacado de un manantial en la roca caliza, y le dije a Roberts con gratitud que me sentía mucho mejor que cuando había golpeado la puerta de la granja. Le conté en dónde me había hospedado —conocía a mi anfitrión por el nombre—, y él, a su vez, me informó que ésta era su primera visita a Lanypwll, como se llamaba la granja. Un vecino suyo en Lee le había recomendado encarecidamente la cocina de la señora Morgan, y, como él dijo, no se podía hablar demasiado bien de ella en ese aspecto ni en ninguno otro.

Estuvimos toda la tarde bebiendo tragos y fumando en aquel agradable refugio bajo el rosal blanco. Meditaba gratamente sobre el hecho de que en Londres no me atrevería a disfrutar tan profusamente del Shag-on-the-Back: un tabaco fuerte, de sabor pleno y en sazón, pero inadecuado a las duras calles.

—¿Dice usted que la granja se llama Lanypwll? —interpuse yo—. Eso quiere decir junto a la charca, ¿no? ¿Dónde está la charca? No la veo.

—Venga —dijo Roberts— y se la mostraré.

Me llevó por una pequeña puerta a través del jardín, rodeado de un espeso y alto seto de laurel, y torcimos a la izquierda de la casa, frente al lugar por donde había entrado. Escalamos un baluarte de los viejos tiempos rodeado de verdor, desde donde Roberts me señaló un angosto valle, circundando de escarpadas colinas pobladas de árboles. Al fondo había un llano, mitad marisma, mitad charca negra de aguas estancadas, con verdes islas de lirios y toda esa exuberante y rara vegetación que suele arraigar en el cieno.

—Ahí tiene usted la charca que buscaba —dijo Roberts.

Era un lugar de lo más extraño, pensé, escondido entre las colinas como si guardara algún secreto. Las empinadas cuestas que descendían hasta ella eran una maraña de maleza, formada por todo tipo de ramas entremezcladas, por encima de la cual sobresalían los árboles más altos, algunos de los cuales habían sucumbido a las aguas pantanosas, apareciendo sus troncos descoloridos, pelados y cadavéricos, y sus ramas descortezadas.

—Un lugar inquietante —dije a Roberts.

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Es un lugar bastante inquietante. Me han contado en la granja que no es prudente acercarse a él, pues puede uno coger unas fiebres y no sé qué cosas más. Y, efectivamente, si uno no desciende con cuidado, vigilando sus propios pasos, fácilmente puede encontrarse metido hasta el cuello en aquel lodo negro.

Regresamos al jardín y a nuestro cenador, y poco después tuve que volver a casa.

—¿Cuánto tiempo ha estado con Nichol? —me preguntó Roberts cuando partíamos. Se lo dije y él insistió en cenar conmigo el fin de semana.

—*Enviaré* por usted —dijo—. Le llevaré por un atajo a través de los campos y verá usted cómo no se extravía. Pato asado y guisantes —añadió con fascinación—, y algo bueno para la digestión después.

La siguiente vez que visité la granja hacía una tarde excelente, pero, efectivamente, aquel maravilloso verano nos hartamos de proclamar tiempo excelente. Encontré a Roberts animado y acogedor, pero, pensé para mí, a duras penas tan optimista como en mi visita anterior. Estábamos en el cenador tomando un cóctel que él había preparado, mientras el magnífico pato alcanzaba el perfecto punto en su dorado, y advertí que su conversación no fluía tan

libremente como la vez anterior. Una o dos veces se calló y pareció pensativo. Me contó que se había aventurado a bajar a la charca, el lugar pantanoso del fondo.

—Y no parece mejor cuando se ve de cerca. Un líquido negruzco y aceitoso que no parece agua, cubierto de espuma y de algas como monstruos. Nunca vi plantas tan raras y tan desagradables. Allá abajo existe una tupida exuberancia cubierta de sombrías flores carmesí, hinchadas y moteadas como un sapo.

—Usted no es botánico, ¿verdad? —observé yo.

—No, no lo soy. Conozco los ranúnculos y las margaritas y poco más. La señora Morgan se asustó mucho cuando le conté dónde había estado. Dijo que esperaba que no tuviera que arrepentirme. Pero me siento igual que siempre. No creo que queden muchos lugares en este país en los que todavía pueda cogerse la malaria.

Continuamos con el pato y los guisantes y gozamos de su perfección. Quedaba un poco de *ale* que el señor Morgan había comprado cuando quebró una vieja taberna de los alrededores; su vejez y su excelencia original combinadas la habían convertido en una bebida rara. El algo bueno para la digestión resultó ser un brandy añejo que Roberts se había traído de la ciudad. Le dije que nunca lo había pasado mejor. Se animó con la excelente comida y bebida y estaba bastante alegre; sin embargo, pensé que había una reserva, algo oscuro en el fondo de su mente que de ningún modo era alegre.

Nos servimos una segunda copa del brandy añejo, y Roberts, tras una indecisión momentánea, habló con claridad. Abandonó completamente el festivo asunto del campesino galés.

—¿Creería usted —empezó— que un hombre vendría a un lugar como éste para ser chantajeado al final del viaje?

—¡Dios mío! —dije con voz entrecortada por el asombro—. En efecto, no lo creería. ¿Qué ha ocurrido?

Me miró muy serio. Incluso pensé que parecía asustado.

—Bien, se lo contaré todo. Hace un par de noches fui a dar una vuelta después de cenar. Era una noche hermosa en que brillaba la luna y soplaba una brisa suave y limpia. Así es que ascendí por la colina y luego tomé la senda que conduce hacia abajo, desde el bosque al arroyo. Me había introducido en el bosque unas cincuenta yardas más o menos cuando oí que una voz aguda y penetrante, una voz de jovencita, me llamaba por mi nombre: ¡Roberts!, ¡James Roberts!; me llevé un susto tremendo, se lo aseguro. Me detuve en seco y miré fijamente en torno mío. Por supuesto, no pude ver nada más que el radiante claro de luna, sombras negras y todos aquellos árboles: cualquiera podía ocultarse tras ellos. Entonces se me ocurrió que podía ser alguna joven lugareña jugando al escondite con su novio: James Roberts es un nombre bastante común, especialmente en esta parte del país. Así es que iba a proseguir mi camino, sin

preocuparme por los asuntos amorosos locales, cuando aquel grito me llegó directamente al oído: « ¡Roberts! ¡James Roberts!» , y luego media docena de palabras con las que no le molestaré; en todo caso, todavía no.

Ya he dicho que Roberts no era, de ninguna manera, íntimo amigo mío. Pero siempre lo había considerado un tipo afable y cordial, una persona perfectamente amable; y sentía, y asimismo me indignaba, verle allí sentado, desdichado y consternado. Parecía que hubiera visto un fantasma; peor que eso: parecía como si hubiese visto el terror.

Pero era demasiado prematuro apremiarle. Le dije:

—¿Qué hizo usted entonces?

—Di media vuelta y regresé corriendo a través del bosque, saltando por encima de la valla. Llegué a casa más rápidamente de lo que nunca pude y me encerré en esta habitación, bañado en sudor del susto y respirando con dificultad. Creo que casi enloquecí. Anduve de un lado para otro. Me sentaba en la silla y volvía a levantarme. Me preguntaba si despertaría en mi cama comprobando que había tenido una pesadilla. Finalmente lloré, la verdad sea dicha: apoyé la cabeza en mis manos y las lágrimas corrieron por mis mejillas. Estaba completamente deshecho.

—Pero, oiga —le dije—, ¿no está armando un gran jaleo por muy poco? Puedo entender perfectamente que ha debido ser un sobresalto desagradable. Pero ¿cuánto tiempo dice usted que ha permanecido aquí? ¿Diez días?

—Mañana se cumplirán dos semanas.

—Bien; usted conoce las costumbres de esta tierra tan bien como yo. Tenga la seguridad que todo el mundo en un radio de tres o cuatro millas alrededor de Lanypwll sabe de un caballero de Londres, un tal señor James Roberts, hospedado en la granja. Y dondequiera que uno vaya, siempre encuentra jóvenes molestos. Deduzco que esta chica utilizó un lenguaje insultante cuando le llamó. Probablemente pensó que era gracioso. ¿No ha admitido usted que anteriormente caminó por el bosque un par de veces por la tarde? Sin duda repararon en usted siguiendo ese camino y la chica y su amigo o amigos planearon darle un susto. Si yo fuera usted, no pensaría más en ello.

Casi clamó.

—¡No pensar más en ello! ¿Qué pensará el mundo?

En su voz había una terrible congoja. Pensé que era ya hora de pasar a los hechos. Hablé bastante enérgicamente.

—Mire, Roberts, de nada sirve andarse con rodeos. Antes de poder hacer algo, tenemos que conocer todo el asunto, directamente. Lo que yo he deducido es lo siguiente: una tarde usted fue a dar un paseo por un bosque cercano, y una chica —dice usted que fue una voz femenina— le llamó por su nombre y a continuación vociferó una sarta de insultos. ¿Hay algo más?

—Bastante más que eso. Iba a pedirle a usted que no permita ir allá a nadie

más; pero, por lo que veo, ya no podrá mantenerse el secreto por más tiempo. Existe otro final de esta historia, y se remonta a un buen número de años, a la época en que llegué a Londres de joven. Eso ocurrió hace veinticinco años.

Dejó de hablar. Cuando comenzó de nuevo, tuve la impresión de que hablaba con indecible repugnancia. Cada palabra era para él un suplicio.

—Usted sabe tan bien como yo que en Londres existe toda clase de caminos que un joven puede seguir: buenos, malos e indiferentes. En eso hubo bastante mala suerte. Lo creo de verdad. Era demasiado joven para saber o preocuparme de adonde iba; pero me metí por una senda que terminaba en un negro abismo.

Me hizo señas para que me inclinara sobre la mesa, y durante uno o dos minutos me habló al oído. Por mi parte, yo escuché con horror. No dije nada.

—*Eso* fue lo que oí gritar en el bosque. ¿Qué dice usted?

—¿Hace tiempo que acabó todo eso?

—Acabó tan pronto como empezó. No fue más que un mal sueño. Y luego todo volvió a mí de repente como un rayo devastador. ¿Qué me dice usted? ¿Qué puedo hacer?

Le dije que debía admitir que de nada servía tratar de atribuir el asunto del bosque a un simple accidente, el fortuito lenguaje obsceno de una depravada chica pueblerina. Como dije, no podía tratarse de una simple casualidad.

—Debe haber alguien detrás de todo esto. ¿Piensa usted en alguien?

—Deben quedar uno o dos. No puedo decirlo con exactitud. No he tenido noticias de ninguno de ellos en años. Pensé que se habían ido; muertos, o a otra parte del mundo.

—Sí; pero en estos tiempos la gente puede regresar de cualquier parte del mundo bastante rápidamente. Yokohama no está mucho más lejos que Yarmouth. Pero ¿ha tenido noticias de alguno de ellos recientemente?

—Como dije, hace años que no. Pero el secreto se ha desvelado.

—Veamos. ¿Quién es la chica? ¿Dónde vive? Debemos ponernos en contacto con ella y tratar de asustarla por todos los medios. En primer lugar, descubriremos el origen de su información. Entonces sabremos dónde nos encontramos. Supongo que habrá descubierto quién es ella.

—Tengo una idea de quién es ella y en dónde vive.

—Quizás no le importe hacer más preguntas a los Morgan. Pero, volviendo al principio, usted habló de chantaje. ¿Le ha pedido dinero esa condenada chica por mantener cerrada la boca?

—No; no debería llamarlo chantaje. Ella no habló para nada de dinero.

—Bien, eso parece más alentador. Veamos: hoy es sábado. Su desgraciado paseo fue hace un par de noches; el jueves por la noche. Y desde entonces no ha vuelto a tener más noticias. Yo en su lugar me mantendría alejado del bosque y trataría de descubrir quién es la joven dama. Evidentemente eso es lo primero que hay que hacer.

Intentaba animarle un poco, pero él únicamente fijó en mí sus horrorizados ojos.

—Esto no acabó en el bosque —dijo con voz quejumbrosa—. Mi dormitorio está contiguo a esta habitación en donde estamos ahora. Cuando me hube tranquilizado un poco aquella noche, me serví una copa bien cargada, con el doble de mi ración habitual, y me fui a la cama. Me despertaron unos golpecitos en la ventana, exactamente junto a la cabecera de la cama. Tac, tac, volvió a sonar. Pensé que sería una rama golpeando en el cristal. Entonces oí esa voz que me llamaba:

» —James Roberts, ¡abra, abra!

» Le confieso que se me puso la carne de gallina. Habría gritado si hubiese podido emitir algún ruido. La luna había descendido, y existía un enorme y viejo peral cerca de la ventana; todo estaba a oscuras. Me incorporé en la cama, tembloroso de miedo. Había calma chicha y empecé a pensar que el susto recibido en el bosque me había provocado una pesadilla. Entonces la voz llamó de nuevo, y más fuerte:

» —James Roberts ¡abra, rápido!

» Y tuve que abrir. Saqué medio cuerpo de la cama, alcancé el picaporte, y abrí un poco la ventana. No me atrevía a mirar. Pero la excesiva oscuridad impedía que pudiera verse nada bajo el árbol. Entonces ella empezó a hablarme. Me contó todo desde el principio. Conocía todos los nombres. Sabía dónde trabajaba yo en Londres y dónde vivía, y quiénes eran mis amigos. Dijo que ellos lo sabrían todo. Y añadió:

» —Usted mismo se lo contará, ¡y no podrá ocultar ni una simple palabra!

El desdichado hombre cayó de espaldas en su silla, estremeciéndose y jadeando. Batió palmas de arriba abajo con un gesto de dolor, miedo y desesperación; y sus labios expresaron una mueca de pavor.

No diré que empezaba a ver claro. Pero vislumbré un indicio acerca de ciertas posibilidades de claridad o —digamos— disminución de la oscuridad. Le dije una o dos palabras tranquilizadoras, y dejé que se apaciguara un poco. La narración de esta extraordinaria y espantosa experiencia le había puesto muy nervioso; y, sin embargo, habiéndolo confesado todo, pude comprobar que se sentía más aliviado. Sus manos permanecieron quietas sobre la mesa, y sus labios dejaron de hacer muecas horribles. Me miró con una ligera expectación, pensé; como si hubiera empezado a abrigar la débil esperanza de que yo podía ayudarle de alguna manera. No era capaz por sí mismo de descubrir alguna posibilidad de salvación; sin embargo, uno nunca sabe los recursos y destrezas que puede aportar otro hombre.

Eso fue, al menos, lo que me pareció a mí que expresaba su pobre y miserable rostro; y esperaba estar en lo cierto, permitiéndole que se calmara un poco e hiciera acopio de toda la esperanza de que fuera capaz. Entonces

comencé de nuevo:

—Eso fue la noche del jueves. Pero ¿y la pasada noche? ¿Hubo alguna otra visita?

—Igual que la anterior. Casi palabra por palabra.

—Y ¿era verdad todo lo que decía? ¿No mentía la chica?

—Todo lo que dijo era cierto. Había algunas cosas que yo había olvidado, pero cuando me habló de ellas las recordé inmediatamente. Una de ellas, por ejemplo, era el número de una casa en determinada calle. Si usted me hubiera preguntado por ese número hace una semana, le habría dicho, con toda sinceridad, que no sabía nada de él. Pero cuando lo oí, al momento lo reconocí: podía ver ese número a la luz de un farol callejero. Aquella noche de noviembre el cielo estaba oscuro y encapotado, y soplaba un viento cortante que provocaba el arremolinamiento de las hojas sobre la acera.

—¿Cuándo se encendió el fuego?

—Aquella noche. Cuando aparecieron ellos.

—¿Vio usted a la chica? ¿Podría describirla?

—Ya le confesé que tenía miedo de mirar. Esperé a que dejara de hablar. Estuve sentado durante media hora o una hora. Luego encendí mi vela y cerré el pestillo de la ventana. Eran las tres en punto y la luz aumentaba.

Estuve pensándomelo bien. Advertí que Roberts confesó que todas las palabras pronunciadas por su visitante eran auténticas. No le habían cogido por sorpresa; no existía indicación alguna acerca de la existencia de nuevos detalles, nombres o circunstancias. Se me ocurrió que tendría cierto —posible— significado; y también era interesante conocer las circunstancias actuales de Roberts, su dirección comercial, su domicilio particular, y los nombres de sus amigos.

Había atisbos de una posible hipótesis. No podía estar seguro; pero le comuniqué a Roberts que pensaba que podía hacerse algo. Para empezar, dije, le iba a hacer compañía durante la noche. Nichol supondrá que he evitado regresar a casa después del anochecer; que será mucho mejor. Y por la mañana iba a pagarle a la señora Morgan las dos semanas extras que había decidido quedarse, un poco a modo de compensación.

—Estaría muy bien —añadí yo, emocionado, pensando en el pato y en la añeja *ale*—. Y luego —terminé— le despacharé al otro lado de la isla.

Le hice beber una generosa dosis de aquella añeja *ale* para provocarle sueño. No necesitaba la hipnosis para nada; el terror que había padecido y la tensión al contarlo le habían agotado. Le vi caerse sobre la cama y quedarse dormido en un momento, y mientras, yo me arrellané, bastante confortablemente, en un espacioso sillón. No hubo problemas durante la noche, y cuando me desperté vi a Roberts durmiendo plácidamente. Le dejé a solas y me paseé por la casa y el radiante jardín matutino, hasta tropezar con la señora Morgan, atareada en la

cocina.

Acabé con su preocupación. Le dije que temía que el lugar no fuera del todo conveniente para el señor Roberts.

—En efecto —dije—, se puso tan mal la pasada noche que temí dejarle solo. Sus nervios estaban en muy mal estado.

—Realmente, no me sorprende nada —replicó la señora Morgan, con cara solemne. Pero yo pensé bastante en esta observación suya, al no tener ni idea de lo que quería decir.

Pasé a explicar lo que había decidido para nuestro paciente, como le llamaba: brisas costeras del este, y multitudes de gente, cuanto más ruidosas mejor, Y, efectivamente, ése era el remedio que yo tenía en mente. Dije que estaba seguro de que el señor Roberts haría exactamente lo que debía.

—Estoy segura, señor, que todo saldrá bien: no se preocupe por eso. Pero cuanto más pronto se marche usted después de que les sirva a ambos el desayuno, más contenta estaré yo. Puedo decirle que estoy muerta de miedo por su suerte.

Y se puso manos a la obra, murmurando algo que sonaba como « Plant y pwll, plant y pwll» .

No le di tiempo a Roberts para reflexionar. Le desperté, le hice salir apresuradamente de la cama, le llevé a toda prisa a desayunar, le vi hacer su maleta, se despidió de los Morgan, y antes de que la familia regresara de la iglesia aguardaba sentado a la sombra en el césped de Nichol. Ofrecí a Nichol un resumen de los detalles —depresión nerviosa y todo lo demás—, los expuse uno a uno, y dejé que hablaran por sí mismos de las Montañas Negras, lugar de procedencia de Roberts. Al día siguiente fui a despedirle a la estación; se iba a Great Yarmouth, vía Londres. Le dije con aire autoritario que ya no tendría más problemas, de ningún tipo, subrayé. Y quedó en escribirme al cabo de una semana a mi domicilio particular en la ciudad.

—De paso —dije, un poco antes de que el tren se deslizara por el andén—, voy a hacerle una pregunta en galés. ¿Qué significa « plant y pwll» ? ¿Algo de una charca?

—« Plant y pwll» —explicó— significa niños de la charca.

Cuando se terminaron mis vacaciones y hube regresado a la ciudad, comencé a investigar el caso de James Roberts y su visitante nocturno. Al comenzar a contarme su historia me angustió sumamente —podía estar seguro de su veracidad— y me sobresaltó pensar en un hombre tan amable amenazado por la desgracia y el desastre más abrumadores. Nada parecía imposible en el relato, extensamente detallado, ni en su primer esbozo. No es del todo inaudito que los hombres más decentes tengan un mal momento en sus vidas, y hagan todo lo posible por expiarlo y conseguir olvidarlo. Bastante a menudo no es difícil

buscar la explicación de semejante desventura. Supongamos que un joven, de comportamiento ejemplar y sencilla educación campesina, irrumpe súbitamente, como hizo el desgraciado de Roberts, en el laberinto de Londres: sus muchos recovecos le llevarán al desastre o a algo peor. Los hombres más expertos, de agudos instintos y percepciones, conocen el aspecto de estos atractivos pasadizos y los evitan; algunos tienen el buen juicio de retroceder a tiempo; unos pocos caen finalmente en la trampa. Y en algunos casos, aunque pueda haber una presunta escapatoria, y paz y seguridad por muchos años, los dientes del cepo rondan todo el tiempo las piernas humanas, y se cierran finalmente sobre los sumamente honorables jefes, prebostes y pilares de todo tipo de instituciones decentes. Y después la cárcel, o a lo más el abucheo y la extinción.

Así pues, a primera vista, no estaba yo de ningún modo preparado para despreciar el relato de Roberts. Pero cuando entró en detalles, y tuve tiempo para pensar con calma, esa facultad completamente ilógica, que a veces se hace cargo de nuestros pensamientos y opiniones, me reveló que en todo este asunto había un fallo enorme, que de una forma u otra las cosas no habían sucedido así. Este proceso mental, debo decir, es estrictamente indefinible e injustificable para cualquier escuela de pensamiento de las que tengo noticias. Lo cual no es razón para que nos basemos en el obispo Butler y declaremos con él que la probabilidad es ley de vida, deduciendo de esta premisa la conclusión de que lo improbable no sucede. Cualquiera que se moleste en echar un vistazo a su propia experiencia del mundo y de las cosas en general es consciente que los sucesos más insensatamente improbables constantemente acontecen. Por ejemplo, tomo el periódico de hoy seguro de encontrar algo que me sirva, y en un momento tropiezo con el titular « Destrozado un modelo de elefante» . Un padre, hombre de fortuna manifiesta, acusa a su hijo de este extraño delito. El verano pasado, contó el padre al tribunal, su hijo construyó en el jardín delantero un modelo gigantesco de elefante, con materiales comprados ante testigos. Hizo el esqueleto del elefante con tubería, lo cubrió de tierra y fibras, y lo sujetó con tela metálica. Plantó flores encima, y costó todo tres libras y cinco chelines.

Una fotografía del elefante fue mostrada en el tribunal, y el escribano comentó:

—Es algo espantoso.

Y entonces se produjo la catástrofe. El hijo conoció a una mujer casada mucho mayor que él, sus padres lo desaprobaron y hubo peleas. Y así, una noche, el joven fue a casa de su padre, saltó la tapia del jardín e intentó volcar el elefante. Al no conseguirlo, procedió a destriparlo con un par de cizallas.

¡Vaya! Esa historia parece de lo más improbable, pero todo sucedió de esa manera, como asegura el *Daily Telegraph*, y yo me lo creo. Y no dudo de que si me molestara en buscar, encontraría en las columnas del periódico algo tan

improbable, o incluso más, tres o tal vez cuatro veces por semana. ¿Qué ha sido del viejo desconocido sin identificar encontrado en el Támesis con un Buda de piedra en el bolsillo y en el otro una cartera de cuero con la inscripción: « La gallina que incuba huevos de porcelana es mejor que lo deje» ?

Constantemente acontece lo improbable; pero, utilizando esa facultad que me siento incapaz de definir, rechacé el relato de Roberts sobre la chica del bosque y de la ventana. No sospeché que estuviera bromeando de una manera ofensiva y malintencionada. Su aflicción y su pavor eran demasiado evidentes para eso, y, aunque estaba seguro de que padecía una espantosa y grave conmoción, no me creí la historia que me había contado. Estaba convencido de que no había habido ninguna chica, ni en el bosque ni en la ventana. Y, cuando Roberts me contó, con creciente terror, que todo lo que había referido era cierto, que ella incluso le había recordado cuestiones por él ya olvidadas, sentí que mi creciente suposición se fortalecía enormemente. Pues me parecía al menos probable que, si todo había ocurrido como él suponía, deberían existir en la historia nuevas e irrefutables circunstancias, absolutamente desconocidas e insospechadas para él. Pero, tal como estaban las cosas, él aceptaba todo lo que me había contado, como en sueños se aceptan sin vacilar las fantasías más disparatadas tal cual si se tratase de asuntos e incidentes de la propia experiencia diaria. Decididamente, no existía ninguna chica.

El domingo que pasó conmigo en el Wern, local de Nichol, me aproveché de su mayor sosiego —el descanso nocturno le había sentado bien— para sonsacarle algunos datos y fechas, y, al regresar a la ciudad, los puse a prueba. Era una investigación nada fácil ya que, en apariencia al menos, los asuntos investigados eran eminentemente triviales: los primeros pasos de un joven campesino en Londres en determinada firma comercial; y hace veinticinco años. Hasta los más escandalosos juicios por asesinato y los cambios ministeriales acaban por volverse confusos e inciertos, si no olvidados, en veinticinco años, o doce en este caso; y, en comparación con tales sucesos, el asunto de James Roberts parecía peligrosamente insignificante.

Sin embargo, saqué el mejor partido posible de la información que me había dado Roberts; y una carta que recibí de él me reafirmó en mi cometido. Me contaba en ella que no se había repetido el apuro (así lo expresaba), que se sentía perfectamente bien, y que se estaba divirtiendo enormemente en Yarmouth. Decía que los espectáculos y las distracciones en la playa le estaban haciendo un bien inmenso. Hay un verdugo retirado que desempeña su viejo oficio en una tienda de campaña, con telón y todo lo demás. Y también un tipo que se llama a sí mismo Arzobispo de Londres, el cual ayuna en una vitrina con la mitra y las vestiduras puestas. Desde luego, mi paciente estaba recuperado, o en vías de una recuperación muy favorable: podía ponerme a investigar con un sosegado espíritu de curiosidad científica, desprovisto de la tensión nerviosa del cirujano

convocado con poca antelación para llevar a cabo una operación a vida o muerte.

En realidad, todo era más simple de lo que yo había pensado. Verdaderamente los resultados fueron nulos o casi nulos; pero eso era, exactamente, lo que había esperado y deseado. Progresé bastante, partiendo de un leve bosquejo de sus primeros años en Londres, que me proporcionó Roberts, con omisión de los horrores, a petición mía, y tras manejar un par de nombres y fechas. ¿Hasta dónde llegué? Simplemente a esto: un muchacho —diecisiete años recién cumplidos— criado en las solitarias colinas y educado en una pequeña escuela rural, a quien un tío de Londres había proporcionado un pequeño puesto en una oficina de la City. De mutuo acuerdo, establecido tras una larga y complicada correspondencia, debía alojarse en casa de unos primos lejanos que vivían en la zona de Cricklewood-Kilburn-Brondesbury, y se instaló bastante cómodamente, según parece, aunque Prima Ellen se opuso a que fumara en el dormitorio, y le rogó que desistiera. La familia consistía en Prima Ellen, su marido, Henry Watts, y sus dos hijas, Helen y Justine. Esta última tenía, más o menos, la edad de Roberts; Helen tres o cuatro años más. El señor Watts se había casado bastante tarde y alrededor de un año después se había retirado. Le interesaban sobre todo las begonias de raíces tuberosas, y en la temporada recorría unas pocas millas hasta su club de cricket y veía los partidos los sábados por la tarde. Todas las mañanas desayunaba a las ocho, y todas las tardes tomaba el té a las siete; entretanto, el joven Roberts hacía todo lo que podía en la City y disfrutaba lo bastante con su trabajo. Al principio era tímido con las dos chicas; Justine era alegre y no podía evitar tener una voz de pavo; Helen era adorable. Las cosas continuaron muy agradables durante un año, o tal vez dieciocho meses, sobre las mismas bases: Justine era una gran bromista y Helen era adorable. El problema fue que Justine no creía ser una gran bromista.

Pues debe decirse que la estancia de Roberts con sus primos acabó desastrosamente. Tengo entendido que el joven y la silenciosa Helen fueron culpables de —digamos— amables indiscreciones, aunque sin graves consecuencias. Pero parece ser que Prima Justine, de ojos y pelo negro, hizo unos descubrimientos que la ofendieron cruelmente, y denunció a voces a los ofensores, con esa aguda voz suya, durante las horas muertas de una noche de Brondesbury, ante la enorme rabia y consternación de toda la casa. En realidad, alguien tenía que pagar el pato, y el señor Watts expulsó inmediatamente de la casa al joven Roberts. Y no cabe duda de que debería avergonzarse de sí mismo. Pero los jóvenes…

Poco más sucedió. El viejo Watts gritó furioso que contaría toda la historia al jefe de Roberts en la City; pero, pensándolo bien, se contuvo la lengua. Durante el resto de la noche, Roberts vagó por Londres, refrescándose de vez en cuando en puestos ambulantes de café. Cuando abrieron las tiendas, tomó un baño y se

arregló, y fue a su oficina, radiante y puntualmente. Al mediodía, en la sala para fumadores en los bajos de la tienda de té, consultó con un compañero de oficina mientras jugaban al dominó, y decidió compartir unas habitaciones con él lejos del camino de Norwood. Desde entonces, la carrera de Roberts ha sido eminentemente sobria, sin incidentes, próspera.

Ahora, todo el mundo, supongo, se da cuenta de que en los últimos años el absurdo negocio de la interpretación de los sueños ha dejado de ser una broma para convertirse en una ciencia muy seria. La llaman psicoanálisis, y es complicada. Yo diría que es una mezcla de una parte de sentido común y cien de puro disparate. De los sueños más simples y más obvios, el psicoanalista deduce las más incongruentes y extravagantes consecuencias. Un negro salvaje le cuenta que ha soñado que le perseguían leones, o quizás cocodrilos, y el psicoanalista sabe inmediatamente que el negro padece el complejo de Edipo. Es decir, está locamente enamorado de su propia madre, y teme, por tanto, la venganza de su padre. Todo el mundo sabe, por supuesto, que el león y el cocodrilo son símbolos del padre. Y tengo entendido que hay gente culta que se cree estas tonterías.

Es un completo disparate, por supuesto; el mayor de los disparates, ya que la verdadera interpretación de muchos sueños —de cualquier modo no todos— apunta, puede decirse, en dirección contraria al método del psicoanálisis. El psicoanalista infiere lo monstruoso y lo anormal a partir de una insignificancia; con toda seguridad, a menudo se invierte el proceso. Si un hombre sueña haber cometido un vergonzoso pecado, con toda seguridad conjeturará que, por puro despiste, llevaba corbata roja, o botas marrones, con el traje de etiqueta. Una ligera discusión con el pastor puede llevarle en sueños a las garras de la Inquisición española, y al suplicio de la hoguera. Dejar de recibir cartas importantes en el buzón arruinará a veces un gran reino en el mundo de los sueños. Y aquí tenemos, no me cabe la menor duda, la explicación o parte de la explicación del caso Roberts. Sin duda había sido mal chico; en el fondo de su problema existía algo más que una fruslería. Pero su falta primera, por grave que nos pareciera, había crecido desmesuradamente en su oculta conciencia hasta convertirse en una monstruosa mitología del mal. Hace algún tiempo, un docto y extraño investigador demostró que Coleridge había tomado una escueta frase de un viejo cronista, convirtiéndola en el núcleo de *El Viejo Marino*. Con una vasta muestra de vitalidad había pescado inconscientemente en su red toda clase de criaturas procedentes de los cuatro mares de sus vastas lecturas: hasta que la escueta idea del viejo libro se transmutó brillantemente en una de las grandes obras maestras de la poesía universal. Roberts carecía de las facultades poéticas, del poder transformador de la imaginación, y de las dotes expresivas mediante las cuales el artista libera su alma de su carga. En él, como en muchos otros, había un profundo abismo entre la conciencia y el inconsciente, de manera que

lo que no podía salir a la luz crecía y se inflamaba en la oscuridad secretamente, enormemente, terriblemente. Si Roberts hubiera sido un poeta o un pintor o un músico, podíamos haber obtenido una obra maestra. Como no era ninguna de esas cosas, tuvimos un monstruo. Y no me creo del todo que se viera afectado conscientemente por un profundo sentimiento de culpabilidad. Descubrí en el curso de mis investigaciones que, poco después de la huida de Brondesbury, Roberts se enteró de unos desgraciados incidentes de la saga de los Watts —si se nos permite este honorable término— que le convencieron de que existían circunstancias atenuantes en su delito, y excusas para su comportamiento. Había olvidado, sin duda, la realidad o la recordaba muy ligeramente, raramente, ocasionalmente, sin que ningún sentimiento de solemnidad o culpabilidad le atara a ella. Mientras tanto, todo el tiempo iba tomando forma secretamente en los recovecos de su alma un desfile de horrores. Y, finalmente, tras varios años de crecimiento y expansión en la oscuridad, el monstruo salió a la luz y, con tal violencia, que la víctima lo tomó por una entidad concreta y objetiva.

Y, en cierto sentido, había surgido de las aguas negras de la charca. Hace unos pocos días leía yo, en una reseña de un serio libro de psicología, las siguientes palabras tan sorprendentes:

> Las cosas que distinguimos como cualidades o valores son inherentes al verdadero entorno que configura nuestra respuesta sensorial a ellas. Existe algo parecido a un paisaje triste, incluso cuando los que lo contemplamos somos joviales; y si creemos que es triste solamente porque le atribuimos una parte de nuestros propios recuerdos de la tristeza, el profesor Koffka nos da buenas razones para considerar esta opinión como superficial. Pues no se achacan atributos humanos a aquello que en el entorno solemos describir como personajes exigentes, más que dando reconocimiento apropiado al otro extremo de un vínculo, del cual solamente un extremo está organizado en nuestra propia mente.

La psicología, estoy seguro, es una ciencia difícil y sutil, que, tal vez por naturaleza, deba expresarse en una lengua difícil y sutil. Pero, en resumen, lo único que puedo deducir de este pasaje que he citado es que un paisaje, una cierta configuración de bosques, agua, cumbres y abismos, luces y sombras, flores y rocas, es, de hecho, una realidad objetiva, una cosa; lo mismo que el opio y el vino son cosas, no fantasías amazacotadas, simples creaciones de nuestra simulación, a las que concedemos una especie de realidad y eficiencia espúreas. Los sueños de De Quincey eran una síntesis del propio De Quincey, *más* el opio; la desenfrenada alegría de Charles Surface[1] y sus amigos era el producto y resultado del vino que habían bebido, *más* sus personalidades. Así, el

profundo profesor Koffka —cuyo libro se titula *Principios de Psicología de la Forma*— insiste en que la «tristeza» que atribuimos a un paisaje concreto está realmente en el paisaje y no sólo en nosotros mismos; y, en consecuencia, que el paisaje puede afectarnos y actuar sobre nosotros, exactamente igual que las drogas, la comida y la bebida nos afectan cada una a su manera. Poe, que conocía muchos secretos, conocía también éste, y nos enseñó que la jardinería paisajista era tan artística como la poesía o la pintura, ya que sirve para difundir los misterios del espíritu humano.

Y quizás la señora Morgan de Lanypwll Farm se refería a todo esto en forma simbólica, cuando murmuró acerca de los niños de la charca. Pues si existe un paisaje de la tristeza, existe también, por supuesto, un paisaje del horror a las tinieblas y al mal; y ese abismo negro y grasiento, con su vegetación de hierbas fétidas y sus árboles muertos de ramas descortezadas, era, ciertamente, un potente foco de terror. Para Roberts era como una droga dura, una droga evocadora; el abismo negro de afuera llamando al abismo negro de adentro, y convocando a comparecer a los habitantes del mismo. No he tratado de sonsacarle a la señora Morgan la leyenda de aquel tenebroso lugar; supongo que ella no habría estado muy comunicativa si le hubiera preguntado. Pero me parece posible, e incluso probable, que Roberts no fuera el primero en experimentar el poder de la charca.

Las viejas historias a menudo resultan ser auténticas.

ARTHUR MACHEN. Escritor galés nacido el 3 de marzo de 1863 en Caerleon y fallecido el 30 de marzo de 1947. Su verdadero nombre era Arthur Llewellyn Jones. Su padre, un pastor anglicano, adoptó como propio el apellido de su esposa, siendo así Jones-Machen. No pudo cursar estudios universitarios debido a la delicada situación económica de su familia, trasladándose a Londres en donde vivió en la pobreza al tiempo que empezaba a publicar sus primeros escritos. Trabajó después como catalogador, redactor y traductor de francés antiguo. Tras la muerte de su padre pudo dedicar más tiempo a la escritura debido a su herencia, empezando a publicar asiduamente relatos de corte fantástico que entroncan con el goticismo (aunque él siempre tachó a la novela de gótica de simplista y comercial). Tras el escándalo de Oscar Wilde tuvo muchas dificultades, como el resto de los autores que cultivaban la temática, para dar salida a sus obras. Tras la muerte de su primera esposa pasó a ser actor itinerante. Tras un nuevo matrimonio volvió a la literatura, publicando muchas de sus obras anteriormente censuradas al tiempo que investigaba sobre las raíces celtas de Gran Bretaña y, en especial, de su adorada Gales. Durante la Primera Guerra Mundial se hizo conocido como periodista del *London Evening News* y, sobre todo, por una serie de relatos, de corte propagandístico, acerca de Los Ángeles de Mons. En los años 20 su obra tuvo un gran éxito, sobre todo por su publicación en Estados Unidos, pero pronto decayeron las ventas y el autor vivió el resto de sus días de forma poco desahogada.

Notas

[1] El doctor Phillips afirma haber visto la cabeza en cuestión, y asegura que jamás recibió una impresión tan fuerte de extremada maldad. *(N. del T.)* <<

[2] Seres fabulosos de la mitología griega, mitad cabra, mitad hombre, asociados al dios Pan. *(N. del T.)* <<

[3] Referencia a Jack el Destripador, cuyos crímenes aterrorizaron al East End londinense entre 1888 y 1889, sin que se lograra detener al responsable. *(N. del T.)* <<

[4] Se refiere a uno de los lugares más conocidos de Hyde Park: Rotten Row, una larga senda arenosa frecuentada por jinetes en la época victoriana. *(N. del T.)* <<

[5] Aunque Machen pretende hacérnoslo pasar por un número romano, Nodens es el nombre latinizado de una deidad celta, que César asimiló al Marte de los galos, pero en las mitologías galesa e irlandesa es conocido como Nudd (dios solar, según algunos, de la medicina o del océano, según otros) y se le suele asociar al jefe supremo de todos los dioses Nuada «el de la Mano de Plata». Más tarde, Lovecraft lo convertiría en el primero de los Dioses Arquetípicos asociados a sus Mitos de Cthulhu, único ser al que obedecen las descarnadas alimañas de la noche, (v. En busca de la ciudad del Sol Poniente). *(N. del T.)* <<

[1] Tela de moaré, de seda o lana, usada en tapicería. *(N. del T.)* <<

[1] Recopilación anónima (en latín) de cuentos (alguno de origen oriental), novelas de caballería, fábulas y leyendas de santos, publicada por vez primera en el siglo XIV por un franciscano ingles. *(N. del T.)* <<

[2] Esta Piedra Negra y el extraño significado de sus jeroglíficos volverá a aparecer en el relato de Lovecraft *El que susurra en la oscuridad. (N. del T.)* <<

[3] Machen maneja indudablemente los *Collectanea rerum memorabilium* (mediados del siglo III) de Gayo Julio Solino, relación de prodigios y fábulas de países fantásticos donde se menciona la piedra Hexecontalithos, pero la cita es una hábil manipulación. (V. ed. Th. Mommsen, 1895, reimpr. fotomecánica, 1958, pág. 137) *(N. del T.)* <<

[4] William Pitt (1759-1806), político conservador inglés que se convirtió a los 24 años en el más joven Primer Ministro de Gran Bretaña. *(N. del T.)* <<

[5] Fellow of the Royal Society, miembro de la Sociedad Científica más ilustre y antigua de Inglaterra (fundada en 1645), que contó con Isaac Newton entre sus más distinguidos socios. *(N. del T.)* <<

[6] Lenguaje críptico usado en Gran Bretaña por los caldereros, compuesto en gran parte por palabras irlandesas y gaélicas, trastocadas por inversión o alteración de las consonantes. *(N. del T.)* <<

[1] *A Discourse on the Worship of Priapus, and its Connection with the Mystic Theology of the Ancients; A New Edition, to Which is Added and Essay on the Worship of the Generative Powers during the Middle Ages of Western Europe*, edición privada, Londres, 1865. Hay una traducción (anónima) al castellano: *El culto a Príapo y sus relaciones con la teología mística de los antiguos; seguido de un ensayo sobre el culto de los poderes generadores durante la Edad Media*, Editorial Tres Catorce Diecisiete, Madrid, 1980. *(N. del T.)* <<

[1] El vino más caro del mundo, elaborado en Borgoña con uvas Pinor. *(N. del T.)* <<

[2] Lugar próximo al valle de Hinnon, al sur de Jerusalén, donde —según la Bilia — los judíos ofrecieron sacrificios a los dioses extranjeros. *(N. del T.)* <<

[3] Deidad de la mitología hindú llamada también Jagannãth; equivalente a Krishna, octavo avatar de Visnú. *(N. del T.)* <<

[4] Se trata de *Qui sait?* (¿Quién sabe?, 1980). *(N. del T.)* <<

[5] Este mítico lenguaje inventado por Macheen cobrará nuevo protagonismo en los relatos de Lovecraft *El honor de Danwich* y *El morador de las tinieblas. (N. del T.)* <<

[6] Estas misteriosas criaturas « pálidas y viscosas» , que no pueden verse porque sólo salen de noche (si se exponen a la luz mueren), reaparecen, rebautizadas como Dholes Doels, el los relatos de Lovecraft *En busca de la ciudad del Sol Poniente* y *A través de las puertas de la llave de plata*, y *El que susurra en la oscuridad*, respectivamente. *(N. del T.)* <<

[7] Propias del reino de Voot, citado un poco más adelante. En *El horror de Dunwich* Lovecraft menciona el signo de Voor que, según el Necronomicon (ed. de George Hay, Neville Spearman, Londres, 1978), se hace con la mano izquierda, estirando los dedos índice y meñique y encogiendo el corazón y el anular, con el pulgar ligeramente metido hacia dentro. *(N. del T.)* <<

[8] *Tales of the Genii* (1765), fantasías orientales por el Reverendo James Ridley. *(N. del T.)* <<

[1] Sara Siddons(1755-1831), actriz galesa de magestuosa presencia, especializada en papeles trágicos como Lady Macbeth. Joseph Grimaldi (1779-1837), payaso y mimo inglés, hijo de un actor italiano. En los escenarios desde los dos años, su sobrenombre Joey se aplica hoy en día a todos los payasos del Reino Unido. *(N. del T.)* <<

[2] *Greasts*: Así llaman coloquialmente en la Universidad de Oxford al examen final para obtener el título de « Bachelor of Arts» , especialmente poara la licenciatura de « Literae Humaniores» . *(N. del T.)* <<

[3] En la novela de Walter Scott *Guy Mannering* (1815), preceptor del joven protagonista Harry Bertram. *(N. del T.)* <<

[4] Populares aventureras inglesas que vivieron en el siglo XVI y se convirtieron en heroínas de baladas y comedias: Moll Cutpurse, ladrona, falsificadora y adivina, y Meg of Westminster, sucesivamente camarera, soldado (disfrazada de hombre) y dueña de burdel. *(N. del T.)* <<

[5] Paráfrasis de la *Eneida* (II, 49) de Virgilio. *Timeo danaos et dona ferentes* (Temo a los dánaos hasta en sus ofrfendas). *(N. del T.)* <<

[6] Josiah Bounderby, el farsante y cascarrabias industrial y banquero de la obra de Dickens *Tiempos difíciles. (N. del T.)* <<

[7] Nombre popular con que se conoce a la Audiencia Nacional de Londres, por la calle en que está situada. *(N. del T.)* <<

[1] El 1 de septiembre de 1870 las tropas francesas de Napoleón III fueron arrinconadas en Sedán y, expuestas al fuego de la artillería prusiana, tuvieron que rendirse. Esta derrota supuso la caída del Segundo Imperio francés y el advenimiento de la III República. *(N. del T.)* <<

[2] El último verso de esa célebre canción, cantada por los soldados británicos al embarcarse para Francia durante la Primera Guerra Mundial (en la que se lamentan de lo lejos que se encuentran de su chica y de su hogar, representado por él condado irlandés de Tipperay), dice así: « Pero mi corazón está allí» . *(N. del T)* <<

[3] Remedando irónicamente otro verso de la canción: « Adiós Piccadilly, hasta siempre, Leicester Square» . *(N. delT)* <<

[4] Pequeña ciudad inglesa en el condado occidental de Gloucester, con renombrado campo de tiro perteneciente a la National Rifle Association, donde se disputaban valiosos premios. *(N. del T.)* <<

[5] Durante la Guerra de los Cien Años (1338-1453) Enrique V de Inglaterra invadió Francia al frente de 9000 hombres y el condestable Carlos de Albret le salió al encuentro en Agincourt (o Azincourt) con un ejército de 30.000. Pero, aprovechándose de la fragosidad del terreno, los arqueros ingleses los diezmaron en una singular batalla librada el 25 de octubre de 1415. *(N. del T.)* <<

[1] « El gran pandit» , guardián del dogma y juez supremo en todos los asuntos religiosos. *(N. del T.)* <<

[2] Antropólogo, folklorista e historiador escocés (1844-1912), famoso sobre todo por sus recopilaciones de cuentos de hadas de todo el mundo, un clásico de la literatura infantil. *(N. del T.)* <<

[3] Calle londinense, sede de la mayoría de periódicos ingleses. *(N. del T.)* <<

[4] La más antigua forma de escritura irlandesa, frecuentemente mencionada en mitos y leyendas. Conocida también como alfabeto de árboles, su invención se atribuye a Ogma, dios de la elocuencia y la literatura. Se componía de grupos de entre una y cinco incisiones, cortas o largas, dispuestas perpendicularmente (hacia arriba o hacia abajo) u oblicuas al canto de una piedra. *(N. del T.)* <<

[5] Protestantes que no pertenecen a la Iglesia anglicana. Aplícase a congregacionales, bautistas y presbiterianos. *(N. del T.)* <<

[6] John Durbeyfield, humilde transportista provinciano que pierde la cabeza al enterarse de que desciende de una antigua familia normanda, en la novela *Tess of the d'Urbervilles* (1891) de Thomas Hardy. *(N. dtl T.)* <<

[7] William Crookes (1832-1919), polifacético físico y químico inglés que también investigó los fenómenos ligados al espiritualismo. Oliver Lodge (1851-1940), distinguido físico inglés que estudió a fondo la parapsicología, exploró la transmisión de pensamiento y participó en numerosas sesiones con famosos médiums, llegando a comunicarse con un hijo suyo difunto, por lo que se convirtió en un firme defensor de las teorías sobre la supervivencia después de la muerte. *(N. del T.)* <<

[8] Henry Hallam (1777-1859), historiador británico famoso sobre todo por su *Constitutional History of England* (1827). *(N. del T.)* <<

[9] Especie de biombo colocado ante el altar de las iglesias de rito ortodoxo, que sirve para ocultar al oficiante de la vista de los fieles. *(N. del T.)* <<

[10] John Wesley (1703-1791), teólogo y evangelista inglés, fue el principal fundador del metodismo. Sus sermones siguen siendo la norma doctrinal de la Iglesia metodista. *(N. del T.)* <<

[11] Otra denominación de los disidentes o Iglesias libres. *(N. del T.)* <<

[12] Monje e historiador inglés (c. 1080 - c. 1143), autor de *Gesta Regum Anglorum* e *Historia Novella* (publicados entre 1129 y 1139). *(N. del T.)* <<

[1] Alusión a los espectros de los arqueros ingleses de la batalla de Agincourt que, conducidos por San Jorge, acudieron en auxilio del moderno ejército británico durante la retirada de Mons en la Primera Guerra Mundial. La leyenda fue tomada por verídica a raíz de la publicación del relato de Machen *Los arqueros. (N. del T.)* <<

[2] Nombre genérico del prototipo de inglés elegante. *(N. del T.)* <<

[1] Monte Athos, sede de una república monástica autónoma. *(N. del T.)* <<

[2] 1900, año en que las tropas británicas levantaron el sitio de esta ciudad sudafricana, lo que supuso la caída y posterior anexión del Estado libre de Transvaal y el comienzo del fin de la llamada « guerra de los boers» . *(N. del T.)* <<

[3] Primer verso del poema de Tennyson *Will Waterproof's Lyrical Monologue. Made at the Cock. (N. del T.)* <<

[4] Seudónimo de H. Knight Browne, célebre ilustrador de Dickens, entre otros. *(N. del T.)* <<

[5] Revista bisemanal editada por el Dr. Johnson entre 1750 y 1752, escrita casi enteramente por él. *(N. del T.)* <<

[6] Alineación de calles en forma semicircular o de media luna. *(N. del T.)* <<

[7] Personajes de la novela de Dickens *Martín Chuzzlewit*, él arquitecto y ella dueña de una casa de huéspedes. *(N. del T.)* <<

[8] Alusión a Hassan ben Sabbãh, fundador y jefe supremo de la secta persa de integristas islámicos « Los Asesinos» , cuyo centro y bastión era la fortaleza de Alamùt, en la región montañosa al sur del Caspio. *(N. del T.)* <<

[9] Siglas de Society for Psychical Research, institución inglesa fundada en 1882 y dedicada a la investigación de los fenómenos paranormales. *(N. del T.)* <<

[10] Término teológico con el que se expresa la compenetración de las tres personas de la Trinidad en virtud de su unidad de esencia y sus relaciones de procedencia. *(N. del T.)* <<

[1] Personaje de la obra teatral de Richard B. Sheridan *The School for Scandal* (1777), disoluto aunque de buen corazón, en contraposición a su hermano Joseph, decoroso pero hipócrita. *(N. del T.)* <<

[*] Curiosamente este breve relato se convertiría bien pronto en una leyenda que circuló entre los propios soldados ingleses. Lo contrario de lo que ocurrió con el resto de su obra, que fue escrita en parte como divulgación de una doctrina esotérica y sin embargo siempre se consideró pura ficción. *(N. del T.)* <<